



Título: El bisonte de América: historia, polémica y leyenda

Autor(es): Vázquez Mantecón, María del Carmen

Fecha de publicación: 2013

Primera edición electrónica en pdf: 2023

ISBN edición impresa: 978-607-02-4755-2 [Versión impresa]

ISBN de pdf: en trámite

Forma sugerida de citar: Vázquez Mantecón, María del Carmen. El bisonte de América: historia, polémica y leyenda. Serie Historia General 28. México: Universidad Nacional Autónoma de México. Instituto de Investigaciones Históricas, 2013. <http://hdl.handle.net/20.500.12525/3356>

D.R. © 2024. Los derechos patrimoniales pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Coyoacán, C.P. 04510, Ciudad de México

Entidad editora: Instituto de Investigaciones Históricas. Universidad Nacional Autónoma de México
Correo electrónico: departamento.editorial@historicas.unam.mx

"Excepto donde se indique lo contrario, esta obra está bajo una licencia Creative Commons (Atribución-No comercial-Compartir igual 4.0 Internacional, CC BY-NC-SA Internacional, <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/legalcode.es>)"



Para usos con otros fines se requiere autorización expresa de la institución:
departamento.editorial@historicas.unam.mx

Con la licencia CC-BY-NC-SA usted es libre de:

- **Compartir:** copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.
- **Adaptar:** remezclar, transformar y construir a partir del material.

Bajo los siguientes términos:

- **Atribución:** debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- **No comercial:** usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- **Compartir igual:** si remezcla, transforma o crea a partir del material, debe distribuir su contribución bajo la misma licencia del original.



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



REPOSITORIO
INSTITUCIONAL
HISTÓRICAS
UNAM



El BISONTE DE AMÉRICA

HISTORIA

POLÉMICA

LEYENDA

María del Carmen Vázquez Mantecón

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO



EL BISONTE DE AMÉRICA

MARÍA DEL CARMEN VÁZQUEZ MANTECÓN

La especie *Bison-bison* aparece en América del Norte desde hace más de cinco mil años y en esta parte del continente asentó sus reales. En una de sus épocas de mayor apogeo, incontables manadas ocupaban una extensa área que, entre norte y sur, comprendía buena parte de Canadá, Estados Unidos y México. El descubrimiento del Nuevo Mundo por los europeos tuvo con los bisontes una de sus importantes primicias y, no en vano, estuvieron en estrecha relación con la conquista, el conocimiento y la apropiación del Septentrión americano.

Este libro narra una versión de esos episodios modernos. Éstos corren entre los siglos XVI y XIX y dan cuenta, a la postre, de su fatal exterminio. Asimismo se tratan algunos temas polémicos que, desde los siglos XVI al XX, se han forjado en torno a los bisontes en distintas crónicas, estudios científicos, mitos y leyendas. También encontrará el lector las semejanzas y diferencias entre los bisontes y los toros y las vacas comunes, así como varios incisos más que son igualmente importantes para calar el interesante mundo simbólico e imaginario que estas especies comparten en el universo cultural de los humanos: un universo que, desde la antigüedad hasta nuestros días, ha sacralizado y/o demonizado al toro –incluidos sus parientes cercanos– y sus peculiares atributos.

María del Carmen Vázquez Mantecón es investigadora del Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM desde 1992. Entre sus últimas publicaciones se encuentran *Los días de Josepha Ordóñez* (2005), *Muerte y vida eterna de Benito Juárez. El deceso, sus rituales y su memoria* (2006), *La palabra del poder, la vida pública de José María Tornel* (2a. ed., 2008) y *Puente de Calderón: las versiones de un célebre combate* (2a. ed., 2012).

Imagen de portada: "Bisonte", colección particular.



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

www.historicas.unam.mx

ISBN 978-607-02-4755-2



9 786070 247552 >







EL BISONTE DE AMÉRICA: HISTORIA, POLÉMICA Y LEYENDA



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS

Serie Historia General/28





INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

MARÍA DEL CARMEN VÁZQUEZ MANTECÓN

EL BISONTE DE AMÉRICA: HISTORIA, POLÉMICA Y LEYENDA



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO ●
MÉXICO 2013



Catalogación en la fuente, UNAM-Dirección General de Bibliotecas

SF401.A45

V39

2013 Vázquez Mantecón, María del Carmen

El bisonte de América: historia, polémica y leyenda / María del Carmen Vázquez Mantecón. — México : UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 2013.

216 páginas. — (Instituto de Investigaciones Históricas. Serie Historia General ; 28)

ISBN 978-607-02-4755-2

1. Bisonte americano. 2. Mamíferos – América del Norte
3. Bisonte americano – Folclore 4. Bisonte americano – Cacería.
I. t. II. Ser.

Primera edición: 2013

DR © 2013. Universidad Nacional Autónoma de México

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS

Ciudad Universitaria, 04510 México, D. F.

+52 (55) 5622-7518

www.historicas.unam.mx

ISBN 978-607-02-4755-2

Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio
sin autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales

Impreso y hecho en México



El bisonte de América: historia, polémica y leyenda

editado por el Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM,
se terminó de imprimir en offset el 4 de noviembre de 2013
en Hemes Impresores, Cerrada Tonantzin núm. 6,
Colonia Tlaxpana, México, D. F.

Su composición y formación tipográfica, en tipo New Baskerville
de 11:13, 10:11 y 8:10, estuvo a cargo de Sigma Servicios Editoriales.

La edición, en papel Cultural de 90 gramos,
consta de 500 ejemplares y estuvo al cuidado de
Juan Domingo Vidargas y el Departamento Editorial



Pocas o ninguna vez se cumple con la ambición
que no sea con daño de tercero

Cipión a Berganza, *El coloquio de los perros*,
Miguel de Cervantes Saavedra, 1613.





AGRADECIMIENTOS

A la Universidad Nacional Autónoma de México, en la que llevé a cabo buena parte de esta investigación en sus invaluable acervos bibliográficos. En especial, quiero mencionar la atención del maestro Armando Butanda (fallecido en febrero de 2012), responsable de la Biblioteca del Instituto de Biología y de su Fondo Reservado; del maestro Martín Sandoval, coordinador de la Biblioteca Rafael García Granados del Instituto de Investigaciones Históricas; de la maestra Enriqueta Basilio, coordinadora de la Biblioteca Antonio García Cubas y de la Mapoteca Alejandro de Humboldt del Instituto de Geografía, y de su bibliotecario David Velázquez Mancilla. Conté, además, con el consejo certero del maestro en Biología Jaime Gasca, del Instituto de Ecología, y con el diálogo sugerente de mis colegas, los doctores Felipe Castro, Ignacio del Río y Javier Sanchiz. Importante, también, ha sido el apoyo del personal del Instituto de Investigaciones Históricas: de su directora, la doctora Alicia Mayer, de su Secretaría Académica y de sus áreas Administrativa, de Cómputo y de Biblioteca. Gracias, asimismo, a la dedicación de su Departamento Editorial, en particular a Juan Domingo Vidargas y Ónix Acevedo.



INTRODUCCIÓN

Los bisontes forman parte de nuestra historia. Ante de su extinción, ocurrida hacia el decenio de los ochenta en el siglo XIX, transitaron innumerables y desde tiempos remotos por territorios que serían nombrados Alaska, Canadá, Estados Unidos y México. Con respecto a este último país los espacios geográficos del bisonte americano están irremediabilmente ligados a los avatares de una tierra que se convertiría, después de milenios de ocupación humana y animal, en el Septentrión novohispano, luego en el norte de México hasta el año de 1848, y finalmente, en el nuevo norte que marcó el río Bravo después de esa fecha.

Cuando los europeos descubrieron el Nuevo Mundo, encontraron numerosísimos bisontes en su vasto norte. En sus dos subespecies, conocidas ahora como *bison* (de la llanuras) y *athabasca* (de los bosques), formaban parte avasalladora de un hermoso paisaje –se ha calculado que eran aproximadamente sesenta millones de cabezas– que tenía marcadas sus huellas. El área donde deambularon en su época de mayor apogeo podemos conocerla mejor si pensamos, completo, el espacio que forman los actuales estados de Alberta, Saskatchewan y Manitoba en Canadá; los estados de Montana, Dakota del norte y del sur, Minnesota, Iowa, Missouri, Luisiana, Wyoming, Nebraska, Colorado, Kansas, Nuevo México, Oklahoma, Texas y Arkansas en los Estados Unidos, y los estados de Chihuahua, Coahuila, Nuevo León y Tamaulipas en México, abarcando en este país, más o menos, hasta la línea imaginaria que marca el Trópico de Cáncer.



La historia de los bisontes es singular, entre otras cosas, por los muchos nombres que han tenido a lo largo del tiempo. Cada nación indígena, por supuesto, le dio un apelativo y lo mismo hicieron los

europeos entre los siglos XVI y XIX. Lo interesante de estos últimos es que casi todas las denominaciones que tuvieron para ellos partieron de hacer equivalentes a esos animales con las vacas, los toros, los bueyes, los becerros y las terneras de su ganado doméstico, por su pie hendido, sus cuernos, su carne y sus pieles, aunque por ahí les vieran también elementos de león, de camello, de puerco, o de chivato. Fueron “las vacas”, “las vacas de los llanos”, “las vacas de Cíbola”, “las vacas corcovadas”, “el toro mexicano”, o, entre otros muchos, “las vacas cimarronas”, antes de que se generalizara, en el siglo XVII y en tierras de la corona española, el nombre de “cíbolos” o “cíbolas”, en alusión clara a las Siete Ciudades de Cíbola, que buscaron con ahínco y que nunca encontraron en una territorialidad, que, sin embargo, les demostró que eran incapaces de contar los miles y miles de “vacas y toros” que ella contenía.

Este último nombre perduró hasta bien entrado el siglo XIX, período largo en el que convivió con el de “ganados salvajes”, o el de “buey salvaje” que usaron los colonos galos en Nueva Francia, o con el más común de todos, esto es, el de “búfalos”, que impusieron los emigrantes anglos, y que se hizo popular desde el siglo XVIII. Incluso es el nombre que le da no precisamente la ciencia, sino la gran mayoría de los estadounidenses de nuestros días que han hecho de su imagen un ícono y un símbolo de identidad. También, y sobre todo a partir del Siglo de las Luces, este fantástico bovino americano se volvió objeto del mundo de la investigación y del conocimiento científico, adquiriendo a veces el nombre de bisonte, aunque en este ámbito ese no fue su único apelativo, sino a partir del año de 1888, cuando el naturalista David Starr Jordan estableció la clasificación del animal en la especie *Bison* y en la subespecie *bison*, aceptada en nuestros días sin discusión.



Las fuentes que sustentan esta versión no pretenden ser exhaustivas, aunque, por su amplitud y variedad, requirieron varios años de investigación. Proviene, básicamente, de documentos resguardados en algunos acervos españoles, mexicanos y estadounidenses. También de la revisión de una abundante historiografía, incluida la crónica

conventual y misional, y, por supuesto, de la lectura de una no menos importante bibliografía contemporánea, que se ha interesado por el tema desde diferentes ámbitos. En los Estados Unidos, por ejemplo, sobre todo a partir del siglo XX, han aparecido muchos estudios sobre los bisontes, por lo que en ese terreno es donde resulta más necesario ser selectivo. Entre estos, algunos son muy valiosos por el conocimiento zoológico que aportan y a propósito de la etnografía de muchos de los habitantes originales, para los que el bisonte fue un símbolo de abundancia y prosperidad.

Sin embargo, son muy pocos los que se han referido a su historia a partir de documentación novedosa, y muchos menos los que han intentado reunir esa información para todo el espacio y el tiempo implicados, desde su época de bonanza hasta su drástica desaparición. En México tampoco se había reconstruido la historia espacial y de larga duración del mamífero cuadrúpedo con cuernos más grande y más abundante registrado en América. El bisonte tiene una historia que compete sólo a Canadá, otra a los Estados Unidos, y otra a México, aunque otra más, como veremos en las páginas de este libro, que liga a toda el área en un solo acontecimiento espacio-temporal, lleno de vicisitudes y de cambios, haciéndolo un interesante caso de historia compartida. (Véase mapa 1).



Sin duda, los bisontes fueron una de las grandes novedades del mundo descubierto y estuvieron en estrecha relación con la conquista y conocimiento del septentrión americano, incluidos sus mitos y leyendas. No hay historia, crónica o informe que no los mencione, y mucha cartografía señaló, desde el mismo siglo XVI, la vastedad de sus dominios. Una más de sus singularidades es que, como ningún otro animal, fueron descritos por cada cronista con mucho detalle, sin faltar ninguna de las partes de su cuerpo y sus generales costumbres, quizás por su número exorbitante y porque les causaba desazón por considerarlo de aspecto temible, al tiempo que reputaban, como las mejores, su carne, sus pieles y sus lenguas.

En la primera parte doy cuenta en cinco capítulos, que van en orden cronológico, de algunos pormenores importantes ocurridos a

esos animales y a su hábitat a lo largo de cuatro siglos, conforme sucedían asentamientos, expediciones, guerras, alianzas, cambios geopolíticos y territoriales, e imposiciones económicas, comerciales, culturales y religiosas. En la segunda, trato ocho asuntos que complementan el conocimiento de los bisontes y de su historia, sea por la polémica que causan o por las fantasías que han generado en distintas maneras de pensar, tanto religiosas como civiles, no sólo entre los siglos XV y XIX, sino también en nuestros días. Además, está incluida alguna reflexión en torno a la sacralidad de la que el bisonte fue objeto, desde su cacería hasta el significado de sus dones y a la repercusión de la curiosa representación gráfica que los europeos fueron haciendo de los bisontes a medida que los conocieron. Finaliza esta segunda sección con un acercamiento a las características que definirían lo semejante y lo diferente entre los bisontes y los toros domésticos para acercarnos a entender el mundo simbólico, que ambas especies comparten desde su misma diversidad. Dos apéndices complementan esa información: uno recoge muchos de los variadísimos nombres que los bisontes tuvieron en cada período relatado, y el otro registra su presencia en algunos mapas europeos y norteamericanos, producido al unísono con las noticias de tierras tan magníficas.



Cuando no eran más que un recuerdo, que sólo nutría las viejas historias del oeste –pletóricas de campeones “Búfalos Billes” acumulando el mayor número de cabezas; de colonos indefensos y trabajadores; de aventurados traficantes de pieles; de indios corrompidos y de soldados patriotas liquidando feroces pieles rojas– llegó la tardía conciencia de la necesidad de su recuperación y conservación. El siglo XX marcó el inicio de una nueva etapa en la historia de los bisontes en la que, poco a poco, se ha ido rehaciendo la especie y los hábitos de su saludable consumo en las mismas tierras –México, Estados Unidos y Canadá– que los compartieron desde que se tiene memoria. En estas páginas se encontrarán trozos de la historia gradual, de uno de los más salvajes exterminios de una especie, que, paradójicamente, fue en ese tiempo narrado de las más generosas con los seres humanos con los que le tocó convivir. (Véase mapa 2).



PRIMERA PARTE
DE SU HISTORIA Y SU HISTORIOGRAFÍA



1. PRIMEROS TESTIMONIOS SOBRE LAS “VACAS AMERICANAS”

Aparecen en los relatos sobre el fantástico norte

Los primeros hispanos que vieron bisontes americano , vivos y en su propio hábitat, fueron los sobrevivientes Álvar Núñez Cabeza de Vaca, Alonso del Castillo, Andrés Dorantes de Carranza y el moro Esteban de Dorantes. En la relación del primero, conocida como *Naufragios*, se narran los avatares de esa fallida expedición a La Florida comandada por Pánfilo de Narváez entre 1527 y 1536, con todo y el hundimiento de su embarcación, el cautiverio que padecieron, las penurias y las hambres, y también con los sucesos portentosos que tuvieron lugar a lo largo de la marcha emprendida de regreso a la Nueva España, a cuya capital arribaron en el mes de julio de 1536.

Según don Álvar, en esas tierras lejanas –se refería en esa ocasión a Texas– había muchos animales, especialmente venados, aves, y “vacas”. Contó que tres veces las había visto y otras tantas “comido de ellas”. Las describió como del tamaño de las de España, con cuernos pequeños, moriscas, con el pelo muy largo y merino, “unas pardilla y otras negra”. Observó que la gente que encontraron vivía de alimentarse y vestirse de ellas, y como no sabía el gentilicio de esos hombres, los bautizó simplemente como “los de las Vacas”.¹ Los indios, anotó Cabeza de Vaca, les regalaron muchas “mantas y cueros de vacas”, tan útiles para ellos, dijo, para el comercio y la confección de vestidos, zapatos y rodela.

Narró, asimismo, cómo fueron recibidos en México por el virrey Antonio de Mendoza y por Hernán Cortés, ya titulado Marqués del Valle. Los trataron muy bien, les dieron todo lo que pudieron, y los

¹ Álvar Núñez Cabeza de Vaca, *Naufragios*, Madrid, Alianza Editorial, 1985, p. 118 y 150. El título original fue *La relación que dio Alvar Núñez Cabeza de Vaca de lo acaecido en las Indias en la armada por donde iba por gobernador Pánfilo de Narváez. Desde el año de veinte y siete y hasta el año de treinta y seis que volvió a Sevilla con tres de su compañía*, Zamora, 1542.

invitaron a los juegos de cañas y a las corridas de toros, por la fiesta del apóstol Santiago. Los recién llegados hablaban de las grandes riquezas de las tierras que habían visto y el virrey al escucharlos abrigó el proyecto de conquistarlas. Organizó entonces una expedición encabezada por el franciscano Marcos de Niza que llevaba como su guía al moro “Estebanico”. Ellos partieron de la capital a fines del año de 1538, y en el mes de marzo de 1539 de Culiacán rumbo al norte, con el auxilio de 100 indios que se les unieron.

Las legendarias Cibola y Quivira y las asombrosas “vacas de los llanos”

Marcos de Niza escribió una imaginativa *Relación*, que entregó al virrey de Mendoza en septiembre de 1539, al regreso apresurado de su expedición nortea. Para él, las pieles de “vaca” que veía sin cesar a su paso, más las turquesas que también sobraban, eran sinónimo de la opulencia y “de la mucha pulicía” de las gentes que vivían en siete ciudades más al norte, una de las cuales él oyó nombrar como Cibola,² y de la que le contaron muchas maravillas. La sola mención de ese número de asentamientos llenos de riqueza, evocaba a la mentalidad española del siglo XVI, imágenes que provenían de una leyenda medieval sobre siete ciudades de oro que habían sido fundadas por sendos obispos portugueses y que se buscaban afanosamente desde entonces por marinos, aventureros, descubridores, conquistadores, geógrafos y poderosos políticos. El relato fabuloso de fray Marcos, los hizo creer que estaban ubicadas en el Septentrión de América.³

Contó Marcos de Niza, a propósito de su expedición, que él se detuvo en Vacapa (Sonora), mandando por delante a su guía “Estebanico” quien le enviaba con sus mensajeros noticias y “cueros bien labrados”. Una de esas nuevas decía que en esa provincia había siete ciudades enormes gobernadas por un señor, con gentes muy bien vestidas y con casas grandes hechas de cal y piedra, de dos y tres pisos, con gran abundancia de “labores de piedra turquesas”

² Le hablaban de “Shi-wo-na”, territorio que ocupaban los Zuñi.

³ La bibliografía sobre la leyenda medieval de las siete ciudades de oro es muy abundante. Aquí me limito a citar un ejemplo de lo que se creía sobre ellas en el siglo XVI: Bartolomé de las Casas, *Historia de las Indias*, Venezuela, Biblioteca de Ayacucho, Impreso en España, 1986, p. 70.

en las portadas principale . Según él, le mostraron también la piel de un animal que po eía “un sólo cuerno” y pensar en esto y en todas las demás primicias lo decidieron finalmente a alcanzar a su guía. Cuando ya se encontraba muy cerca supo la triste y perpleja noticia de que Esteban y sus hombres habían sido apresados al entrar a Cíbola y que el primero había muerto flechado.

Fray Marcos se contentó entonces con ver de lejos la ciudad, y a eguró que, a su modo de pensar, “era la mayor y mejor de todas las descubiertas”. Dijo que cuando comentó esto con los indios principale que se encontraban en su compañía, ellos le dijeron que esa era “la menor de las siete ciudades y que Totonteac era mucho mayor y mejor con tantas casas y gente, que no tiene cabo”.⁴ Refirió, asimismo, que aunque dudó sobre si debía acercarse y entrar a la ciudad, decidió finalmente no hacerlo, porque si moría, nadie daría cuenta al virrey de lo descubierto. Nombró aquella tierra de San Francisco, hizo un mojón de piedras en nombre de Antonio de Mendoza, “en señal de po esión”, y regresó como él mismo dijo, “con más temor que comida”, a dar pormenores de lo visto y oído.



El virrey no tardó en organizar una expedición más ambiciosa (1540-1542) por mar y tierra, al mando de Francisco Vázquez de Coronado, quien con muchos caballos, más de 300 e pañoles –entre los que iban alguno franciscanos–, cerca de 1 000 indios nativos, algunos esclavos negros y bastantes cabezas de ganado vacuno, partieron en 1540 en la búsqueda de las que llamaron desde entonces “Siete Ciudades de Cíbola”, para someterlas a los dominios de Carlos V.⁵ Sabido es que no las encontraron y, por lo tanto ni el oro y la

⁴ Marcos de Niza, *Relación*, en Julio César Montané, *Por los senderos de la quimera. El viaje de Fray Marcos de Niza*, Sonora, Instituto Sonorense de Cultura, 1995, p. 84 a 96. Tomada de *Colección de Documentos inéditos relativos al descubrimiento, conquista y organización de las antiguas posesiones españolas en América y Oceanía, sacados de los archivos del Reino y muy especialmente del de Indias*, Madrid, 1866, t. III, p. 325-351.

⁵ Además de la leyenda medieval, se ha dicho que en aquel imaginario que creyó en las Siete Ciudades de Cíbola jugó también un papel muy importante la historia del origen de los mexicanos, provenientes de Chicomoztoc, “el lugar de las siete cuevas”, sugiriendo por ello el historiador León Portilla que se trató de un mito que era “medieval, español e indígena”.

plata que buscaban, y que la expedición fue un fracaso, pero para el objeto de este escrito se trató de una travesía muy importante, ya que se alimentaron con la carne de “las vacas”, y algunos de sus miembros dejaron valioso testimonio escrito sobre ellas, a las que vieron por cientos de miles en todos sus trayectos. Igualmente, se dedicaron con mucho afán a buscar el rico “reino de Quivira”, a partir de la información que les dio un habitante de aquellos lugares,⁶ pero que, junto con las siete ciudades, tampoco entonces ni después hallaron. A pesar de todo, las ciudades de Cíbola y Quivira empezaron a ser registradas, por un lado por la cartografía europea que, desde el mismo siglo XVI, daba cuenta, a su manera, de la nueva geografía de la Tierra, y por el otro, por la historiografía europea y novohispana que habló del Nuevo Mundo.



Hernando de Alarcón fue de los que hicieron esa expedición de 1540 por mar. Partió de Acapulco, navegó por el golfo de California y entró en el río Colorado, y aunque no pudo ver a las “vaca” sí preguntó a los indios por las ciudades de Cíbola. Dejó testimonio de ello en una *Relación* que hizo en ese mismo año,⁷ en donde mencionó inevitablemente los “cueros de vacas”, así como a la ciudad de “Cévola” y a sus gentes. Entre los expedicionarios que escribieron sobre esos animales –para ellos asombrosos– destaca un relato anónimo que al ser publicado en 1541 en la ciudad de México⁸ alcanzó buena difusión y siguió alimentando imaginarios exaltados.

Miguel León Portilla, “En el mito y en la historia: de Tamoanchan a las Siete Ciudades”, *Arqueología mexicana*, v. XII, n. 67, mayo-junio de 2004.

⁶ Son muchos los historiadores contemporáneos que sitúan la hipotética Quivira en el territorio del actual estado de Kansas, USA. Sobre el origen de la voz Quivira nos dice Juan Carlos García Regalado en su libro *Tierras de Coronado*, Barcelona, Abraxas, 2000, p. 220, que no se sabe muy bien de donde procede. Podría ser “una errónea interpretación de una palabra indígena”, o, que también pudo haber sido creada por los españoles. Cita al respecto al estadounidense Marc Simmons, quien apuntó que pudo derivarse de la frase de Coronado “quien vivirá veré”, recortada por sus soldados en “quien vivirá” y luego como “qui’vivirá”.

⁷ Hernando de Alarcón, *Relación*, en Julio César Montané Martí, *Los indios de todo se maravillaban: La Relación de Hernando de Alarcón*, México, El Colegio de Jalisco, 2004.

⁸ Esto lo afirma Henry R. Wagner, *The Spanish South West, 1542-1794*, New York, Arno Press, 1967, v. I, p. 108.

Su autor contó que a cuatro jornadas del pueblo de Cíbola se toparon con una tierra “llana como la mar, con tanta multitud de vacas, que no tenían número”. Le parecía que semejaban a las de Castilla, aunque había algunas de mayor tamaño. Las describió con una corva pequeña en la cruz y “más bermejas que tiraban a negro”, con una lana más larga que un palmo que les colgaba entre los cuernos, orejas y barba. Dijo que por las espaldas y abajo de la papada tenían pelo parecido a crines y que en el resto del cuerpo estaban cubiertos por una lana pequeña a modo de merino. En cuanto a su carne, señaló que era muy buena y tierna, y con respecto al sebo apuntó que tenían mucho. Quedó absorto al constatar que los indios no sembraban ni recogían maíz, por lo que su mantenimiento provenía todo de las “vacas”.⁹ Esta relación fue reproducida por fray Toribio de Motolinía en su obra *Memoriales*,¹⁰ cuya redacción terminó el franciscano en ese mismo 1541.

También dio su versión el capitán Juan Jaramillo. Escribió que entraron a los llanos y que durante cuatro o cinco días no vieron “vacas”, pero a la quinta jornada se toparon con una enorme suma de “toro ” a los que siguieron por un par de días. Estos los llevaron a encontrarse “con una grandísima cantidad de vacas, becerros y toros, todo revuelto”. Mencionó que hallaron también indios llamados querechos, “los de las casas de azotea”, que cazaban entre esas manadas y que dependían a tal grado de ellas “que todo su menester humano era de las vacas”, porque de ellas comían, vestían y calzaban.¹¹ Por su parte, el cronista de la expedición, Pedro de Castañeda, se admiró como todos al ver a lo largo de cuarenta leguas “tanto número [de “vacas”] que no hay quien las pueda numerar”. Fue más prolífico aún en su descripción sobre las costumbres de los querechos y tejas en relación con la muerte y el aprovechamiento de cada parte de esos animales.¹²

⁹ Anónimo, *Relación postrera de Cíbola y de más de 400 leguas adelante*, en Carmen de Mora, *Las siete ciudades de Cíbola: textos y testimonios sobre la expedición de Vázquez de Coronado*, Sevilla, Alfaro, 1993, p. 349-352.

¹⁰ Ver fray Toribio de Benavente, Motolinía, *Memoriales*, *Manuscrito de la colección de Joaquín García Icazbalceta*, México-París-Madrid, editado por primera vez por Luis García Pimentel en 1903.

¹¹ *Relación hecha por el capitán Juan Jaramillo de la jornada que hizo a la tierra nueva de la que fue general Francisco Vázquez de Coronado*, en Carmen de Mora, *op. cit.*, p. 192.

¹² Pedro de Castañeda, *La Relación de las Jornadas de Cíbola*, en Carmen de Mora, *op. cit.*, p. 127-128. Castañeda redactó su crónica veinte años después de sucedida la marcha al nor-



En el relato del propio Vázquez de Coronado se percibe por primera vez, la incomodidad, el desconcierto y el temor que a varios miembros de la expedición provocaban las “vaca de los llanos”. Cuando por fin las tuvo ante sus ojos yendo de camino a Quivira, le parecieron “la cosa más monstruosa de animales que se ha visto ni leído”. Cada día encontraban más y más y reconoció que las aprovechaban para comer, aunque también tuvieron que adquirir experiencia para matarlas con el permanente riesgo de perder a sus caballos. Dijo que había tantas “que no sé a qué compararlo sino a pescados en la mar”, porque tan cubiertos de “vacas” estaban los campos, que aunque quisieran ir por otro lado, tenían que pasar en medio de ellas. Para él la carne era tan buena como la de las vacas de Castilla, pero no dejó de apuntar que algunos la consideraban mejor. Se refirió asimismo a los “toro”, describiéndolos como animales grandes y bravos y con “malos cuernos”, por las arremetidas contra sus cuacos, de los que bastantes quedaron heridos y otros pocos muertos.¹³

“Vacas” del Nuevo Mundo, imaginadas por los europeos

Casi todos estos informes fueron conocidos en España, al menos por los miembros del Consejo de Indias y sus allegados, sobre todo por los elegidos en esa institución con el cargo de cronistas oficiales. Ese fue el caso de Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés, designado como tal en 1532. Éste, además, había hecho la aventura de Indias desde 1513 a las órdenes de Pedrarias Dávila en Panamá y luego en Santo Domingo. Si bien no conoció el septentrión novohispano, ni a los bisontes vivos, al hablar de la fauna del Nuevo Mundo, y en concreto de la de aquella región, no pudo omitir la descripción de los que llamó “vacas y toros monteces”, según “le certificaron” los que habían andado por esas tierras.

te. Ese original de 1563 fue copiado en 1596, perdiéndose el primero, por lo que las diferentes ediciones se han hecho a partir de esa copia.

¹³ *Relación del suceso de la jornada que Francisco Vázquez de Coronado hizo en el descubrimiento de Cibola*, en Carmen de Mora, *op. cit.*, p. 184.

En su *Historia General y Natural de las Indias, Islas y Tierra Firme del Mar Océano*, cuya última versión terminó de ser revisada por él en el año de 1555, compara todo el tiempo a los “monteces” con las que llamó “nuestras vacas de España”. Encontró que las vacas de ambos mundos eran iguales en sus colas largas y en sus pezuñas hendidas. Todo lo demás, no serían sino diferencias: las de América eran “mayores reses”, con las cabezas más bajas y con los cuernos puntiagudo “el uno contra el otro”. También divergían en que éstas tenían “los pe cuezos muy llenos de lana”, lana que, asimismo, les cubría abajo de la mandíbula, las corvas y “media piernas abajo”, mientras “en lo restante de sus cueros” su pelo era raso como de “merina espesa”. Detalló el hecho de que los machos americanos tenían una corcova alta sobre los hombros en la cruz o juntura alta, y la curiosa observación de que machos y hembras caminaban “a la par”, como lo haría un “caballo maniatado”.¹⁴



Un autor que nunca vino a América, pero que también se benefició con las historias de testigos y los relatos que se enviaban al Consejo de Indias fue Francisco López de Gómara. Escribió, entre otras obras, una *Historia General de las Indias* publicada por primera vez en 1552, libro que tuvo mucho éxito durante el siglo XVI, en el que alcanzó varias reediciones. Ciertamente que ahí se refirió a las “vacas”, al relatar la expediciones españolas al Septentrión novohispano en las que participaron Cabeza de Vaca, fray Marcos de Niza y Vázquez de Coronado. Con referencia a la primera, hizo alusión a las “vacas de cuerno corto, pelo largo y gentil carne”.¹⁵ Narró lo más relevante

¹⁴ Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés, *Historia General y Natural de las Indias, Biblioteca de autores españoles*, Madrid, Atlas, 1959, t. 1 y 2, v. 117 y 118, p. 55-56. Esta edición está basada en la que publicó Amador de los Ríos entre 1851 y 1855, que dio a conocer por primera vez la historia completa de Fernández de Oviedo: *Historia general y natural de las Indias, cotejada con el códice original, enriquecida con las enmiendas y adiciones del autor e ilustrada con la vida y el juicio de las obras del mismo por José Amador de los Ríos*, Madrid, Real Academia de la Historia, 1851-1855. En el capítulo “La representación europea del bisonte americano”, analizo la imagen que al respecto proporcionó Fernández de Oviedo, dada a conocer en dicha edición de Amador de los Ríos.

¹⁵ Ver el capítulo “La representación europea del bisonte americano”, donde se encuentra el interesante dibujo de la “vaca” proporcionada por Gómara en su recuento sobre el nuevo Mundo.

de la segunda, mencionando los supuestos oro y turquesas, pero sobre todo los “ganados de lana” que motivaron al virrey a enviar una nueva exploración. Al contar sobre ésta –la de Vázquez de Coronado– amplió más su descripción de esos animales. Los definió como “vacas corcovadas” que llenaban el camino y los llanos y que “fueron un gran remedio para el hambre y la falta de pan que llevaban”.

Cuando delineó el viaje de estos conquistadores a Quivira asoció a las “vacas corcovadas” con esa mítica ciudad y con los pocos pobladores que encontraron en el camino, que eran, según él, los que “guardaban” a dichas vacas, uponiendo este autor que podían ser pastoreadas. Para explicar el nomadismo de los que habitaban a los 40 grados de latitud dijo que “andan en compañías y mudan como alárabes de una parte a la otra siguiendo a sus bueyes”. Su descripción de estos (o sea, de las “vacas corcovadas”), no es muy diferente de la que se había dado, salvo que para él, eran del mismo tamaño y color que los que también llamó “nuestros toros”. Se detuvo en detallar sus cabezas, de las que dijo que les colgaban por la frente “grandes guedejas” y muchos pelo en el garguero y la varillas, que los hacía parecer con barbas. En pocas palabras, pensaba que eran animales “fieros y muy feos de rostro y cuerpo”, que tenían “algo de león y algo de camello”.¹⁶



Dentro del grupo de cronistas que no pisaron la Nueva España pero que hablaron de las “vacas”, hay que citar también al humanista granadino Bartolomé Barrientos, catedrático de latín en la Universidad de Salamanca. Él escribió en 1568 una crónica sobre la expedición a la Florida de Pedro Méndez de Avilés –que tuvo lugar tres años antes– basado en muchas copias de memoriales, cartas, provisiones, cédulas de Felipe II y también en “relaciones verdaderas”. Dijo que allá “había llanos de muchas leguas llenos de vacas [sic] y toros”, asentando, igual que Gómara, que “no eran tan creci-

¹⁶ Francisco López de Gómara, *Hispania Vtrix. Primera y segunda parte de la Historia General de las Indias*, en *Biblioteca de autores españoles desde la formación del lenguaje hasta nuestros días*, Madrid, Atlas, 1946, t. I, v. 22, p. 182, 287, 288 y 289.

dos como los de España”, y apuntando escueto, que las “bacas” tenían lana en lugar de pelo.¹⁷

El “toro mexicano” de Francisco Hernández

En pleno renacimiento del naturalismo, la Nueva España proporcionaba un mundo desconocido al conocimiento científico que muy pronto sería divulgado. Felipe II designó en 1570 al galeno Francisco Hernández como “Protomédico e historiador en las Indias Occidentales, islas y tierra firme del mar océano” y lo dotó con más de 50 000 ducados para que llevara a cabo una expedición botánica que tuvo lugar entre los años de 1571 y 1577. Hernández viajó por el territorio novohispano recopilando plantas, flores, animales, granos, semillas, minerales, y toda variedad de indagaciones incluida la farmacopea y su aplicación. Escribió así, a partir del año de 1577, un riquísimo texto en latín, tomando en cuenta sus abundantes anotaciones, informes y dibujos. Redactó un capítulo que tituló “De los toros y vacas de la región de Quivira”, aunque él nunca anduviera en esas lejanas tierras. Contó que al entrar los españoles en aquellos territorios encontraron muchas cosas dignas de admirar, entre ellas manadas de “toros salvajes”, que definió con un cuerpo mediano y bajo, arqueado el lomo, abundantes crines y flecos largos, de color leonado y de carne “no menos sabrosa y saludable que la de las vacas de nuestra tierra”, animales a los que, desde su interés como naturalista, clasificó como “toro mexicano”.¹⁸

Ver o no haber visto jamás a Cibola y a sus “vacas”

Bernal Díaz del Castillo no pudo dejar de referirse a “las vacas”, especialmente cuando narró las aventuras de fray Marcos de Niza

¹⁷ Bartolomé Barrientos, *Vida y hechos de Pero (sic) Méndez de Avilés. Escrita en 1568. Expedición que envió a La Florida Felipe II en 1565 con instrucción de quemar y ahorcar los franceses luteranos que hallase en ella*, en Genaro García, *Dos antiguas relaciones de La Florida*, México, Tipografía y Litografía de Aguilar, Vera y Compañía, 1902, p. 26. La obra permaneció inédita hasta que García la publicó por primera vez en 1902.

¹⁸ Francisco Hernández, “Historia de los animales de Nueva España”, en *Historia Natural de Nueva España*, México, UNAM, 1959, v. II, p. 313. Ver el capítulo “La representación europea del bison americano”, donde se pueden disfrutar algunas imágenes de “toro mexicano” ofrecidas en su historia de la naturaleza novohispana.

en las “tierras de Cíbola”. De hecho, justificó que el fraile hubiera preferido regresar cuando él y sus acompañantes vieron los pueblos y casas con “sobrados” y gentes que subían a ellas “por escaleras”, pero sobre todo, cuando conocieron “los campos tan llanos y llenos de vacas y toros disformes de los nuestros de Castilla”.¹⁹ En la imaginación de Bernal se habían mezclado distintas expediciones al norte y ya no se acordaba de que fray Marcos sólo vio cueros de “vacas” y no manadas, pero lo interesante de su apuntamiento es la desazón que ese asunto le provocaba, ilustrándonos su caso uno de los muchos ejemplos, a propósito de la creencia por parte de no pocos europeos, de que se trataba de animales aberrantes.



Hacia 1581 tuvo lugar una pequeña marcha al territorio que al poco tiempo se nombraría oficialmente el reino de Nuevo México, en la que, por supuesto, hallaron miles y miles de “vaca”. El notario de esa expedición dejó un relato extenso y realista a propósito de ellas y de las costumbres de los indios que las cazaban, y asimismo respecto del comportamiento de los españoles, incluidas las matanzas incontroladas que hicieron de esos animales. Se trata del viaje del capitán de la armada española Francisco Sánchez Chamuscado, quien se autoproclamó el jefe militar de esa aventura, que había sido otorgada al franciscano Agustín Rodríguez con objeto de evangelizar a los indios.²⁰

Según narró el notario Hernán Gallegos buscaron a las “vacas”, primero sin éxito, hasta que, a dos días de camino, en un llano, hallaron “el mejor ojo de agua que hay en la Nueva España” y en su torno, a “montones de manadas de más de quinientas reses y toros”. Al relator le parecieron de igual tamaño que las vacas europeas que ya crecían en tierras novohispanas y su carne tan delicada y sabrosa. En su descripción de las “vacas”, además de decir todo lo que ya se

¹⁹ Bernal Díaz del Castillo, *Verdadera historia de los sucesos de la conquista de la Nueva España*, en *Biblioteca de autores españoles*, Madrid, Atlas, 1946, t. II, p. 294. La primera edición de esta obra fue en 1632.

²⁰ Zephyrin Englehardt, OFM, “El yllustre Señor Xamuscado”, *Southwestern Historical Quarterly*, n. 29, abril de 1926, p. 296-300.

había dicho, destaca un asunto: que cuando corrían lo hacían al modo de los “puercos”.²¹ Se enorgullecía de la facilidad con la que mataban a las “reses” a tiro de sus arcabuces, e informó que tan sólo en esa ocasión ejecutaron cerca de 40. Observó asimismo que en ciertas épocas del año los “toros” se apartaban de las “vacas” y hubo día que vieron “de tres mil toros arriba”, de los que alabó su lana y sus cueros como los mejores.²²



Cerca de 1595 Antonio Ruiz escribió una de las más fantasiosas relaciones sobre Cíbola. Siguiendo la costumbre, y de seguro persuadido de su importancia, tuvo entonces que mencionar a los “ganados”, esta vez en relación con los nómadas querechos, a quienes nombró como los “señores de las vacas que llaman ciboleñas”.²³

Ocupan su puesto en la historiografía novohispana

Se debe a la pluma de Baltasar Obregón la primera relación criolla de la historia de las conquistas españolas del Septentrión. En 1584 puso punto final a un manuscrito que envió ese año al Consejo de Indias con objeto de que se le reconocieran méritos por haber participado en las conquistas de California, Nueva Vizcaya, y Sinaloa. En su texto no se limitó a hablar sólo de las expediciones en las que estuvo presente, ni tampoco se trata de una historia donde pesen más las exploraciones a Nueva Vizcaya de Francisco de Ibarra –del que fue cronista oficial– ni la del capitán Pedro de Montoya a Sinaloa en la cual formó parte.

Obregón nos legó su propia versión sobre las “vacas”, dependiendo del episodio que narra y de la región donde este ocurría.

²¹ “Entrada que hizo en Nuevo México Francisco Sánchez Chamuscado en junio de 1581” (escrita por Hernán Gallegos), Archivo General de Indias (en adelante AGI), *Patronato* 22, R 4 (3), p. 13 a 15.

²² *Ibid.*

²³ Archivo General de la Nación (en adelante AGN), *Historia*, v. 316, “Relación de Antonio Ruiz”, ca. 1595.

Así, dijo que la gente de Cíbola “gozaba de la gran suma de vacas lanudas”, además de sus recuas de perros. Su visión de los “llanos de las vacas”, en tiempo de Vázquez de Coronado, es que esas tierras eran tan dilatadas y sin señal alguna –cerros, lomas o sierras– que hacía falta “una aguja de marear” para poder regresar de ellas con vida. A las innumerables “vacas” las describió de pequeña estatura, gruesas de cuero y carne, a diferencia de los “toros”, que, dijo, eran de mayor tamaño, “de gran cerviguillo, cabeza y pecho”. Los delineó como animales barbados y lanudos, con los cuernos gruesos y negros, con los ojos grandes, con un modo de correr como “verracos”, y como más feroces que sus parientes españoles. Según él, ese “ganado” se distribuía en más de 600 leguas, desde la Florida hasta los llanos, pero remarcó que habría que contar también todo el que no se había visto, descubierto, o averiguado, “en los lados, longitud y provincias” que estaban por descubrir.²⁴

Junto con Francisco de Ibarra y sus soldados, Baltasar Obregón tuvo la suerte de conocer la despoblada ciudad de Paquimé, cuyos edificios le parecieron “fundados de antiguos romanos” y dijo que era “admiración de ver”, aunque la mayor parte de las casas estuvieran caídas o gastadas por las aguas. Llamó su atención encontrar por todas partes “rastros de las vacas” –cueros, huesos y “fresca”– y a gente advenediza viviendo en las afueras, vestidos con faldellines de cuero adobado de “vacas” y venados.²⁵

Hizo una descripción más detallada de “vacas, terneras y toro”, definiendo a estos últimos como animales grandes y “disformes”, con “una notable y feroz cabeza”. Además de decir que eran pelados, corcovados y que corrían mucho y “como puercos”,²⁶ calculó que tendrían un poco más de 40 arrobas de carne sana, gorda y sabrosa, y una lana y un cuero que podrían servir para muchas cosas, entre otras, para confeccionar prendas de vestir y calzado.²⁷

²⁴ Baltasar Obregón, *Historia de los descubrimientos antiguos y modernos de la Nueva España*, México, Porrúa, 1988, p. 14 y 22. El manuscrito, terminado en 1584, fue editado por primera vez en México en 1928. Forma parte de una numerosa cantidad de crónicas e informes que la corona decidió no publicar ni dar a conocer para que otros países no se interesaran por sus tierras conquistadas.

²⁵ *Ibid.*, p. 185-186.

²⁶ Esto último lo había dicho el notario de esa expedición Hernán Gallegos a quien, probablemente, leyó Baltasar Obregón.

²⁷ *Ibid.*, p. 274.



Otro criollo novohispano, Juan Suárez de Peralta, escribía hacia 1589 un *Tratado del descubrimiento de las Indias* en el que, necesariamente, tuvo que aludir al virrey Antonio de Mendoza y a cómo éste “hizo la armada para las Siete Ciudades”. Este autor, que escribió cuando vivía en España, era de la opinión que fray Marcos de Niza había dicho la verdad en todo lo que contó y que en aquella tierra “hay los montes que él dijo y ganados, especialmente de vacas”. Llegó a conocer algunos cueros de éstas y sacó entonces la conclusión de que no eran como las vacas españolas. Engrosó la lista de los que imaginaron un animal fantástico, ya que al describir “sus pescuezos y su frente llenos de lana”, dijo que “parecían leones coronados”, con unos cuernos pequeños del tamaño de un palmo, tan agudos como “alesnas” (aguja de zapatero) y, en general, escribió que eran “chiquitos”, “bravos” y “muchos en cantidad”.²⁸

Nuevo México o el afán de poseer a sus “ganados”

El siglo XVI concluyó su último decenio con varias expediciones –unas más importantes que otras– al territorio que magnificó Marcos de Niza sesenta y tantos años antes y del que no se perdía la esperanza de conquistarlo, e individualmente de lograr cualquier tipo de fortuna. Las “vacas” seguirán siendo protagonistas fundamentales de los informes y los relatos que, en muchos sentidos, despertaron el interés de la corona española por esos “ganados”.

Entre 1590 y 1591 tuvo lugar la exploración ilegal del portugués Gaspar Castaño de Sosa a Nuevo México quien con 170 personas y un guía nativo llegó al pueblo de Pecos, e incluso un poco más al norte, donde estableció su autoridad. En un diario que redactó en su periplo en vez de usar las palabras “vaca” o “toro”, se refirió a esos animales como “cívolas”, nombre que se irá imponiendo en el imaginario de europeos y de americanos de raíz hispana y que siguió vigente por más de doscientos años.

²⁸ Juan Suárez de Peralta, *Tratado del descubrimiento de las Indias*, México, Secretaría de Educación Pública, 1949, p. 85. No se editó en vida de su autor. El manuscrito fue descubierto en el siglo XIX y publicado por primera vez en Zaragoza en 1878.



La centuria se cerró con la expedición del criollo novohispano Juan de Oñate, que obtuvo la capitulación de la corona para colonizar el Septentrión, además de Texas. A partir de esa experiencia colonizadora se nombrará reino de Nuevo México a parte de esa vasta región. Un grupo de españoles se dedicó expresamente a buscar a las “vacas”, que encontraron en tal abundancia, abasteciéndolos de carne, que les hizo abrigar la idea de juntarlas en grandes corrales.

De eso habla, entre otras cosas, el sargento mayor Vicente Zaldívar Mendoza, en un informe que se llama precisamente “Relación de las jornadas de las vacas de Zíbola”, que está fechado el 15 de diciembre de 1598 después de haber andado 54 días fuera del “real”.²⁹ Igual que sus antecesores fueron encontrando a “las vacas” poco a poco. Siguieron su marcha varios días hasta que tuvieron a la vista enormes cantidades de “ganado” y en un trayecto de 14 leguas, “hallaron y mataron mucha suma de vacas”. Por allá encontraron el lugar donde a lo largo de tres días hicieron un encerradero gigantesco pensado para unas 10 000 “reses”, usando para ello grandes trozos de álamos. Sus sueños ganaderos se alimentaban, según escribió Zaldívar, con el dato de que en aquél paraje había mucho más ganado que en tres estancias junta de las más “populo a ” de la Nueva España.

En un llano habían visto “como cien mil reses”, que empezaron a aventar “muy bien” hacia el corral, aunque la gloria les duró muy poco, porque, de improviso, la manada tomó el camino de regreso con gran furia, arrollando a su paso lo que hubiera. Intentaron después mil maneras de encerrarlos y de “hacer rodeo”, pero fracasaron, perdiendo totalmente tres caballos y curando las heridas a otros cuarenta, cuyas carnes habían sido rasgadas por los cuernos afilados de esas “reses”, que atacaban de lado bajando mucho la cabeza y que, en definitiva, fueron calificadas por Zaldívar como “notablemente cimarronas y feroces”.

Se contentaron con matar a muchas y con almacenar 80 arrobas de manteca, conocedor el sargento de que ésta era mucho mejor que

²⁹ Vicente Zaldívar Mendoza, “Relación de las jornadas de las vacas de Zíbola”, AGI, *Putronato* 22 R 13 (9) fojas 25 a 33. Para Zaldívar el pueblo de “Zíbola” era el que llamaban allá “de Zuñi”.

la de puerco, así como lo ventajo a que resultaba la carne de los “toros” sobre la de las vacas españolas. Olvidados de transportar el “ganado mayor”, pensaron entonces en mover a las “terneras”, ya fuera con las manos atadas, o sobre los caballos, pero ninguna llegó viva. Concluyó nuestro protoganadero, que sólo las recién nacidas “y en la querencia de más vacas”, tal vez se podrían trasladar, asunto que ya no intentaron por entonces, aunque nunca dejaron de pensar que algún día lo lograrían, cuando encontraran la manera de amansarlas. “La vacas”, en general, le parecían mayores que el ganado vacuno, con una “colilla como de puerco”, con algunas cerdas en su punta que retorcían hacia arriba al correr. Los calificó también como animales “derrengados”, de color negro algo leonado “y a partes retinto el pelo”, y recalcó, en varias ocasiones, que sin duda eran animales feroces.³⁰

¿Merced de Dios o del Diablo?

Varios asuntos preocuparon entonces a los funcionarios del Consejo de Indias. Por un lado la viabilidad de la posible explotación de esos ganados y por otro la opinión de los que pensaban que se trataba de animales horripilantes. Para dilucidar ambas pidieron varias noticias e interrogaron a testigos que estuvieron presentes en la expedición comandada por Oñate y durante la estancia de éste en esas tierras, al que además se investigaba por sus excesos y crueldades. Fue enviado en 1601 al reino de Nuevo México el factor Francisco Valverde de Mercado, quien rindió personalmente su informe al Consejo de Indias al año siguiente, en el que ocuparon importante sitio las enigmáticas “vaca”. El escribano que tomó nota de ese testimonio le puso por título “Modo y hechura del monstruoso ganado de Cibola”, porque, para don Francisco, se trataba de animales anómalos.

La primera vez que le inquirieron por qué nombraba así a esas “vacas”, dijo que su mucha lana no permitía verles los ojos. Mencionó, asimismo, sus cuernos “negro como azabache”, muy puntiagudo, y la forma como torcían la cabeza para atacar. Se impresionó con sus barbas “largas como cabrones”; con sus vedijas de lana que

³⁰ Ver el capítulo “La representación europea del bisonte americano”, donde Zaldívar ofrece un dibujo de una “vaca” y se refiere con mucha simpatía a lo que considera su fealdad.

les colgaban de las rodillas; con sus colas “como de puercos en cuyas puntas tenían cerdas”, y con el hecho de que la “vacas” no eran ni de ubres ni de barrigas tan grande como las vacunas. Al mismo tiempo, agregó que su lana era buena y blanda, su manteca abundante, y que eran ligeras “casi tanto como venado”, costándoles a los españoles mucho trabajo matarla, porque “no aguardaban”, mientras que para los indios no había dificultad, “flechándolas de ordinario”.

Estaba admirado porque adonde quiera que caminaban el ganado casi cubría la tierra, pero igualmente asombrado con el paisaje llano y el entorno natural en el que las manadas pastaban. Remató su informe insistiendo en la gran cantidad de ganado, “cuyo número es tanto, que no se puede numerar” y en el hecho de que era “monstruoso en su forma”. Esto último motivó de nuevo el cuestionamiento exigente de que dijera cuál era esa forma monstruosa, a lo que repitió una vez más todo lo que había dicho, añadiendo que al vaquearla les costaba la vida a sus caballos, y el dato, que seguramente contribuyó a desazonar a sus oyentes, de que nunca se les oyó bramar sino “gruñir como piara de puerco”.³¹

“Vacas lanudas y corcovadas” en la épica de la conquista

Con respecto a Oñate, este tuvo que responder a las acusaciones que le hicieron perdiendo, a la postre, su autoridad en Nuevo México. Terminó sus días en España, intentando rescatar su nombre y su honor, muy lejos del paraíso de “los ganados” y de todas “las cosas y grandezas”³² del territorio conquistado para Su Majestad. Sin embargo, pasaría pronto a la historia gracias al poema épico sobre Nuevo México y su conquista que escribió el hispano Gaspar de Villagrà, a quien Oñate había nombrado procurador general de la armada y capitán de los hombres que tomaron parte en la segunda expedición a ese reino.³³ Don Gaspar contaba con un título de Bachiller en Letras

³¹ “Información sobre el descubrimiento de Oñate por el Factor Francisco Valverde de Mercado”, 1602, en AGI, *Patronato* 22 R 4 (8).

³² “Relación de Juan de Oñate”, AGI, *Patronato* 22 R 13 (2).

³³ Fanny R. Bandelier, “Two spanish petitions concerning noted authors of the New World of the early seventeenth century”, *The Hispanic American Historical Review*, v. 2, n. 3, 1919, p. 447-453.

por la Universidad de Salamanca, antes de dedicarse al servicio de las armas, y en su largo poema no pudo dejar de referirse a la magnitud del número de “vacas” que poblaban los llanos, al fallido intento de meterlas en corrale , a los indios que se sustentaban con ellas (a los que llamó “vaqueros que mataban a pie aquestas mismas vacas”), a la suavidad de las pieles, que comparó con el “lienzo o la fina holanda”, y al reconocimiento, sin temores, de su figura y de sus bondades. De esta forma describió a las huestes de Oñate enfrentadas a la mayor hue te que jamás hubieran imaginado:

...Con esto todos juntos se metieron,
Los llanos más adentro, y encontraron,
Tanta suma y grandeza de ganados,
Que fue cosa espanto a imaginarlos,
Son del cuerpo que toros Castellanos,
Lanudos por extremo, cor ovados,
De regalada carne y negros cuernos,
Lindísima manteca y rico ebo,
Y como los chivatos tienen barbas,
Y son a una mano tan ligeros,
Que corren mucho más que los venados,
Y andan en atajos tanta suma,
Que veynte y treynta mil cabezas juntas,
Se hallan ordinarias muchas vezes,
Y gozan de unos llanos tan tendidos,
Que por eyscienta y ochocientas leguas,
Un so egado mar parece todo...³⁴

³⁴ Gaspar de Villagrà, *Historia de Nuevo México*, en *Historia* 16, Madrid, 1989, publicada por primera vez en 1610.



2. DE LAS “VACAS JOROBADAS” A LOS “CÍBOLOS” YA MUY CONOCIDOS

Manadas innumerables

En la obra *Veintiún libros rituales y Monarquía Indiana* del franciscano Juan de Torquemada, publicada en Sevilla en 1615, su autor tuvo que referirse a los viajes de reconocimiento y de conquista de La Florida y Nuevo México, ocurridos entre 1530 y 1541, y de forma obligada nombrar a las “vacas” que, sobre todo Vázquez de Coronado y sus hombres, hallaron “en mucha cantidad” en los llanos de “Cíbola, Tiguex y Quivira”. Repitió una vez más lo que decían todos los que habían probado la carne de las “vacas de Cíbola”, esto es, que era más sabrosa; que un buen sebo se comía crudo a bocado, y que la manteca era “cosa muy delicada y de lindo sabor”. También dijo que eran diferentes de las vacas de Castilla, que andaban en “grandes y populosas compañías” y que solían pasar de “más de cuatro mil per onas”. Dio cuenta, asimismo, de la introducción en aquellas tierras del ganado mayor y menor que rápida y eficazmente inició su reproducción, rodeado siempre por los innumerables hatos de “ganado ciboleño”.¹

La referencia a la gran abundancia de “vacas” continuó intacta en las crónicas del siglo XVII. A ese asunto se refirió también el franciscano Jerónimo de Zárate Salmerón, nacido en el sur de Veracruz, quien fue enviado a Nuevo México, a donde llegó por el año de 1620 a misionar entre los jemez y los keres. Un hecho importante es que, para referirse a los bisontes, los llamó sencillamente “cíbolos”,² voz

¹ Juan de Torquemada, *Monarquía Indiana*, México, UNAM, 1975, t. II, p. 364 y 457; t. IV, p. 46 y 251; t. VI, p. 85.

² Real Academia de la Historia, Madrid, Manuscrito 9/4858, Jerónimo de Zárate Salmerón, *Relaciones de todas las cosas que en el Nuevo México se han visto y sabido así por mar como por tierra desde el año 1538 hasta el de 1626, por el padre Jerónimo de Zárate Salmerón, predicador de la orden de los menores de la provincia del Santo Evangelio: dirigidas a nuestro reverendísimo padre fray Francisco de Apodaca, padre de la provincia de Cantabria y comisario general de todas las de esta Nueva España*, 1629.

que seguramente ya era común entre los hispanos que deambulaban por aquellos rumbos, los que asociaron al generoso animal con las esperadas ciudades de oro.



Con respecto a las ganaderías de españoles en las tierras descubiertas, el “custodio de las provincias y conversiones de Nuevo México”, fray Alonso de Benavides, contó, ya cercano el año de 1630, que por allá había propagado mucho el que llamó “nuestro ganado”, llevado desde la Nueva España, “que antes –subrayó– no lo había”. También se refirió a la provincia de los “Apaches vaqueros” que se sustentaban de las “vacas que dicen de Síbola”, animales que percibió muy semejantes a las vacas castellanas en cuanto a grandeza, “aunque muy diferentes en la forma”. Si bien las nombró “vacas”, al describirlas se refirió a ellas en masculino.

Entre los españoles que estuvieron en contacto con los bisontes, hubo un lenguaje y un imaginario común para referirse a los “ganados ciboleños”. Lo podemos comprobar en este escrito de Benavides, en el que observó, igual que lo hicieran otros en su tiempo, que esos animales no bramaban, sino que “gruñían como puercos”. Describió su pelo como “crespo” y lo comparó con el “vellón” más fino. También se refirió a su número, diciendo que era tanto y tan dilatado que “corría de la mar del sur hasta la mar del norte”, y sentenció que ese “ganado” era suficiente para hacer a un príncipe muy poderoso o si lo pudiera tener o sacar a otras partes, aunque estaba seguro de que no era domesticable.³

Otro negocio, sugerido por el mismo Benavides, era que al ser tantas las cabezas y al mudar de pelo todos los años se podía beneficiar la lana que se quedaba por los campos entre los árboles o en algunas quebradas. En términos generales le parecía que era un “ganado feroz” y muy rápido, aunque apuntó que a sus ojos era

³ Alonso de Benavides, *Memorial que fray Juan de Santander de la Orden de San Francisco, comisario general de Indias, presenta a la Majestad Católica del rey Felipe IV, nuestro señor, hecho por el padre fray Alonso de Benavides, comisario del Santo Oficio y custodio que ha sido de las provincias y conversiones del Nuevo México*, Con licencia, Madrid, Imprenta Real, 1630, reimpresso en México, Museo Nacional, 1899, p. 32 y 43-45.

“triste”, porque sintiéndose herido a los pocos pasos se dejaba caer. Comentó, asombrado, que aunque se mataba tanto ganado, “no sólo no va a menos, sino que cada día es más, porque espesa los campos y parece inacabable”.⁴

El fabuloso e impreciso Septentrión y sus apreciadas “vacas”

Al geógrafo flamenco Johannes de Laët le costaba trabajo aceptar que California no era una “ínsula”, a pesar de que había conocido evidencias de lo contrario.⁵ Escribió una *Historia del Nuevo Mundo*, que fue publicada primero en holandés en 1625 y 1630, luego en latín en 1633, y finalmente en francés en 1640. Desde la primera edición, agregó una interesante cartografía y muchos dibujos que él mismo fue mejorando conforme se siguió imprimiendo su libro. Atraído, como todos los de su tiempo, por las nuevas conquistas, sobre todo las de las ciudades míticas, se refirió a Cíbola y a Quivira como provincias independientes de las que, sin embargo, no tenía muy clara su ubicación geográfica, situándolas eso sí entre California y Nuevo México y subrayando que las cuatro provincias “estaban en el Continente”.⁶ En cuanto a la manera de nombrar a los bisontes Johannes de Laët primero se refirió a ellos como “bueyes”, luego como “vacas jorobadas” (en relación con los “Apaches vaqueros” que se sustentaban con ellas) y, por último, como “toros de Cíbola”, al reseñar los pormenores de la conquista de Nuevo México a cargo de las huestes del criollo Juan de Oñate.



En 1648 aparecía en Londres la crónica del clérigo inglés Thomas Gage quien, cuando todavía era dominico, había viajado entre

⁴ *Ibid.*, p. 47-48.

⁵ Johannes de Laët, *Historia del Nuevo Mundo*, traducción de la edición francesa por Marisa Vannini, Caracas, Venezuela, Universidad Simón Bolívar-Instituto de Altos Estudios de América Latina, 1988, p. 462. Ver el capítulo “La representación europea del bisonte americano”, en donde incorporo la imagen de la “vaca jorobada” que ofreció Laët en una de sus ediciones.

⁶ Johannes de Laët, *Historia del Nuevo Mundo*, p. 448.

1625 y 1637 por alguna regiones del centro y sur de México y otras de Centroamérica, de la que dejó por escrito una muy personal impresión. Aunque no estuvo en el norte de la Nueva España se refirió a él en varias ocasiones, apoyado en lo que habrían dicho otros cronistas y, por supuesto, describió a la fabulosa Quivira. Comparó las costumbres de los habitantes de ésta con las de los tártaros y en general al clima y pastos de la región con la de Tartaria, de donde creía que provenían los pobladores de América, seguramente teniendo como fuente para decir esto la obra de Fernando de Alva Ixtlilxóchitl. No dejó de decir tampoco que la principal riqueza de Quivira era su “ganado”, usando a continuación una de las comparaciones más sugestivas entre todas la que se dieron por entonces. Dijo que para los habitantes de aquellas tierra, su “ganado” era “como decimos nosotros de la cerveza para los borrachos: carne, bebida, ropa y más también”.⁷



Hacia 1645, se había vuelto común que viajero, cronistas y misioneros los llamaran “cíbolos” o “cíbolas” y que, además, se señalara, como lo hizo el jesuita andaluz Andrés Pérez de Ribas, que “las cíbolas, eran animales ya muy conocidos”. Estando él en la misión del río Mayo en Sinaloa, preguntaba en uno y otro pueblo noticia “sobre el nuevo México”, del que, dijo, no le mencionaban a ningún español, pero sí a “las vacas de Cíbola y a otras grandes poblaciones”.⁸

Ni parecidos a los leones, ni grandes negocios con su lana

Una de las crónicas más originales de ese siglo XVII, con respecto a los bisontes, es la del franciscano, nacido en Guadalajara, fray Antonio Tello, guardián de los conventos franciscanos de Zacoalco,

⁷ Thomas Gage, *El inglés americano: sus trabajos por mar y tierra o un nuevo reconocimiento de las Indias Occidentales*, México, Fideicomiso Teixidor-Libros del Umbral, 2001, p. 193-4.

⁸ Andrés Pérez de Ribas, *Historia de los Triunfos de Nuestra Santa Fee, entre gentes las más bárbaras y fieras del nuevo Orbe*, México, Siglo XXI [edición facsimilar de la de 1730], 1992, p. 27 y 241. Pérez de Ribas escribió su historia en 1645.

Amatlán, Tecolotlán y Cocula, que tenía cerca de 86 años —hacia 1653— cuando terminó de redactar su manuscrito. Tello escribió una historia militar, civil y religiosa de Nueva Galicia, de Nueva Vizcaya y sobre el descubrimiento de Nuevo México.⁹ El haber nacido cerca de 1548 y escribir su crónica ya tan mayor le permitió, además, conocer a muchos sobrevivientes de los hechos de su interés. El caso es que se refirió largamente a las que llamó con mucha singularidad “vacas bravas campesinas”, en su capítulo relativo a la “jornada que hizo Francisco Vázquez de Coronado al Zibola”, cuando corría el año de 1541. Creía Tello que era muy digno de admirar el que Dios hubiera creado a ese “ganado”, al que le dio todos aquellos llanos en los que se había aquerenciado. Lo más asombroso, para él, eran tres cosas: que nadie hubiera ocupado esas tierras; que los animales estuvieran en ellas desde tiempo inmemorial; y que las manadas no se “desparramaran” hacia otras regiones del suelo americano.¹⁰

Describió a las “vacas” cubiertas por una lana pequeña, “más fina que la merina”, con la que, según él, se podían hacer paños “subidos y de estima”. El padre Tello no estaba de acuerdo con Gómara y con los que a partir de él afirmaban que la larga lana de la cabeza les daba un parecido con los leones. Para nuestro franciscano, los grandes “bedejones” de las “vacas”, no eran tan delgados, ni tenían la forma usual en esos felinos. Además, mucho más realista que los que fantaseaban enormes ganancias con la explotación de su lana, afirmó que ésta era “tan menuda” que no se podría sacar mucha de una “vaca”, en el caso de que hubiera “alguna industria para aprovecharse de ella”.¹¹

Los “cíbolos” en las tierras “empastadas” de Texas

Varias expediciones partieron, hacia 1674, de “Coaguila”, en Nueva Extremadura, para servir a Su Majestad. Tenían por objeto el po-

⁹ John van Horne, “Fray Antonio Tello, Historian”, *Hispania*, v. 19, n. 2, mayo de 1936, p. 191, 196 y 197.

¹⁰ Fray Antonio Tello, *Libro segundo de la crónica miscelánea en que se trata de la conquista espiritual y temporal de la Santa provincia de Xalisco en el Nuevo Reino de Galicia y Nueva Vizcaya y descubrimiento del Nuevo México, compuesta por...* Guadalajara, Imprenta de la República Literaria de Ciro L. de Guevara, Cia., 1891, p. 429-431.

¹¹ *Ibid.*

blamiento de la región y la pacificación de los indios de esa provincia y de los de la región un poco más allá del río Grande. Lograron, al final, establecer cuatro misiones en Coahuila, que servirían para evangelizar y controlar a los indios cercanos al norte y al sur del vasto afluente. Un año después, el lugarteniente y alférez real Fernando del Bosque escribió un diario con sus experiencias en el que, irremediablemente, son descritos los cíbolos, que toparon abundantes, una vez que yendo hacia el norte cruzaron dicho afluente. En territorio texano, en medio de un pai aje de montes de encinos y mezquites, encontraron los expedicionarios una tierra “muy empastada”, con “muchos ganados de síbulo”.

Al igual que todos los expedicionarios en el septentrión del “nuevo mundo”, Del Bosque y sus hombres se alimentaron con esos animales, a los que él tampoco dejó de describir. En su relato, está presente la constante inquietud de algunos europeos frente al disfrute de una carne “muy sabrosa” que, sin embargo, provenía de animales de “forma muy fea”.¹² Con detalle, explicó en que consistía para él la fealdad. Se refirió a su “pellejo lanudo”; a ser muy altos de agujas que los hacen parecer, dijo, muy “corcovados”; a su pescuezo muy corto; a su “cabeza lanuda”; y a sus ojos, tapados con esa lana que no los dejaba “mirar mucho”. También llamaron su atención los cuernos chicos y gordos; las nalgas y ancas “como de puerco”; las colas peladas con cerdas en la punta; las “manos hendidas”; la lana “como de cerdas”, que les nacía desde arriba de las rodillas y les llegaba a la juntura de la espaldilla, haciéndolos parecer, según él, “como chivatos cojudos”; y finalmente la manera que tenían esas “síbolos”, para embestir a la gente, que era “de medio lado como jabalíes y todas erizadas”.¹³



Alonso de León, fue nombrado gobernador de la provincia de Coahuila en 1687. Un año después, le informaron que en la otra

¹² “Diario de Fernando del Bosque, 1675”, en Esteban L. Portillo, *Apuntes para la historia antigua de Coahuila y Texas*, Saltillo, Coahuila, Biblioteca de la Universidad Autónoma de Coahuila, 1984, p. 95 [primera edición 1886]

¹³ *Ibid.*, p. 96-98.

banda del río Grande había una ranchería con muchos “indios enemigos”, gobernados por un francés que se decía enviado de Dios para fundar pueblos y que hablaba muy bien la lengua de esos naturales que lo protegían y servían con mucha deferencia. Ante esa noticia, León organizó una expedición con 18 hombres para hacerlo prisionero y se pusieron en camino hacia la “provincia de los Tejas”, donde a 26 leguas del río –que pasaron por una parte donde el agua sólo les daba a la altura del estribo– se había entronizado ese solitario ex-miembro de la malhadada quinta y última expedición del caballero de La Salle por el río Mississippi.¹⁴ Encontraron en el camino cerca de 500 indios matando cíbolos para hacer cecinas y fueron ellos los que les indicaron como llegar a la morada del galo, fabricada, por cierto, sólo “con cueros de cíbola”. Quedaron sorprendidos por los “trescientos indios” en formación de guardia que salieron a recibirlos, y por los otros “cuarenta y dos”, que armados con arcos y flechas estaban de posta en la puerta. Más se asombraron con la limpieza del lugar y con encontrar, al fondo, tres asientos hechos con cuero de cíbola, “bien aderezados y peinados”, el de enmedio con grandes almohadas también de piel de esos animales, en el que reposaba el francés, flanqueado por dos indios “de los más principales”.¹⁵

Según Alonso de León, cuando dijo al susodicho que detrás de él venía una enorme retaguardia de españoles para trasladarlo al río Grande, “el enviado de Dios” mostró grande resistencia, mientras los indios se hincaban delante de él, lo abanicaban con plumas, le limpiaban el sudor y ahumaban la habitación con sebos de venado. Refirió también que por medio de regalos convenció a los indios de que se lo llevaban, porque el virrey y el arzobispo querían “hablarle, vestirle y regalarle”, y fue así como lograron subirlo a un caballo para ser conducido a San Francisco de Coahuila donde fue interrogado. Dijo ser cristiano y tener dos nombres: Francisco y Juan Géry –se le conocería más bien como Juan Jarri– y que se dedicaba a juntar naciones de indios para hacerlos sus amigos con la ayuda de los que ya estaban bajo sus dominio, los que asolaban y destruían a los que no querían unirse a él. Contó, asimismo, que en la región –la Bahía

¹⁴ Ver el capítulo “Los franceses en el Septentrión de América y su representación del mundo salvaje”.

¹⁵ “Entrada del conquistador Alonso de León”, en Esteban L. Portillo, *op. cit.*, p. 174-185. Este autor se basa en documentos del archivo de Saltillo, de los que hay copia en el Archivo de Indias.

del Espíritu Santo— se habían establecido muchos franceses desde hacía como quince años.¹⁶

Alonso de León hizo en marzo de 1689 una nueva expedición a dicha Bahía —había ido a buscar franceses entre 1685 y 1686 sin tener éxito— encontrando ahora, sin embargo, sólo ruinas y la suma de 200 libros en francés desparramados por el suelo, porque los indios de la costa habían realizado ese asalto, saqueo y muerte de aquellos colonizadores. Nos interesa señalar que de esta expedición de De León encontraron a lo largo de su camino de ida y vuelta el feliz alimento proporcionado por las muchas manadas de cibolos que todavía deambulaban en esa región en grande proporciones.



En el viaje a los Texas de 1689 acompañó al gobernador Alonso de León el franciscano mallorquín Damian Mazanet quien narraría los pormenores del trayecto y del triste fin de los franceses en una carta enviada a don Carlos de Sigüenza y Góngora, por entonces cosmógrafo real de la Nueva España. En esa misiva le dio cuenta, además, de una breve estancia que hizo en la ciudad de México, y de un nuevo viaje expedicionario a esa región al año siguiente —1690— que el religioso emprendió con muchos más compañeros de orden y con el mismo gobernador León, y que tenía por objeto ofrecer una cristianización permanente “más allá del río Grande”.¹⁷ Fundaron entonces la misión de San Francisco de los Texas, en donde dejaron a varios misioneros y soldados. En el relato de Mazanet también aparecen, por supuesto, los cibolos en la vida cotidiana de los indios y en la de las necesidades alimentarias de los colonos y evangelizadores.

Según Mazanet, los indios que encontraban en su camino se escondían de ellos en los montes hasta que toparon un solitario campamento cuya sombra la producían varios cueros de cíbola ata-

¹⁶ AGI, México, leg. 616, *Derrotero y Diario de la jornada que yo dicho general Alonso de León hice con la compañía de soldados contenidos en la lista de atrás, para ir a aprender al francés*.

¹⁷ “Carta de fray Damián de Mazanet a su amigo Carlos de Sigüenza y Góngora”, sin fecha, Biblioteca Nacional de París, Colección Aubin, n. 167.

dos a los árboles, debajo de los que había mucha carne de cíbola seca y fresca y una fogata en la que se asaban “tres gallos de la tierra, más varias lenguas y ubres de cíbola”. Aunque recalcó el franciscano que no quitaron nada a los indios, sí probaron el asado, anotando a continuación “que estaban muy buenas, que parecían jamones”. Varios días después, otra vez con hambre, vieron a muchos indios texas que “habían venido a matar cíbolos”, y ahora sí, como se les habían acabado sus provisiones, decidieron llevarse toda la caza que ellos tenían y pudieron sostenerse por una larga temporada.¹⁸

La inquietud por conocer el Septentrión y por participar en “la conversión de los infieles”, la tenía Mazanet a partir de una carta que obraba en su poder y que trajo consigo de España. En ella se referían los pormenores de la “visita” de la madre María de Jesús de Ágreda a Nuevo México y a la Gran Quivira, que habría ocurrido entre 1620 y 1631, presencia y trabajo cristiano que fray Damián no ponía en duda y que lo había llevado a establecerse en Coahuila, desde donde, como lo he reseñado, salió en varias ocasiones a la provincia de los Texas. Damián de Mazanet regresó a Texas una vez más el año de 1691, acompañando al gobernador Domingo Terán de los Ríos, en una expedición de la que también dejó escrito un diario, mientras el segundo hacía un informe. En ambos textos se subraya la presencia de “muchedumbre de cíbolos”, tantos, que en un arroyo no se podía ver el líquido por la profusión de ellos que bebían de sus aguas. En otras zonas las manadas habían dejado secos los arroyos, si bien en los ríos grandes, en los que también había copiosidad de pescados, pastaban las “muchas cíbolos”, volviéndose estas dos palabras, las más empleadas a lo largo de estos testimonios.¹⁹

El reino de Tegwayo y las “vacas cimarronas”

Cobraron vida, al final de ese siglo XVII, las leyendas sobre el “Gran Tegwayo”, que la imaginación de los conquistadores y cronistas situaba, asimismo, en Nuevo México. El franciscano Alonso de Pos-

¹⁸ *Ibid.*

¹⁹ AGN, *Provincias Internas*, “Diario del padre fray Damián Mazanet en su expedición misionera a Texas, 1691”, v. 82, f. 400-413, y AGI, *México*, leg. 617, “Expedición de Domingo Terán de los Ríos gobernador del reino y provincia de los Texas, 1691-1692”.

das, en un informe a Su Majestad, escribió que lo que los indios del norte nombraban el Teguayo y los mexicanos llamaban Copala, era “el lugar de donde habían salido todas las naciones que luego fundaron y poblaron ciudades más al sur”. Subrayó que no se debía confundir el reino de Teguayo con la gran Quivira, tal como hacían “muchos cosmógrafos y astrónomos”, y agregó que, de igual manera, había en el Teguayo “las vacas cimarronas que llaman cíbolos, que hacen tránsito de una a otra parte”.²⁰



El siglo XVII finalizó con algunas referencias interesantes para esta historia de los bisontes en el continente americano. Juan Domínguez de Mendoza, en su expedición por Nuevo México en el año de 1684, registró que el número de bisontes era tan grande cerca del río San Clemente, “que sólo la Divina Majestad como maestra de todo [era] capaz de contarlos”.²¹ Por su parte, hacia el año de 1697, el viajero italiano Juan Francisco Gemelli Careri escribía, a propósito de las cosas más notables de la Nueva España, un capítulo sobre las aves y otros animales, de los que dijo que “eran especiales del país los cíbolos”, que describió tan grandes como las “vacas”, y muy estimados por su pelo largo y suave.²²

Por último, para el historiador hispano Juan de Villagutierre y Sotomayor –que por entonces ponía punto final en Madrid a su manuscrito sobre la historia de la conquista y de la ocupación de las provincias de Nuevo México– en esa región eran especiales las que llamó “vacas de Zíbola”. Como nunca las había visto, prefirió definirlas a partir de la descripción que habían dado de ellas el conquistador Pedro de Castañeda y los cronistas Francisco López de Gómara y Antonio de Solís, perpetuando la idea de que parecían bueyes

²⁰ Real Academia de la Historia, Madrid, Colección Juan Bautista Muñoz, *Piezas correspondientes al orden real*, t. 3, MS 948/59, fray Alonso de Posadas, *Informe franciscano hecho a Su Majestad sobre las tierras de Nuevo Méjico*, 14 de marzo de 1686, f. 19.

²¹ *Pichardo's Treatise on the limits of Louisiana and Texas*, Austin, The University of Texas Press, 1934, v. II, p. 337. El padre José Antonio Pichardo escribió su tratado entre los años de 1808 y 1812. Los manuscritos originales se encuentran en AGN, *Historia*, v. 541 a 548.

²² Juan Francisco Gemelli Careri, *Las cosas más considerables vistas en la Nueva España*, México, Ediciones Xóchitl, 1946, p. 150.

“con algo de león y algo de camello”. Agregó, sin embargo, el viejo pensamiento de que se trataba de animales monstruosos y fieros, “que asustaban a los caballos, o por su mala catadura, o por la fealdad de su rostro”,²³ engrosando la lista de los que veían en esas extrañas y apetecibles vacas, una incómoda e innombrada manifestación del maligno, que creían asentado en esas tierras. La constante, a pesar de todo, seguirá siendo el reconocimiento de que el siglo terminaba, pero no los cíbolos, cuya abundancia, todavía, hacía imposible calcular su número, a pesar de que comenzaban a sentirse las ávidas prácticas de caza de los colonos, en las que se vieron involucradas las naciones indígenas que no imaginaban todavía los cambios de gran consecuencia que eso traería a su ecológico y religioso equilibrio ancestral.

²³ Biblioteca Nacional de Madrid, Sala Cervantes, Ms. 2822 y 2823, Juan de Villagutierre y Sotomayor, *Historia de la conquista, pérdida y restauración del reino y provincias de la Nueva México en la América Septentrional* (siglo xvii), 2 v.



3. LOS FRANCESES EN EL SEPTENTRIÓN DE AMÉRICA Y SU REPRESENTACIÓN DEL MUNDO SALVAJE

Nueva Francia y sus respetables “bueyes”

Las colonias francófonas en América se habían iniciado desde el año de 1600 y durante un poco más de siglo y medio llegaron a comprender un inmenso territorio que abarcó, en su época de mayor esplendor, desde el lago Superior a la Luisiana —ocupada esta última por los galos entre 1699 y 1762. A lo largo del siglo XVII, los franceses tuvieron numerosas disputas con los colonos hablantes de lengua inglesa y con los e pañoles. Cuando en 1653 se firmó la paz entre francos e ingleses, los primeros protagonizaron nuevas e importantes expedicione en la zona que comprometió, por igual, a misioneros, militares, colonizadores, tratantes de pieles y comerciantes.

Ellos siguieron la ruta del principal afluente, el río Mississippi, y entraron en contacto con naciones indígenas a las que —aunque reconocieron en ellas muchas cualidades culturales— siempre designaron con el vocablo genérico de “ alvajes”. En las crónicas que legaron de esos viajes dieron cuenta, asimismo, de la presencia en alguna de esas regiones del que llamaron con simpleza “ganado salvaje”.

Hacia 1673 el canadiense Louis Jolliet, junto al jesuita francés Jacques Marquette, iniciaron su periplo por el lago Michigan hasta llegar al río Mississippi, donde continuaron su descenso hasta muy cerca de la boca del afluente. Después de recorrer casi 5 000 kilómetros de ida y vuelta pudieron delinear la casi totalidad de su inmenso cauce. El padre Marquette, quien además conocía algunas lenguas amerindias, dejó por escrito un sugestivo testimonio, fechado un año después, en el que en medio del recuento de aventuras, paisajes y costumbres de animales y “ alvajes”, describió a grandes manadas de venados y de “ganado salvaje o *pisikious*”,¹ —nombre este último

¹ Según Ulrich Danckers en la sección “encyclopedia” de su libro *Early Chicago: to the year 1835 when the Indians left*, Hardcover; 2000, la palabra *pisikious*, es una corrupción del ojibwa *bizhiki* y del algonquín *pijaki*, voces ambas con que cada una de esas naciones nombraba a los bisontes.

que le daban los illinois a los bisontes— que aumentaban en número conforme seguían río abajo, especialmente cuando alcanzaron el paralelo de 41 grados con 28 minutos, donde dice haber visto una manada con más de 400 cabezas.² Explicó a sus lectores que los franceses lo nombraban “ganado salvaje”, porque era muy similar a su ganado doméstico, aunque con diferencias: el primero era menos largo, dos veces más ancho, más corpulento, con la cabeza más grande, la frente plana y, según él, con los cuernos más largos.

El jesuita nos legó su propia impresión sobre los bisontes de aquellas tierras que, en su caso, también refleja temor y desazón por su fealdad, aunada al reconocimiento de que su carne y su sebo eran “excelentes”. En pocas palabras, pensaba que tenían características que los hacían “espantosos”. Llamó su atención la “especie de papada” que les colgaba del cuello, la joroba “bastante alta”, las piernas gruesas y cortas, y la “crin como de caballo en forma de cresta”, que además de cubrirles la cabeza, el cuello y una porción de los hombros, les tapaba los ojos impidiéndoles ver. Sobre el resto de su cuerpo, dijo que eran cubiertos por “un pesado pelaje rizado”, más grueso y fuerte que el de las ovejas, que al perderlo en el verano, les dejaba esa parte de la piel “tan suave como el terciopelo”. Vio cómo vivían desparramados en manadas por las praderas y también fue testigo de su ferocidad al dar muchas veces muerte a sus cazadores. Explicó que cuando atacaban tomaban a un hombre entre los cuernos—algunos lo levantaban por el aire— lo arrojaban al pi o, lo entrampaban bajo los pies y luego lo mataban. Creía que eran animales decididos y orgullosos porque después de ser baleados se tiraban al suelo escondidos en el pasto, desde donde “percibían” al disparador, al que atacaban corriendo hacia él muy rápido, velocidad que alcanzaban cuando estaban verdaderamente enojados.³

Buenas costumbres de las “vacas bravías”

Las exploraciones de los franceses se sucedieron unas a otras entre las décadas de los sesenta y ochenta de aquel siglo XVII. Entre ellas

² Jacques Marquette, “Le premier voyage qu’a fait le P. Marquette vers le Nouveau Mexique”, 1674, en *The Jesuit Relations. Natives and Missionaries in Seventeenth-Century North America*, editado por Allan Greer, Boston, Nueva York, Bedford/St. Martin’s, 2000, p. 194 y 195.

³ *Ibid.*, p. 196.

destacan las que emprendió el caballero francés René Robert, mejor conocido como “Sieur de La Salle”, quien había llegado a Canadá desde 1666 en donde se estableció como comerciante de pieles y adquirió fama como expedicionario, fundador de fuertes y plantador del símbolo de la Flor de Lis que agrandaba las posesiones de Luis XIV en tierras americanas. En su tercer viaje, realizado en 1679 en compañía del misionero recoleto Louís Hennepin, llegaron hasta el río Niágara. Tiempo después, en 1681, en una cuarta travesía, La Salle bajó por los ríos Illinois y Mississippi hasta el golfo de México, tomando posesión de ese extenso territorio en nombre de Francia al que llamó *Louisiane*⁴ en honor de su monarca. Regresó al continente europeo para solicitar la ayuda del rey con objeto de llevar a cabo una quinta expedición, de nuevo “hasta las boca del Mississippi”, que tendría lugar entre 1684 y 1688, ocasión en la que ni encontró la desembocadura mentada, teniendo que hacer tierra en Texas en la Bahía del Espíritu Santo; no pudo contarla en persona porque en marzo de 1687 sería asesinado por uno de sus hombres –Pierre Duhaut– que se habían amotinado contra su autoridad. Más adelante me referiré a este quinto viaje porque estarán muy presente los “ganados de toros”. Ahora es necesario recuperar lo reseñado por el franciscano recoleto Hennepin, que formó parte de la tercera expedición, de la que escribiría algunos años después su versión de los sucesos.



El flamenco recoleto Louis Hennepin recibió, en el año de 1675, órdenes de sus superiores de embarcarse como misionero a Canadá. Partió en calidad de miembro de la tercera expedición encomendada a La Salle y llegó a Quebec en septiembre, aunque antes de unirse a la expedición pasó cuatro años predicando, conociendo el territorio y aprendiendo lenguas indígenas. En el otoño de 1681 viajó a Francia, donde durante un año escribió sus memorias de

⁴ Mario Hernández Sánchez Barba, *Historia de Estados Unidos de América. De la república burguesa al poder presidencial*, Madrid, Marcial Pons, 1997, p. 53.

viaje. Apareció primero *Descripción de la Louisiane*, París, 1683, y catorce años después en Utrecht, Holanda, *Nuevo descubrimiento de un gran país situado en América*.⁵ También en Utrecht publicó al año siguiente otro libro que tituló *Nuevo viaje de un país más grande que Europa*, que, junto con el anterior, fueron traducidos ese mismo año al inglés y editados en Londres.⁶

El padre Hennepin encontró muchos bisontes en la tierra de sus aliados illinois –asentados en el norte de lo que hoy estado de Illinois– y los nombró “bueyes”, “toros bravos”, o “vaca bravías”. Para describir ese animal tan novedoso e inquietante, usó las mismas palabras y calificativos del je uita Marquette, incluido, las crines, las jorobas, el espanto y su carne succulenta. Asimismo, describió a detalle algunas costumbres de los bisontes. Dijo que cambiaban de tierra “conforme a la mudanza de los tiempos y según la variedad de los climas”, porque cuando empezaba el frío emprendían el camino a las tierras del sur, por sendas que, a fuerza de su paso, le parecía que estaban “tan trilladas como los caminos reales en Europa”.

Gracias a la enorme cantidad de pasto que comían en el verano –que según él les llegaba hasta el pescuezo– estaban muy gordos hacia el otoño, y era como si estuvieran en su elemento, en las prolíficas praderas llenas siempre de ellos y de otras variedades de animales silvestres. Encontró, incluso, algunos bisontes en los bosques, guarecidos del rigor del sol, y muchos en las islas, a donde iban especialmente las hembras a tener a sus crías, lejos del acoso de los lobos. Vio que las manadas se movían en fila, uno detrás de otro, parando todos a descansar en un mismo paraje, o que podían también nadar en las corrientes de los ríos con gran agilidad.⁷ Creía que

⁵ Libro que fue visto por varios historiadores de su tiempo como salpicado de falsedades y de glorias que no le correspondían. Ahí afirmaba que había recorrido el Mississippi hasta el golfo de México, asunto que no tuvo tiempo de hacer entre su salida del país de los illinois y el apresamiento que de él hicieron los issati-sioux pocos días después. En esa tercera expedición de La Salle no llegaron hasta las bocas del Mississippi y sería sólo La Salle el que lo lograra en su cuarto viaje, en el que Hennepin ya no participó.

⁶ *Catholic Encyclopedia*, <http://www.newadvent.org/cathen/07215c.htm>

⁷ Biblioteca Nacional de Madrid, Sala Cervantes, MS 3179, Louis Hennepin, *Nuevo Descubrimiento...* Es importante señalar que se han hecho muchas traducciones y ediciones de la obra de Hennepin, algunas de las cuales han cambiado su título, como por ejemplo la edición española de 1902, que se titula *Relación de la América Septentrional*, Madrid, Imprenta de la viuda de Pedraza, p. 235-237, donde el traductor Sebastián Fernández de Medrano agregó algunas cosas de su cosecha, como decir, por ejemplo, que parecían camellos, cuando Hennepin nunca mencionó a estos animales, o el añadir que los bisontes tenían el mismo ins-

a pesar de que esos animales eran “grandes máquinas de carne”, andaban muy aprisa, impidiendo que los “salvaje” los pudieran alcanzar corriendo. En cuanto a la cantidad, dijo haber visto bandadas de 200, 300 o 400 “toros bravos” juntos, y puntualizó que además de los “salvajes”, había muchos “bucaneros y filibusteros” matando bastantes de ellos. Sobre la manera de los habitantes originario de preparar la carne de esos “ganados” comentó que la secaban al sol, conservándola muy bien por tres o cuatro meses sin el uso de la sal, “de manera que no se corrompe”. Le parecía que al comerla era como la carne fresca acabada de matar.⁸

Los galos y el instinto de los “ganados”

Sabemos de lo pormenores del quinto y último viaje de La Salle, gracias al diario que escribió M. T. Joutel, participante en esa aventura que tuvo lugar entre 1684 y 1688 y en la que, como dije más arriba, buscaron infructuosamente la desembocadura del Mississippi. La mayor parte de la información que se proporciona corresponde a la región de Texas en la que, ya desde antes de de embarcar, vieron numerosos corzos y “toro de diferente figura que los nuestros”. Para ello fue muy importante la presencia de todo tipo de animales de caza, tales como aves, peces, corzos, conejos, gallinas de la India y patos, pero especialmente la de los “ganados”, que significó, mientras duró su periplo, la proveeduría de grandes cantidades de piel y de carne que secaban al sol.

Contó Joutel que conforme más se adentraban en la tierra encontraban más “ganado”.⁹ No escatimó palabras para describir el encanto de la región, por sus muchos arroyos, árboles “muy bellos”, campiñas cubiertas de hierbas, pero, sobre todo, por el “gran número de toros”. De hecho, bautizaron un afluente como “La rivière

tinto de las golondrinas europeas, aves que el recoleto tampoco nombró cuando se refirió a las costumbres migratorias de los cuadrúpedos de nuestro interés.

⁸ Ver el capítulo “La representación europea del bisonte americano”, en el que inserto el dibujo de un “Buey salvaje”, aportado en una de las ediciones de la obra de Hennepin.

⁹ El primer traductor al castellano de este diario fue José María Tornel y Mendivil, quien erró en su traducción, precisamente en el asunto del “ganado”, ya que siempre agregó la palabra “vacuno”, palabra que nunca fue mencionada por Joutel, cuando, es evidente, que este se refirió a los bisontes, al señalar las diferencias entre ese “ganado” y el europeo.

aux boeufs” (El río de los bueyes), a los que describió escuetamente diciendo que eran “como los nuestros”, aunque en lugar de pelo “con una larga y rizada clase de lana”. Añadió que les gustaba la sal, por haber hallado una fuente de agua salada con muchas de sus huellas alrededor.¹⁰ Su diario es muy preciso en cuanto a los días que caminaron, ya sea bajo la lluvia o al rayo del sol, a propósito de los campos atravesados, de sus campamentos, y de la “abundancia de toros” en toda esa tierra, cicatrizada por sus rutas de movimiento. Registró, también, que el grupo expedicionario siempre seguía las vías marcadas por los “toros”, porque según Joutel, “el instinto de esos animales los llevaba a los lugares más fáciles para el tránsito”.

Fue en este viaje cuando ocurrió el asesinato de La Salle, “por sus modales altaneros y la dureza con que trataba a sus súbditos”. Esta muerte coincidió con la ausencia de los “ganados” y, por lo tanto, con la falta de carne durante muchos días. Contó que siguieron su marcha liderados ahora por los que tramaron la muerte de su antecesor, los que a pesar de que volvieron a encontrar y matar “ganados” no repartían la carne entre los expedicionarios. Ya en “el país de los accancea” (hoy Arkansas), volvió la abundancia de “ganados” y por ende la de la carne, que se apuraron a “acecinar”. Terminaron su marcha en “Chicagou”, donde los “toros” se redujeron notablemente, no viendo más que algunas “becerras muy flacas y de estas muy pocas”, atacadas por el frío y por los lobos. Antes de embarcarse para Francia, hacia el último cuatrimestre de 1688, Joutel conoció la nación de los huron, famosos cazadores de castores y diestros comerciantes de sus pieles, que estaban establecidos al sur de lo que ahora es Ontario. Dado que allá no había pastizales y por ende bisontes, podía notar Joutel que esa nación de “salvajes” rara vez tenían carnes frescas y el hecho de que, cuando las había, provenían de los venados, ellos sí abundantes en la región.¹¹

¹⁰ M. T. Joutel, *Diario histórico del último viaje que hizo M. de La Salle para descubrir el desembocadero y curso del Mississippi*, Nueva York, José Desnoues, 1831, traducido del francés por José María Tornel, Ministro de México en los Estados Unidos, p. 23, 39, 48-49, 50, 54-55, 56, 62, 64-65, 67, 68.

¹¹ *Ibid.*, p. 84, 96, 140-41, 152-53.



Por su parte, el barón de La Hontan, lugarteniente de marina y explorador francés de ese tiempo –llegó a América en 1683–, dejó memoria de dos asuntos interesantes a nuestro relato: el recuento de sus experiencias con los aliados huron, con los que vivió un largo período, y la reseña detallada de las costumbres de caza de varias naciones indígenas que conoció, que nos indica hasta donde llegaban los bisontes, del todo ausentes en tierras de los huron. Refrendó lo dicho por Joutel en cuanto a que la cacería principal para ellos era la de castores, y agregó que no era menos importante la caza de “orignaux” (ciervos),¹² a los que perseguían y encerraban para darles muerte con menos dificultad.¹³

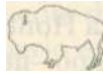
El salvaje refinamiento de la caza

Los viajes y las experiencias de los colonos francófonos por Nueva Francia y la Luisiana siguieron al iniciarse el siglo XVIII. Contamos, por ejemplo, con el testimonio de un monsieur L'Erbanne, quien en 1723 anduvo en las tierras habitadas por los caddoaquio, precisamente en Natchidoches, Luisiana. Ahí pudo constatar que ellos eran muy buenos cazadores de “boeufs sauvages”, para lo que, dijo, usaban sus caballos, que les daban más velocidad y posibilidad de huida. También se refirió al país en donde estaban arraigados los illinois, de los que apuntó, como ya lo habían hecho antes otros compatriotas suyos, que aquellos tenían que moverse más de cien leguas para encontrar a los “bueyes”. Apreció, asimismo, las dotes de buenos comerciantes que estos tenían, sobre todo, en relación con las pieles

¹² *Orignal*, *orignaux* o *élaín du Canada* (ciervo o gran ciervo de los países del norte), palabra importada al Canadá por los inmigrantes, alteración de *orignac*.

¹³ La Hontan, barón de (Louis Armand de Lom d'Arce), *Dialogues curieux entre l'auteur et un sauvage de bons sens qui a voyagé, et Memoires de l'Amerique Septentrionale*, France, The Johns Hopkins Press, 1931, entre la p. 132 y 133. La primera edición fue en 1703 y se convirtió en un libro exitoso en varios países con más de veinte ediciones. Ver también AGI, *Indiferente* 1528 N 8, Cartas del barón de La Fontan, 1 de septiembre de 1699 y barón de La Hontan, *Copie du journal de voyage du Lieux Cavalier prêtre de mons. La Salle lesquels entreprirent tous les deux par mer la decouverte du fleuve Mississippi, l'an de 1684 avec plusieurs nations*.

de distintos animales, incluido, por supuesto, el bisonte del que, aseguro, hacían comercio igualmente con la lana de su cabeza.¹⁴



En Luisiana vivió también por más de veinte años el galo Antoine-Simon Le Page du Pratz, quien llegó ahí en 1718, dedicándose a actividades agrícolas y comerciales. Regresó a Francia en 1734, donde, después de casi otros veinte años, escribió sobre aquella experiencia, publicando definitivamente su *Histoire de la Louisiane* en 1758 en tres volúmenes. Se ha dicho de él y de su obra que tiene mucho de etnógrafo, de historiador y de naturalista. No sólo aprendió la lengua de los natchez, sino que hizo amistad con muchos de ellos, y por eso decidió darles la palabra, incorporando sus mismos relatos, llenos de tradiciones y de costumbres. Además de incluir una breve historia de la colonia francesa, dio muchas recomendaciones sobre el trato a los nativos, a los esclavos africanos –de los que poseía algunos–, o, por ejemplo, sobre la manera como sería más fácil cazar a los “boeufs sauvages”.

En el tomo primero de su historia refirió una caza de “bueyes salvajes” en las orillas del río Arkansas. En cuanto al número de venados y de bisontes que ahí había señala que era “grande”, y que unos y otros iban en manadas, que a veces juntaban a 150 individuos. La experiencia en esas cacerías le había enseñado que los “bueyes salvajes” se asustaban con el menor ruido, y mucho más con los disparos, huyendo despavoridos. Le parecía que los franceses tenían que copiar los métodos de caza de los españoles de Nuevo México, según lo que “se contaba de los hispanos” en esa parte franco parlante del Septentrión, esto es, que usaban jarretes, para poder, después, dar más fácilmente muerte a esos “bueyes”. El jarrete¹⁵ era un instrumento que cortaba el tendón de Aquiles o jarrete de los animales en plena carrera, y los ponía, como apuntó Le Page du Pratz, “acorralados, espantados, sin poder huir, perdiendo

¹⁴ Briscoe Center for American History, 2Q235, “Franceses en el valle de Mississippi”, Ms. 1723, French National Archives, Monsieur L’Erbanne, *Memoir*.

¹⁵ Se trata de unas pértigas largas que en uno de sus extremos tenían una media luna de hierro con filo en su borde cóncavo.

sangre, debilitados, dejándole a su enemigo la libertad de acabarlos como él guste”.¹⁶

Pensaba Le Page du Pratz que el modo “era bueno” por varias causas: no causaba temor a los animales; podría volverse de enorme ventaja para nativos y colonos, que tendrían alimento abundante; no era costoso; y, según él, “tampoco era incómodo”. Lo interesante del caso, es que ni los mismos e pañoles, ni ningún otro europeo, incluidos los franceses, nunca habían mencionado que los primeros usaran jarretes para inutilizar a los animales antes de matarlos.¹⁷ Le Page tuvo que explicar cómo podía construirse tal arma, indicando que las cacerías deberían hacerse entre octubre y febrero, con muchos hombres a caballo. En ese país, dijo, estos últimos no eran costosos y se alimentaban con poco, y los “bueyes” al verlos, moderaban su espanto. Por último, recomendó ir hacia ellos contra el viento, porque tenían un olfato muy sensible.

Contó que sólo los bueyes ligeros huían rápido, siendo que muchos otros no podían hacerlo a causa de su pesadez y su gordura, propiciada por las abundantes pasturas de hierba fina que ávidamente comían de día y de noche. Esto, según él, los hacía más apetecibles por su sabroso sebo, tema que volvió a incorporar a sus recomendaciones sobre el beneficio de su caza, junto con el de su lana y el de sus grandes y bellas pieles. Había todavía tantos bisontes, que Le Page, pensaba, iluso, que ese negocio “no disminuiría la especie”, y apuntó que su depredador natural eran los lobos, que buscaban a los individuos aislados para procurarse el alimento necesario.¹⁸

¹⁶ Antoine Simon Le Page du Pratz (1695?-1775), *Histoire de la Louisiane*, a Paris, Chez de Buré, de la Veuve Delaguette y de Lambert, 1758, t. I, p. 313-14.

¹⁷ En la Península Ibérica se usaban jarretes en la ganadería, y desde ahí se llevaron a las tauromaquias antigua y moderna. En el siglo XVIII, al final de la corrida, el toro era picoteado con lanza, picas y espadas y luego desjarretado. Aunque desde la época de las corridas caballerescas siempre se menciona el desjarrete como muy del gusto popular, también hubo voces que señalaban que era absolutamente desagradable y que tenía que erradicarse de las fiestas de toros. Ver *Prontuario de Tauromaquia, o sea, el libro de los toros necesario e indispensable para conocer y juzgar con facilidad y acierto todas las suertes de las funciones de toros, la clasificación de estos, etc., etc., por medio de tablas sinópticas, escrito por F.I.C.U.*, Madrid, Imprenta de Don José María Alonso, 1847, p. 33. En la Nueva España de ese mismo siglo dieciochesco se hizo común su uso en las haciendas ganaderas, siendo que los individuos que sabían desjarretar cobraban mejores salarios, como podemos apreciarlo en la documentación del período. A propósito de que los hispanos se hayan servido de esos instrumentos para matar bisontes en Nuevo México, además de Le Page Du Pratz, este asunto fue mencionado por otros dos viajeros que visitaron Texas en los inicios del siglo XIX: Arthur Wavel y Louis Berlandier.

¹⁸ Antoine-Simon Le Page du Pratz, *op. cit.*, p. 315.

En el tomo II de su historia se refirió a los cuadrúpedo de la Luisiana, dedicando tres páginas a los “boeufs sauvage”, que describió como del tamaño de los más grande bueye europeos y dijo que los primeros eran de este tamaño a causa de su lana larga y muy rizada de color marrón oscuro. Los pintó con un fleco entre los cuernos que les caía sobre los ojos y les impedía ver, cosa que se suplía con su oído y su olfato muy finos. También tenían una joroba considerable, los cuernos gruesos, las pezuñas negra, y en cuanto a las vacas de esa especie, “con las tetillas hacia adentro, como en el caso de las yeguas y las ciervas”.¹⁹ Señaló que ese “buey” era la comida principal de los naturales y que desde hace mucho tiempo ya lo era de los franceses, y confesó que para él la parte más extremadamente delicada y sabrosa era la joroba. Aludió, asimismo, a como los galos se habían aficionado a la manera de los nativos de tratar y pintar las pieles. Dijo que iban a cazarlos en invierno a las praderas de las tierras altas de la Luisiana, ricas en hierbas, y que al acercarse a ellos, “se apuntaba a su paletilla”. Alertó sobre el hecho de que si no quedaba lo suficientemente herido, el “buey” podía correr hacia su atacante, y finalizó su recuento con la noticia de que los indios sólo mataban a las vacas y esto era, según él, porque la carne de los machos despedía el desagradable olor del macho cabrío,²⁰ asunto que, por cierto, nunca llamó la atención de los hispanos, ni fue nombrado por ninguno de ellos, durante los tres siglos que incursionaron y ejercieron dominio sobre esas norteñas regiones.

Comodidades irrenunciables de los “boeufs sauvages”

Las fatigas de los viajes al país de los illinois quedaban recompensadas por el placer que proporcionaba la caza. Así lo cuenta el capitán de las tropas de la marina francesa Jean Bernard Bossu quien, entre 1751 y 1766, dirigió varias embarcaciones llenas de soldados que atravesaron el río Mississippi y sus afluentes. La primera vez, partieron de los asentamientos arkansas y tomaron rumbo al norte. Asombraba a Bossu que durante cerca de 300 legua no hubieran

¹⁹ Ver en el capítulo “La representación europea del bisonte americano”, el grabado de un “Boeuf sauvage” incluido en el texto de Le Page du Pratz.

²⁰ *Ibid.*, t. II, p. 66-68. La expresión que utilizó es “sentire le Bouquin”, que bien podría ser un olor a almizcle.

encontrado pueblos ni casas, pero sí, “felizmente”, manadas de “bue-yes salvajes”, venados y ciervos, en una temporada que, al ser de pocas aguas porque empezaba el invierno, hacía que los animales bajaran a beber a las riveras de los ríos. Sabedores los indios arkan-sas de que los franceses necesitaban alimentarse en esas largas trave-sías se contrataban con ello como cazadores. Muy temprano salían en piraguas a matar a los bisontes, carne que dejaban lista sobre la rivera, para luego ser recogida por un convoy que la llevaba a los barcos. Todo esto lo rememora Bossu, anotando, además, que los arkansas reservaban las lenguas y “lo filets”, para ofrecerlos a los comandante y oficiales, mientras un sargento distribuía el resto de la carne a los soldados, que no siempre quedaban conformes.²¹

El escrito que ese capitán legó en forma de cartas, revela, también, la mirada colonizadora que no podía creer que “países tan bellos”, estuvieran tan escasamente habitados, “o poblados más que por brutos”. Bossu, sin embargo, reconocerá –por muchas cosas sucedidas y observadas por él más adelante– que esos pueblos no eran “salvajes” más que de nombre, y que los franceses que habían tratado de embaucarlos habían salido burlados. Tampoco, por otro lado, dejó de subrayar los civilizadores esfuerzos de los galos, cuya presencia modificó, sin duda, para bien y para mal los hábitos y costumbres indígenas.²² Hacia 1753, “el país de los Illinois” –que Bossu llama “uno de los más hermosos que haya en el mundo”– además de abastecer de harina a toda la parte baja de la colonia francesa, se dedicaba con éxito al comercio de plomo y sal, y al de pieles de castor, nutria y “buey salvaje”. La naturaleza los había proveído con profusión de fuentes salada de la que obtenían el valioso condimento que, además, atraían a los ciervos y a los bisontes que gustaban de los pastos de sus bordes y cercanías, de donde se lograba mucha carne y lenguas que salaban y comerciaban con éxito en Nueva Orleáns.²³

Tres años después, mientras descendían por el Mississippi, los franceses seguían viendo “bueyes salvajes” a lo largo de su trayecto. Una vez que acamparon en una isla fueron testigos de la capacidad

²¹ Jean Bernard Bossu, *Nouveaux voyages aux Indes Occidentales, contenant une relation des différents peuples qui habitent les environs du grand fleuve saint-Louis, appelé vulgairement le Mississipi ; leur religion, leur gouvernement, leur mœurs et leur commerce*, Amsterdam, Chez D. J. Changuion, 1769, 2 v., I, p. 95-97.

²² *Ibid.*, I, p. 126.

²³ *Ibid.*, I, p. 109.

de los bisontes para atravesar a nado el ancho del río. Asustados con los disparos, se lanzaron al agua “hacia el continente”, ocasión que aprovecharon los francos, embarcados en ligeras canoas, para matar a cuatro –más dos venados de las orillas– cuyas carnes salaron. Su orgulloso relato agregó que poco después habían cazado un oso por obtener su piel, sus patas y su lengua.

Por el año de 1762 Bossu anduvo en la Luisiana, la que describió ampliamente, incluidas las costumbres de sus habitantes los *attakapas* y la lista de sus “animales curiosos, simples y saludables”, muchos de ellos, dijo, “desconocidos en Europa”. Dedicó, por lo tanto, varios párrafos al “buey salvaje”, comentando además que “los franceses y los salvajes [conocían] muy bien sus comodidades”, poniendo en su relato en segundo lugar a los que los habían enseñado a preparar sus carnes, que los proveían de hermosas mantas para cubrirse, que fabricaban los colchones rellenos con su lana y las candelas de buen sebo, cosas todas que los galos preferían sobre las demás de su clase. Terminó sus recuerdos sobre el tema, anotando algo que, según él, le tocó observar, y que habría sido la única vez que se mencionó, a propósito de los depredadores de los bisontes. Bossu describió –como si hablara más bien de una escena sucedida en África entre una pantera y un búfalo– la traidora presencia de los “tigres”,²⁴ que subidos a los árboles de los pequeños senderos, esperaban a los “bueyes” que iban al río, saltando, de repente, sobre su cuello, para destrozar su nervio. Culminó su fantasía añadiendo que en esa circunstancia poco les sirvió a esos bueyes su poderosa cornamenta y su enorme fiereza.

²⁴ *Ibid.*, II, p. 124-127.

4. LA PERSISTENTE FAMA DE LAS CIUDADES DE ORO, EL TRÁFICO DE PIELES Y LA GUERRA

“Verdaderos cíbolos” en tierras de los Moctezumas

El tránsito al siglo XVIII en la Nueva España, podemos conocerlo, por ejemplo, en los importantes viaje al Septentrión que hizo el jesuita Eusebio Kino, en los que visitó varias ciudades en ruinas.¹ Este iba en compañía del alférez Juan Mateo Mange quien, a su vez, no sólo narraría los avatares de muchas expediciones que emprendió entre 1693 y 1721, sino que hizo, además, toda una historia de los intentos de España, desde el siglo XVI hasta principios del siglo XVIII, por conquistar la legendaria Cibola, rica en ciudades pobladas, en metales y en piedras preciosas. Esto le dio pie para hablar de su tema favorito: los cíbolos, de los que explicó que desde las épocas de Vázquez Coronado andaban por allá en gran número, y los describió “casi como vacas, con un pelo que parecía lana de oveja”, muy bravos y difíciles de domesticar y reducir al arado.

Cuando Mange aludió a la expedición del adelantado Juan de Oñate – ucedida a fines del siglo XVI–, se refirió al entorno natural, justificando la abundante cantidad de cíbolos, por la fertilidad de dehesas, llanos, ríos y “lagunas de superabundante pastos”. Su entusiasmo con esos animales lo llevó a exponer las creencias y los deseos de los españoles con respecto a ellos. Mange, junto con algunos otros en su tiempo, afirmaba, sin evidencias, que los cíbolos andaban por tierras de California. También, formó parte de los que creían que podían someterlos. Según él, “había experiencia” de que el ganado cíbolo del septentrión podía, con muchos trabajos, ser reducido a “cargos y arado”. Asimismo, Mange compartía lo dicho por Antonio de Solís en cuanto a que el toro mexicano era “el ver-

¹ Eusebio Francisco Kino, *Favores celestiales de Jesús y de María Santísima y del gloriosísimo apóstol de las Indias, Francisco Xavier...*, firmada por Kino hacia 1708, *Las misiones de Sonora y Arizona*, v. VIII, México, Archivo General de la Nación, 1913-1922, p. 28-29.

dadero cíbolo que por grandeza tenía Moctezuma en la casa de las fieras”, a lo que agregó que había sido llevado desde Nuevo México, por no haberlo en el centro y el sur de la Nueva España.²

En este relato, cuyo objetivo era informar oficialmente de todos los descubrimientos, igualmente hubo referencias a los fantásticos sitios como La Gran Quivira, o el reino de Teguayo. Sería de Quivira de donde, según este autor, salieron “hacia 1317” los primeros mexicanos, y era en el Teguayo en que situaba a las Siete Cuevas de las que ellos habrían partido definitivamente. Por último, Mange mencionó que los cíbolos corrían incluso hasta Nueva Francia, tierras que describió como “fértiles y pingües”, donde “las naciones de indios iban vestidos y calzados”.³



Otra crónica referida a la Pimería Alta fue la del padre jesuita Luis Xavier Velarde, quien por 1716 fue sucesor de Kino en la misión de Dolores. De él cuentan que escribió dos de los capítulos del diario sobre Sonora de Juan Mateo Mange, y quizá por eso repitió varios datos que habíamos visto en los informes de éste, así como otras noticias señaladas por Eusebio Kino, aunque agregando cosas a partir de lo que le dijeron sus informantes los pimas. Su objetivo era rectificar algunos falsos supuestos y rumores. En su relato están presentes, sin embargo, el “Gran Teguayo y la Gran Quivira llenos de ganado cíbolo”; Cíbola o “las Siete Cuevas o Ciudades de donde salió la nación mexicana a fundar su imperio”; Casas Grandes y su primer Moctezuma que fue hechicero; los cíbolos en la casa de los animales en Tenochtitlan; la abundancia de cíbolos adelante del río Colorado; y, entre otras cosas, los venados que criaban las codiciadas piedras “bezales” como antídoto para la rabia. Le parecía, también, que eran falsas las teorías de los que afirmaban que los mexicanos habían salido de la Pimería, o la de los que decían que las Casas Grandes era una de las Siete Ciudades.⁴

² Juan Matheo Mange, *Luz de tierra incógnita en la América Septentrional y Diario de las exploraciones en Sonora* (1720), México, Archivo General de la Nación, 1926, p. 94, 110, 120, 123, 175 y 319.

³ *Ibid.*, p. 161 y 176.

⁴ Luis Xavier Velarde, “Relaciones de la Pimería Alta” (1716-1717), en Luis González R., *Etnología y Misión en la Pimería Alta 1715-1740*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 1977, p. 32, 36, 37, 53, 54, 55, 57, 60, 85 y 86.

Se decían tantas cosas sobre el Septentrión, incluso entre los mismos jesuitas, que mientras algunos creían puntualizar algunas, como las que he referido, otros, como el jesuita misionero José Agustín de Campos –que estuvo más tiempo al lado del padre Kino– pensaba que era posible descubrir por fin las Siete Cuevas o Ciudades, haciéndolo por el mar de California y navegando tres días más, después de la desembocadura del río Colorado. Así, decía Campos, se podría comprobar de una vez también si era verdad la afirmación de que había comunicación entre el mar de California y el grande del Sur y la de si la California era una isla o una península.⁵

El “cíbolo” en la nomenclatura del territorio descubierto

Muchos hispanos no se convencían aún de que la Quivira era un lugar que navegaba en su imaginario desde la expedición de Vázquez de Coronado, y una vez que aplacaron a los franceses que se querían adueñar de territorio texano, decidieron encontrarla a partir de la noticia proporcionada por varios viajeros que la colocaban al norte de la provincia de los Texas. Durante los primeros decenios del siglo XVIII las autoridades del virreinato recibieron varias peticiones para efectuar su descubrimiento. Entre ellas destaca la del franciscano fray Francisco Hidalgo, quien tomó parte en muchas expediciones que, sobre todo a partir de 1716, junto con fray Isidro Félix de Espinoza y fray Antonio Margil, los llevaron a fundar o refundar muchas misiones franciscanas en Texas.⁶ Hidalgo conoció muy bien a las naciones indígenas de esa enorme provincia, especialmente a la de los indios asínais o texas, de lo que contó, que hacían casi dos días de camino hacia el noreste para encontrar “el ganado de cíbola”, en rutas que también emprendían para hacer la guerra a sus enemigos, y exaltó la importancia que para ellos tenía la carne y las pieles de los cíbolos en sus rituales más significativos.⁷

⁵ José Agustín de Campos, “La conquista del Moqui”, en Luis González Rodríguez, *Etnología y Misión en la Pimería Alta*, 1723, p. 252-253.

⁶ *Escolástica barroca, Ilustración y preparación de la independencia (1665-1810)*, en *Teología en América Latina*, Josep-Ignasi Saranyana, director, Madrid, Iberoamericana, 2005, v. II/1, p. 88.

⁷ Archivo del Colegio de Santa Cruz, Querétaro, fray Francisco Hidalgo, *Trabajo entre los indios Texas, 1705-1716*, 4 de noviembre de 1716.



Junto a los afanes por conquistar Cíbola y Quivira, el marqués de Casa Fuerte, virrey de la Nueva España, se vio necesitado de hacer algunas economías en los 20 pre idios y en las 3 compañías volantes del norte. Fue designado el hispano Pedro de Rivera—quien había sido dos veces gobernador de Tlaxcala y una vez de Yucatán—para que inspeccionara los presidios con el fin de proponer un proyecto. Estrenando el grado de brigadier, Rivera viajó durante tres años y medio por todo el ancho y vasto norte (entre 1724 y 1728), experiencia que le permitió tres cosas: hacer un informe en 1728, lograr un ascenso a mariscal de campo, y escribir un *Diario y Derrotero* publicado en Guatemala en 1736,⁸ con lo que aumentó notablemente el interés por esas tierras de promisión. Al relatar los aspectos más importantes de cada zona, no dejó de aludir—ciertamente no fue el único que lo hizo— a la nomenclatura de sierras, ríos y arroyos, confirmando que la formidable presencia de los cíbolos había dejado su impronta en la geografía y en sus habitantes. Rivera atravesó varias veces el importante “Arroyo del Cíbolo”, y en el nuevo Reino de León, en la misión de San Bernardino, dijo haber encontrado muchos indios “Cíboles”, mientras mencionó, que en Coahuila habitaba, entre otras naciones indígenas, la de los llamados “Cíbulo”.⁹

⁸ Alfredo Jiménez Núñez, *El Gran Norte de México: una frontera imperial en la Nueva España (1540-1820)*, Madrid, Tébar, 2006, p. 160.

⁹ Pedro de Rivera, *Diario y Derrotero de la visita a los presidios de la América Septentrional española (1724-1728)*, Málaga, Editorial Algazara, 1993, p. 91, 95 y 98. Además, hay que citar a la Cañada del Cíbolo, al vado de las Cíbolos, y en el estado de Coahuila una sierra llamada del Cíbolo, nombre que asimismo tenía un distrito del río Grande. Ver Vito Alessio Robles, *Coahuila y Texas en la época colonial*, México, Porrúa, 1978, p. 20, 484-486 y Luis Weckman, *La herencia medieval de México*, México, Fondo de Cultura Económica-El Colegio de México, 1994, p. 53. Por su parte, Luis Navarro García, en *Don José de Gálvez y la Comandancia General de Provincias Internas del Norte de Nueva España*, Sevilla, Escuela de Estudios Hispanoamericanos, 1964, p. 100, 273, 407 y 528, menciona que en la Tarahumara Alta había indios cíbolos desde fines del siglo XVII, que para 1754 estaban asentados en ambos márgenes del río Grande en Coahuila. También dice que en un mapa de Nueva Vizcaya y Culiacán de 1726 aparecía el Bolsón de Mapimí ocupado, entre otros, por los indios nombrados “síbulo”, y finalmente, que hubo un Distrito del Cíbolo y un Fuerte del Cíbolo creado en 1771.

Animales únicos “en el mundo sabido”

Cuando estaba por finalizar la tercera década del siglo XVIII, le fue encargado al padre José Arlegui –franciscano de origen vasco establecido hacia 1717 en el colegio de Zacatecas, que escribiera la crónica de la Provincia de San Francisco. Dada su importancia, ésta fue publicada en la ciudad de México en el año de 1737. Arlegui recogió informes sobre muchas regiones y entre otras cosas afirmó, citando al franciscano Antonio Salduendo, quien misionó como pionero en Coahuila por el año de 1606, que había cíbolos “en el reino de León y en el de Vizcaya”, además de ubicarlos en otras grandes áreas conocidas que él definió como “adelante de Chihuahua y en toda la tierra adentro”. Dijo que se trataba de una especie de animales, “que no sé ni he oído decir los haya en otra parte del mundo, porque ni en lo que he leído he hallado tal especie, ni entre la variedad de animales que los buriles romanos nos muestran, los he advertido”.

Agregó, que por allá los llamaban cíbolos y que eran muchísimos. Afirmaba que eran animales “equivalentes a los toros” por su tamaño, su “pie hendido”, su casi mismo sabor, y su ferocidad y ligereza. Agradecido con ello, dijo que su piel poseía una “crecida y amorosa lana”, con la que los indios hacían cobertores para el invierno que, para él, eran más efectivos que las mejores mantas de Palencia. Por último, refirió una anécdota curiosa e interesante: que él había visto a dos cíbolos entrar en Zacatecas jalando una carreta, a los que después vio sueltos por el campo “hermanándose mucho con la compañía de los bueyes”. Dijo, al respecto, que le habían asegurado que se juntaban con las vacas, las que concebían y parían “unos como mistos de toro y cíbolo”.¹⁰



Por esos mismos años, Antonio Ladrón de Guevara, quien había sido procurador del Ayuntamiento de Monterrey en 1733 y era un

¹⁰ José Arlegui, *Crónica de la provincia de nuestro seráfico padre San Francisco de Zacatecas*, México, Bernardo de Hogal, 1737, edición reimpresa en México por Ignacio Cumplido, 1851, p. 130-131.

constante explorador de la costa del golfo de México, dio a conocer por 1739 *Noticias sobre los poblados del Nuevo Reino de León, Provincia de Coahuila, Nueva Extremadura y la de Texas*. En este libro, y a diferencia del de Arlegui, su autor sólo mencionó a la Provincia de los Texas como el lugar, entre todos los que incluía en su escrito, que poseía abundantes cíbolos, a los que describió como un “género de ganado cimarrón o especie de vaca silvestre”, cuyas manteca y carne, dijo escuetamente, servían para alimento.¹¹

Por su parte, en el año de 1719, el gobernador de Nuevo México, Antonio Valverde y Cosío, de visita en las rancherías de los apaches cerca del río “Napestle” –identificado ahora como el río Arkansas– vio en sus valles cercanos tantas y tan magníficas manadas de cíbolos que lo consignó maravillado en una carta al virrey marqués de Valero, diciendo que, “a la distancia, parecían ser bosques”.¹²

Los que viven lejos de “las cíbolos” y “los búfalos”

Durante cerca de once años, entre 1756 y 1767, el jesuita alemán Ignaz Pfefferkorn misionó en la entonces extensa provincia de Sonora y escribió sus impresiones tres décadas después, en un libro muy útil para la historia de las actuales Sonora y Arizona. En él se ocupó de los conocimientos de sus gentes en cuestiones de medicina, de la historia natural de aquella tierra, así como de muchos pormenores de las costumbres y la religión de sus habitantes. Por supuesto, no dejó de mencionar a “los cíbulos o cíboros”, que ubicó al noreste, “en las regiones inhabitadas que bordean las montañas de los apaches”, animales a los que describió como “una clase de ganado salvaje”, al que, según él, algunos llamaban “buey de los bosques”. En cuanto a sus características –pelo, cuernos, tamaño, joroba– da la impresión de repetir lo que otros ya habían dicho, si bien, destacan en su caso dos cosas: el asignarles un color “café rojizo” y la certidumbre de que eran tan salvajes, “que nunca podrían ser domesticados ni entrenados para el trabajo”.¹³

¹¹ Antonio Ladrón de Guevara, *Noticia de los Poblados del Nuevo Reino de León, Provincia de Coahuila, Nueva Extremadura y la de Texas* (1739), Monterrey, Tecnológico de Monterrey, 1979, p. 37.

¹² *Pichardo's Treatise on the limits...*, v. 1, p. 191-192.

¹³ Ignaz Pfefferkorn, s.j., *Beschreibung der Landschaft Sonora samt andern merkwürdigen Nachrichten von den inneren Theilen Neu-Spaniens und Reise aus Amerika bis in Deutschland*, Köln am Rheine, 1794-95, 2 v., en *Sonora. A description of the Province*, Foreword by Bernard L.



En esa misma región, ocupada por los franciscanos tras la expulsión de los jesuitas en 1767, destaca la presencia de fray Francisco Garcés, oriundo de la provincia de Aragón. Desde que este había llegado a la Nueva España, en 1763, sirvió en el Colegio de Santa Cruz de Querétaro, de donde partió a las misiones sonorenses. En aquellos años hizo muchos viajes de exploración por el sur de California, el noreste de la Baja California, el norte de Sonora y por los desiertos de Colorado y Mojave. Algunas de estas expediciones alcanzaron cierta fama, como la de 1774 que llevó a cabo con el militar Juan Bautista de Anza, o las realizadas entre 1775 y el año siguiente, de las que dejó escrito un interesante diario. Para los objetos de esta historia, este no deja de ser importante, aunque en él se hubiera referido muy poco a las “cíbolas.”

La sola mención de que en la ranhería de los yavipais –ubicada entre los ríos Gila y Colorado– lo “hicieron participante” de una comida en la que hubo carne de “cíbola” y de res cimarrona “que habían muerto” los indios, nos indica que en la región vagaba un buen número de ganado bovino que crecía agreste y sin dueño. Contó también fray Francisco que a dos leguas de camino tenían una cueva donde los indios guardaban carne de “cíbola” y de burro,¹⁴ consiguiendo la primera en cacerías colectivas que implicaban un alejamiento de varios meses de sus territorios.



Algo similar ocurría en las norteñas tierras que disputaban Francia e Inglaterra. Un británico llamado John Long, que llegó a Montreal en el año de 1768 para emplearse en el tráfico de pieles, dejó escrito un diario muy interesante sobre su experiencia, que incluyó,

Fontana, translated and annotated by Theodore E. Treutlein, Tucson, The University of Arizona Press, 1989, p. 102.

¹⁴ Fray Francisco Garcés, *Diario de exploraciones en Arizona y California en los años de 1775-1776*, México, UNAM, IHH, 1968, p. 77-78.

además de los episodios de los primeros siete años en ese negocio, los avatares del contacto con los nativos asentados en los alrededores del lago Superior; precisamente en el lago Nipigon a donde fue enviado.¹⁵ En su escrito describió muchos pueblos, habitantes, lenguas y costumbres. En cuanto a la nación cocknawaga, que se hallaba a nueve millas de Montreal, señaló que sus tierras de caza estaban en los Estados Unidos, a una distancia bastante considerable, y que allá sólo obtenían pieles de castor y de ciervo, que, por cierto, cada vez encontraban menos, a causa de los poblamientos de la región. Las cargas de piel que ellos comerciaban en Montreal disminuían por que, según él, los indios ya no se ocupaban de la caza como antes, al tiempo que se contaban con los dedos a los buenos cazadores.¹⁶

John Long era consciente del daño que provocaba en los indígenas el ron, pero como buen traficante de pieles lo llevaba siempre en sus embarcaciones. Escribió, a propósito, que esa bebida llegaba en avalancha en los barcos que venían de las Antillas y agregó que mientras los “buenos amos blancos” hacían con él enormes fortunas, “las tribus indígenas del norte” comenzaron su envilecimiento. Para la historia de las palabras que fueron usadas para designar a los bisontes a lo largo del tiempo, el ejemplo de John Long es, asimismo, valioso. Él ya los llamó *buffaloes*,¹⁷ siendo éste el nombre menos imaginativo de todos los que ese bello animal ha poseído y el de más arraigo en el mundo angloparlante de la América Septentrional, cuyos intereses se impusieron también desde entonces, para que indios y “búfalos” dejaran libre el paso a la colonización y a los nuevos propietarios.

Una “cíbola” en los jardines de Aranjuez

Siendo las “cíboras” animales tan extravagantes para la mentalidad europea no podían faltar en las colecciones privadas de los monarcas

¹⁵ A partir del año de 1763 el lago Nipigon se había vuelto una posesión inglesa.

¹⁶ John Long, *Traffiquant et interprète des langues indiennes. Voyages chez différents nations sauvages de l'Amérique septentrionale 1768-1787*, París, A. M. Métaillé, 1980, p. 30-31. La primera edición de este diario fue en Londres, en 1791 e inmediatamente fue traducido al francés y al alemán.

¹⁷ Según *The American Heritage Dictionary of the English Language*, editado por primera vez en Boston en 1969 y que puede ser consultado en la Internet, el uso del término búfalo para referirse a los bisontes americanos data de 1635.

e pañole, para quienes eran un atributo más de su esplendor y de su poder. En especial la dinastía borbónica “tenía un hábito arraigado en todo tipo de consumo suntuario, de prestigio y de fascinación por lo exótico”, destinando sus palacios de Aranjuez y San Ildefonso—donde pasaban la primavera y el verano— para admirar y presumir a los animales que les enviaban, sobre todo, de sus colonias de Ultramar.¹⁸ Tapires, venados burros, guacamayas, flamencos, monos y, por supuesto, cíbolos, fueron algunos de los variados animales que formaron parte del repertorio zoológico que funcionarios de alto y de bajo rango destinados para los asuntos de América o de Filipinas, embarcaron vivos como expreso regalo para Carlos III. En el caso de los que llevaron de la Nueva España tuvo que ver varias veces en ello el virrey de Croix, apoyado por factores, gobernadores, capitanes de marina o simple empleado, encantados los más de participar en esa arriesgada y enorme tarea de complacer a su monarca.

En el año de 1770 el marqués de Croix gestionó, en tanto máxima autoridad del reino, el embarco en Veracruz en el mes de abril “de uno de los cargamentos de animales más importantes que se habían hecho hasta entonces: una pareja de cíbolos, un cachorro de “tigre”, un águila, un tepexcuintle, diez pájaros flamencos y cinco cigüeñas “sargento”.¹⁹ Los avatares de esa aventura están en la documentación que todo eso provocó y que resguarda el Archivo General de Indias en Sevilla,²⁰ incluidas las recomendaciones de embarco en el navío *España* y la alimentación y cuidados durante la travesía. De todos esos animales solamente el “tigre”, dos flamencos y los dos cíbolos llegaron con vida a Cádiz en el mes de julio, de los cuales sobrevivieron la hembra de cíbolo y el cachorro ¿de ocelote?, que hicieron el trayecto final a Madrid y de ahí a Aranjuez a donde llegaron en el mes de octubre.

Las instrucciones para transportar a los cíbolos durante la travesía eran muy precisas. Tenían que sujetarlos con un arnés durante todo el trayecto y con él debían ser desembarcados; podían comer maíz, cebada o forraje y, finalmente, era necesario que bebieran mucha agua y que fueran bañados constantemente, de ser necesario

¹⁸ Carlos Gómez Centurión-Jiménez, “Curiosidades vivas. Los animales de América y Filipinas en la *Menagerie* real durante el siglo XVIII”, *Anuario de Estudios Americanos*, n. 66, Sevilla, 2009, p. 183.

¹⁹ *Ibid.*, p. 206-207.

²⁰ AGI, *Indiferente*, 1549.

incluso con agua de mar. Lo más seguro es que algunos de estos buenos deseos no pudieron llevarse a cabo y que las fatigas del viaje llevaran a la muerte al macho, a pesar de que ambos iban atendidos por su anterior dueño. Además, se trataba de un par muy especial de bisontes, ya que habían sido “domesticados” desde pequeño. De esto dio cuenta el virrey de Croix en un comunicado, apuntando que cuando tuvo noticia de esta pareja de animales, pensó en obsequiarlos a Su Majestad, “por haberme parecido dignos de algún aprecio en este reino, mayormente cuando su mansedumbre es tal, que hasta mi recámara han entrado sin la menor violencia siguiendo al hombre que los cuida”.²¹

La hembra sobrevivió pocos años pues murió el año de 1774. Fue aludida por Juan Antonio Álvarez de Quindós en *Descripción histórica del Real Bosque y Casa de Aranjuez* (1804), donde escribió que “él alcanzaba a recordar la presencia de una cíbola procedente de México”. Naturalistas y curiosos fueron a conocerla y propusieron al monarca la idea de introducir la especie en España, argumentando que su carne tenía mejor sabor que la de los bueyes europeos, que el animal era más fuerte que éstos y que se podían obtener beneficios con su lana. Pedro Estala, editor madrileño del conde de Buffon, escribió, a propósito, en el tomo XIII del *Compendio de la Historia Natural*, que durante el gobierno del virrey Martín de Mayorga, sucedido en Nueva España entre los años de 1779 y 1783, fue contemplada la idea de mandar un rebaño de cíbolos que diera pie a su reproducción,²² proyecto del que no se volvió a saber nada.

En todo caso, este mismo señor Estala pensaba que en vez de guacamayos o titíes, los monarcas debieron haber introducido vicuñas, llamas, alpacas, guanacos o cíbolos, según él para compensar todo lo que España había dado al Nuevo Mundo en “gente, ganados y semillas”. Lo que entonces no mencionó este naturalista es lo que España todavía debía para “compensar” a los americanos por los tres siglos de explotación, por citar alguna, de su oro, de su plata y de su mano de obra, que a la metrópoli la hizo momentáneamente grande, pero a la postre no tan independiente como eran los cíbolos del Septentrión de América.

²¹ Carlos Gómez-Centurión Jiménez, *op. cit.*, p. 201.

²² *Ibid.*, p. 202.

Los naturalistas y los bisontes

Durante el siglo XVIII francés y con la renovación ilustrada en la clasificación científica de la historia de las plantas, animales y minerales, volvieron la discusiones sobre los uros (“aurochs” o “toros salvajes”) y los bisontes, en cuanto a que los primeros estuvieran o no en el origen de los egundos. Por ejemplo, el naturalista francés Jacques Christophe Valmont de Bomare creía que ambos eran variedades de una misma especie y, científicamente, lo clasificó como *Bos Juvatus*, porque para él, era una “especie de buey... con una joroba sobre la espalda”.²³

Para su interés científico nada mejor que haber conocido y examinado un macho de bisonte americano vivo, exhibido en París en el año de 1769, que había sido capturado seis años antes en la región norte del río Mississippi, de donde lo llevaron a Holanda, lugar en el que su propietario lo había encerrado en una fuerte jaula de madera posada sobre cuatro ruedas tiradas por caballos. Su vista no hacía más que proporcionarle asombro y admiración, como bien lo registró en sus páginas. Anotó, además de sus medidas y sus señas generales, todas las referencias que le dio el hombre que lo exhibía, como la de que antes de ser embarcado había montado a dos hembras propiedad del gobernador del lugar; la de que esos animales todavía iban a los bosques en grupos de 10 o 20 individuos uno detrás de otro, y la errónea apreciación de que las hembras eran más grandes que los machos. No faltaron tampoco los datos de que su carne era muy buena y “excelente el gusto de su grasa”; el de que corrían muy rápido; el de que aeguraba que lanzaban hacia atrás todas las piedras que encontraban cuando eran perseguidos, y el de que “en ciertas circunstancias”, lograban ser fuertes, corajudo y feroces.²⁴

Valmont de Bomare también perpetuó la idea de que era muy difícil reducir su instinto natural, que eran “infinitamente menos brutos que nuestros bueyes domésticos”, y que los que lo capturaron y embarcaron pasaron muchos peligros, ya que aunado a que se negaba a caminar y “se esforzaba por maltratar a sus conductores”,

²³ J. C. Valmont de Bomare (1731-1807), *Dictionnaire Universel d'histoire naturelle, contenant l'histoire des animaux, des végétaux et des minéraux*, Paris, Chez Brunet, 1774, t. I, p. 566-68.

²⁴ *Ibid.*

se habían visto en la necesidad de enjaularlo. Nuestro naturalista, sin embargo, lo que vio y describió, fue a un animal que una vez cautivo, había “marchitado su carácter petulante”, por la necesidad, los malos tratos y la esclavitud. Le parecía percibir que, a pesar de todo, tenía momentos de inteligencia, docilidad y educación; que era sensible a la voz y al aspecto de “u amo”; y que cuando la naturaleza “le hacía sentir la efervescencia del celo”, mugía lamentablemente, o, de repente, rugía, según él, “un poco a la manera del león”, esforzándose por romper sus ligas y dando cabezazos con unos cuernos ya mutilados por ese vano esfuerzo.

A pesar de esas tristes circunstancias, Valmont de Bomare fue capaz de constatar, que se trataba de un “cuadrúpedo colosal”, que aunque “parecía no ofrecer más que deformidades y monstruosidades”, era un animal “de una belleza sorprendente”, con esa cabeza –gruesa en proporción al cuerpo– con un “volumen prodigioso” a causa del pelo, que le daba “el aspecto noble e imponente del león”. Señaló, por último, que “los salvajes” lo nombraban *Muthufufa*, mientras los franceses, le decían *Boeuf Illinois*, porque, dijo, las praderas de ese país, estaban cubiertas por esos “bueyes con joroba”.²⁵



Otra opinión al respecto fue la del famoso y polémico investigador Georges Louis Leclerc, mejor conocido como el conde de Buffon, cuya *Histoire Naturelle*,²⁶ fue considerada como una de las obras más leídas, discutidas y comentadas en los salones de la Francia ilustrada. Para realizar esta magna obra Buffon contó con muchos colaboradores. También para él fue novedad el bisonte vivo que llegó primero a París en el año de 1769. En su capítulo relativo a *Los bisontes, los cebúes y los búfalos*, se refirió al enjaulado, aclarando antes que bueyes

²⁵ *Ibid.*, p. 569.

²⁶ La primera edición constó de 15 volúmenes y apareció entre 1749 y 1767. Para el año de 1788 ya había escrito 36 volúmenes y se habían hecho varias ediciones de la obra. Después de su muerte aparecieron 8 volúmenes adicionales publicados por su discípulo Bernard Germain de Lapepède. Durante el siglo siguiente, esto es, el XIX, continuaron las ediciones y traducciones de la obra.

y bisontes eran dos razas diferentes,²⁷ aunque de la misma especie,²⁸ y que los segundos eran distintos de los primeros, no sólo por la joroba, sino también por la cantidad, calidad y largo de su pelo.²⁹ Se refirió a los mismos pormenores que dio Valmont de Bomare sobre cómo el ejemplar enjaulado había llegado a Europa, aunque sin mencionar, como lo hizo éste, la terrible condición del cautivo y la insensibilidad que implicaba ese encierro.

Buffon añadió algunos datos nuevos, por ejemplo que el empresario que lo exhibía era suizo; que el animal nunca salía de la jaula, y que lo tenían amarrado de la cabeza con cuatro cuerdas, “que se la tenían estrechamente sujeta”. Fue un poco más detallista al describir su composición física, y los tipos de lana que envolvían algunas partes de su cuerpo, dependiendo de la estación del año. Se nota, por su lenguaje, que conocía lo que habían dicho ya algunos viajeros, sobre su color, largo y calidad de su pelo y a su giba. También pudo apreciar que ese ejemplar prisionero “no era feroz”, y que se dejaba tocar y acariciar por los que lo cuidaban y asentó, a diferencia de Valmont de Bomare quien lo oyó rugir como león, que no hacía oír nunca su voz, ni se quejaba, aun cuando le causaran algún dolor vivo, asegurando, según él, que era mudo, porque así lo decía “su amo”.³⁰

El conde no sólo afirmó que uros y bisontes eran diferentes, sino que agregó lo dicho por el naturalista, químico y médico alemán Johan Friedrich Gmelin, a quien citó en ese momento, de que los bisontes eran de la misma especie que la *vaca de Tartaria o vaca que gruñe* (hoy yak).³¹ Buffon pensaba que ambos eran muy parecidos y creía que aunque no había oído al bisonte expresarse, su voz se hubiera desarrollado como un gruñido “o por cantos entrecortados, si gozara de su libertad y de la preferencia de una hembra que lo excitara para el amor”.³²

²⁷ Hoy, en vez de “raza”, decimos “especie”.

²⁸ Hoy, en vez de “especie”, decimos “género”.

²⁹ Georges Louis Leclerc, M. Le Comte de Buffon (1707-1788), *Histoire Naturelle, générale et particulière, Supplément au tome troisième*, t. XI, a París, Imprimerie Royale, MDCCCLXXVI (1776), p. 57. Ver el capítulo “La imagen extranjera de los bisontes americanos”, en donde comento una de las representaciones gráficas de bisonte que ofreció en ese Suplemento.

³⁰ *Ibid.*, p. 58-59.

³¹ *Ibid.*, p. 58.

³² Para la historia de la ciencia, es importante la tesis de Gmelin, ya que actualmente los estudios de filogenética molecular entre los bovinos han diferenciado tres grupos o clados: uno que incluye al buey doméstico, al zebú y al bisonte europeo; otro que incorpora al yak y al bisonte americano, y un tercero, que contiene al kouprey, al banteng y al gaur. Ver A.

También nombró a los bisontes “bueye con joroba” y sin marcar diferencias entre los bisontes europeos, los americanos y los cebúes —estos últimos le parecían “diminutivos de bi onte”—, suponía que esos “bueyes con joroba”, se podrían haber extendido desde Madagascar hasta la punta de África, y desde la extremidad de las Indias Orientales hasta Siberia, pasando también “al otro continente, hasta Illinois y la Luisiana, e incluso hasta México”. Le sorprendía que no los hubiera más abajo del Istmo de Panamá, tierras en las que, dijo, por causa de su clima, los bueyes de Europa se habían multiplicado “mejor que en otra parte del mundo”.³³

La *Historia Natural* de Buffon no está, sin embargo, exenta de contradicciones. En el suplemento al tomo sexto, publicado desde 1782, en su apartado que llamó “Del aurochs y del bisonte”, dijo, sin recordar quizás lo que había escrito, que uros y bisontes no eran diferentes.³⁴ Este ir y venir en el asunto fue bien notado por el novohispano Francisco Xavier Clavijero quien en sus *Disertaciones*, publicadas por primera vez en italiano en 1780-1781, mencionó entre la fauna americana a “los bisontes llamados en México cíbolos”, señalando, en abierta polémica con Buffon, que este naturalista francés algunas veces creía que eran de la misma especie que los toros comunes, y otras lo dudaba.³⁵



Uno de los más cercanos colaboradores de Buffon, el médico y zoólogo Louis Jean-Marie Daubenton, fue encargado por el primero para preparar las descripciones de 182 especies de cuadrúpedos para la *Histoire Naturelle*. Ambos estudiaron las afinidades de los animales comparando sus estructuras anatómicas y llegaron a la

Hassanin y A. Ropiquet, “Molecular phylogeny of the tribe Bovini (Bovidae, Bovinae) and taxonomic status of the Kouprey, Bossauevi Urbain 1937”, en *Molecular Phylogenetic and Evolution*, n. 33, 2004, p. 896-907.

³³ Georges Louis Leclerc, M. Le Comte de Buffon, *op. cit.*, p. 60-62.

³⁴ G. L. Leclerc, M. Le Comte de Buffon, *op. cit.*, p. 45-46.

³⁵ Francisco Xavier Clavijero, *Historia Antigua de México*, México, Porrúa, 1979, p. 480. Primera edición, Cesena, Italia, G. Biasiani, 1780-1781.

conclusión que las distintas especies actuales descendían de un antepasado común más perfecto.³⁶ El segundo, Daubenton, quien fue luego invitado a escribir en la nueva Enciclopedia, pensaba que por común acuerdo toda Europa miraba a la historia de Buffon como una de las mejores obras de ese siglo y por eso le parecía superfluo “abrir nuevos caminos”. Sin embargo, dijo, asimismo, que aunque había escrito su texto “con arreglo a la del conde de Buffon”, introdujo modificaciones de acuerdo a la forma que prescribía el plan general de la obra.

Se refirió al término *Vîsen*, como la palabra que usaban los antiguos germanos para nombrar al bisonte. Definió a éstos, como una “casta de bueyes con corcova, algunos silvestres y otros domésticos” que, según él, se hallaban en las regiones de África, en la mayor parte de las del Asia y también en el norte de América, lugar donde, aclaró, “le llaman cíbolo”. Claramente confundido con el animal que trataba de clasificar, agregó más adelante, y citando a Antonio de Solís, que sólo había “Toro de México” en la parte septentrional de América.

Daubenton dedicó más líneas a los bisontes en el extenso artículo que dedicó al buey. Pensaba que los bueyes silvestres, los domésticos, los de Europa, de Asia, África y América, incluidos el “aurochs”, el bisonte y el yak, eran animales de “una misma especie” que tenían todas esas variedades por los climas, los alimentos y los tratamientos diversos de que eran objeto y que provenían de un ancestro común que era el “auroch”.³⁷

Con respecto a los “bueyes silvestres o bisontes de América”, se permitía dudar de que hubieran salido de los bueyes de Europa, porque, dijo, se diferenciaban en muchos puntos, como la joroba, las piernas más cortas, la cabeza y el cuello cubiertos de pelo más largo, más suave que la lana y más crespo en la zona del lomo. “...nos creemos, dijo, en posesión de decir que nuestro buey es un animal propio del antiguo continente, y que no existía en el nuevo antes de su descubrimiento”.³⁸ Añadió esto en su capítulo referido a los ani-

³⁶ *Encyclopaedia Britannica*, Chicago, The University of Chicago, 1985 y *Enciclopedia Hispánica*, dependiente de la Enciclopedia Británica, Barcelona-México, 1990.

³⁷ Louis Jean-Marie Daubenton (1716-1800), *Enciclopedia Metódica dispuesta por orden de materias, Historia Natural de los animales, Los Cuadrúpedos*, traducida del francés al castellano por Gregorio Manuel Sanz y Chañas, Madrid, Librería de Antonio de Sancha, 1788, t. 1, p. 21-29, 234 y 284.

³⁸ *Ibid.*, p. 234.

males de ese Nuevo Mundo y estaba persuadido de que las vacas de Tartaria, “no eran otra cosa que bisontes o cíbolos” y señaló, con respecto a la voz cíbolo, que “a í se llama en América el bisonte o buey con corcova”.³⁹



Es el turno del jesuita novohispano Francisco Xavier Clavijero, quien después de la expulsión de su orden en 1767 y luego de muchas vueltas e incertidumbres a propósito del país y la ciudad que los acogería en el exilio, se había instalado finalmente en Bologna, Italia, donde se dedicó a escribir sus historias de México y la Baja California. Sus afanes científicos lo habían llevado a leer, entre otros, a Valmont de Bomare, a Buffon y a Daubenton, de los que, posiblemente, tomó el término de “bisonte”, siendo él el primer americano que lo incorporó a su léxico. Cuando se refirió a los cuadrúpedos mexicanos en su *Storia antica del Messico* señaló que no mencionaba a los bisontes, a los renos, ni a los alces, porque consideraba que “no se criaban en las tierras del imperio mexicano, sino en los países más septentrionales”.⁴⁰

Fue en sus *Disertaciones*, añadidas a su *Historia*, donde se refirió a la fauna americana, señalando que en ese continente no había caballos, burros ni toros. Aclaró en nota a pie que cuando él decía que no había toros en América se refería a la raza común que se empleaba en agricultura, ya que, dijo, había “cíbolos”, que habían llegado de Asia. A estos se refirió vagamente a partir de lo que leyó en las crónicas de los siglos anteriores, diciendo que, en cuanto a su tamaño, eran “corrientemente iguales a los toros comunes de Europa y algunas veces les exceden en tamaño”. Sugirió a sus lectores que para darse una mejor idea del cuadrúpedo más grande del continente americano vieran la descripción de un cíbolo vivo que había medido Bomare en París.⁴¹

³⁹ *Ibid.*, p. 279 y 70.

⁴⁰ Francisco Xavier Clavijero, *Historia antigua de México*, México, Porrúa, 1945, t. I, p. 65. Dijo aquí que la medición fue en el año de 1779, si bien ésta sucedió diez años antes.

⁴¹ Francisco Xavier Clavijero, *Ibid.*, t. IV, p. 157-158.

En clara polémica con los que denigraban lo americano, Clavijero asentó, que “si algunos Buffones y Daubentones fuesen al Nuevo Mundo, se podrían contar muchas más especies de cuadrúpedos”.⁴² Le molestaba, sobre todo, el desconocimiento de estos sobre la fauna mexicana. Fue así que reunió un catálogo sobre los cuadrúpedos de América, que dividió en trece partes: en la primera anotó todas las especies reconocidas y admitidas por el conde de Buffon; en la segunda se dedicó a aclarar las especies americanas que este había confundido con otras distintas, y en la tercera anotó las que el sabio francés había “ignorado injustamente” como el coyote, o el perro de Cíbola, por mencionar algunos. Fue precisamente en la primera parte donde incluyó al “bisonte o toro jorobado, llamado en el reino de México cíbolo”,⁴³ reproduciendo las medidas del animal que dio Valmont de Bomare y señalando, en general, que había “una innumerable multitud” de ellos en la zona templada de la América Septentrional.

Otros ilustrados también aludieron a los bisontes americanos. François Marie Arouet, mejor conocido como Voltaire, escribió en el discurso preliminar a su *Ensayo sobre las costumbres*, en su versión de 1765, que en América no había perros, ni gatos, ni otros animales domésticos “de los más ordinarios”, si bien, puntualizó, que tenían “bueyes”, a los que describió parecido en algo a los “búfalos” y en algo a los camellos, aunque “con un carácter monstruoso y feroz”. Por su parte, el francés La Douceur, que se encargó de engrandecer al Nuevo Mundo en contra de Robertson, Buffon y De Paw, en su libro *De l'Amérique et des Américains* (1772), señaló que los “bueyes salvajes” eran tan corpulentos como los ingleses, y por último, los naturalistas William Robertson en su *Historia de América* (1792), y Cornelius De Paw en *Recherches philosophiques sur les Américains* (1771), compartieron la certidumbre de que los naturales de la América

⁴² *Ibid.*, p. 149

⁴³ *Ibid.*, p. 204.

Septentrional, no fueron capaces de domesticar a los “bueye salvajes”, ignorando que en los países del centro de Europa donde había bisontes sus habitantes tampoco los habían domesticado. El primero, desde su mundo urbano, o más bien desde su gabinete de investigación, agregó que “los salvajes” no tenían animales domésticos por su culpa, ya que nunca lograron el sometimiento de su “ganado”.⁴⁴

Las “ciboladas” o la contienda entre nativos y colonizadores

Los bisontes podían escasear, igualmente, a causa de las sequías, como la que padecieron los comanches cuchantica en el otoño de 1787 que los dejó por más de siete meses sin pieles para comerciar. El control de las manadas de bisontes llevó a la guerra permanente entre apaches lipanes, o apaches mescaleros, contra comanches y otras naciones del norte. En varias ocasiones escoltas de soldados españoles de los presidios salieron a proteger a los mescaleros cuando iban “a carnear” a tierras que pertenecían a los comanches. Para el virrey Revillagigedo eso afectaba su iniciativa de aliarse con el mayor número posible de naciones indígenas, por lo que prohibió esas guardias “para sus carneadas de cíbolo”, no admitiendo, tampoco, ningún ataque a los comanches, que eran, dijo, “una nación amiga”.⁴⁵

Su nomadismo, o seminomadismo, estaba fuertemente emparentado con los constantes movimientos de estos animales, indispensables para su dieta, vestido, habitación y utensilios, pero también para sus rituales religiosos y para su diversión, donde podían demostrar su pericia como cazadores, su enorme valor y su destreza. Al mismo tiempo, la guerra estaba siempre presente como posibilidad, porque formaba parte de su vida, de su fuerza espiritual, y de su conquista de honor y de reconocimiento entre los suyos y entre los mismos enemigos.

⁴⁴ Citados todos ellos por Antonello Gerbi, *La disputa del Nuevo Mundo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1982 (primera edición en italiano, 1955), p. 58, 132, 210 y 505.

⁴⁵ AGN, *Provincias Internas*, “Correspondencia entre el comandante general y el virrey sobre escolta dada a los Mescaleros para la caza del cíbolo y encuentro de estos con los Comanches”, v. 224, exp. 1, f. 1-22.



Trashumantes eran, pues, las naciones comanches, de las que el comerciante gaditano de origen irlandés Pedro Alonso O'Crouley escribió que eran bárbaros y belicosos y que todos los años incursionaban por cierto tiempo en la provincia de Nuevo México. Agregó que su número nunca bajaba de 1 500; que siempre andaban “en forma de batalla por tener guerra con todas las naciones”; y que acampaban en cualquier paraje, armando sus tiendas hechas de piel de cibolo, transportadas por unos perros grandes que criaban para ello. Según O'Crouley, en esos campamentos se dedicaban a comerciar gamuzas, pieles de cibolo y cautivos de poca edad, y sólo se iban de ahí una vez terminados sus negocios.⁴⁶

Este viajero, que visitó en varias ocasiones la Nueva España entre 1764 y 1774, no sólo acumuló testimonios, libros, estadísticas e ilustraciones, sino también alguna pieza arqueológica para su famosa colección de arte, a la que se dedicaría a su regreso a la Península. Su manuscrito, firmado en 1774, permaneció inédito durante dos siglos. En él define la fauna novohispana, concretamente a los cibolos, como “una especie de bueyes silvestres bastante feos, a las corvas y cortas, lomo levantado a modo de los camellos, pero [del que] se estiman las pieles por la lana poblada y fina”.⁴⁷



El comercio y los largos viajes para ir de cacería también se manifestaron en tierra texana a lo largo del siglo XVIII. Las referencias a la nación de los assinais –o “indios Texas” como los llamaban los españoles– y su relación con los cibolos, la podemos encontrar en varias crónicas, sobre todo escritas por religiosos que se aventuraron a esa región. En otro capítulo he dado cuenta de las aventuras del

⁴⁶ Biblioteca Nacional de Madrid, Ms., 4532, Pedro Alonso O'Crouley, *Ydea compendiosa del Reyno de Nueva España*, 1774, folios 23 y 24. El manuscrito contiene varias imágenes.

⁴⁷ La imagen que, según él, corresponde al “cibolo”, puede verse en el capítulo “La representación europea del bisonte americano”.

franciscano Isidro Félix E. Pinosa.⁴⁸ Ahora, me referiré a la impresión del asturiano fray Juan Agustín de Morfi, miembro de la orden de San Francisco y residente en el convento grande de México, quien se incorporó al séquito del Comandante General de las Provincias Internas, Teodoro de Croix, desde el año de 1777. En su *Relación Geográfica e Histórica de la Provincia de Texas o Nuevas Filipinas*, se maravilló de cómo los habitantes originarios construían sus casas redondas “muy abrigadas”, y alabó sus camas, “sobre las que tendían cueros de cibolo que les sirven de colchón”, que le merecieron el calificativo de “nada malos”.

Le parecía que las naciones asentadas en esa extensa área, –listó a “a inais, nacogdoche, navedachos y cadoachos”– eran “mansos, apacibles y joviales”, y fue testigo de que gracias a su astucia y del auxilio de su espléndida caballería y de sus fusiles, “salían a sus tiempos a carnear”, para proveerse de cibolo y de venado, y de manteca de oso para condimentar sus alimentos.⁴⁹ El mismo padre Morfi, en otro relato en el que narró sus experiencias en la región atravesada por el río de las Nueces, admiró los llanos inmensos cubiertos por “buenos pastos”, en los que, dijo, asombraban las numerosísimas “mesteñadas caballar y vacuna”. Tan sólo en cuanto a los caballos salvajes se refiere, llegó a ver en un día una manada de más de 10 000 cabezas, aunque mencionó que eran muchas más las de bovino silvestres. No hacía más de un siglo que los españoles habían introducido ese ganado, que se reprodujo agreste y cimarrón en enorme número, del que, señaló Morfi, a pesar de su abundancia “no eran tan perseguido ni por los indios, ni por los españoles”,⁵⁰ porque, a pesar de todo, la carne preferida era la de los cibolos.



⁴⁸ Ver el capítulo “Tanaha o la viva imagen del demonio delicioso”.

⁴⁹ Guadalupe Curiel Defossé, [Juan Agustín Morfi], “*Relación Geográfica e Histórica de la Provincia de Texas o Nuevas Filipinas: 1673-1779*”. Un manuscrito del Archivo Franciscano de la Biblioteca Nacional”, *Boletín del Instituto de Investigaciones Bibliográficas* (UNAM), v. 12, n. 1-2, p. 36 y 37.

⁵⁰ Fray Juan Agustín de Morfi, *Viaje de indios y diario del Nuevo México, 1777-1778*, México, Bibliófilos Mexicanos, 1935, p. 165. Aunque la crónica lleva ese título, se refiere también al viaje que Morfi hizo desde la ciudad de México hasta Texas.

Que los cíbolos empezaran a escasear en la región texana para fines del siglo XVIII, era una noticia que no conocía la gran mayoría de los habitantes del reino de la Nueva España. En muchas historias y en no pocos discursos oficiales, seguían aludiendo a “su abundancia en los montes de Texas”, tal como lo informaba a la corona el propio virrey conde de Revillagigedo por el año de 1793.⁵¹ El paisaje que vieron los primeros europeos había cambiado notablemente gracias a los colonos y a sus costumbres. El comercio de pieles –incluidas, por supuesto, las de cíbolo– involucraban ahora a una buena cantidad de los habitantes originales y de los forasteros, no sólo en Texas y Nuevo México, sino en Nueva Francia y Nueva Inglaterra. Los extranjeros que se dedicaban a esa actividad descubrieron, también en esa centuria, que podían hacer grandes negocios mercantiles con otras dos cosas que provenían de los mismos bisontes y que caracterizaron a la especulación, en aquel fin de siglo y en el inicio y devenir del que le siguió.

Me refiero, por un lado, al tráfico de sus lenguas, codiciadas por su sabor exquisito, y por el otro al de un preparado con su carne que los indígenas hacían desde tiempo inmemorial, llamado en ese siglo con el nombre generalizado de “pemmican”. Se trata de carne de bisonte rebanada, “que secaban al fuego o al sol, que luego machacaban y mezclaban con grasa, tuétano y una pasta hecha de una variedad de cerezas astringentes”,⁵² para finalmente empacarla en bolsas de cuero que llegaban a contener un poco menos de 50 kilos, con las que, por ejemplo, se podía alimentar un viajero durante dos meses, sin las molestias y dificultades de la caza y del destazado de los animales. Para los forasteros era tan importante este producto que lo intercambiaban por caballos, animales que entre las naciones indígenas no sólo habían transformado sus hábitos de hacer la guerra y los de sus recorridos itinerantes, sino que las convirtieron en especialistas en su cría y en su uso hábil y prestigioso, sobre todo en la veloz persecución y cacería de los cíbolos y, entre otras cosas, en el conocimiento de los territorios don-

⁵¹ Juan Vicente Güemes Pacheco de Padilla Horcasitas y Aguayo, segundo conde de Revillagigedo, *Informe sobre las misiones -1793- e instrucción reservada al marqués de Branciforte -1794-*, introducción y notas de José Bravo Ugarte, México, Jus, 1966, p. 65.

⁵² Eric Wolf, *Europa y la gente sin historia*, México, Fondo de Cultura Económica, 1987, p. 222.



de tradicionalmente interactuaban para efectuar el trueque de sus bienes. Ésto , que en su mayoría provenían de la fauna local, tenían entre sus favoritos a los productos de los dadivo o y todavía codiciados bisontes, aunque en los últimos tiempos costara más tiempo y esfuerzo ir en pos de ellos.

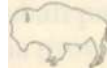
5. LA EXPANSIÓN HACIA EL OESTE Y EL EXTERMINIO DE LOS BISONTES

“Búfalos” en informes sobre tierras occidentales

La historia de los bisontes durante el siglo XIX registra en su primer decenio varias expediciones que insistían en su carácter de “científica”, las que, entre otras muchas cosas, dieron cuenta de la situación de esos animales al iniciarse la centuria. El financiamiento para esos viajes provino del gobierno de los Estados Unidos y de su presidente Thomas Jefferson, desde entonces atento al futuro próximo de las necesidades geopolíticas de su país. En el año de 1804, por el mes de octubre, patrocinó una expedición que se dirigió hacia el suroeste, y que recorrió sólo una parte de los ríos Mississippi, Rojo y Ouachita, llegando hasta los ojos de agua caliente llamados Hot Spring. Fue encargada a William Dunbar, comerciante y plantador de algodón de origen escocés. Tanto él como su segundo en el mando, George Hunter, redactaron en sus diarios sus experiencias en la Luisiana, en donde permanecieron entre el 16 de octubre de 1804 y el 31 de enero de 1805.

En sus escritos, por supuesto, ocuparon un importante lugar los “búfalos”. Dunbar se asombró de las planicies cercanas al río Rojo por la fertilidad y la belleza de la vegetación, por su atmósfera saludable y por la que llamó “excelente calidad del agua”, en unas tierras habitadas por “algunas tribus alvajes” que se movían en la dirección de las “inmensas manadas” de ganado nativo de esas tierras. Apuntó que los franceses de su tiempo llamaban a esos animales bisontes, mientras los anglos le decían “búfalos”, y detalló que de acuerdo a las estaciones éstos hacían “migraciones regulares” de sur a norte, o de los valles a las montañas, y a su debido tiempo, emprendían ambas direcciones en sentido contrario.¹

¹ *Pichardo's Treatise on the limits of Louisiana and Texas*, v. II, p. 81.



El mismo Thomas Jefferson, desde el año de 1803, había favorecido otro largo viaje expedicionario –el cual se prolongaría hasta 1806– que tuvo lugar a lo largo y ancho de las tierras regadas por el Missouri, en un trayecto que buscaba abarcar desde la costa Atlántica hasta el océano Pacífico. Los expedicionarios de esta segunda aventura –considerada más importante que la primera y que estuvo más llena de accidentes– fueron los capitanes de la armada Meriwether Lewis y William Clark, quienes, entre el año de 1803 y 1806, exploraron un vasto territorio siguiendo el cauce del río Missouri, por agua, a caballo, o a pie, trayendo a su regreso valiosa información, que marcaría, en adelante, los deseos del gobierno por expandir sus dominios hasta el océano Pacífico. Además de informar sobre la flora y la fauna, debían hacer la cartografía de cada región y también registrar a “las naciones indias” –de las que llegaron a conocer a más de 50– para pactar con ellas tratos comerciales.

Hacia el final de agosto de 1804 alcanzaron los límites de las Grandes Planicies, donde encontraron “abundancia de búfalos, alces, venados y castores”. Los “búfalos” serán, en efecto, referidos en varias ocasiones a lo largo de su viaje y ambos personajes nos darán a entender en sus diarios que los esperaban con expectación. Clark, por ejemplo, anunciaba, al tiempo que habían navegado unas 858 leguas por el Missouri, que “los salvajes” les habían dicho que detrás de una montaña estaba el mar, pero que en ellas había muchas rancherías habitadas por diferentes naciones que compartían tierras y praderas con multitud de “búfalos”, castores y venados.²

Hacia el mes de julio de 1806 Lewis y Clark decidieron dividirse en dos grupos con objeto de recorrer más ampliamente la Luisiana. Al primero le tocó subir por el río Blackfoot, donde encontró las planicies a las que acudían los nez perce para sus cacerías de bisontes. Pocos días más tarde vio al primer ejemplar y con orgullo pudo reportar en su diario, el día 8 de julio, que se encontraron con cerca de 10 000 cabezas de ellos, en un círculo que no medía más de 4 kilómetros.³

² *Ibid.*, v. III, p. 289.

³ Thomas Schmidt y Jeremy Schmidt, *The Saga of Lewis and Clark into the Uncharted West*, New York, DK Publishing Inc, 1999, p. 88-92.

Revelaciones a propósito de la Nueva España

Un invitado de honor del presidente Thomas Jefferson, en aquellos años de euforia expansionista, fue el geógrafo, naturalista, explorador y también barón alemán Alexander von Humboldt. Este visitó los Estados Unidos durante el primer semestre de 1804, después de haber recorrido, durante poco más de cuatro años, varias colonias españolas del Nuevo Mundo. Fue recibido unas semanas en Washington y Filadelfia, donde oyeron con atención sus experiencias, informes y opiniones, en especial los relativos a la Nueva España, que precisamente había visitado el año anterior, y cuya documentación y mapas preparó para que se hicieran copias, de las que mucho se ha mencionado su utilidad en las miras del mandatario de hacer crecer su nación hacia el oeste aprovechando, en general, las debilidades de los gobernantes novohispanos y en particular su descuido respecto de su frontera norte.

Ya de regreso en su tierra natal Humboldt escribió sus experiencias a propósito de su viaje, en donde se refirió inevitablemente a los bisontes, de los que agregó algunos datos interesantes, acompañados de ilustraciones que pronto se hicieron famosas y que caracterizaron la presencia de esos animales y el modo de ser cazados en el norte de América a los inicios del siglo XIX. Polemizó con López de Gómara, quien dio a entender, hablando de las “vacas corcovadas”, que se trataba de un ganado que los habitantes septentrionales pastoreaban. La observación del berlinés al respecto fue que tal como ya lo había escrito en su obra *Cosmos*, “en parte alguna se hallaron huellas de vida pastoril al descubrirse las Américas”.⁴

Sin embargo, páginas adelante se contradijo al volver a referir lo dicho por Gómara, esta vez sin ninguna crítica, apoyándose en un dato que, según Humboldt, provenía del naturalista Benjamin Smith Barton, quien en *Fragments of the Natural History of Pennsylvania*,⁵ “en el tomo I, página 4”, habría asegurado que algunas razas del Canadá Occidental, “no de conocían el cuidado de los ganados y criaban búfalos americanos por causa de su carne y su piel”.⁶ Lo interesante

⁴ Alexander von Humboldt, *Cuadros de la naturaleza*, México, Secretaría de Educación Pública-Siglo XXI, 1999, p. 84. La primera edición en alemán fue en 1808, y luego hubo otra en 1849 que él mismo revisó.

⁵ Fue publicado por primera vez en 1799.

⁶ *Ibid.*, p. 164.

del asunto, es que Barton –quien por cierto fue asesor de la colección botánica de los expedicionarios Lewis y Clark y conoció a Thomas Jefferson– si bien escribió otros trabajos sobre los indios y sus costumbres, en el libro que cita Humboldt estudió a las aves y no mencionó a ningún cuadrúpedo.

En todo caso, lo que al científico alemán le parecía “notable”, es que el que llamó “búfalo o bisonte del norte de América” hubiera influido en los descubrimientos geográficos de regiones montañosas que no tenían caminos trazados. Dijo que en rebaño “de muchos millares” y durante el invierno, buscaban un clima más suave hacia el sur de Arkansas, alabando su costumbre –dado “su tamaño y forma maciza”– de no subir, sino de rodear las montañas, estableciendo así los mejores caminos para los que querían atravesar los montes del Cumberland en el sudoeste de Virginia y Kentucky, o, por ejemplo, en otras regiones cercanas a los ríos Colorado, Mississippi y Ohio. También, citando un número de la revista *Archaeologia Americana* de 1836, dio cuenta de la realidad que empezaba a imponerse a los inicios del siglo XIX en los Estados Unidos, donde “los progresos de la colonización europea”, ya habían expulsado a las manadas de bisontes de las regiones más orientales.⁷

“Búfalos, bisontes y cíbolos” en las descripciones de México

En ese siglo XIX proliferó el interés sobre el país que a partir de 1821 dejó de nombrarse la Nueva España, y que heredó, en su gran mayoría, la territorialidad que esta había afianzado desde 1819. Muchos gobiernos extranjeros pusieron atención a su geografía y a sus riquezas naturales, en especial los de Inglaterra y Estados Unidos, que continuaron, con más pujanza, el apoyo a toda noticia, expedición y dossieres que reportaran la situación política y las posibilidades económicas de sus distintos territorios. Algunos de estos informes fueron publicados muy pronto. Es conocido, por ejemplo, el del encargado de negocios del gobierno de Inglaterra, Henry George Ward, el cual vivió en México entre 1825 y 1827 y quien en Londres y en menos de dos años después de la última fecha, dio a conocer un libro donde no sólo narró su experiencia, sino en el que informó

⁷ *Ibid.*, p. 84.

sobre posibilidades y expectativa minera, comerciales y agrícolas. Lo que nos interesa especialmente de la edición de este texto es la inclusión de un anexo, que se debió a la pluma del también británico Arthur Wavell, titulado “Informe sobre Texas”, región que él conoció en aquel mismo decenio de los veinte.

La mirada del militar que era Wavell se impone en la estructura de su noticia, en la que caben los datos sobre lo lucrativo que era ahí comerciar con los indios todo tipo de pieles, o sobre las mercancías que llevaban los extranjeros para intercambiar con ellos como “cuentas, espejo pequeños, pi tolles, rifles comunes, bayetas, cuchillos, municiones, leznas (punzones), bermellón y alcohol”. Con respecto a este último si bien señala que a las naciones indígenas les gustaban mucho las bebidas alcohólicas, también agrega que se habían prohibido por la ley, “porque en ellos actuaba como un veneno”.⁸

Dos personajes principales, ocupan, además, las páginas de Wavell: los bisontes y la nación comanche. Con respecto a los primeros dijo, quien sabe por qué, que “el búfalo o bisonte era conocido en esa región como *bonassus*”; que desde el norte, bajaba en el invierno hacia Texas en grandes manadas; que su carne y en especial la de su joroba era excelente y “más apropiada que la de res”; que su olfato era tan agudo, que sólo era posible aproximarsele contra el viento; que si no estaba herido, era tímido, pero que, lastimado, se volvía impetuoso e irresistible; que era muy activo y poderoso por su “tremenda carga”; que tenía una apariencia “terrible” al embestir de frente a causa del pelo largo e hirsuto que cubría su cabeza y su pecho; que resoplaba y bufaba de manera ensordecedora; y que hacía daño con sus cuernos gruesos en su base, cortos, y muy puntiagudos.⁹



En el mismo tenor de Humboldt y Wavell, se encuentra el escrito del alemán E. Mühlenpfordt, quien permaneció en México entre los años de 1827 y 1834 como empleado de *Mexican Company*, un

⁸ Arthur Wavell, “Informe sobre Texas”, en Henry George Ward, *México en 1827*, México, Fondo de Cultura Económica, 1981, p. 744.

⁹ *Ibid.*, p. 748-749.

consorcio dedicado a la explotación minera. Durante su estancia en el país, recopiló mucha información sobre la situación política, económica y social de la República Mexicana, datos que siguió coleccionando en Alemania entre 1834 y 1844, año este último en el que dio a conocer su libro. En el capítulo dedicado a los animales, se refirió a los bisontes. Se vio precisado a dar el nombre científico del animal que los mexicanos de su tiempo llamaban “cíbolo”, diciendo, como lo hizo Wavell, que se trataba de *Bos bonassus* —clasificación que se usa para designar al bisonte europeo— y con mucho detalle relató sus costumbres migratorias, la calidad de su carne y de su lengua, los métodos de caza de los indios, la manera como estos curtían las pieles y los usos de éstas, repitiendo punto por punto el escrito de Wavell en su “Informe sobre Texas”.

La “vibrante hazaña” de su cacería

Las formidables manadas de caballos sin dueño y sin domar, vagando por Texas, fueron reportadas por muchos viajeros. En el caso del naturalista francés Luís Berlandier, quien anduvo por allá entre 1827 y 1831, enviado por el gobierno mexicano como parte de una comisión de límites territoriales, éste opinaba al respecto que no había que exagerar tanto el número de rebaños de venados y de caballos salvajes, en especial el de estos últimos, porque “ya habían sido destruidos por los indios”.¹⁰ Incluyó en su diario un relato a propósito de la caza del oso y del cíbolo en el noroeste de Texas, realizada hacia el mes de noviembre de 1828. Relató ahí que a esa aventura los acompañaron varios comanches —quienes, dijo, llamaban al bisonte *cuttse*— que los ayudarían en la cacería, y dio cuenta de cómo fueron encontrando muchas huellas de oso y de cíbolo, aunque también rastros de otros cazadores, pisadas todas que decidieron seguir.

Esas señales en el camino los condujeron a “países cubiertos de bosques de encinas”, luego a unas llanuras desnudas y áridas, más adelante a otras zonas boscosas, hasta que, por fin, un vigía avistó en una planicie cercana, “una partida de cíbolos” acostados en la

¹⁰ Luís Berlandier, *Diario de viaje de la comisión de límites que puso el gobierno de la república bajo la dirección del exmo Sr. general de división Don Manuel de Mier y Terán. Lo escribieron por su orden los individuos de la misma comisión D. Luís Berlandier y D. Rafael Chovel*, México, Tipografía de Juan R. Navarro, 1850, p. 90-91, 103, 115, 126, 129-30, 133.

tierra, e parcidos por la pradera. En esa ocasión no pudieron cazar ninguno, porque el viento advirtió a los animales su olor y su ruido. Berlandier, entonces, aprovechó la ocasión que le brindaba la narración de ese asunto, para hablar, en general, de los métodos y los tiempos de caza, tanto de militares, como de “particulares”. Dijo que cuando encontraban una manada, se dividían en dos partes, unos a pie y otros a caballo, colocados estos estratégicamente en algunos lugares, para perseguir a los cíbolos que echaban a correr.

Usaban caballos mansos y adiestrados que se acercaban al animal hasta ponerse a tiro de fusil, lo que podían conseguir si no hacían ruido, aprovechando que los cíbolos estaban acostumbrados a los caballos silvestres. Describió como una enorme ventaja para los cazadores hábiles que cuando acertaban con el fusil y el cíbolo caía herido, venían los otros “a oler su sangre y comenzaban a mugir sin separarse de él”, pudiendo el cazador, desde un mismo lugar, matar a todo. En el caso de que el ruido del fusil los asustara y huyeran, los de a caballo los perseguían “con el fusil, o con la media luna”, si bien él prefería la primer arma, por ser el método de la segunda “pego y peligro”. Con admiración hacia los bisontes concluyó que se trataba de un “soberbio animal” que resistía a grandes heridas, o se tapaba con el cuerpo lleno de balas, “a morir en la soledad de los bosques o en el fondo de una cañada”.¹¹

Su objetivo al traer a cuento datos sobre los cíbolos, que había leído en varias crónicas de los tiempos en los que México fue colonia de España, fue subrayar que los bisontes que arribaban a las inmediaciones de Béjar cuando empezaba el invierno eran cada vez menos, y recordó la época en que llegaban a pasar el río Grande hacia el Nuevo Reino de León. Agregó que su número disminuía cada día, a pesar de la poca población, y que ya habían desaparecido de Florida, acostumbrados por “la actividad anglo-americana”, mientras resistían en el norte de Texas, después de que a fines del siglo XVII habían avanzado más hacia el sur y que en el XVIII llegaban incluso cerca del presidio de San Antonio Béjar, adonde ya no había prácticamente ninguno.¹²

Según Berlandier las “emigraciones continuas” de los cíbolos eran del noroeste al sureste y viceversa, y si bien mencionó a los huasas y a

¹¹ *Ibid.*, p. 264-265.

¹² *Ibid.*, p. 263-265.

los lipan como dos grupos que vivían de esa caza, por la que además se hacían la guerra, colocó a los comanche como la nación guerrera que los perseguía má , agregando, sin embargo, que su destrucción diaria también estaba en manos de los “particulares y de los militares de los presidios”. Al respecto, mencionó, por último, que era frecuente ver la caza inmoderada de cíbolos por obtener únicamente sus lenguas o la lana de la cabeza. Estaba convencido, de que había que buscar el modo de reducir a los bisontes a la domesticidad para ayudar en los trabajos agrícola , en un esfuerzo que debía implicar a varias generaciones, para lo que propuso que fueran eparado de sus madres a los pocos días de nacidos, ya que después, dijo, se hacían “tan soberbios”, que preferían morir de hambre a comer lo que se les daba. Finalmente, incluyó el recuento de más partidas de cíbolos que fueron encontrando y que les sirvieron de diversión al momento de perseguirlos y cazarlos, aunque, por supuesto, también de alimento, y no dejó de mencionar la presencia de algunas manadas de toros y de vacas comunes y sin dueño que, en mucha menor medida, deambulaban en Texas, dejando también sus huellas, fácilmente identificables para los cazadores experimentado .¹³

Interés de los franceses por el “boeuf du Canadá”

La subvención de instituciones dedicadas al conocimiento y clasificación de la flora, la fauna, la geología, o, entre otras muchas cosas, de los fósiles de América, también interesó a países como Francia, donde en el año de 1836 apareció publicado *Voyage Pittoresque dans les deux Amériques*,¹⁴ un libro muy reeditado a lo largo del decimonono, a cargo del naturalista francés Alcide D’Orbigny. Su interés por América se había iniciado años antes, cuando entre los años de 1826 y 1833 había conocido varios países de América del Sur, en una febril actividad científica que llevó a cabo como comisionado del Museo de París. *Voyage Pittoresque...*, es un libro curioso que reúne relatos sin firma, testimonios de observadores recientes y fragmentos de textos afamados, muchos de ellos escritos desde el siglo XVI por

¹³ *Ibid.*, p. 266-280.

¹⁴ *Voyage Pittoresque dans les deux Amériques*, publié sous la direction de M. Alcide D’Orbigny, Paris, Chez L. Tenré, et Chez Henri Dupuy, 1836.

varios cronistas y expedicionarios. El largo subtítulo explicita que se trata de un “reumen general” de, por citar algunos, Cristóbal Colón, Las Casas, Oviedo, Gómara, Aco ta, Humboldt, Neuwied, Lewis y Clark, etcétera, y quizá por eso D’Orbigny apunta en la introducción –único texto firmado– que el lector tiene en sus manos el examen minucioso de un “viajero ficticio” que recorrió varias parte del continente americano. Su temática generaba todavía en el siglo XIX gran expectación entre un público lector, que, con mucho, rebasaba las fronteras del mundo de la academia y la política.

Al referirse a las posesiones inglesas en América del Norte, destacó la presencia del bisonte, según él “nombrado allá boeuf de Canadá”. Y como todos los autores que he citado a lo largo de este libro no resistió la tentación de describirlos. Empezó por las definiciones comunes, afirmando incluso que las crines de la cabeza les daba “un aire horroroso”. Aludió a su fino olfato y a que, una vez herido, se precipitaba sobre los cazadores. Con respecto a la joroba dijo que la de esos bueyes “comenzaba en las caderas e iba creciendo hasta los hombros”, y de la figura en general anotó que tenían “la grupa muy fina [y] el pecho grande, con una cabeza muy gruesa”.

Animales con ojos de luna en cuarto creciente

El famoso George Catlin, estadounidense nacido en Wilkes-Barre, Pennsylvania, sintió desde niño gran admiración y respeto por las tribus originarias, con las que decidió convivir entre los años de 1830 y 1838 y de las que hizo numerosas pinturas y relatos de primera mano. Llevó a cabo varios viajes al oeste, en un radio que incluyó desde San Luis, Missouri, hasta territorio comanche, pasando en medio de muchos pueblos de las Grandes Llanuras, el alto Mississippi, el fuerte Leavenworth, las Montañas Rocosas o Rocallosas, el Lago Salado, y los fuertes Pierre, Unión y Clark. Aunque cursó una carrera breve como abogado, su verdadero gusto estaba en el grabado y el óleo que dominaba a la perfección y que le permitió terminar más de 500 imágenes a propósito de las 50 naciones indígenas que conoció, de sus principales personajes y de sus tradiciones, que expuso luego en varias ciudades de los Estados Unidos y de Europa, y en las que, por supuesto, un personaje inevitable fue el generoso y cada vez más codiciado “búfalo”.

Esa enorme e importante colección de pintura fue acompañada, la mayor parte de las veces, por una pequeña explicación que escribió él mismo. En cuanto a los animales de nuestro interés dejó más de 13 láminas dando cuenta, con bastante dramatismo y emoción, de su porte; de los distintos modos de cazarlos entre indios y colonos y de la gran aventura, casi, según él, heroica, que significaba para estos últimos; de los ritos de los indios antes de las cacerías; de los ataques de los lobos a los bisontes enfermos o viejo; y de los animales heridos y agonizantes de puer de una agotadora persecución. Le parecía el más grande e impresionante de los rumiantes de Norteamérica que, como ningún otro animal, había contribuido al sustento del hombre, destinados ambos por el *Gran Espíritu* a viajar juntos por las inmensas y casi interminables regiones de bosques y pradera.¹⁵

Ofreció a sus lectores un “retrato fidelísimo” de ese animal para que vieran que los “búfalos americanos” en nada se parecían a los búfalos orientales, planteando que se trataba de especies muy distintas. Señaló que de los inmensos rebaños de estos animales que una vez habitaron “casi toda Norteamérica”, desde las provincias mexicanas del norte hasta la Bahía de Hudson, para el tercer decenio del siglo XIX sólo eran más abundantes en la base de las Montañas Rocosas. En un instante —ecribió— se podía advertir su fuerza gigantesca y criticó a los avarientos que creían que podía encontrarse el modo de someterlos al yugo, equiparando su falta de mansedumbre y docilidad con la de “las naciones indias” que, frente a los “civilizados”, tenían “la firmeza de resistirse a la esclavitud”.¹⁶

Distinguió su color claro cuando eran becerros y su color castaño oscuro cuando adultos; alabó el sabor de su carne; destacó sus peculiares cuernos que “formaban un arco simple”, que, dijo, nada tenían que ver con las espirales de la especie común y la de los carneros; también especificó que los de las hembras eran más pequeños y retorcidos con las puntas hacia la cabeza; subrayó que cuando estaba furioso, era uno de los animales “más terroríficos e impresionantes del mundo”, y mencionó la abundante profusión de su pelaje en el pescuezo y los costados, que muchas veces tocaba el suelo.

¹⁵ Georges Catlin, *Los indios de Norteamérica*, Barcelona, José J. de Olañeta, 1994, p. 49. La primera edición fue en Londres en 1844.

¹⁶ *Ibid.*

Pero lo que le parecía “más notable de los búfalos” eran los ojos, tanto en su forma como en su expresión, con su globo grande y blanco y su iris color negro azabache: “el búfalo parece tener los párpados completamente abiertos y el globo ocular siempre hacia abajo, de modo que una considerable parte del iris queda oculta bajo el párpado inferior”, dejando visible entonces un globo ocular blanquísimo, que a él le parecía que destellaba “como un arco en forma de luna al final del cuarto creciente”. Por último, con respecto a la polémica que ya para entonces envolvía a mucho, entre si los bisontes eran “migrantes”, o hacían imple movimiento e tacionales,¹⁷ expresó que para él eran criatura errantes y vagabundas, y afirmó que le parecían “gregarios, pero no migratorios”, porque podían pastar en enormes rebaños desde las fronteras mexicanas hasta los 55 grados de latitud Norte, en todos los meses del año, incluidos los más fríos del invierno, en los que ramoneaban en los matorrales helados y escarbaban el pasto entre la nieve, siendo entonces también, un “emocionante objetivo de caza” para los indios, durante la que se consideraba como “estación aburrida”.¹⁸

Catlin estaba totalmente convencido de que los bisontes habían sido creado para el uso y la pro peridad de las naciones indígenas. Calificó a los “búfalos” como animales nobles y útiles y dijo que vagaban en manadas de muchos miles por las mismas vastas praderas de hierba verde sin límites en las que pastaban los caballos salvajes. Entendía, perfectamente, que para los indios esa fuera la región más agradable y más independiente para vivir, y no tenía dudas de que era ahí, preci amente, “donde se encontraban las razas humanas más bellas y sanas que puedan encontrarse en América y quizá en todo el mundo”. En este escrito “pintó” con palabras y de la mejor manera, el panorama que quería transmitir a sus lectores: “interminables alfombras verde, alpicadas con flores de todos los colores, donde el indio galopa en su caballo con todas las necesidades cubiertas y el espíritu libre, como el aire que respira”. También, con mucho dolor, registró el hecho de que ese hombre, desde su libertad, había tendido la mano a todos los e tranjero, antes de ser “seducido” por la astucia y las artimañas de los hombres blancos

¹⁷ Es necesario notar que la mayoría de cronistas que los definió como “migrantes”, usó esta palabra como sinónimo de “animales en movimiento”.

¹⁸ *Ibid.*, p. 50.

mercenarios.¹⁹ Catlin dejó, en suma, un valioso testimonio de cómo ese paraíso mostraba los síntomas de una enfermedad que lo llevaba irremediablemente a su destrucción.²⁰

Los “cíbolos” mexicanos y el lejano interés de su gobierno

A petición de José Ignacio Espinosa –ex ministro de Justicia del presidente Anastasio Bustamante– el licenciado Antonio Barreiro, quien firmaba como “asesor del territorio de Nuevo México”, dio a conocer en el año de 1832, *Ojeada sobre Nuevo México, que da una idea de sus producciones naturales y de algunas otras cosas que se consideran oportunas para mejorar su estado e ir proporcionando su futura felicidad*. No sabemos qué tanto interesó este texto al gobierno mexicano de entonces y mucho menos si Barreiro conocía la región simplemente de oídas, asunto que se hace evidente en el caso de los cíbolos, a los que, por supuesto, mencionó al tratar el reino animal del lugar. Lo que sí es seguro es que los vinculó con la posibilidad de alcanzar esa bonanza que ofreció en su título al insistir, sin pruebas, en que “su docilidad”, permitía que fueran domesticados fácilmente, sacándoles provecho para la agricultura.

En pocas palabras, pensaba que el ganado cíbolo podía tener en Nuevo México “un manantial de riqueza con que mejorar su agricultura y embellecer sus artes”. Éstas últimas la veía en muchos trabajos artesanales que, según él, podían hacerse con las astas “tan azabachadas”, que pulidas e incrustadas con plata o nácar, permitirían la fabricación de mucho artículos de adorno o de utilidad.²¹ La sorpresa contenida en el escrito de Barreiro, es que retrató a los cíbolos con una mirada amorosa. Dijo que se trataba de un animal que “se hallaba en esos países con una abundancia increíble”; que su carne era jugosa y suave y que “sus lenguas mejores que las de

¹⁹ *Ibid.*

²⁰ George Catlin, *Letters and Notes on the North American Indians*, New York, Gramercy Books, 1975, p.253.

²¹ Antonio Barreiro, *Ojeada sobre Nuevo México, que da una idea sobre sus producciones naturales y de algunas otras cosas que se consideran oportunas para mejorar su estado, e ir proporcionando su futura felicidad. Formada por el Lic. Antonio Barreiro, asesor de dicho territorio. A petición del Ecsmo. Sr. Ministro que fue de Justicia Don José Ignacio Espinosa. Y dedicada al Ecsmo. Señor Vice-presidente de los Estados Unidos Mexicanos Don Anastasio Bustamante*, Puebla, Imprenta del Ciudadano José María Campos, 1832, p. 20.

vaca, pre entaban un exquisito manjar”; que eran veloces, valientes, fuertes y feroce ; que cuando los hacían mansos manifestaban gran docilidad, “aprendiendo muchas cosas y haciendo grandes cariños a su amo”; que eran “de admirable belleza”, a pesar de sus deformidades; que tenían los ojos “hermoso , redondos y azulados por en medio”, conociéndose en estos si estaban coléricos o tranquilo ; y como novedad para la serie de descripción sobre los bisontes, apuntó dos datos: que en la mandíbula inferior se le veían ocho dientes incisivos muy blancos y, que su lengua, era negruzca y larga.

También anotó que las temporadas para cazarlos eran en junio y en octubre, siendo en este último mes cuando se preferían las hembras, porque estaban más gorda , y en cuanto a sus pieles señaló que las de los animales que mataban en junio no eran tan interesantes, porque en esa estación mudaban el pelo, mientras que en octubre eran “lanudas y preciosas”. Por último, no pudo dejar de aportar su propia metáfora para describir el número en el que podían contarse esos animales y escribió que a ese ganado se le veía “aparecer por las llanuras en tabloncillos extensos, formando un horizonte que la vista no alcanzaba a comprender”,²² frase que nos remite a épocas anteriores, que estaban muy lejos de acontecer en los días que Barreiro firmaba sus emocionadas página .



En el año de 1834 el presidente mexicano Antonio López de Santa Anna envió a Texas a su entonces colaborador Juan Nepomuceno Almonte, para que llevara a cabo un reconocimiento del territorio, de su flora, de su fauna, de la producción agrícola y de la situación y número de sus pobladores, con objeto de preparar un informe estadístico. El objetivo quizás más importante para el gobierno, era saber cuál era el ambiente que se vivía entre los colonos y su lealtad al gobierno, que los había acogido con la mesa puesta y del que, al menos públicamente, no respetaban su legislación que desde 1829 había abolido la esclavitud. Impensable era que en ese texto breve, lleno de cifras, Almonte no mencionara a los búfalos, a

²² *Ibid.*, p. 17-19.

los que obviamente ya no vio en persona, pero de los que sí oyó hablar y dejó regi tro. Escribió, a propósito, que hacia el noroeste había inmensas llanuras que, según él, eran “poco o nada conocidas”, y de las que “se decía” que abundaban en ellas el cíbolo y las mesteñas, y que sólo en “cierta e tación del año” bajaban a las inmediaciones de Béjar y Goliad,²³ repitiendo aquí lo que le decían sus informantes. En su discurso estadístico, los cíbolos importaban más como dato o cifra, e incluso como leyenda que causaba orgullo, sin enfrentar las causas de su notable disminución, en esas lejanas y ricas posesiones.

El “cíbolo” romántico

También llegaban a la ciudad de México las noticias y la fama de los cíbolos. Su reproducción en pequeño, elaborada en cera o en barro, adornaba casas y talleres desde la época colonial, como lo demuestra, por ejemplo, el inventario de los bienes de la actriz Josepha Ordóñez en 1766.²⁴ También desde entonces se hablaba y se conocía de la calidad de sus pieles. A la vuelta del calendario que instaló el siglo XIX, los capitalinos pudieron ver algunas de ella, en un cargamento que un grupo –posiblemente de la nación comanche– trajo de regalo para el emperador Iturbide en el mes de marzo de 1823. Cuenta Carlos María de Bustamante que ellos “hicieron gran impresión en el populacho” por sus atuendos de gamuza, sus penachos de plumas y sus fusiles, si bien al diputado criollo ellos sólo le merecieron el nombre despectivo de “indios mecos”, y el comentario mordaz y clasista de que era parte de la farsa que envolvía a Iturbide, al que no le iría muy bien si se apoyaba “en semejantes auxiliares”.²⁵

Este mismo autor dio cuenta, un año después, de que unos empresarios trajeron a la ciudad de México y “por primera vez”, a cinco búfalos –tres machos, una hembra y una cría– que los que pudieron pagar dos reales vieron en un local de la calle de los Bajos

²³ Juan Epomuceno Almonte, *Noticias estadísticas sobre Texas*, México, Impreso por Ignacio Cumplido, 1835, p. 31.

²⁴ AGI, México, 1707, año de 1766, *Testimonios de los autos formados sobre la queja de Gregorio Panseco contra Josepha Ordóñez su mujer, y providencias dadas por la real Sala*, Quaderno no. 2.

²⁵ Carlos María de Bustamante, *Diario de lo especialmente ocurrido en México*, sábado 1 de marzo de 1823.

de San Agustín, “donde antes se habían exhibido unos camellos”.²⁶ Las diferencias notables entre búfalos de verdad y cíbolo –también de verdad– tuvieron, a partir de entonces, un referente preciso o en más de dos, en una sociedad capitalina que pudo dar, a cada uno, su nombre, su lugar de origen y sus propias características.²⁷

El cíbolo estuvo muy presente en el imaginario mexicano de ese tiempo. Podemos rastrearlo también en los escritos para las revistas de moda durante la primera mitad del siglo XIX. Uno de los autores elegidos para ejemplificar esto es José María Tornel y Mendívil, activo político camaleónico que tuvo, además, una asidua presencia como traductor y en ajetreo en la prensa de su tiempo. En un artículo titulado “La Providencia en el Nuevo Mundo”, se refirió al cíbolo del Septentrión, entre otras muchas riquezas que, para él, hacían único al continente americano. En el trasfondo de este texto, estaba, sin duda, el tema de la independencia frente a los Estados Unidos, en el que los cíbolos aparecían, precisamente, como su metáfora: “Goza de tu libertad en las llanuras de Nuevo México y de Texas, oh bionte, oh cívolo [sic], cuya frente indomable jamás ha sufrido el yugo que impone el hombre con halagos y sostiene con rigor.”²⁸ Fue igualmente Tornel el que, tres años después dio a conocer en *El Museo Mexicano* –revista editada por Ignacio Cumplido– el texto sobre la caza del oso y del cíbolo que había escrito el francés Berlandier en 1828 y al que me referí páginas arriba. Según Tornel se trataba de un documento “muy interesante para la ciencia” que él conservaba “como un tesoro”, y que lo daba a prensa para “hacer un servicio al público”.²⁹

Como se puede apreciar, el asunto de la caza de los bisontes no sólo estuvo presente en los relatos publicados en aquellos años en los Estados Unidos. Además del texto de Berlandier –que por cierto sería reeditado en México en la tipografía de Juan N. Navarro en

²⁶ *Ibid.*, martes 8 de noviembre de 1824.

²⁷ En la sección de avisos del periódico *El Siglo Diecinueve* del viernes 8 de junio de 1855, se anunciaba para “los señores militares”, que en la guantería de la calle del Coliseo Viejo, n. 25, había seiscientos pares de guantes de ante “con manoplas de búfalo blanco”, especiales para los soldados de caballería y promovidos como los que usaba la guardia imperial de Napoleón.

²⁸ José María Tornel, “La Providencia en el Nuevo Mundo”, *El Museo Mexicano*, t. IV, 1841, p. 539-532.

²⁹ Introducción de J. M. Tornel a L. Berlandier, “Caza del oso y del cíbolo en el noroeste de Texas”, *El Museo Mexicano*, t. III, 1844, p. 176.

1850— el también político y escritor de moda Manuel Payno publicó en 1845 un extenso artículo que tituló “Tejas”, en el que dio amplia cabida al relato de una cacería de búfalo, cuya singularidad es que sus personajes principales fueron los soldados de los presidios mexicanos, destinados por el gobierno para la defensa de la frontera y de los que, según Payno, nunca se mencionaban ni su vida, ni sus costumbres.³⁰

Los “búfalos” o el sentimiento de grandeza

El capitán John Charles Frémont fue un militar explorador estadounidense, que, como miembro del cuerpo topográfico, recorrió en el año de 1842 desde el río Missouri hasta las Montañas Rocallosas en el límite de Kansas, más los ríos de la Gran Planicie, en un interesante viaje que promovió el Senado de su país, institución que se encargó de publicar los resultados al año siguiente. En 1845 se editó de nuevo, aunque comercialmente, junto con otro informe del mismo Frémont, referido a otro viaje realizado entre 1843 y 1844 por Oregon y el norte de California. Este libro se ilustró con dibujos y grabados de gran valor realizados por el cartógrafo de la expedición Charles Preuss.

La exploración y la aventura, narradas de forma poética, cautivaron y tocaron la imaginación de los lectores estadounidense y europeo ³¹ que, en general, lo consideraron el mejor relato sobre el oeste, entre otras cosas por su sensibilidad a la belleza del día y de la noche, de la tierra, de las flores, de los animales, de las gentes y de las piedras. A juzgar por las críticas favorables de la época, la historia fue enormemente disfrutada y eso explica las miles de copias que se editaron sin parar durante los siguientes cuatro lustros.³² Se

³⁰ Manuel Payno, “Tejas”, *Revista Científica y Literaria*, [Por los antiguos redactores del Museo Mexicano], t. 1, 1845, p. 172-3.

³¹ En Europa el libro fue presentado en algunas sociedades científicas, y se tradujo al alemán.

³² El libro se ha editado también varias veces en la segunda mitad del siglo XIX, en el XX y en lo que va de nuestro siglo XXI. Con respecto a la autoría del reporte, se ha generado una polémica. Hay que decir primero que en sus memorias él contó que muchas veces dictaba y que una de sus amanuenses fue su esposa. El debate gira en torno a la verosimilitud o no, de si lo escribió realmente ella, la conocida escritora Jesse (o Jessie) Benton Frémont, cuya letra y estilo han sido identificados en varios fragmentos del manuscrito original.

trata de una aventura en la que hubo “búfalos”, pieles rojas, algunas maravillas y no menos dificultades, que se convirtió también en el libro guía de otros exploradores, que incursionaron por esas tierras en los años sucesivos.

En medio de las inmensas llanuras empezaron a ver grandes cantidade de “búfalos” que el dibujante de la expedición, Charles Preuss, confundió en un primer momento “con grupos de árboles”. La sensación que esa imponente presencia dejó en Frémont lo llevó a expresar que “al tener a la vista tal cantidad de vida, el viajero [sentía] un extraño sentimiento de grandeza”.³³ Recordaba en sus páginas, con una emoción contagio a, cómo aumentaban los latidos del corazón de todos a medida que se acercaban a esos animales. Para Frémont “los indios y los búfalos hacían la poesía y la vida de la pradera”, y comparó algunos días monótonos con la euforia que se producía en el campamento cuando había cacería y sacrificio de “vacas”, que aseguraban una “carne succulenta” para la cena. Dedicó algunas páginas a narrar la conmoción de la caza entre una manada que tenía como 750 cabezas y dio cuenta de la aparición de los acechantes y aulladores lobos, que rodeaban al grupo de bisontes y al propio campamento, esperando la partida de los hombres para devorar lo huesos que quedaban junto a las hogueras.³⁴ Fue todavía más explícito y en cuanto a los ataques de los lobos dejó testimonio de un joven ternero que cayó en sus fauces –a pesar del intento por defenderlo por parte de un “toro” adulto– y que antes de morir ya había sido devorado en una de sus mitades.

Otro día del mes de julio de ese mismo año vieron enormes filas de bisontes galopando hacia un río; según Frémont eran como 11 000 bisontes cubriendo toda la pradera y dijo que evidenciaban con su movimiento la presencia de los indios. No dejó de narrar un trepidante enfrentamiento entre unos 18 “toros” que atacaban a un macho viejo, al que, egún él, defendió junto con algunos de sus hombres, cenándose después al que más lo agredía; una cacería de bisontes llevada a cabo por la nación cheyenne, que ellos no pudieron observar por las nube de polvo que la envolvían; la presencia de manadas

³³ J. C. Frémont, *Report of the exploring expedition to the Rocky Mountains in the year 1842, and the Oregon and North California in the years 1843-44*, Washington, Gales and Seaton Printers, 1845, p 16-18.

³⁴ *Ibid.*, p. 19-21.

pequeñas cerca de los riachuelos; la vista de grandes hatos donde no había proximidad de seres humanos, “dando vida a la región”; y, sobre todo, la abundancia de pastos. A imismo, dejó registro de cómo los expedicionarios copiaban las costumbres de los indios, tratando de secar la carne con objeto de tener abasto para varios días. En esa actividad, dijo, todos en el campamento colaboraban alegres, levantando andamios —que tenían fogatas por debajo— donde ponían al sol la carne cortada en tiras.³⁵ Días más tarde, sin embargo, tuvieron que reconocer que como no tenían la habilidad de los indios, la que no se echó a perder, estaba tan dura como corteza.³⁶ Un préstamo que sí parece haberles funcionado se encuentra en uno de los grabados de Preuss que acompañaron el texto de Frémont, en el que pone de manifiesto la excelente costumbre indígena, adoptada por los “anglos”, de guarecerse en tipis (tiendas) fabricados con pieles de bisonte.

Frémont mismo admitió que no todas sus hazañas de cacería fueron exitosas. En una ocasión que avistaron una manada no pudieron cazar a ninguno a pesar de sus esfuerzos, y con gran admiración alabó la facilidad con la que esos animales “toscos y torpes”, escalaron el borde de un difícil precipicio para sortear a sus perseguidores. Otro día se maravillaron con la aparición de manadas de antílopes acompañando a las de los “búfalos”, y no menos agradecido con esa vasta naturaleza, narró que pudo reparar un roto barómetro “con un pegamento hecho de búfalo”, aparato que después rellenó con mercurio calentado. También relató momentos difíciles por la falta de carne, porque ya no se aparecían las manadas conforme avanzaban más hacia el Pacífico y por el fracaso en su conservación, en los momentos en que esas habían sido abundantes. En su viaje de regreso volvieron a encontrar bisontes y admitió que el apetente y prometedor aroma de las costillas rostizadas hizo resurgir en el campamento el buen humor, las risas y las canciones.³⁷

En su segunda expedición, esta vez camino a Oregon, pudo constatar que los “búfalos” ocupaban un espacio muy reducido y, además, que el negocio de sus pieles, que mantenían varias compañías, hacía que mataran a miles de ellos, mencionando un tráfico de 90 000

³⁵ *Ibid.*, p. 23, 26, 29, 33, 50, 51.

³⁶ *Ibid.*, p. 63.

³⁷ *Ibid.*, p. 54, 57, 63, 71.

cueros. Reconoció que ya desde su anterior viaje se había enterado del desconcierto de “muchas naciones indias” por lo que llamó “el fracaso del búfalo”, que no era otra cosa más que su desaparición de muchas regiones. Al agotarse el único modo de subsistencia con que contaban, Frémont mencionó los dos caminos que tenían los indios para no morir de hambre: robar a lo largo de la frontera con México, o formar alianzas para hacer la guerra a los que vivían “en tierras de búfalos”. En todo caso, le parecía que la situación apuntaba para que se produjera una “terrible guerra de exterminio”, y mientras él y sus compañeros en ocasiones se habían habituado a comer carne de mula, de caballo, de algunos pescados, e incluso pinole, finalmente, en las llanuras cercanas al río Arkansas, encontraron “el ámbito de los búfalos”, decidiendo que bien valía la pena detenerse todo un día entre las abundantes manadas³⁸ para abastecerse de la carne más apetitosa, que aportaba, además, un enorme alborozo a los corazones y el correspondido discurso, que en voz del popular Frémont convirtió a los bisontes en la inspiración misma de aquellos inmensos paisajes.

El salvaje oeste para el “civilizado” imaginario americano

La expansión hacia el Pacífico se vio completada con los territorios despojados a México en 1848, contando los Estados Unidos para sí y a partir de entonces con toda la parte media de América del Norte. En los años sucesivos iniciaron la construcción de su ferrocarril transpacífico y poco a poco se difundió la noticia de que ahí había abundantes tierras y muchas conveniencias. Más allá de los informes oficiales se gestó una literatura difundida en libros, periódicos y revistas, que estuvieron al alcance de un amplio público, lo que determinó un imaginario colectivo que daba vida a numerosas aventuras, a paisajes increíbles, a ríos llenos de oro, a encuentros con pieles rojas y con “búfalos” y, entre otras muchas cosas, a lucrativos negocios. La abundancia de relatos y dibujos sobre el oeste, hechos por testigos presenciales, continuaron su éxito en las décadas posteriores deleitando a miles de lectores que, sobre todo a partir de

³⁸ *Ibid.*, p. 145, 173, 174, 288, 289.

la derrota del ejército mexicano, se llamaban a sí mismos “americanos”, orgullo que incluía, por supuesto, la posesión del lejano y salvaje territorio al que no tardarían mucho en limpiar definitivamente de sus habitantes originales, incluido su *alter ego* (los bisontes). La política del gobierno de los Estados Unidos se propuso, conscientemente, acabar con los indios para debilitar y controlar a los primeros.

Las expediciones al oeste y su poblamiento proliferaron a partir de entonces. Una, emprendida en 1848, es singular porque se hizo en sentido contrario a las reseñadas hasta ahora, ya que partió del Occidente para desembocar en la ciudad de Independence, en Missouri. Este viaje le fue encargado al segundo lugarteniente George Douglas Brewerton, cuya misión era llevar la noticia de que se había descubierto oro en California. Partió de Los Ángeles en el mes de mayo, uniéndose a ese viaje el explorador Kit Carson, quien contaba con mucha experiencia en tierras desérticas y de indios. Recorrieron Kansas, Arizona y Nuevo México y aunque el polifacético Brewerton escribió un diario de esa travesía y pintó muchos bocetos, estos se perdieron cuando cruzaban el río Colorado. Fue hasta el año de 1853 que dio vuelo a su carrera como periodista –para entonces era también un sensible pintor de óleos y acuarelas– para la revista *Harper's New Monthly Magazine*, rememorando, en varios artículos ilustrados que se editaron como una serie en los años que siguieron, aquél viaje significativo en su vida. De ese conjunto me interesa *In the buffalo country*, que apareció en el número de septiembre de 1862.

Entre otras muchas cosas, además de narrar cacerías de “búfalos” y encuentros con los comanche, se refirió a su descubrimiento de un grupo de árboles “con pinturas indias”. Su relato, a diferencia del de Catlin o el de Frémont, nos ofreció el punto de vista del que siempre se miró aparte de ese mundo y se consideró casi su enemigo. Después de mencionar esas pinturas, por ejemplo, agregó que decidió no perder el tiempo descifrándola, ya que le parecía improbable que sus autores les hubieran dado algún significado. Por último, dio cuenta de variadas noticias sobre el clima, la vida animal y, en general, sobre el mundo de las Grandes Praderas.³⁹

³⁹ George Douglas Brewerton, *In the Buffalo country*, New York, Harper and Bross, 1862, p. 452, 458, 459 y 463. Briscoe Center for American History.



Phillip H. Sheridan fue un oficial de carrera del ejército de los Estados Unidos que ocupó, además, el cargo de Comisario frente a las Naciones Indígenas entre 1867 y 1883. En su escrito titulado *Personal Memoirs* señaló que el departamento bajo su mando incluía los estados de Missouri, Kansas, el Territorio indio y Nuevo México. Pero el suceso más controvertido de los más candentes episodios de la guerra civil y más adelante de la guerra que emprendieron contra los pueblos originarios, quedó registrado en las versiones menos oficiales de la historia de su país como un hombre segregacionista y genocida. Siempre se refirió a los indios como “los hostiles”, o “los enemigos”. Su reputación quedó muy dañada por su actuación y porque se le atribuyen frases que han permanecido en muchos libros, documentados o no, que dan cuenta de la destrucción de los indios a partir de exterminar a los bisontes.

En sus citadas memorias, en el capítulo XII, se refirió al año de 1868 cuando las planicies todavía estaban cubiertas con muchas manadas de “búfalos”, con “un número estimado de 3 000 000 de cabezas”, que abastecían ampliamente a cerca de “seis mil hostiles”. Veía a esos indios como gente rica, asunto que para él estaba en la explicación de su confianza y su desafío. No tuvo problemas entonces en llevar a cabo, e incluso en dejarlo por escrito, el método que empleó para acabar con ellos y de paso para proteger a la gente de los nuevos asentamientos, así como a los caminos: “comprendiendo que su rigurosa subyugación se convertiría en una tarea difícil, yo pensé circunscribir operaciones durante la estación cuando los búfalos buscan los mejores pastos y es temporada de cacería”. En efecto, su ataque a esos hombres “salvajes” sería en el invierno cuando, según él, a causa de la debilidad de sus ponis por falta de comida, por el frío y por la consiguiente nieve, estarían impedidos y podrían ser sorprendidos fácilmente, “haciéndolos caer sin darles tregua”.⁴⁰

⁴⁰ Phillip H. Sheridan, *Personal Memoirs*, 1888. En <http://www.pattonhq.com/militaryworks/sheridan.html> Varios autores norteamericanos han señalado, de una u otra manera, las intenciones tempranas que los colonos tuvieron para apropiarse de las tierras de los nativos. Por ejemplo, Harold P. Danz, *op. cit.*, p. 63 y 112, agregó a lo anterior que durante el gobierno de Ulises Grant (1869-1877) dominó la idea de que la desaparición del bisonte conllevaría el sedentarismo y la civilización de los indios.



Una combinación de aventura con interés científico es lo que ofrece el artículo de Theodore R. Davis titulado “The Buffalo Range”, aparecido en *Harper’s New Monthly Magazine*, en el mes de enero de 1869, donde se anunció ilustrado por el mismo autor con xilografías. Se refirió ahí al estado de Kansas y, muy en especial, a las costumbres de los “búfalos” y a las de sus variados cazadores durante el decenio de los sesenta de aquel siglo XIX. Es interesante notar que tenía claro que se trataba de bisontes, “a los que, –aclaró– familiarmente se les designa como búfalos”.⁴¹ No dejó de impactarle la enorme cantidad de “búfalos” muertos por las máquinas del ferrocarril de la Union Pacific Railroad, que los arrollaban a su paso a pesar de su enorme fuerza, o lo que consideró una “típica escena americana”: los pasajeros apostados en las ventanas de los trenes, disparando desde ahí a los bisontes.

Como todos los que convivieron con aquellos hatos reconoció que seguían sus huellas y así encontraban los mejores cruces de riachuelos y rutas. Con respecto a las manadas en movimiento expresó que quien no lo había visto no lo podía creer, cuando tenía la suerte de estar ahí y, categórico, subrayó que no sólo los blancos desperdiciaban la carne de esos animales, sino que los indios habían aprendido a hacerlo, aprovechándola sin sobrante los lobos y los cuervos. Añadió al tema que los depredadores de muchos jóvenes búfalos eran los lobos grises y los coyotes, siempre atentos a los desplazamientos y descansos de los bisontes muy viejos o demasiado jóvenes.

Señaló que desde el año de 1858 el “búfalo” estaba decreciendo en número y describió la consternación que esto generaba entre los indios.⁴² Contrastó esta realidad con el comentario de que para los “blancos” esa cacería era sólo un pasatiempo. Le parecía que en sus días la mejor caza de bisontes estaba entre los ríos Republican y Arkansas, o entre este último y el Platte y, muy a tono con su modernidad, calificó la actividad como un deporte y al que la ejecutaba como un deportista. Pensaba que “el verdadero *sportsman*”, cazaba

⁴¹ Theodore R. Davis, *The Buffalo Range*, New York, Harper’s New Monthly Magazine, 1969, p. 147. Briscoe Center for American History.

⁴² Theodore R. Davis, *op. cit.*, p. 148, 149, 152 y 153.

como lo hacían los oficiales de caballería y los mejores cazadores de la frontera, que corrían tras los “búfalos”, para lo que necesitaban ser buenos jinete, ser disparadores fríos, contar con caballos ligeros y valientes y con una carabina, o con un revólver, de los inventados por Samuel Colt. Estos últimos, dijo, se habían convertido en el arma preferida, ya que se tomaban con una sola mano.⁴³

Dio cuenta del satisfactorio negocio que hacían “las naciones indias con los traficantes de cueros”, que eran recibidos en las aldeas hasta que se cerraban los tratos, llevando los indios la voz cantante en las transacciones, a diferencia de tiempos pasados en los que ellos eran los que se acercaban a los fuertes a vender. Contó, por último, que se cambiaban 10 tazas de azúcar o 10 dólares por un abrigo, habiendo, sin embargo, muchos comerciantes imprudentes que les vendían whisky, armas y municiones. Dijo, además, que en los grandes mercados, como el de Nueva York, las pieles podían llegar a costar entre 8.50 y 16.50 dólares cada una y estaba seguro de que los mejores abrigos, eran, sin duda, los de piel de bisonte, registrando con nostalgia, que “en los buenos años”, se llegó a traficar un cuarto de millón de ellos.⁴⁴



William Cody, originario del entonces territorio de Iowa, estuvo al servicio del cuestionado general Phillip Sheridan –al que me referí páginas arriba– como su guía y correo. Cody alcanzó notoriedad como cazador de “búfalos” cuando fue contratado por la compañía Kansas Pacific Railroad entre 1863 y 1865 para abastecer de carne a sus trabajadores. Mejor conocido como “Buffalo Bill” el sobrenombre lo adquirió por el grandísimo número de esos animales que –él solo– mató, tanto en varias competencias entre prestigiados cowboys –por las que fue premiado y reconocido como campeón– como en algunas campañas del ejército de su país, que le significaron, por entonces, un reconocimiento especial. Cuando estaba por terminar la guerra de exterminio de indios y bisontes decidió hacer de ese

⁴³ *Ibid.*, p. 154, 155, 156 y 157.

⁴⁴ *Ibid.*, p. 157, 158, 161, 162 y 163.

suceso un espectáculo, con el que, a partir de 1872, recorrió por más de dos décadas muchas ciudades estadounidenses y europeas, mostrando en gustados y variados tipos de funciones, “la vida salvaje del oeste”. En su elenco, todos los personajes eran de verdad: indios –hombres, mujeres y niños–; cowboys patriotas; soldados; caballos; y, por supuesto, bisontes. Durante algún tiempo, contó en escena con la –para mí– triste presencia del mismo jefe “Toro Sentado”, quien lucía sus mejores atavíos.

Según el naturalista William T. Hornaday el célebre show “Buffalo Bill’s Wild West” tuvo entre sus mejores atracciones una manada de aproximadamente 18 “búfalos vivos de todas las edades”, cuya mayoría provenía de Kansas. Algunos de ellos hicieron el viaje de ida y vuelta a Inglaterra y fue precisamente allá, en la Exposición Americana de Londres en 1888, donde sus hembras parieron a cuatro terneras.⁴⁵ Los temas de ese divertimento circense rondaban en torno a la desaparición de los bisontes, a la vida cotidiana de los pueblos indios y, sobre todo, a los ataques de estos a los trenes y a los colonos, con el consecuente éxito de los “americanos” sobre ellos. Como atinadamente señalaron Richard White y Patricia Nelson Limerick el espectáculo de Buffalo Bill era, por un lado, una síntesis “del tiempo de los últimos”: el último bisonte, el último cowboy, el último indio verdadero. Por el otro, ofrecía una invertida visión de la conquista del oeste, en la que los conquistadores “blancos” aparecían como las víctimas de agresiones y muerte que sólo venían de parte de los indios. Este asunto, según estos autores, se reflejó con amplitud en la iconografía “de frontera” producida por esos años, que mostraba el avance triunfal de los colonos en tierras que consideraban de promisión.⁴⁶ Buffalo Bill se convirtió, en su tiempo, en el personaje más conocido, y su “heroicidad” devino un ícono, que concretaba el obscuro deseo de que América fuera para los “americanos”, perdurando ese poderoso imaginario y su gran personaje simbólico en los discursos de la literatura, la televisión y el cine estadounidenses durante buena parte del siglo xx.

⁴⁵ William T. Hornaday, *The extermination of the American Bison*, Report of the National Museum, 1886-1887, Washington, Government Printing Office, 1889.

⁴⁶ Richard White y Patricia Nelson Limerick, *The frontier in American Culture*, University of California Press, 1994, p. 27.

La ciencia y el ejército se interesan por su magnífica especie en extinción

Los escritos de corte académico producidos sobre los bisontes en el decenio de los setenta del decimonono, están impregnados del presentimiento de su inminente exterminio. Destaca en este rubro el libro de J. A. Allen, *The American bisons, living and extinct*, publicado por la Universidad de Cambridge en 1876. Se trata de uno de los primeros textos que contó con datos relevantes para entender a los bisontes como especie y para conocer su historia biológica. Dedicó muchas páginas a las especies antecesoras, a sus medidas corporales, a su ubicación geográfica y a los tiempos de sus respectivas desapariciones. Estaba consciente de que el nombre de “búfalo” era el más popular, a la vez que ya se oían voces exigentes que se empeñaban en señalar que era incorrecto. De hecho, Allen subrayó que debía nombrarse “Bisonte Americano”, ya que “búfalo”, dijo, sólo era aplicable a los genuinos *Bubalus* de África y la India. También apuntó que para la gente común nunca dejaría de ser “búfalo” y que incluso muchos escritores lo defenderían como el apelativo preferido, argumentando el dato de que en los Estados Unidos sucedía lo mismo con muchos otros nombres de mamíferos y de aves.⁴⁷ Preparó para su libro varios dibujos de molares, cráneo y cuernos del que nombró *bison americanus*, mostrando la variedad de formas y tamaño, según su edad y su género. Se refirió, asimismo, a los enormes productos que se podían obtener de esos animales, a los aspectos más relevantes sobre su caza y, entre otras cosas, a su domesticación, que él, curiosamente, creía posible como salvación de la especie.

Muchas más páginas del escrito de Allen están dedicadas a explicar la distribución geográfica del bisonte americano, por lo menos desde 1530, hasta su drástica reducción en el presente que a él le tocó vivir. Sostuvo que para 1875 sólo quedaban manadas en alguna parte de Texas y de Kansas, y al norte de Montana, en Saskatchewan y en Lesser Slave. Para ilustrar este amplio tema, y, seguramente para crear conciencia sobre la catástrofe biológica que debían enfrentar los “americanos”, elaboró un mapa muy interesante, que puede verse en la introducción de este libro, en el que incluyó las diferentes

⁴⁷ J. A. Allen, *The American Bisons, living and extinct*, Cambridge University Press, 1876, p. 51. Briscoe Center for American History.

áreas con presencia de bisontes desde el siglo XVI al XIX, en los territorios de Canadá, de Estados Unidos y del norte de México.



No es menos importante el nostálgico trabajo leído en la Academia de Ciencias de Wisconsin entre 1876 y 1878 –publicado por primera vez en 1882– por el médico y científico Philo Romaine Hoy sobre los grandes animales de vida salvaje que habían terminado por extinguirse en esa nortea región. Expresó, al respecto, que Wisconsin tuvo sus postreros “búfalos” al este del río Mississippi, no sabiéndose con precisión cuándo fue que el último “búfalo *Bos americana*” había cruzado ese afluente y agregó que, hacia 1833 –“después de terminada la guerra Blackhawk”– sucedió la muerte de los que quedaban en las riberas del río St. Croix.⁴⁸



Cuando estaba por terminar el decenio de los setenta la vida del oeste tuvo otro reconocido cronista: el coronel Richard Irving Dodge. Kansas fue su destino militar, en concreto el mando de uno de los fuertes –conocido con el nombre de Dodge, aunque en honor de un famoso general– de los que el ejército levantó para proteger a los colonos y a las vías de tren de los ataques de los indios. De hecho, él y sus principales oficiales organizaron una expedición para la compañía ferroviaria Atchison, Topeka and Santa Fe, que se convertiría poco a poco en una turbia ciudad –Dodge City– de advenedizos, traficantes y prostitutas. Entre la importante lista de sus escritos destaca un texto, publicado por primera vez en Londres en el año de 1877, dedicado a las tierras propicias para la cacería, en lo que él llamó “El gran oeste”. Al valor del escrito se agrega el de la inclusión de un mapa donde ubica las reservas de los indios y

⁴⁸ Philo Romaine Hoy, “The larger wild animals that have become extinct in Wisconsin”, en *Transactions of the Wisconsin Academy of Sciences, Arts, and Letters*, v. 83, 1995, p. 66.

el rango de los bisontes en el año de 1830 y en el de 1876, cuando sucedió su drástica reducción, siempre en los estados y territorios levantinos. Además, incorporó una buena cantidad de vibrantes dibujos que mostraban el carácter de los pueblos indios a través de sus principales jefe; el modo que los primeros tenían para cazar a los bisontes y, entre otras cosas, la presencia de esos animales en las planicies, enfrentados, además, a los embates de las grandes bestias –las locomotoras a vapor– que contribuyeron al estrago de las manadas.⁴⁹ La imagen que ilustra este último asunto se hizo muy famosa y fue reproducida después en muchas publicaciones.

Dodge también dedicó espacio en su libro a las tremendas matanzas de bisontes que organizaron los cazadores entre los años de 1872 y 1874 y a las enormes ganancias provenientes del tráfico de sus pieles. Asimismo, muchas páginas se refieren a la reseña de las naciones indias que quedaban en pie y, por supuesto, al animal que llamó coloquialmente “black cattle of Illinois” [ganado negro de Illinois] y que designó científicamente como “Buffalo Bos Americanus o American Bison”, subrayando, sin embargo, que aunque los naturalistas reiteraran que el apelativo correcto debía ser “bisonte”, él, “como hombre de las llanuras”, insistía en que su nombre era el de “búfalo”, por que así vivía en la tradición y en la historia.⁵⁰ Otros asuntos de su interés, muy al estilo y temática de Theodore R. Davis fueron los métodos para cazarlos a caballo; la manera de curtir los cueros y sus distintos instrumentos; las cifras millonarias de carne, piel y huesos que varias compañías ferroviarias reportaron haber transportado –además del comercio clandestino– en esos mismos años; y, por último, la presencia de los que cazaban por “deporte” –grupo dentro del cual él se incluía– y que andaban a la búsqueda de buenas cabezas y de las mejores pieles.⁵¹

⁴⁹ Richard Irving Dodge, *The hunting grounds of the Great West. A description of the Great North American Desert with illustrations*, London, Chatto and Windus, 1877.

⁵⁰ *Ibid.*, p. 119.

⁵¹ *Ibid.*, p. 140-144.

Las noticias sobre los “último ” bi ontes en territorio mexicano son verdaderamente escasas. Quedaron registrados en las notas del mayor de caballería Blas M. Flores, quien tuvo a su cargo la jefatura de la columna de la izquierda de la tropa que envió el ejército mexicano a la frontera norte en 1880-1881, a la campaña contra los “indios bárbaros”. El panorama social turbulento que se vivía en aquellos años en el Septentrión había sido provocado, a la postre, por la ausencia de los bisontes, que sucumbieron ante los embates poderosos de la colonización, del despojo de tierras, de la reservación de las naciones indias, con el con iguiente cambio de sus costumbres ancestrales, y con la premeditada expansión territorial.

A pesar de estar en reservacione , los indios no dejaron de tener enfrentamientos con el ejército yanqui. También con las tropas mexicanas, ya que incursionaban en nuestro territorio y cometían saqueos que afectaban a personas, animale y objeto . A su vez, con motivo de perseguirlo , el ejército estadounidenses entraba en tierra de México amenazando su soberanía. Para el gobierno mexicano esos indígenas siempre fueron “los indios bárbaros”, “los enemigos de la civilización”, y contra ellos de plegó su discurso y a su ejército, al tiempo que empezó a interesarse más seriamente por la seguridad de su frontera. De esa campaña “exito a”, a la que fue enviado Flores, quedaron varios registros. Por un lado, un libro breve, que publicó a expensas de la Secretaría de Fomento en el año de 1892, y un enorme manu crito, mucho más largo, que dio cuenta con detalle, de la vida cotidiana y sus peligro en los desiertos de Chihuahua y de Coahuila, pero, sobre todo, de su importancia e estratégica. Fue en estas páginas, que por muchos años se mantuvieron inéditas, donde escribió que, en cuanto al reino animal de esa vasta región, mencionaba, entre otros, al “Bizonte (v. Cíbolo)”, que en muy escaso número se encontraba en la ribera del río Bravo.⁵²



⁵² Blas M. Flores, “Reseña de las Campañas contra los salvajes en la frontera norte en los años de 1880-1881”, en *Relaciones*, n. 96, v. xxiv, Otoño de 2003, p. 223. El manuscrito fue dedicado a Bernardo Reyes y se preservó en la biblioteca de Alfonso Reyes, quien lo menciona en *Memorias*, v. xxiv, México, Fondo de Cultura Económica, 1990, p. 471-475.

Cuando el conservacionista y taxidermista William T. Hornaday ocupaba el cargo de Superintendente del Parque Zoológico nacional, fue publicado en el año de 1889 el reporte que hiciera para el Museo Nacional, sobre su trabajo emprendido entre 1886-1887 para encontrar algunos ejemplares vivos de bisontes que, una vez preparados, debían ser exhibidos en ese y en otros museos del país. Este proyecto tenía como objetivo que el público conociera a esa espléndida especie que, a pesar de haber sido tan abundante, había desaparecido. El título que dio a ese extenso y completo informe, *The extermination of the American Bison*, planteaba con mucha claridad que se contaría la historia de esa especie, en medio “del pesar por su destino”.⁵³ Con respecto a si debía ser bisonte o “búfalo” no tenía dudas de cuál era el nombre correcto, sin embargo, a lo largo de su texto también lo llama “búfalo”, porque, según él, así lo conocían “60 millones” en los Estados Unidos, y porque además de parecerle algo “inofensivo” afirmó que era ya “tan universal” que “aunque lo intentaran” no podrían cambiarlo todos los naturalistas del mundo.⁵⁴ Asimismo, como lo hicieron Allen y Dodge, ofreció su propio mapa, por cierto muy bello, que delimita en toda América del Norte el rango de “american bison” a lo largo del tiempo, abarcando hasta los últimos bisontes que quedaban por el año de 1889.

Otro tema que me llama la atención de ese reporte es su postura frente al carácter de los bisontes. En varias ocasiones repite que fue “por su falta de inteligencia”, por ser “estúpidos brutos”, que se precipitó su exterminio. Sin embargo, no fue capaz de detectar nobleza y sagacidad en varias cualidades del comportamiento de esos animales que él mismo describió: el afecto desinteresado de las hembras por sus crías; el cuidado de los toros machos por la seguridad de las terneras; su fino olfato; su manera de correr cuando escapaban de algún enemigo, o los pocos años que les llevó adquirir la destreza para mantenerse lejos de los peligros de los trenes. A la postre, aprendieron a huir de sus rapaces atacantes, asunto que experimentó Hornaday en carne propia cuando buscaban bisontes, pues les costó mucho esfuerzo encontrarlos y cazarlos para perpetuarlos en vitrinas de museo. Muchas páginas, pues, dedicó a contar esas peripecias, que lo llevaron a obtener finalmente “22 trofeos de caza” que

⁵³ William T. Hornaday, *op. cit.*, p. 5.

⁵⁴ *Ibid.*, p. 13.

localizó en Montana, de los cuales seis formaron parte de la colección del Museo Nacional, trabajados cuidadosamente por él con sus co-nocimientos como taxidermista y colocados en una gran caja de caoba en “un ambiente natural”, y “en actitudes naturales”, presi-di-endo la escena un gran toro macho del que pen aba que, “había sido la misma Providencia, la que ordenó que ese animal perfecto fuera salvado”, para convertirse en “un monumento a la grandeza de su raza, que alguna vez habitó innumerable, la región de las grandes praderas”.⁵⁵

Hornaday era un firme creyente en la posibilidad de –si se tomaban jóvenes– domesticar a los bi ontes tal “como el ganado ordinario”,⁵⁶ si bien páginas adelante tuvo que admitir que “como bestias de carga, eran incontrolables, testarudas y ob tinadas, quitándole méritos a su utilidad”.⁵⁷ Apuntó cuáles eran, para él, las causas de su exterminio: la civilización, con todos sus elemento de aniquilamiento; la avaricia de los hombres; su destructividad gratuita; su falta de previsión en economizar los recursos de la naturaleza; la construcción de las líneas de ferrocarril; la ausencia de medidas protectoras por parte del gobierno; la fatal preferencia de los cazadores “blancos y rojos” por la piel y la carne de la hembra; la per-fección de los rifles moderno y otras armas de fuego deportiva ; y la que consideró como “e tupidez fenomenal de los animale indi-ferentes ante el hombre”.⁵⁸

Subrayó el enorme valor monetario de las grande manadas de “búfalos” que todavía existían en los años setenta y que requerían de un vigoroso esfuerzo, que no se hizo, para restringir las matanzas. Llamó asesinos a los que los derribaron por sus lengua , o por “ port” desde los trenes. A partir de las cuentas de una compañía ferroviaria calculó las ganancias en cuanto a cueros, abrigos, carne y huesos. Sobre estos últimos indicó que seguían en importancia a las pieles y que en el este se formó un mercado de tonelada de ellos que los convertía en fosfato para fertilizar y, sobre todo, en carbón para el refinamiento del azúcar.⁵⁹ Como una prueba de la no actuación del gobierno estadounidense al re p cto re eñó algunos esfuerzos

⁵⁵ *Ibid.*, p. 149.

⁵⁶ *Ibid.*, p. 156.

⁵⁷ *Ibid.*, p. 76.

⁵⁸ *Ibid.*, p. 82.

⁵⁹ *Ibid.*, p. 66.

del Congreso entre los años de 1871 y 1876 que, sin embargo, nunca se llevaron a la práctica. Por último, dio cuenta de que hacia el final del decenio de los ochenta había cerca de 456 bisontes en cautiverio que eran propiedad de algunos particulares, o de los parques nacionales, o de los zoológicos y los museos, y no creía posible que la especie sobreviviera en estado salvaje. En 1905 Hornaday creó la American Bison Society que se encargaría no sólo de contar la historia de esos animales sino de interesarse por su reproducción y conservación.



Para 1892 los bisontes no eran más que un sueño. Así lo expresó el etnólogo, zoólogo, naturalista y prolífico e influyente escritor neoyorkino George Bird Grinnell, en un largo y nostálgico artículo titulado “El último búfalo”, que apareció en ese año en *The Annals of America*. Heredero de los trabajos de Theodore Davis, J. A. Allen, Richard Irving Dodge, y William T. Hornaday, recreó además para sus lectores “los viejos tiempos” de las grandiosas manadas en los apacibles pastizales.⁶⁰ El autor, que hiciera algunos esfuerzos por la conservación de los bisontes a partir de su desaparición masiva, aclaró que no iba a contar “la trágica historia de su exterminio”, porque ya se había escrito muchas veces, y prefería ahorrarse “los detalles nauseabundos de su carnicería”. No dejó, sin embargo, de agregar datos importantes, como el de que las pocas manadas que hacia el decenio de los ochenta quedaban en Texas, y que eran llamadas por algunos “el búfalo del sur”, –diciéndose, además, que provenían de México–, eran los mismos de antes, sólo que, por su necesidad de escapar, se habían convertido en animales más flacos, con las piernas más largas.⁶¹ También puso en duda, como algunos pensaban, que los bisontes realizaran largas migraciones entre Saskatchewan y Texas –eso le parecía una exageración– proponiendo

⁶⁰ George Bird Grinnell, “El último búfalo” (1892), en Silvia Núñez García, *FUA, Documentos de su historia socioeconómica III*, v. 6, México, Instituto Mora, 1988, p. 380. Esta autora tomó el texto de *The Annals of America, 1493-1976*, Chicago, Encyclopædia Britannica, 1976, v. 11.

⁶¹ *Ibid.*, p. 383.

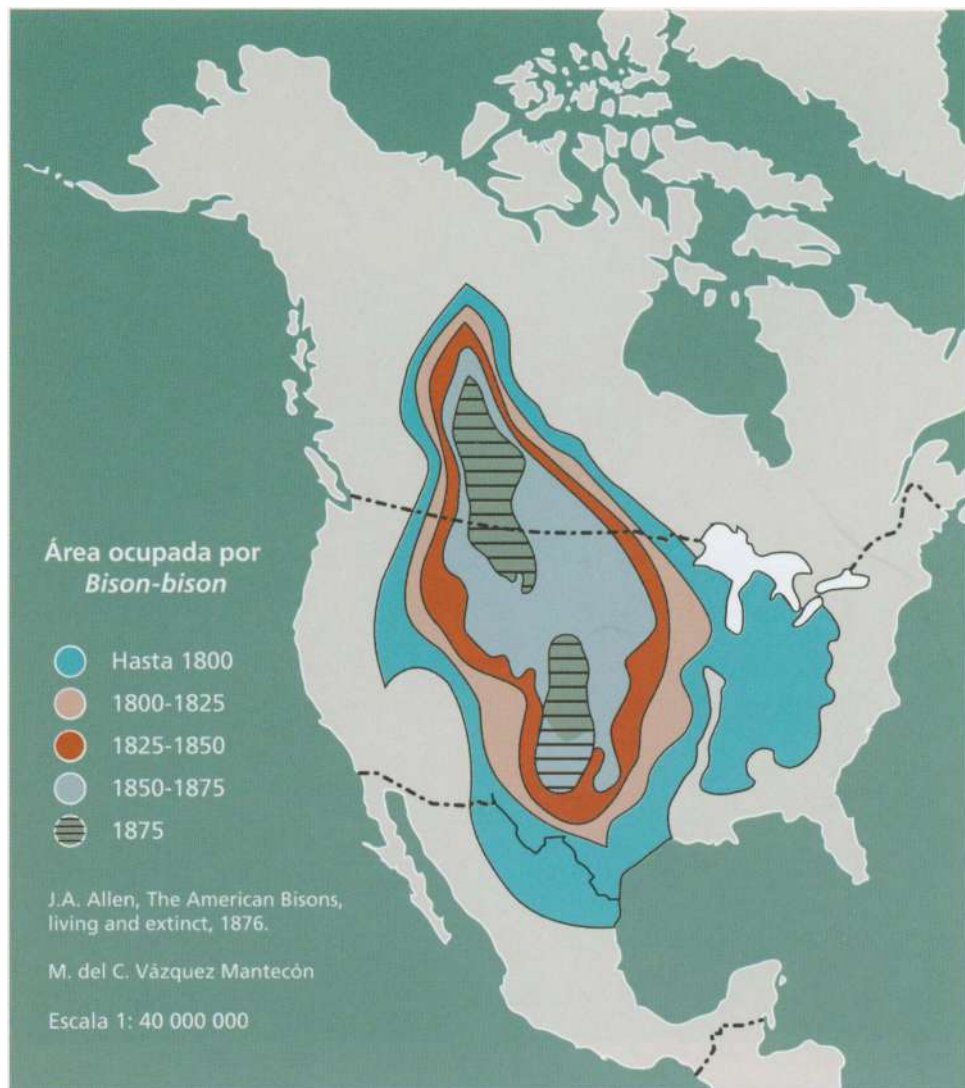
que hacían “algunos movimientos” de norte a sur y de este a oeste “en ciertas temporadas”. Por otro lado, se refirió a la caza del “búfalo” como un “deporte excitante” y contó su propia experiencia como cazador, sobre todo cuando lo hizo acompañando a varios indios de las llanuras.

En los años que escribía su artículo todavía podían encontrarse calaveras de bisontes medio enterradas, a punto de desmoronarse, al tiempo que los profundos senderos que esos animales habían abierto en sus recorridos, ya estaban totalmente cicatrizado y cubiertos de pasto. Con una terrible añoranza expresó, como si fuera un epitafio, que en el momento en que esas reliquia desaparecieran “no se encontraría ni un solo rastro del búfalo norteamericano, que alguna vez oscureció [esos] ilimitados dominios”.⁶²

⁶² *Ibid.*, p. 385 y 387.



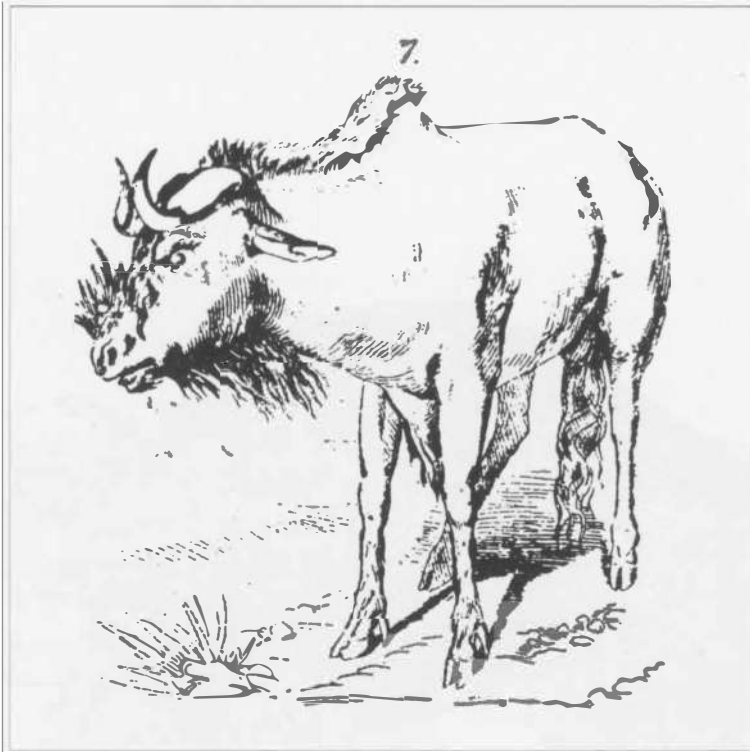
1. *Bison-bison* en Nueva España y México, María del Carmen Vázquez Mantecón.

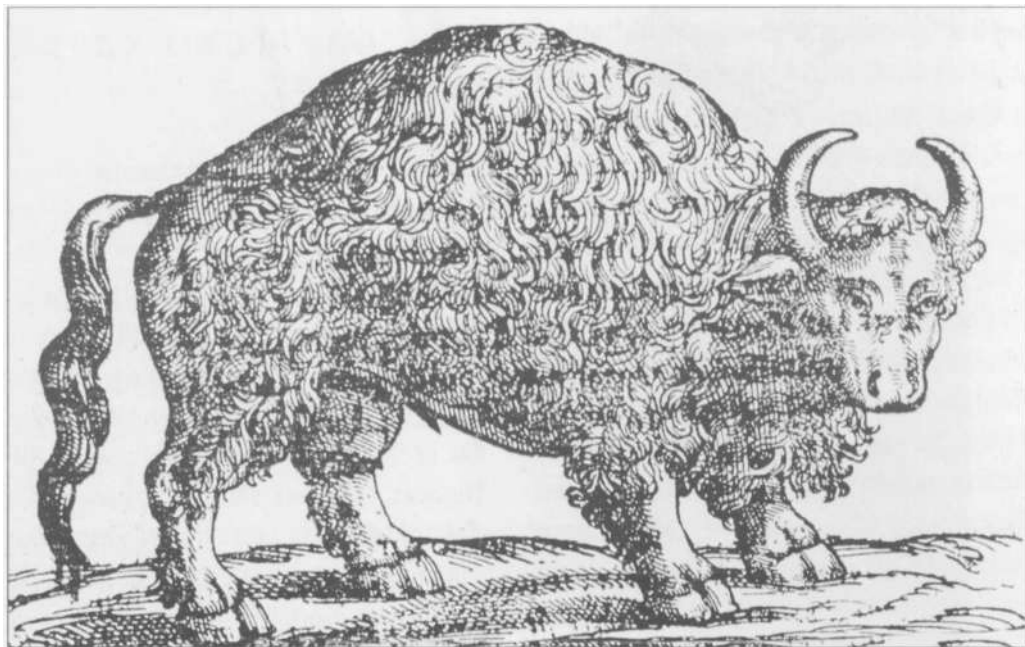


2. Área ocupada por *Bison-bison*, según J. A. Allen, *The American bisons, living and extinct*, Cambridge, Cambridge University Press, 1876. Dibujo de María del Carmen Vázquez Mantecón.

Página opuesta:

3. “Toro montés”, en Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés, *Historia General y Natural de las Indias*, en *Biblioteca de autores españoles*, Madrid, Atlas, 1959, tomo 5, v. 121.
4. “Vaca corcovada”, en Francisco López de Gómara, *Hispania Vitrix. Primera y segunda parte de la Historia General de las Indias*, en *Biblioteca de autores españoles desde la formación del lenguaje hasta nuestros días*, Madrid, Atlas, 1946, t. 1, v. 22.





a

5a y b. “Toros Mexicanos”, en Francisco Hernández, “Historia de los animales de Nueva España”, en *Historia Natural de Nueva España*, México, UNAM, 1959, v. II.



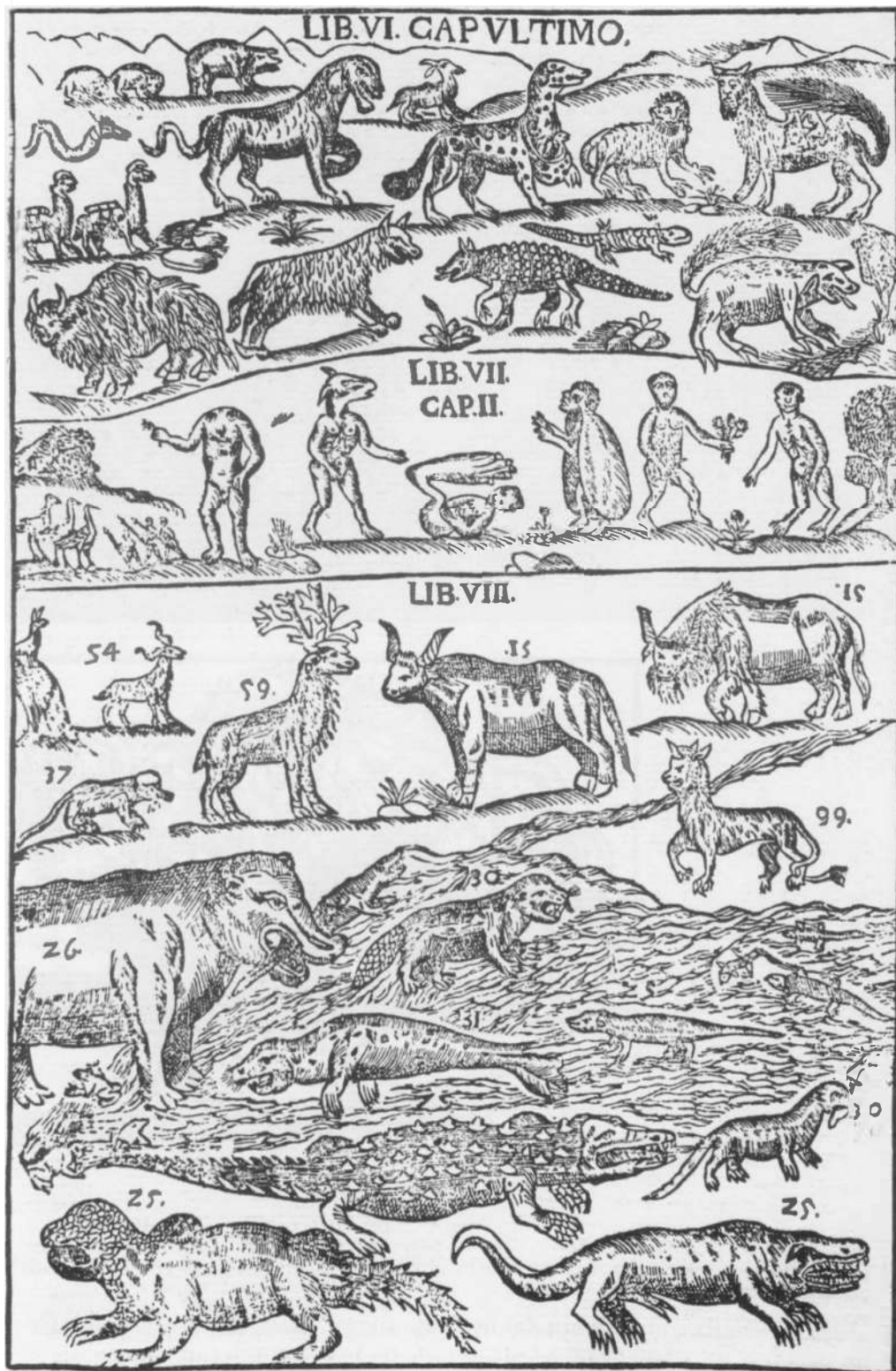
b



6. “Toro Mexicano”, en Francisco Hernández, *Historia Natural de la Nueva España*, v. II (t. III de las *Obras Completas*), México, UNAM, 1959.

Página opuesta:

7. “El bisonte americano entre los seres y animales del mundo”, en *Historia Natural de Cayo Plinio Segundo*, trasladada y anotada por el doctor Francisco Hernández (Libros primero a vigesimoquinto) y por Jerónimo de Huerta (Libros vigesimosexto a trigésimo séptimo), México, UNAM/Visor Libros, 1999.



Tomado de la edición de la traducción de De la Huerta

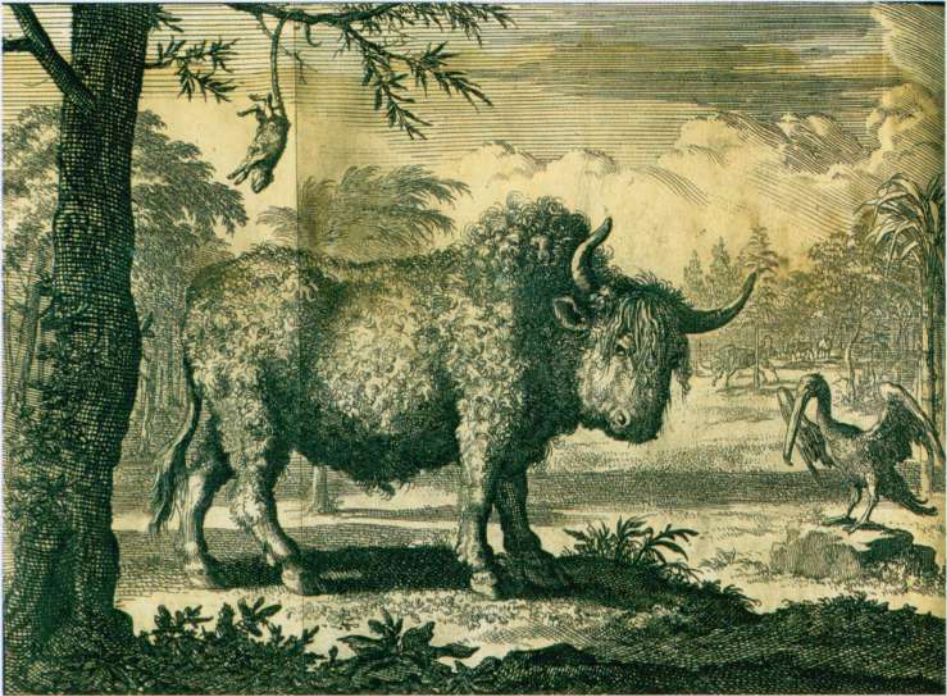


8



9

8. “Vaca de Zíbola”, en Vicente Zaldívar Mendoza, “Relación de las jornadas de las vacas de Zíbola”, en AGI, *Patronato* 22 R 13 (9) fojas 25 a 33.
9. “Vaca jorobada”, en Johannes de Laët, *Novus Orbis seu descriptions Indiae Occidentalis*, Libri XVIII... illustrata, 1633, p. 303.



10



11

10. “Buey”, en Louis Hennepin, *Voyage ou Nouvelle decouverte d’un tres-grand pays dans L’Amerique, entre le Nouveau Mexique et la mer glaciale*, Amsterdam, chez Adriaan Braakman, 1704, p. 187. (Biblioteca Nacional de México, Fondo Reservado).
11. “Buey salvaje”, en Antoine Simon Le Page du Pratz, *Histoire de la Louisiane*, París, chez de Buré, de la Veuve Delaguette y de Lambert, 1758, t. I.



LE BISON.

12. “El Bisonte”, en Georges Louis Leclerc, M. le comte de Buffon (1707-1788), *Histoire Naturelle générale et particulière. Suplement au tome troisième*, t. XI, París, Imprimerie Royale, MDCCLXXVI (1776).
Biblioteca Nacional de México, Fondo Reservado.

Página opuesta:

13. “Cíbolo”, en Pedro Alonso O’Crouley, *Ydea compendiosa del Reyno de Nueva España*, 1774, Biblioteca Nacional de Madrid, Ms., 4532.





14. “Bisonte”, Alexander von Humboldt, Colección particular.



SEGUNDA PARTE
ARCANOS Y OTRAS POLÉMICAS



1. DE LAS CABEZAS EN HUESO QUE VIO CRISTÓBAL COLÓN EN AMÉRICA Y QUE LE PARECIERON DE VACA

Uno de los textos más parecido a lo que pudo haber escrito Colón, a propósito de su primer viaje de exploración en busca de las Indias, se debe a la transcripción que hizo Bartolomé de las Casas, a partir del diario de abordaje del almirante. Los estudiosos de la empresa colombina han señalado en muchas ocasiones que ese diario fue manipulado de la misma época de Colón, fuera por él mismo, por su familia, o por sus representantes legales, y tal vez sea por eso que muchos de sus pasajes aparecen a nuestros ojos como inconexos, o incluso como si se hubiera tratado propiamente de equivocaciones del experto en navegación y descubridor del “nuevo Mundo”. Me refiero, concretamente, a su mención, en tres ocasiones, de que se encontraba en “la línea equinoccial 42 grados vanda del Norte”,¹ y también a la anotación de que en algún lugar de la costa de una isla, de la que no especifica su posición, “debía haber vacas en ella y otros ganados, porque vido cabeças de gueso que le parecieron de vaca”.²

Con respecto a lo primero, la polémica persiste. Se discute ampliamente entre diferentes hipótesis: los que sostienen que los cuadrantes de aquel tiempo medían la distancia al doble, por lo que se encontraba a los 21°;³ los que creen que había visto un mapa donde se mostraba Cipango en el 42°;⁴ y dado que él pensaba que estaba por allá, anotó ese dato; los que piensan que nombró ese paralelo para no decir que estaba en uno más abajo, a los 28°, regiones que pertenecerían a Portugal según el Tratado de Toledo de 1480;⁵ los que afirman, por último, que se equivocó porque se guiaba en

¹ Bartolomé de las Casas, *Diario del primer y tercer viaje de Cristóbal Colón*, v. 14 de la *Obra Completa*, edición de Consuelo Varela, Madrid, Alianza Editorial, 1989, v. 14, p. 73-74.

² *Ibid.*, p. 72-73.

³ Martín Fernández de Navarrete, *Viajes de Cristóbal Colón* (escrito durante las primeras décadas del siglo XIX), Madrid, Espasa Calpe, 1999, p. 40.

⁴ Consuelo Varela, editora de *Obras Completas* de Bartolomé de las Casas, v. 14, p. 174.

⁵ Paolo Emilio Taviani, *Los viajes de Colón. El gran descubrimiento*, Barcelona, Planeta-Agostini, 1989, t. 2, p. 91-93.

ese momento por la estrella Alfirk y no por la Polar.⁶ El mismo Las Casas se muestra extrañado, por lo que agregó: “si no está corrupta la letra de donde trasladé esto”.⁷

Con respecto a los cráneos fue este mismo fraile el primero que intentó darse una explicación en su *Historia de las Indias*, apuntando que esas cabezas en hueso “debieron ser de manatí, un pescado muy grande, como grandes terneras, que tienen [] la cabeza cuasi como de vaca [] y nadie que lo conozca lo juzgará por pescado sino por carne”.⁸ Esta tesis ha sido apoyada por varios autores, como Juan Ignacio de Armas en 1888, en un libro en el que intentó clasificar científicamente todos los animales americanos que fueron conociendo los descubridores y conquistadores.⁹ En su apartado referido a los “sirenios” y dentro de estos a los “manátido”, se inclinó por los manatíes, de los que describió su sabor parecido al atún. Washington Irving, por su parte, sugirió en 1828 que o eran huesos de manatí o de foca, comunes en aquellas costas.¹⁰ Hay que decir, sin embargo, que estas interpretaciones han sido rechazadas por la mayoría, por considerar que no hay ningún parecido entre un cráneo de vaca y otro de manatí.

Otra versión sobre los enigmáticos huesos que observaría Cristóbal Colón en su primer viaje es la que propuso en 1829 el científico taxonomista X. Roulin, cuando dio a conocer una *Memoria para servir a la historia del tapir*. Este autor sostuvo que cuando Colón habló de los huesos estaba “cerca del Puerto de Nipe (en la punta . E. de la isla de Cuba)”. Según su opinión –basada en el estudio de la presencia de tapires en los bosques tropicales de los actuales Tabasco, Chiapas, Yucatán, Centro América y Venezuela– esos fósiles provenían de piezas de carne de tapir ecada al sol que los indios caribes habían llevado de la costa de “Paria” (hoy Puerto Macuro, Venezuela) para tener provisiones durante su viaje de regreso a Cuba. El mismo Roulin agregó que se podría suponer que los huesos fueran

⁶ Samuel Elliot Morrison, *El Almirante de la Mar Océano. Vida de Cristóbal Colón*, México, Fondo de Cultura Económica, 1991, p. 371, 1ª ed. en inglés, 1942.

⁷ Bartolomé de las Casas, *op. cit.*, p. 73-74.

⁸ Bartolomé de las Casas, *Historia de las Indias*, v. 1, p. 577.

⁹ Juan Ignacio de Armas, *La zoología de Colón y de los primeros exploradores de América*, Habana, Establecimiento Tipográfico O'Reilly, 1888, p. 61.

¹⁰ Washington Irving, “Descubrimiento de la América. Primer desembarco de Colón”, en *Memorias de la Real Sociedad Patriótica de la Habana*, redactadas por una comisión de su seno, t. 4, Habana, 1837, p. 197.

“de algún gran rumiante de la Florida”, pero descartó esta posibilidad agregando que no había entonces comunicación entre ambas, “mientras que de la costa cerrada a las grandes Antillas, había constantes y devastadoras expediciones de los caribes”.¹¹

Una tercera versión sostiene que se trató de bisontes, sin poner atención en que lo que describió Colón fue una tierra tropical, apoyándose en el dato que el mismo almirante dio en otro contexto, esto es, que habría llegado en tres ocasiones al paralelo 42 grados Norte.¹² Cuando Colón describe esos cráneos alude al clima del lugar, diciendo que el aire era sabroso y dulce toda la noche y que, aunque era octubre, no hacía calor ni frío pareciendo al clima templado de mayo. Siguiendo el propio diario, el 28 de octubre de 1492 estaban en Juana (hoy Cuba). Al día siguiente describió la costa, las casas habitación, los “maravillosos aderezos de redes, anzuelos y artificios de pe car” de sus habitantes, los árboles, las sabrosas fruta, el clima benigno, y finalmente las famosas “cabezas en hueso”.

Sin negar la posibilidad de que Colón en algún momento hubiera llegado en su navegación hasta el paralelo 42, me parece que cuando toca el punto de los huesos está describiendo un paisaje de lo que hoy llamamos Cuba, donde es más probable que hubiera visto restos de tapires. Sostengo esto por el sorprendente parecido de los cráneos de vaca y de tapir, porque él nunca mencionó que el cráneo tuviera cuernos; por el frecuente trato entre los ancestrales navegantes del que se nombraría, después de Colón, mar Caribe; y porque se ha probado la enorme influencia que las islas caribeñas y antillanas tuvieron de la parte mesoamericana del continente en cuanto a la migración de vegetales, animales y humanos. En algunas de ellas hubo venados, ocelotes, tapires, o tortugas de agua, entre otros muchos animales, que se tuvieron en cautiverio o que fueron domesticados,¹³ aportando, además, a esas culturas cierto valor simbólico e incluso mitológico.

¹¹ Roulin, X., *Mémoires pour servir à l'histoire du tapir*, en *Mémoires présentés par divers savans à l'Académie Royale des sciences de l'Institut de France*, París, 1835, p. 558.

¹² Dick E. Ibarra Grasso, *Los mapas de América, 2000 años antes de ser descubierta*, Buenos Aires, edición del autor, 1997.

¹³ Sandrine Grouard, “Modes de vie des Précolombiens de La Caraïbe”, *Archéologie des patrimoines trans-Caraïbe*, Nuria Sanz, editora, Cahier du patrimoine mondial n. 14, Paris, UNESCO-World Heritage Center, 2005, p. 156.

2. UNOS ANIMALES “A MANERA DE VACAS, BERMEJOS Y NEGROS”, SEGÚN LA *RELACIÓN GEOGRÁFICA DE MICHOACÁN*

En 1577 el virrey Martín Enríquez de Almanza (quien ejerció su cargo en la Nueva España entre 1568 y 1580) envió a gobernadores, corregidores y alcaldes mayores, una “Instrucción y Memoria” ordenada por Felipe II para tener una descripción detallada de las Indias, con objeto de ennoblecerlas y hacer posible un “buen gobierno”. Con las respuestas recibidas, se formaron las famosas *Relaciones Geográficas de Indias* en el siglo XVI, que dan cuenta de los pueblos de españoles y de indígenas, y que especifican cada una de “las cosas de la tierra”. Debían empezar por decir el nombre –y lo que quería decir– de la comarca o provincia en que estaban, lo que ese apelativo significaba en la lengua de los indios y, si era posible saberlo, el por qué se llamaba de esa manera. Asimismo, señalar quien o quiénes habían sido los fundadores, las distintas lenguas que ahí hablaban los indios y dar cuenta de sus costumbres en tiempos de “gentilidad”.¹⁴

Como parte de la Relación de la Provincia de Motines (Colima), escrita por el alcalde mayor Baltasar Dávila Quiñones “hijo de conquistador”, junto con los hacendados Sebastián Romano y Juan Alcalde de Rueda, se incluye una breve “Relación de Quacomán” redactada y firmada el 3 de junio de 1580 por Dávila –quien también era corregidor de este pueblo y de quien se asienta “que habla y entiende la lengua mexicana”– suscrita y rubricada también por los informantes y el escribano. En respuesta a la primera pregunta de la Instrucción, señala Dávila: “dícese Quacomán porque antiguamente había en este dicho pueblo, antes que la tierra se conquista e, unos animales a manera de vacas, bermejos y negros, los cuales se dice, tenían los cuernos muy grandes, y por esta causa dicen los naturales más antiguos que se le puso el nombre de Quacomán que en lengua mexicana quiere decir ‘cosa grande’ y así se derivó este nombre de Quaucomán” [sic].

Más adelante, después de describir las buenas cualidades de la tierra, se refirió a la lengua que hablaban sus habitantes como “muy

¹⁴ Para consultar todo el contenido de la amplia “Instrucción”, ver José Luis Rojas, *A cada uno lo suyo. El tributo indígena en la Nueva España en el siglo XVI*, Zamora, Michoacán, El Colegio de Michoacán, 1993, p. 117-124.

oscura” –el quaucomeca tlatolli– aunque también apuntó que, generalmente, todos manejaban y entendían la lengua mexicana. Con respecto a sus costumbres previas a “que la tierra se ganase”, dijo que tributaban y obedecían al señor Calzontzin “señor que fue de la provincia de Mechuacan” y agregó que entonces andaban desnudos, “divididos de diez en diez por cerros y quebradas” sustentándose de venados, de algunas aves y de maíz.¹⁵

Dávila Quiñones obtuvo la información precedente del gobernador y de los principales del pueblo, reunidos también con los más ancianos y con algunos españoles. En cuanto a su administración religiosa, hacia 1580 Quacomán pertenecía al obispado de Michoacán como consta en un mapa de dicha diócesis, y había sido evangelizado por los agustinos y congregado por los franciscanos. Múltiples migraciones poblaron esa región a lo largo del tiempo, en la que se hablaban varias lenguas, incluido el náhuatl desde que empezó la colonización española, aunque como señaló el hacendado Juan Alcalde de Rueda, un náhuatl corrupto. No sabemos tampoco cuál pudo haber sido el topónimo antiguo de Quacomán, ni si se trata en realidad –según dijo Dávila Quiñones– de un vocablo nahua. La definición que él da en el sentido de “cosa grande” no sería correcta, de acuerdo a lo demostrado por René Acuña, quien sugiere que –siempre y cuando se trate de una palabra en náhuatl– debe reconstruirse *Quaquau-man*, e interpretarse como “donde hay animales con cuernos”.¹⁶

En las *Relaciones Geográficas de Nueva Galicia*, hay un pueblo que se nombra *Cuacomán* o *Cuacuman*. De él se dice que se llamó de esa manera, pero que sus informantes no supieron la causa de ese nombre ni cómo se llamaba la lengua que hablaban. Estaba junto a otro poblado nombrado Ayutla “y ambos lugares tenían un habla que no se extiende a más tierras”.¹⁷ Esto último indica que no era precisamente el náhuatl la lengua que ahí se hablaba. Es probable que se trate del mismo *Quacomán* de la provincia de Motines, que está precisamente en la región fronteriza entre Michoacán y Nueva Galicia.

¹⁵ *Relaciones Geográficas del siglo XVI: Michoacán*, edición de René Acuña, México, UNAM, 1987, p. 136-143.

¹⁶ *Ibid.*, p. 132-133.

¹⁷ René Acuña, *Relaciones geográficas del siglo XVI: Nueva Galicia*, México, UNAM, 1988, p. 233-234.

Los mapas de ambas diócesis relativos a los dos últimos decenios del siglo XVI, incluyen respectivamente a *Quacomán* y a *Cuacomán* o *Cuacuman* en el mismo sitio, evidenciando que por entonces, no se tenían claros los límites de cada jurisdicción.

Ahora bien, ¿a qué tipo de animales se habrían referido? La mención a las “vacas bermejas” indicaría sin titubeos que alude a los bisontes. Es lo que ha afirmado Donald Brand, quien por cierto sostiene que *Quacomán* no es voz náhuatl. Dice este autor que es probable que hayan “persistido” algunos bisontes en las aisladas tierras de Coalcomán entre los años 1300 o 1400, tal vez de los últimos *Bison atiquus* o *Bison occidentalis*. Agrega a su hipótesis que si en épocas muy remotas hubo bisontes en el valle de México y en Centroamérica, no habría que extrañarse de encontrarlos en la región de Motines.¹⁸

En efecto, en lo que se ha llamado la última etapa del período Cuaternario (11 000 a 6 000 años AC) se extinguieron en nuestra actual América los grandes bisontes junto a los mamuts, los elefantes, los camélidos y los caballos y se ha encontrado evidencia de que algunas de aquellas especies de bisonte llegaron hasta el centro del continente. Sin embargo, para los años que Brand señala, las especies que él nombra habían desaparecido y ya dominaba la especie *Bison bison*, lo cual hace improbable esa “persistencia” en aislamiento. *Bison atiquus* se extinguió hace cerca de 10 000 años, mientras que *Bison occidentalis* desapareció hace unos 5 000.¹⁹ Lo que caracteriza a estas tres especies, es que los cuernos de ellas, siempre han sido descritos como gruesos, pero de tamaño pequeño. No está de más recordar que el corregidor nunca dijo que se trataba de animales considerables, sino de cuernos enormes.

¿Qué animales tenían y tienen los cuernos grandes? Por un lado los venados y por otro los borregos cimarrones, dos especies que, por cierto, al igual que los bisontes, tienen la pezuña hendida. En cuanto a los primeros, pertenecientes a la familia de los *Cervidae*, los informantes señalaron que los antiguos pobladores de *Quacomán* se alimentaban con venados, los cuales eran abundantes en la región, posiblemente los de la especie “cola blanca” llamados científicamen-

¹⁸ Donald Brand et al., *Coalcomán and Motines del Oro, an ex-districto of Michoacán, México*, Austin, University of Texas, 1960.

¹⁹ Dale F. Lott, *American Bison. A Natural History*, California, University of California Press, 2002, p. 63-65.

te *Odocoileus virginianus* o *Venados de Virginia*. Los cuernos de esos machos son sólidos y se mudan cada año (a diferencia de las astas de los bisontes que son huecas y perennes) y algunas cornamentas llegan a tener hasta diez puntas.²⁰ Los cérvidos que habitan en las zonas tropicales americanas son de talla mediana y durante el verano tienen un color rojizo (“bermejo”), mientras en el invierno se muestran de color café grisáceo²¹ (“pardo”), según los colores que Dávila atribuyó a los animales de grandes cuernos que habitaron en la zona de su interés.

Curiosamente, también los carneros o borregos cimarrones –clasificados como *Ovis canadensis*– se distinguen porque el tono de su pelaje, que es por lo general café, puede ir de un marrón rojizo a un chocolate oscuro.²² Junto con los bisontes, son los dos únicos miembros de la fauna original mexicana que pertenecen al conjunto de los bóvidos.²³ Los espectaculares cuernos de los machos, que crecen hacia atrás en forma circular, llegan a alcanzar un gran tamaño. En la mitología más antigua de Occidente mientras los cuernos de toros, vacas y bisontes tuvieron una atribución lunar, los de carnero al enroscarse, la tuvieron con las espirales del sol.²⁴ Estos animales, que viven entre 11 y 12 años en estado silvestre y 20 en cautiverio, son ahora en su mayoría de talla mediana, aunque fuertes y corpulentos. En México se han clasificado tres subespecies que fueron propias de las montañas o de los cañones de los valles templados y desérticos de Sonora, Chihuahua, Coahuila y Baja California, aunque ahora se ha reducido su distribución a este último estado.²⁵

Sin embargo, es interesante la noticia de que se encontraron osamentas de hembras de borrego cimarrón en contextos funerarios más al centro del país, según se ha demostrado en algunas excavaciones arqueológicas como las del sitio llamado “Cerro de la Malinche” en Tula, Hidalgo, o en “La Quemada”, en Zacatecas. Su presencia en esos lugares se interpreta a partir de la movilidad de los

²⁰ *El Mundo animal*, Madrid, Uthea, 1983, p. 480-485.

²¹ Leopold Starker, *Fauna silvestre de México. Aves y mamíferos de caza*, México, Instituto Mexicano de Recursos Naturales Renovables, 1965, p. 576-584.

²² Roberto Martínez Gallardo, “El borrego cimarrón, monarca del desierto mexicano”, *La Jornada Ecológica*, lunes 30 de marzo de 2009.

²³ Leopold Starker, *op. cit.*, p. 595.

²⁴ L. Charbonneau-Lassay, *El bestiario de Cristo, El simbolismo animal en la Antigüedad y la Edad Media*, Barcelona, Sophia Perenni, 1996; 2ª edición 1997, v. I, p. 270.

²⁵ Roberto Martínez Gallardo, *op. cit.*

grupos nómadas y sus probables relaciones de intercambio, subrayando lo valioso que era ese animal para ellos.²⁶ Quacomán tuvo moradores de distintas migraciones, muchos de los cuales bien pudieron provenir de tierras más norteanas, trayendo a la región sus rituales y costumbres. El historiador criollo Baltasar Obregón, al narrar diferentes aspectos sobre la larga conquista de Nuevo México, dejó testimonio de que en el lecho de un río y en una rancharía, unos expedicionarios vieron cuernos de carneros “de más de una vara de medir de largo, y tan gruesos como el muslo”, muchos de ellos, en posesión de los indios “tarabucies”.²⁷

Ya López de Gómara al hablar del Septentrión, se había referido a los enormes cuernos de sus carneros, que pesaban cada uno “dos arrobas” y que pertenecían a animales “tan grandes como caballos”.²⁸ A fines del siglo XVII el alférez Juan Mateo Mange, quien acompañó al padre Kino al territorio de los pimas, escribió que caminando hacia el poniente de Casas Grandes, encontraron una rancharía en donde hallaron “un gran cúmulo de cuernos de borregos cimarrones que parecen un cerro”, que, dijo, sobrepasaba a la más alta de sus casas, calculando que ahí habría “más de cien mil astas”.²⁹ En sus subsecuentes viajes a la Pimería, que tuvieron lugar durante el primer decenio del siglo XVIII, Mange seguía nombrando la presencia de los “carneros cimarrones”,³⁰ mientras el jesuita Arlegui escribía que en el reino de la Nueva Vizcaya y “adelante en la junta de los ríos, hay carneros de esta tierra montaraces, de increíble grandeza”. Este último estaba seguro de que si el león se conocía por la uña, era posible saber de los carneros por sus cuernos, ya que contó haber visto uno de éstos, que había sido habilitado para cargar vino, y en él, dijo, cabían “doce cuartillos”.³¹

²⁶ Blanca Paredes y Raúl Valadés, “Un entierro de *Ovis Canadensis* [sic] en el área de Tula Hidalgo”, *Antropológicas*, n. 2, 1988, p. 47-55.

²⁷ Baltasar Obregón, *op. cit.*, p. 25.

²⁸ Francisco López de Gómara, *op. cit.*, p. 289.

²⁹ Juan Matheo Mange, “Del viaje que hice con el R. P. Eusebio Francisco Kino a descubrir los ríos y naciones de los pima oobaipuris del norte, desde 2 de noviembre hasta 2 de diciembre de 1697”, en José Fernando Ramírez, *Obras Históricas*, v. II, *Época Colonial*, México, UNAM, 2001, p. 264.

³⁰ Juan Matheo Mange, *Luz de tierra incógnita en la América septentrional y Diario de las exploraciones en Sonora, 1720*, México, Archivo General de la Nación, Talleres Gráficos de la Nación, 1926, p. 319.

³¹ José Arlegui, *Crónica de la provincia de nuestro seráfico padre San Francisco de Zacatecas*, México, Bernardo de Hoyal, 1737, edición reimpresa en México por Ignacio Cumplido, 1851, p. 130-131.

Bisontes, venados, o borregos cimarrones, podrían ser los protagonistas del nombre de Quacomán (actualmente Coalcomán en el estado de Michoacán de Ocampo). A propósito de la mención de Dávila Quiñones, de que eran unos animales “a modo de vacas”, de la que “al presente no hay ningunas”, no sabemos si esto lo dijeron los informantes, o si fue un agregado del corregidor, alimentados unos u otro, con los relatos de los que si vieron a las “vacas de los llanos”, y de los más que por aquellos años buscaban la manera de amansarlas para hacer grandes fortunas. Tal vez se habían dejado llevar por ese codicioso imaginario que magnificaba la riqueza de las tierras al Norte, con todo y sus ganado sustentadores.

3. “TORO MEXICANO” EN EL PALACIO DE MOCTEZUMA

La que se ha considerado última gran crónica sobre la conquista de la Nueva España vio la luz en Madrid en el año de 1684. Se debió a la elegante pluma de Antonio de Solís y Rivadeneyra, quien fuera desde 1661 hasta su muerte –ocurrida en 1686– “Cronista Mayor de las dichas Indias” por decisión del monarca Felipe IV. Su anterior dedicación exitosa a la poesía y a la dramaturgia, se conjugaron en su historia con una paciente tarea de lectura de libros y recopilación de documentos, dando por resultado un texto muy pulido que, a pesar de haber sido escrito por encargo real, gozó en su tiempo y sobre todo en el siglo siguiente, de gran estimación y reconocimiento. Se ha dicho que Antonio de Solís poseyó una de las bibliotecas más ricas del Siglo de Oro que contenía, además de cerca de 1 400 libros, varios manuscritos bajo el título de *Noticias generales de las Indias y Varios papeles curiosos*. En el listado de títulos, podemos reconocer los libros que leyó o consultó para escribir su famosa *Historia de la conquista de México*, desde los muy conocidos, como los de Bernal Díaz del Castillo, Antonio de Herrera y Joseph Acosta, así como varias historias generales de las Indias y no pocas crónicas religiosas y de conquista de la propia Nueva España y Nuevo México, hasta recuentos sobre “las cosas aromáticas” del nuevo continente –al que nuestro autor nunca visitó– y una ilustrativa *Historia de los animales*.³²

³² Frédéric Serralta, “La biblioteca de Antonio de Solís”, *Caravelle. Cahiers du monde hispanique et luso-brésilien*, n. 33, 1939, p. 104-105.

Bisontes, venados, o borregos cimarrones, podrían ser los protagonistas del nombre de Quacomán (actualmente Coalcomán en el estado de Michoacán de Ocampo). A propósito de la mención de Dávila Quiñones, de que eran unos animales “a modo de vacas”, de la que “al presente no hay ningunas”, no sabemos si esto lo dijeron los informantes, o si fue un agregado del corregidor, alimentados unos u otro, con los relatos de los que si vieron a las “vacas de los llanos”, y de los más que por aquellos años buscaban la manera de amansarlas para hacer grandes fortunas. Tal vez se habían dejado llevar por ese codicioso imaginario que magnificaba la riqueza de las tierras al Norte, con todo y sus ganado sustentadores.

3. “TORO MEXICANO” EN EL PALACIO DE MOCTEZUMA

La que se ha considerado última gran crónica sobre la conquista de la Nueva España vio la luz en Madrid en el año de 1684. Se debió a la elegante pluma de Antonio de Solís y Rivadeneyra, quien fuera desde 1661 hasta su muerte –ocurrida en 1686– “Cronista Mayor de las dichas Indias” por decisión del monarca Felipe IV. Su anterior dedicación exitosa a la poesía y a la dramaturgia, se conjugaron en su historia con una paciente tarea de lectura de libros y recopilación de documentos, dando por resultado un texto muy pulido que, a pesar de haber sido escrito por encargo real, gozó en su tiempo y sobre todo en el siglo siguiente, de gran estimación y reconocimiento. Se ha dicho que Antonio de Solís poseyó una de las bibliotecas más ricas del Siglo de Oro que contenía, además de cerca de 1 400 libros, varios manuscritos bajo el título de *Noticias generales de las Indias y Varios papeles curiosos*. En el listado de títulos, podemos reconocer los libros que leyó o consultó para escribir su famosa *Historia de la conquista de México*, desde los muy conocidos, como los de Bernal Díaz del Castillo, Antonio de Herrera y Joseph Acosta, así como varias historias generales de las Indias y no pocas crónicas religiosas y de conquista de la propia Nueva España y Nuevo México, hasta recuentos sobre “las cosas aromáticas” del nuevo continente –al que nuestro autor nunca visitó– y una ilustrativa *Historia de los animales*.³²

³² Frédéric Serralta, “La biblioteca de Antonio de Solís”, *Caravelle. Cahiers du monde hispanique et luso-brésilien*, n. 33, 1939, p. 104-105.

A caballo entre el rigor histórico y una narración ingeniosa, Solís nos legó, a propósito de bisontes, una de las páginas más curiosas. Describía la casa de los animales del emperador Moctezuma II, cuando, al detallar el patio que resguardaba a “las fieras”, incluyó en la suma de estas al “toro mexicano”, que no tardó en calificar como “ejemplar rarísimo”. La creencia del autor de que era “tan antiguo en el mundo eso de significarse por las fieras la grandeza de los hombres”, está en la trama de ese capítulo en el que Antonio de Solís, de una manera muy poética, otorga al huey tloatoni mexicana los atributos, ya no de las “vacas de los llanos”, sino precisamente de su consorte, el nacionalista y salvaje “toro” que ya Francisco Hernández había nombrado así cien años antes en su apartado “Historia de los animales de la Nueva España”. En la escena planteada por Solís, para los asombrados españoles que visitaban ese patio, lo que “hizo novedad” fue precisamente el “toro mexicano”, siendo ellos los que, según él, habrían pensado que una fiera así era digna de un príncipe tan grande.³³

ninguno de los cronistas e historiadores que, antes de él, describieron la casa de los animales de Moctezuma, dieron cuenta de que hubieran visto bisontes, y en especial no lo hicieron los que estuvieron físicamente en aquel patio, como Cortés o Díaz del Castillo. Lo que si comparten todos es la definición del espanto que les causaron ciertos animales fieros como las serpientes y culebras, que emitían tenebrosos silbidos y un hedor insoportable, en imágenes que contrastan notablemente con la representación de Solís, a quien en su historia artificiosa y culta, le pareció “inverosímil” que junto a las culebras de cascabel y los escorpiones, se encontraran “crocodilos” según afirmaban algunos de sus compatriotas, a partir de la noticia que tomaron de una relación de los indios. Estaba convencido de que estos [los indios] habían inventado lo de los cocodrilos, “contra la fiereza de los tiranos”, y que esto solía ocurrir cuando se vivía atemorizado y se servía afligido.³⁴

Al mismo tiempo, pensaba que “la verdad era el alma de la historia”, según anotó en la introducción de un manuscrito de su obra, por lo que dijo haberse detenido a buscar todo tipo de papeles y a “espe-

³³ Antonio de Solís, *Historia de la conquista de México, población y progresos de la América Septentrional, conocida con el nombre de Nueva España*, Cádiz, Imprenta, Librería y Tipografía de la Revista Médica, 1843, t. 1, p. 201-202. La primera edición fue en Madrid en 1684.

³⁴ *Ibid.*

rar relaciones que den fundamento y razón a nuestros escritos".³⁵ Dos cuestiones se antoja entonces plantear: si habría leído en alguna fuente indígena sobre la presencia del "toro mexicano" en la casa de los animales de Moctezuma, o contradijo sus principios y recreó el dato, tan sencillo para él, de que los había junto a los "leones", "tigres", osos "y cuantos géneros de brutos silvestres produce la Nueva España". Varias respuestas son posibles en función de la misma documentación que Antonio de Solís pudo haber consultado y a partir de otros imaginarios que campeaban entre los protagonistas de la conquista, evangelización y colonización de lo que hasta los días de nuestro autor fue la Nueva España. No olvidemos, por otro lado, que era cronista oficial y que tenía acceso a muchos papeles que se resguardaban en el Consejo de Indias desde los primeros tiempos de la conquista.

En primer lugar he mencionado la influencia de Francisco Hernández, protomédico de Felipe II, de quien Solís tomó el nombre de "toro mexicano", cuando en su tiempo ya era común el de "vaca cíbola" o más concretamente el de cíbolo o cíbola. Tampoco debe haberle pasado desapercibido lo que el mismo Hernández señaló, esto es, que le habían dicho –aunque aclaró que no había podido comprobarlo debidamente– que una de esas vacas había sido llevada "a nuestro rey Felipe".³⁶ Este dato, a lo mejor, impulsó a la imaginación de Solís a aceptar que una de ellas bien podría estar entre la enorme variedad de animales imponentes que poblaban el recinto de las fieras del emperador mexicano, aunado esto a lo que apuntó fray Alonso de Benavides –cuya historia sobre el Nuevo México se publicó en Madrid en 1630 y tuvo muchos lectores incluso más allá de las fronteras españolas– que aunque no era "ganado" que se dejaba coger en rodeos, cuando las "vacas" parían, iban los españoles a tomar las crías y las terneras, usando como guía algunas cabras.³⁷

La posibilidad de que algunas crías pudieran ser transportadas la refrenda, entre otros varios, el franciscano recoleto Louis Hennepin, enviado a Nueva Francia hacia 1675. Él dio cuenta de lo que sucedía en la Luisiana, concretamente en la tierra de los illinois, quienes también se sustentaban de los que nombró "vacas y toros

³⁵ Biblioteca Nacional de Madrid, Ms 3021, Antonio de Solís, *Historia de la conquista de México*.

³⁶ Francisco Hernández, *op. cit.*, p. 313.

³⁷ Fray Alonso de Benavides, *op. cit.*, p. 43-45.

bravos". Contó al respecto que una vez que "los salvajes" mataban algunas "vacas", los terneros seguían al cazador "lamiéndoles la mano y el dedo". Estos, dijo el fraile, se convertían en el regalo que los cazadores llevaban a sus hijos, y después de cierto tiempo eran sacrificados para comerlos. Hennepin era de la ambiciosa y equivocada opinión de que los bisontes pequeños podrían amansarse fácilmente, para luego servirse de ellos en el cultivo de la tierra.³⁸ Una situación similar, aunque para el norte de Texa, reportó el bachiller José Antonio de la Peña, cronista de la expedición del marqués de Aguayo en el mes de junio de 1721. Cerca de un hermoso arroyo nombrado San José de los Apaches encontraron muchos bisontes, de los cuales uno fue atado con una cuerda y transportado al campamento donde, apunta De la Peña en su *Derrotero*, sirvió no sólo de provisión, sino, antes de eso, de divertimento.³⁹

Importante fue, asimismo, el testimonio de los científicos franceses Valmont de Bomare y del conde de Buffon quienes en el año de 1769 vieron en París un bisonte macho vivo, que pudieron estudiar con relativa calma.⁴⁰ También está documentado el caso de una joven cíbola que fue embarcada en Veracruz y que llegó viva a los jardines de Aranjuez en el mes de octubre de 1771, como regalo del virrey de Croix a Carlos III.⁴¹ Ya en el siglo XIX, hacia su tercera década, el angloamericano George Catlin contó que él vivió la experiencia de llevar a su campamento una cría de "búfalo", después de haberle puesto las manos delante de los ojos y de haber soplado fuerte en sus orificios nasales. Agregó, al respecto, que el pequeño prisionero iba trotando detrás del caballo muy cerca de este, con el afecto que por instinto habría reservado a su madre. Este mismo autor sostuvo también que algunas terneras lo llegaron a seguir a los establos donde guardaban las monturas.⁴²

Don Antonio de Solís no conoció estas fuentes, pero las traigo a cuento porque las vivencias de todos ellos me llevan a aceptar la posibilidad de que el poderoso Moctezuma II incluía en su colección

³⁸ Biblioteca Nacional de Madrid, Sala Cervantes, MS 3179. Louis Hennepin, *op. cit.*

³⁹ *Pichardo's Treatise on the Limits of Louisiana and Texas*, Austin, Texas, The University of Texas Press, 1931, v. 1, p. 540-1. El padre José Antonio Pichardo escribió su tratado entre los años de 1808 y 1812. Los manuscritos originales se encuentran en AGN, *Historia*, v. 541 a 548.

⁴⁰ M. Valmont de Bomare, *op. cit.*

⁴¹ Carlos Gómez Centurión-Jiménez, *op. cit.*

⁴² Citado por Tom Mc Hugh, *The time of the Buffalo*, USA, Castle Books, 1972, p. 184.

de animales uno o algunos pequeños ejemplares de "toro mexicano". Pudo no ser aludido en las crónicas, o porque el día que los españoles visitaron ese patio no estaba a la vista –por muchas causas puede estar resguardado un animal en un zoológico–, o porque lo vieron y se asustaron tanto, que lo callaron, lo que me parece menos plausible. No debemos olvidar, sin embargo, que para muchos europeos que conocieron físicamente a los bisontes durante los siglos XVI, XVII y XVIII, se trataba de un animal deforme y hasta "monstruoso" que les generaba no poco temor y que algunos lo llegaron a asociar con lo demoníaco o con la imagen del propio demonio, al que estaban seguros de que se le rendía culto y que creían manifestado por doquier.

Cada uno de los conquistadores y cronistas que describieron la experiencia exótica que resultó estar frente a esa colección de aves, reptiles y mamíferos del emperador mexica, mencionó a algún animal que los otros no registraron. Antonio de Solís, por su parte, nos habló de un "toro mexicano" que era "un compuesto de varios animales", en donde vemos muy clara la lectura de la obra de López de Gómara, ya que lo definió con espalda gibada y corva como el camello, el cuello "quejudo" como el león, y pie hendido y frente armada como el toro, "cuya ferocidad –dijo– imita con destreza y ejecución".⁴³ También debió haber leído a Francisco Hernández quien fue el que clasificó por primera vez y para el mundo científico, a los "toros mexicanos".

Con respecto a su presencia en el palacio de Moctezuma II, lo asentó así, o porque lo había leído en alguna fuente, o porque lo supuso, asociando al animal con la grandeza de los monarcas mexicanos. Desde los dos últimos decenios del siglo XIX la historiografía norteamericana aceptaba la versión de Solís hasta que, hacia 1950, comenzó a imponerse el escepticismo e incluso la idea dominante de que se trataba de un mito. Aunque H. B. Nicholson, por ejemplo, acepta que es posible que los agentes de Moctezuma "con dificultades, hubieran procurado un bisonte para su colección en las tierras de pastos del lejano norte", rechazó la versión de Antonio Solís tratando de demostrar que era improbable porque ese dato no lo mencionaba ninguna fuente histórica.⁴⁴ Pienso, por mi parte, que aunque no contamos con una prueba fidedigna, es posible –incluso en el

⁴³ Antonio de Solís, *op. cit.*, p. 201.

⁴⁴ H. B. Nicholson, "Moctezuma's zoo", *Pacific Discovery*, julio-agosto de 1955, p. 8.

caso de que sólo lo hubiera supuesto— que Antonio de Solís haya tenido razón.

4. ¿BISONTES EN LAS PRIMERAS CORRIDAS DE TOROS EN LA NUEVA ESPAÑA?

En la quinta *Carta de Relación* de Hernán Cortés a Carlos V, firmada en “Tenuxtitan” el 3 de septiembre de 1526, el conquistador exponía al monarca que cuando se enteró, por dos misivas, de que había llegado a la Nueva España el juez que traía órdenes de Su Majestad para hacerle un juicio de residencia, era el mes de junio de ese año y se encontraba en Tenochtitlan, en la celebración de San Juan, “corriendo ciertos toros y en regocijo de cañas y otras fiestas”.⁴⁵ El que haya mencionado que se trataba de “ciertos toros” ha despertado la polémica entre algunos expertos en asuntos cortesianos, y entre los historiadores y cronistas del mundo taurino que nombran ese día como el de la primera corrida en suelo mexicano. Unos opinan, por ejemplo, que los animales alanceados fueron cíbolos americanos,⁴⁶ basados, la mayoría, en la creencia de que era efectiva una prohibición de la corona, emitida del año de 1523, de importar ganado mayor desde las Antillas a la Nueva España,⁴⁷ y en el dato de que, por esos años, había bisontes “en toda Coahuila”, de donde los habrían traído para el festejo.

Mi opinión es que se trata de una hipótesis errónea, que puede ser rebatida con el hecho innegable de que los machos taurinos se siguieron introduciendo en la Nueva España como se había hecho desde 1521, aunque ilegalmente, razón por la que tal vez Cortés se haya referido a ellos como “ciertos”. Me apoyo, además, en las crónicas de los que insistieron, desde el siglo XVI, en que los bisontes tenían el carácter libre; en las dificultades insalvables de querer domar a las manadas; y en el hecho demostrado de que sólo muy pocas

⁴⁵ Hernán Cortés, *Cartas de Relación*, México, Porrúa, 1992, p. 275.

⁴⁶ Julio Téllez, “El bisonte, padre de la fiesta taurina en México”, *Campo Bravo*, año 4, n. 18, noviembre de 1998, p. 55.

⁴⁷ Fue promovida por los ganaderos antillanos ante el tráfico desmedido de animales y duró entre 1523 y junio de 1526, que fue derogada por el monarca con un Real Decreto, debido a las fuertes presiones de los comerciantes. Ver José Matesanz, “Introducción de la ganadería en Nueva España 1521-1535”, *Historia mexicana*, v. XIV, n. 4, abril-junio de 1965, p. 536-7.

caso de que sólo lo hubiera supuesto— que Antonio de Solís haya tenido razón.

4. ¿BISONTES EN LAS PRIMERAS CORRIDAS DE TOROS EN LA NUEVA ESPAÑA?

En la quinta *Carta de Relación* de Hernán Cortés a Carlos V, firmada en “Tenuxtitan” el 3 de septiembre de 1526, el conquistador exponía al monarca que cuando se enteró, por dos misivas, de que había llegado a la Nueva España el juez que traía órdenes de Su Majestad para hacerle un juicio de residencia, era el mes de junio de ese año y se encontraba en Tenochtitlan, en la celebración de San Juan, “corriendo ciertos toros y en regocijo de cañas y otras fiestas”.⁴⁵ El que haya mencionado que se trataba de “ciertos toros” ha despertado la polémica entre algunos expertos en asuntos cortesianos, y entre los historiadores y cronistas del mundo taurino que nombran ese día como el de la primera corrida en suelo mexicano. Unos opinan, por ejemplo, que los animales alanceados fueron cíbolos americanos,⁴⁶ basados, la mayoría, en la creencia de que era efectiva una prohibición de la corona, emitida del año de 1523, de importar ganado mayor desde las Antillas a la Nueva España,⁴⁷ y en el dato de que, por esos años, había bisontes “en toda Coahuila”, de donde los habrían traído para el festejo.

Mi opinión es que se trata de una hipótesis errónea, que puede ser rebatida con el hecho innegable de que los machos taurinos se siguieron introduciendo en la Nueva España como se había hecho desde 1521, aunque ilegalmente, razón por la que tal vez Cortés se haya referido a ellos como “ciertos”. Me apoyo, además, en las crónicas de los que insistieron, desde el siglo XVI, en que los bisontes tenían el carácter libre; en las dificultades insalvables de querer domar a las manadas; y en el hecho demostrado de que sólo muy pocas

⁴⁵ Hernán Cortés, *Cartas de Relación*, México, Porrúa, 1992, p. 275.

⁴⁶ Julio Téllez, “El bisonte, padre de la fiesta taurina en México”, *Campo Bravo*, año 4, n. 18, noviembre de 1998, p. 55.

⁴⁷ Fue promovida por los ganaderos antillanos ante el tráfico desmedido de animales y duró entre 1523 y junio de 1526, que fue derogada por el monarca con un Real Decreto, debido a las fuertes presiones de los comerciantes. Ver José Matesanz, “Introducción de la ganadería en Nueva España 1521-1535”, *Historia mexicana*, v. XIV, n. 4, abril-junio de 1965, p. 536-7.

crías pequeñas pudieron ser separadas de sus madres y transportadas fuera de su “hábitat” natural, donde perdieron su fiereza y su estampa, tan necesarios en las corridas de los caballeros de los albores del siglo XVI.

El tema de la presencia de bisontes en otras fiestas de toros llevadas a cabo en la capital novohispana a lo largo de la época colonial, es también creído por un puñado de autores mexicanos. Por ejemplo, el cronista Julio Téllez no sólo sostuvo el argumento para el año de 1526, sino que siguió mencionándolos en las corridas que ordenó el virrey Luis de Velasco en 1555, y en una de “1734” ofrecida al virrey Vizarrón.⁴⁸ Para sustentar lo primero citó al historiador novohispano Juan Suárez de Peralta en su *Tratado del descubrimiento de las Indias*, quien, refiriéndose a la magnificencia de las corridas en tiempos de Velasco, lo que en realidad escribió es que “no se encerraban menos de setenta y ochenta toros que los traían de los chichimecas, escogidos y bravísimos...que son de los cimarrones, pues costaban mucho estos toros y tenían cuidado de los volver a sus querencias...si no eran muertos aquél día”.⁴⁹ Es evidente que Téllez confundió a los bisontes con el ganado cimarrón que creció en el centro-norte de la Nueva España sin ser domesticado y en gran abundancia, desde el año de 1528. En relación con la supuesta corrida en los tiempos de Vizarrón no aporta ninguna prueba, y a pesar de ello es citado por un estudioso de la tauromaquia, quien en uno de sus escritos proporcionó la imagen de un bisonte, escribiendo en el pie de ésta que “era probable, que estos sean los toros que Cortés alanceó por primera vez en México, o como los que en 1732 [*sic*] se corrieron en El Volador y se resguardaron previamente en Chapultepec”.⁵⁰

En el siglo XVIII también fue empleado el ganado cimarrón en algunas corridas, lo que podría explicar la equivocada interpretación de estos autores. Asimismo, no deja de ser interesante una noticia proporcionada por la *Gazeta de México* en marzo de 1732, en tiempos precisamente del virrey Vizarrón, que pudo alimentar esa confusión. Ahí se daba razón de que en el pueblo de Chietla, con motivo de la

⁴⁸ Julio Téllez, *op. cit.* Este autor, además, atribuye a Cortés haber descrito en esa quinta carta y “como una prueba inobjetable”, a los “toros mexicanos con pelaje de león y joroba parecida a los camellos”, cosa que don Hernán nunca hizo, pareciéndose esas palabras a las dichas por Antonio de Solís muchas décadas de pués.

⁴⁹ Juan Suárez de Peralta, *op. cit.*, p. 100.

⁵⁰ José Francisco Coello, “Acontecimientos taurinos en Chapultepec”, en *El bosque de Chapultepec: un taurino de abolengo*, de J. F. Coello y Rosa María Alfonseca, México, INAH, 2001, p. 30.

dedicación de la iglesia del convento de San Agustín y del trapiche de San Guillermo Xaltepec, el domingo de Carnestolendas, que cayó en 24 de febrero de ese año, hubo corridas de toros, en las que se lidió “uno digno de Amphiteatro de esta Corte”, llamado “Toro o Monstruo de Xaltianguiz”. El ejemplar era “Quatezón”, esto es, que “nació raso y sin punta de cuerno”, aunque jugaba con fiereza y dio mucho que hacer a los toreadores y, de paso, diversión al público, “sin el peligro y susto que todos ocasionan”.⁵¹

5. LA REPRESENTACIÓN EUROPEA DEL BISONTE AMERICANO

El abundantísimo bisonte de las tierras desconocidas fue nombrado reiteradamente en crónicas e historias sobre ese Nuevo Mundo, que en su tiempo tuvieron un gran número de lectores. En muchos casos esas descripciones se acompañaron con el dibujo de su figura, que se reprodujo por medio de la xilografía, el grabado o el aguafuerte. De entre ellas las más difundidas son objeto de este capítulo, que refiere la construcción de un imaginario muy alejado de los bisontes de carne y hueso, pero muy cerca de las fantasías, miedos, mitos y leyendas que provocó la conquista y apropiación de América y del imaginario que acogía con naturalidad a los seres fantásticos, a los híbridos, a los monstruos, al diablo y a los animales raros, fabulosos o exóticos.

La primera vez que se dio a conocer su retrato fue en la temprana obra del siglo XVI del cronista de Indias Gonzalo Fernández de Oviedo conocida como *Historia general y natural de las Indias*.⁵² Dedicó un apartado a las que llamó “vacas de la tierra septentrional” que también designó como “las vacas y toros monteses”. La descripción de ellos partió de la comparación con su propio ganado vacuno. Dijo que los de América eran mayores de tamaño, con los pescuezos muy llenos de lana “como merina espesa”, la cabeza más baja, con “los cuernos puntiagudos y el uno contra el otro”, con una gran barba de la misma lana que les colgaba de la mandíbula y los machos con una corcova alta sobre los hombros. Con respecto a sus pies mencionó que tenían las uñas hendidas como las vacas española. Agregó

⁵¹ *Gazeta de México*, n. 52, marzo de 1732.

⁵² Gonzalo Fernández de Oviedo, *Historia general y natural...*, op. cit., t. 5, v. 121.

dedicación de la iglesia del convento de San Agustín y del trapiche de San Guillermo Xaltepec, el domingo de Carnestolendas, que cayó en 24 de febrero de ese año, hubo corridas de toros, en las que se lidió “uno digno de Amphiteatro de esta Corte”, llamado “Toro o Monstruo de Xaltiangüiz”. El ejemplar era “Quatezón”, esto es, que “nació raso y sin punta de cuerno”, aunque jugaba con fiereza y dio mucho que hacer a los toreadores y, de paso, diversión al público, “sin el peligro y susto que todos ocasionan”.⁵¹

5. LA REPRESENTACIÓN EUROPEA DEL BISONTE AMERICANO

El abundantísimo bisonte de las tierras desconocidas fue nombrado reiteradamente en crónicas e historias sobre ese Nuevo Mundo, que en su tiempo tuvieron un gran número de lectores. En muchos casos esas descripciones se acompañaron con el dibujo de su figura, que se reprodujo por medio de la xilografía, el grabado o el aguafuerte. De entre ellas las más difundidas son objeto de este capítulo, que refiere la construcción de un imaginario muy alejado de los bisontes de carne y hueso, pero muy cerca de las fantasías, miedos, mitos y leyendas que provocó la conquista y apropiación de América y del imaginario que acogía con naturalidad a los seres fantásticos, a los híbridos, a los monstruos, al diablo y a los animales raros, fabulosos o exóticos.

La primera vez que se dio a conocer su retrato fue en la temprana obra del siglo XVI del cronista de Indias Gonzalo Fernández de Oviedo conocida como *Historia general y natural de las Indias*.⁵² Dedicó un apartado a las que llamó “vacas de la tierra septentrional” que también designó como “las vacas y toros monteses”. La descripción de ellos partió de la comparación con su propio ganado vacuno. Dijo que los de América eran mayores de tamaño, con los pescuezos muy llenos de lana “como merina espesa”, la cabeza más baja, con “los cuernos puntiagudos y el uno contra el otro”, con una gran barba de la misma lana que les colgaba de la mandíbula y los machos con una corcova alta sobre los hombros. Con respecto a sus pies mencionó que tenían las uñas hendidas como las vacas española. Agregó

⁵¹ *Gazeta de México*, n. 52, marzo de 1732.

⁵² Gonzalo Fernández de Oviedo, *Historia general y natural...*, op. cit., t. 5, v. 121.

que eran animales ueltos, ligeros, muy salvajes, “innumerables en cantidad”, de carne buena y cuero recio y de color leonado oscuro. Ofreció su dibujo, según él, para que el lector “mejor me entienda”. (Véase imagen 3).

En de cargo de Oviedo a propósito de sus imágenes, el historiador británico John H. Elliot señaló cómo aquél se lamentaba de la falta en América “de un Leonardo o un Mantegna” que hubieran aportado la reproducción visual de esas tierras, obligándolo a realizar “to cos esbozos por sí mismo para ilustrar su *Historia*”.⁵³ Por mi parte, lo que llama más mi atención en este dibujo, es cómo imaginó sus cuernos, sus barbas y, sobre todo, sus pies. En las crónicas de evangelización escritas entre los siglos XVI y XVIII se confirma su convicción de que en esas tierras se rendía culto al demonio, en el que ellos creían racionalmente, y al que se fueron encontrando por todas partes, incluido el aspecto de los bisontes.

El diablo también fue asimilado con el monstruo o lo monstruoso. No es extraño entonces, que la gran mayoría de los europeos que describieron bisontes en el siglo XVI, aludieran a su monstruosidad y/o a su fealdad, incluido el mismo Oviedo, quien no pudo expresar con palabras la inconsciente desazón que provocaba ese animal temido y extraño del que se decía, además, que tenía partes de león por sus crines, de camello por su joroba, del puerco o verraco por su cola y de macho cabrío por sus barbas.

En cuanto a la zarpa dibujada en la parte trasera del pie en la imagen en cuestión, me parece que también pudieron estar en la fantasía de su autor la evocación de variados animales que la poseían, casi todos de carácter negativo, que provenían de los bestiarios más arcaicos de Oriente y del Occidente medieval, como el león alado de Babilonia, el leopardo de Macedonia, la bestia de diez cuernos de Roma o el temido basilisco. Distintos estudiosos han demostrado cómo en esos animales fabulosos los hombres y las mujeres de la Edad Moderna también siguieron proyectando el bien y el mal. El basilisco, por ejemplo, con zarpa trasera en su cuerpo de serpiente y gallo, tenía como característica principal matar a los hombres con la sola mirada, y según el medieval bestiario atribuido a *El Fisiólogo*, ese animal era la representación del mismo Satanás, que se había escondido en el Paraíso y que había

⁵³ John H. Elliot, prólogo a *América de Bry 1590-1634*, Madrid, Siruela, 1992, p. 8.

engañado a Eva y a Adán apropiándose desde entonces del destino de sus descendientes.⁵⁴

*

Por su parte, Francisco López de Gómara ob equió desde sus primeras ediciones un dibujo de las “vacas corcovadas”, cuyo parecido es bastante más cercano a ellas, aunque acá su rostro malhumorado está muy lejos de infundir el temor que provocaría un “animal desagradable y sañudo”, según intentó describirlo.⁵⁵ Un detalle de la imagen, sin embargo, nos habla del universo mental que creía en maléficos seres que eran mitad animal y mitad mujer, que se entreveró con la noticia de que en esas tierras también se habían visto atractivas sirenas tal como nombraron a los manatíes de las costas. (Véase imagen 4).

Tanto las hembras de ganado vacuno como las de bisonte tienen una sola ubre y varios pezones, además de que estos últimos en las “bisontas” son mucho más pequeños y ocultos. A las sirenas y los manatíes podríamos agregar también las historias sobre la temida anfisbena que tenía un cuerpo de ave rapaz con cola de serpiente y senos de mujer, a la que solía asociarse con el mal y con el diablo.

o es de extrañar que esta imagen haya formado parte de uno de los relatos más leídos en su tiempo y que se haya convertido, por sí misma, en una de las figuras más reproducidas cuando se menciona la fauna del mundo descubierto.

*

En su *Historia Natural de la Nueva España*, Francisco Hernández, médico de Felipe II, no pudo dejar de hablar de los bisontes. Lo singular de su relato, es que el animal le mereció el nombre de “toro mexicano”, apelativo que no fue muy conocido más allá de algún mundo científico, ni mucho menos utilizado por los que estaban, de cualquier modo, en relación con esos animales. Desde las primeras ediciones de su obra se brindaron varios dibujos de esos

⁵⁴ *Bestiario Medieval*, compilación y estudio introductorio de Ignacio Malaxecheverría, Madrid, Siruela, 2002, p. 160-162.

⁵⁵ Francisco López de Gómara, *op. cit.*

“toros” que, como podemos apreciar, aunque ya iban teniendo más parecido con los bisonte de carne y hueso, se daba su comparación y analogía con los toros y las vacas de su mundo frecuentado.⁵⁶ Como escribió con acierto Peter Burke, cuando se hacen analogías lo exótico queda sin duda domesticado.⁵⁷ (Véase imagen 5.)

A su vez, en distintos tomos de la primera edición de esa *Historia Natural de la Nueva España* reproducen una bella imagen que ofrecía a los estudiosos de las novedades del nuevo continente la vista de un “toro mexicano” pastando a gusto, en medio de aves y flores gigantes, árboles exóticos y animales peligrosos. En lontananza se divisa la presencia de dos barcos extranjero en la costa, mientras en tierra un hombre vestido a la europea, observa, absorto, esa vasta y singular naturaleza.⁵⁸ (Véase imagen 6.)

*

Fue precisamente en la Nueva España donde el mismo Francisco Hernández concluyó buena parte de la traducción y anotación de la *Historia Natural de Cayo Plinio Segundo*. Este autor clásico definió en su obra a los “bisontes [europeos]”, diciendo que se trataba de “bueyes fieros con crines, de fuerza y ligereza grandísima”,⁵⁹ situándolos en “Scythia y su comarcana Alemania”. En otros apartados de su *Historia*, Plinio se refirió a los paralelos y meridianos de la Tierra y describió, entre otras cosas y para cada uno, su flora, su fauna, sus pobladores y su entorno geográfico, y no olvidó incluir la zona que, desde el paraje más remoto, se pensaba que era habitada por seres monstruosos. Sobre estos últimos, escribió: “Estas y otras tales cosas del linaje humano, produjo la ingenio a naturaleza, que a ella son juego y a nosotros espanto”.⁶⁰

Entre 1624 y 1629 apareció en España una nueva edición de la *Historia Natural* de Plinio, a cargo de Jerónimo de Huerta. De ella proviene una curiosa ilustración que mostraba de forma gráfica a los

⁵⁶ Francisco Hernández, *op. cit.*, p. 313.

⁵⁷ Peter Burke, *Visto y no visto. El uso de la imagen como documento histórico*, Barcelona, Crítica, 2001, p. 156.

⁵⁸ Francisco Hernández, *op. cit.*

⁵⁹ *Historia Natural de Cayo Plinio Segundo*, trasladada y anotada por el doctor Francisco Hernández (libro primero a vigesimoquinto) y por Jerónimo de Huerta (Libros vigesimosexto a trigésimo séptimo), México, UNAM/Visor Libros, 1999, p. 366-68.

⁶⁰ *Ibid.*, p. 308.

lectores del setecientos la idea del primero de ubicar seres y animales en distintas franjas de la tierra. (Véase imagen 7).

Aparecen en ella los animales rastreros, los del fondo del mar, y los del mundo conocido hasta entonces. Hacia arriba de esta área está dibujada la zona de los seres monstruosos, encima de la cual el anónimo grabador del siglo XVII agregó de su cosecha la de los fantásticos animales del Nuevo Mundo, incluido el bisonte, cuya imagen guarda mucho parecido con los “toros mexicanos” que dio a conocer Francisco Hernández. Cada una de esas franjas cuenta con una alusión al capítulo de Plinio al que se refieren los dibujos. Curiosamente, la de los animales americanos dice: “Lib. VI. Cap Último”, en el que, por supuesto, Plinio nunca mencionó a esos animales de los que en su tiempo no se tenía ninguna noticia, refiriendo sólo asuntos de su mundo conocido en esa primera centuria de nuestra era en la que a él le tocó vivir.⁶¹

*

Cuando estaba por terminar el siglo XVI, y durante los primeros años del siguiente, sucedió la expedición de Juan de Oñate a Nuevo México. Uno de sus hombres, el maese de campo Vicente Zaldívar,⁶² dejó por escrito sus testimonios en donde contó, entre otras muchas cosas, que descubrieron cómo las “vacas” tenían sus querencias en los llanos arriba de las lomas. Se asombró porque durante 30 leguas de trayecto no dejaron de ver “infinito ganado”, guiado sólo por el sol. Más al norte, dijo, estaba el río y debajo de los montículos había varias cañadas con sabinos e innumerables ojos de agua, en los que mitigaban la sed “las dichas vacas”, de las que el amoroso Zaldívar hizo un dibujo divertido. (Véase imagen 8).

Se enamoró a tal grado de ese “ganado” que pensaba que “su hechura y su forma era maravillosa”, y consciente de que a “algunos podían provocar espanto”, dijo que también daban mucha risa y que mientras más lo veían más deseaban verlo y declaró: “ninguno será tan melancólico que si cien veces lo ve al día, no se ría muy de gana otras tantas y se admire de ver animal tan fiero”.

*

⁶¹ *Ibid.*, p. 380.

⁶² Vicente Zaldívar Mendoza, “Relación de las jornadas de las vacas de Zibola”, AGI, Patronato 22 R 13 (9) f. 25 a 33.

En la versión latina de su *Historia del Mundo Nuevo*, publicada en 1633, el geógrafo flamenco Johannes Laët citó a López de Gómara para hablar de “la vaca” descubiertas, y así dijo que esos animales tenían “algo de común con los leones y algo con los camellos”. Se nota también que el geógrafo de Amberes estaba influido por otras lecturas, como *Historia de la Nueva México* de fray Alonso de Benavíde, quien había dicho que eran animales fieros, o la de Bernal Díaz del Castillo que insistió en que eran desfigurados, por lo que agregó, que eran “deformes” y con “una mirada horrible y cruel”.⁶³ Basado en el dibujo proporcionado por López de Gómara, Laët hizo su propio trazo de la “vaca jorobada”, aunque sin sus ubres y grandes pezones y con su impático mal humor. (Véase imagen 9).

*

Desde la primera edición de su libro *Nuevo Descubrimiento de un país situado en América*, en el año de 1697, el franciscano recoleto Louis de Hennepin anunció que incluiría mapas e ilustraciones, que son las que se repitieron en la edición holandesa de 1704.⁶⁴ De esta proviene la siguiente imagen en la que se puede apreciar que quien la hizo, no conocía a los bisonte. Pintó un toro común, revestido de una lana rizada, más abundante en la joroba, con un abdomen descomunal y con unas crines de caballo. (Véase imagen 10).

Mucho más trabajo le costó imaginar lo espantable o monstruoso de esos animales, asunto al que aludió Hennepin en su relato, que es tan del todo ausente en ese idílico paisaje emitropical, donde, a lo lejos, otros tres “bueyes” se refugian a la sombra de los árboles. Aparte, asimismo, dos animales americanos, también abundantes: un dormilón tlacuache, conocido también como zarigüeya, y la fea y grisácea ave acuática llamada alcatraz en América del Norte y del Centro, perteneciente a la especie de los pelícanos. Los alcatrazes, desde tiempo inmemorial, abundan en muelles y manglares de las Antillas, el Golfo de México y en las costas orientales del sur de los Estados Unidos, siendo la Louisiana, precisamente, la escena aquí evocada por los ilustradores de esta bucólica representación.

⁶³ Johanne de Laët, *op. cit.*, p. 459.

⁶⁴ Louis Hennepin, *op. cit.*

*

Antoine Le Page du Pratz llegó a Luisiana como colono durante la segunda década del siglo XVIII, y aunque se empleó durante muchos años en cargos de administración dio también cabida a sus dotes de historiador y naturalista. En su relato demostró que conoció muy bien a los “boeufs sauvages”, por lo que la edición de su *Histoire de la Louisianne*, incluyó la imagen de uno de ellos. Sin embargo, como en la mayor parte de los casos revisados, el autor del dibujo no supo interpretar los valiosos datos proporcionados por du Pratz. Acá se trata de la representación de una clase de buey domé tico, ligeramente jorobado, lanudo como una oveja y con una cola fantasiosa, que está muy lejos de evocar a un magnífico ejemplar de una especie que, todavía en el siglo XVIII, no terminaban de asimilar.⁶⁵ (Véase imagen 11).

*

El famoso naturalista George Louis Leclerc, conde de Buffon, dio mucho que hablar en los círculos académicos interesados en la zoología de los cinco continentes. Su voluminosa obra, publicada durante la segunda mitad del siglo XVIII, alcanzó varias ediciones, consultadas y citadas incluso un siglo después. Sus páginas están salpicadas de interesantes grabados de buena parte de los animales que describe y, dado que un mismo tema lo trata en diferentes volúmenes, suelen encontrarse diversas imágenes sobre un mismo animal. En el Suplemento al tomo tercero de su *Histoire Naturelle, générale et particulière*, publicado en 1776, presentó a sus lectores una curiosa pintura del que ya llamó “bisonte”. (Véase imagen 12).

Las características de la imagen pudieran estar en relación con la postura de Buffon con respecto a estos animales, a los que primero consideró diferentes de los bueyes y después estimó como “bueyes con joroba”. A pesar de que él tuvo la suerte de observar y medir a un bisonte americano vivo, exhibido en una jaula en París en el año de 1769, se refirió en varias ocasiones a esta imagen “para apoyar todo lo dicho”.⁶⁶ En ella no sorprende el torso, la joroba, la grupa, las patas, el pelo, la cola y las barbas, porque si podrían pertenecer a un bisonte, aunque,

⁶⁵ Antoine Simon Le Page du Pratz (1695?-1775), *op. cit.*, p. 313-314.

⁶⁶ Georges Louis Leclerc, M. Le Comte de Buffon (1707-1788), *op. cit.*, p. 64-65.

es evidente, que eguía habiendo resistencia para reproducir su cabeza –en este grabado tiene la de un *Bos Taurus*– la que, por lo visto, eguía generando en la mayor parte de los europeos bastante desconcierto.

*

Por último, incluyo en este capítulo un peculiar dibujo, aparecido en el escrito del comerciante gaditano de origen irlandés Pedro Alonso O'Crouley, quien visitó varias veces la Nueva España entre 1764 y 1774. En ese último año escribió sus impresiones en un manuscrito al que agregó muchas láminas con atrayentes ilustraciones, muchas de ellas en colores vistosos. Citó muchas fuentes importantes para recrear, incluso, la historia antigua de ese reino. El bisonte de América, por su parte, le mereció el comentario de que era una “especie de buey silvestre muy feo”, con lomo de camello y astas corvas y cortas. A pesar de todo, es notorio que ni él, ni el dibujante de esas imágenes, vieron nunca uno de ellos, por lo que fue aprobado el dibujo, contentándose con la figura más bien caprina, que fue etiquetada con el nombre de “cíbolo” al que no le faltan las barbas, los cuernos y la pezuña hendida. Forma parte de un conjunto de originales especímenes americanos que, en todos los demás casos, sí corresponde su figura con el animal que representan. Se advierte, asimismo, que se coló en la escena el “leopardo”, felino extranjero a estas tierras, que ocupó el espacio que hubiera correspondido, quizás, al cauteloso puma, o al no menos majestuoso jaguar de las selvas tropicales.⁶⁷ (Véase imagen 13).

*

Los que dibujaron esas vacas americanas nos dicen mucho acerca del orbe religioso y fantástico de los europeos del Renacimiento y de la llamada Edad Moderna. Era de preverse que en ese enfrentamiento de culturas los que intentaron describir a la que les era diferente la recrearon. Y lo hicieron con todo y la omisión, con la exageración de lo que no comprendieron, con el recurso fácil de la comparación con lo conocido y con la presencia, consciente o no, de

⁶⁷ Biblioteca Nacional de Madrid, Ms., 4532, Pedro Alonso O'Crouley, *Ydea compendiosa del Reyno de Nueva España*, op. cit. La lámina en cuestión está insertada entre la foja 139 y la 140.

los símbolos y referentes de su universo sobrenatural. En cada una de las imágenes aquí mostrada destaca el valor de lo detallado, que se convierten en un gran testimonio de los prejuicios que se colaron al tratar de dar sentido a la excentricidad de los otros descubiertos.

6. TANAHUA O LA VIVA IMAGEN DEL DEMONIO DELICIOSO

De la mano de la conquista vino la descubierta de los inacabables dominios del Diablo.⁶⁸ La mentalidad cristiana preindustrial, creía racionalmente en él y con el paso de los años, escribe Fernando Cervante, en las tierras conquistadas se hizo común la tendencia medieval de ver a los paganos como demonios.⁶⁹ Poco a poco los evangelizadores se fueron convenciendo de que la intervención de ese siniestro personaje permeaba a los pueblos originarios. Bernardino de Sahagún, por ejemplo, escribió convencido que los dioses “eran diablos mentirosos y engañadores”. En distintas historias y crónicas –también del siglo XVI como la del franciscano– historiadores y evangelizadores de distintas órdenes religiosas como Francisco López de Gómara, Gonzalo Fernández de Oviedo, Andrés de Olmos, Toribio de Benavente Motolinía, Bartolomé de las Casas, Diego de Landa, Diego Durán, Bernal Díaz del Castillo, Gerónimo de Mendieta, Joseph de Acosta y el mestizo Diego Muñoz Camargo, quisieron dejar testimonio de cómo los habitantes de las tierras descubiertas rendían obediencia al Diablo a quien, según ellos, celebraban en sus ritos, ceremonias y sacrificios humanos.

Incluso, como anota Fermín del Pino, el demonio no solamente estaba disponible para los rasgos religiosos que se oponían al cristianismo, sino también para las semejanzas dogmáticas y rituales con éste. Cita en este sentido la *Historia Natural y Moral de las Indias* del jesuita Joseph de Acosta, quien pensaba que el demonio quería quitarle glorias a Dios, facilitando a los del Nuevo Mundo “cosas hurtadas de nuestra ley evangélica, como su modo de comunión y confesión y adoración de tres en uno y otras tales”.⁷⁰ Acosta sostenía que

⁶⁸ Georges Minois, *Breve historia del diablo*, Madrid, Espasa, 2002, p. 91.

⁶⁹ Fernando Cervantes, *El diablo en el Nuevo Mundo. El impacto del diabolismo a través de la colonización de Hispanoamérica*, Barcelona, Herder, 1996, p. 16, 23, 26 y 46.

⁷⁰ Fermín del Pino, “Demonología en España y América: Invariantes y matices de la práctica inquisitorial y la misionera”, en *El Diablo en la edad moderna*, Madrid, Marcial Pons, 2004, p. 289-90.

los símbolos y referentes de su universo sobrenatural. En cada una de las imágenes aquí mostrada destaca el valor de lo detallado, que se convierten en un gran testimonio de los prejuicios que se colaron al tratar de dar sentido a la excentricidad de los otros descubiertos.

6. TANAHUA O LA VIVA IMAGEN DEL DEMONIO DELICIOSO

De la mano de la conquista vino la descubierta de los inacabables dominios del Diablo.⁶⁸ La mentalidad cristiana preindustrial, creía racionalmente en él y con el paso de los años, escribe Fernando Cervante, en las tierras conquistadas se hizo común la tendencia medieval de ver a los paganos como demonios.⁶⁹ Poco a poco los evangelizadores se fueron convenciendo de que la intervención de ese siniestro personaje permeaba a los pueblos originarios. Bernardino de Sahagún, por ejemplo, escribió convencido que los dioses “eran diablos mentirosos y engañadores”. En distintas historias y crónicas –también del siglo XVI como la del franciscano– historiadores y evangelizadores de distintas órdenes religiosas como Francisco López de Gómara, Gonzalo Fernández de Oviedo, Andrés de Olmos, Toribio de Benavente Motolinía, Bartolomé de las Casas, Diego de Landa, Diego Durán, Bernal Díaz del Castillo, Gerónimo de Mendieta, Joseph de Acosta y el mestizo Diego Muñoz Camargo, quisieron dejar testimonio de cómo los habitantes de las tierras descubiertas rendían obediencia al Diablo a quien, según ellos, celebraban en sus ritos, ceremonias y sacrificios humanos.

Incluso, como anota Fermín del Pino, el demonio no solamente estaba disponible para los rasgos religiosos que se oponían al cristianismo, sino también para las semejanzas dogmáticas y rituales con éste. Cita en este sentido la *Historia Natural y Moral de las Indias* del jesuita Joseph de Acosta, quien pensaba que el demonio quería quitarle glorias a Dios, facilitando a los del Nuevo Mundo “cosas hurtadas de nuestra ley evangélica, como su modo de comunión y confesión y adoración de tres en uno y otras tales”.⁷⁰ Acosta sostenía que

⁶⁸ Georges Minois, *Breve historia del diablo*, Madrid, Espasa, 2002, p. 91.

⁶⁹ Fernando Cervantes, *El diablo en el Nuevo Mundo. El impacto del diabolismo a través de la colonización de Hispanoamérica*, Barcelona, Herder, 1996, p. 16, 23, 26 y 46.

⁷⁰ Fermín del Pino, “Demonología en España y América: Invariantes y matices de la práctica inquisitorial y la misionera”, en *El Diablo en la edad moderna*, Madrid, Marcial Pons, 2004, p. 289-90.

“tantos desdichados” habían vivido bajo las leyes de Satanás y que si de algo servía la historia que él estaba escribiendo era para conocer la soberbia, la envidia, los engaños y las mañas del demonio “con los que tiene cautivo, pues por una parte quiere imitar a Dios y tener competencia con Él y con su santa Ley, y por otra, mezcla tantas variedades y vicitudes, y aún crueldades, como quien tiene por oficio tragar todo lo bueno y corrompello”.⁷¹ Ante las dificultades que presentaba la evangelización hacia los últimos decenios del siglo XVI, magnificaron el poder del ángel caído para justificar el fracaso de la colosal tarea emprendida y su incertidumbre a propósito del cristianismo experimentado por los nativos. Jacques Lafaye señaló, por su parte, que “lo ‘primero francés’ no quisieron ver en las creencias y prácticas indígenas más que parodias diabólicas”, mostrándose más tolerantes en ese aspecto los agustinos, dominicos y jesuitas.⁷²

Por muchas razones el toro fue diabolizado en el occidente cristiano. Maximilian Rudwin sostiene que se debió, principalmente, al hecho de que este animal hubiera sido venerado por los egipcios y alude, entre otras cosas, a la figuración del dios griego Dionisio –dios de la exuberancia de la naturaleza y en especial de la viña que provoca la embriaguez– con cuernos de toro y pezuña hendida, atributos heredados al demonio en varias de sus representaciones.⁷³ Si bien el Diablo aparece imaginado con un interminable número de apariencias, colores y aspecto, la forma preferida es la de varios animales, entre los que ocupa un lugar importante el toro, por su color negro, por la pose de cuernos, por su tamaño, su bravura, su fuerza bruta, su poder fecundante, su rabo y su característica pezuña, atributos que, por cierto, conciernen también a los bisontes. O en balde las hembras de ambos fueron, en la época a la que me refiero, nombradas vacas, sus machos toros y sus crías becerros o terneras. Entre los españoles del llamado Siglo de Oro el toro tenía un lugar privilegiado en su universo simbólico, y no sólo para la imaginación

⁷¹ Joseph de Acosta, *Historia natural y moral de las Indias*, México, Fondo de Cultura Económica, 1962, libro quinto, capítulo 31, p. 279.

⁷² Jacques Lafaye, *Mestizaje, cruzadas y utopías*, México, Fondo de Cultura Económica, 1984, p. 60. Esta postura es aceptada y citada por Félix Báez-Jorge, *Los disfraces del diablo*, Xalapa, Universidad Veracruzana, 2003, p. 305.

⁷³ Maximilian Rudwin, *The devil in legend and literature*, Illinois, The Open Court Publishing Company, 1931, p. 45.

popular sino para todos los estamentos –incluidos aquí también los de los siglos XVII y el XVIII– era una “personificación del demonio”.⁷⁴

Este capítulo tiene como protagonistas principales a los bisontes y a un franciscano que misionó en el noreste de la Nueva España desde finales del siglo XVII e inicios del siguiente, religioso que seguía dominado por una fortísima creencia en lo demoníaco como explicación de aquel mundo extraño al que estaba empeñado en mudar a la fe verdadera. El caso es un testimonio de que no sólo los primeros miembros de esa orden extremaron su convicción a propósito de esa incómoda y temida presencia. La tenacidad de esa certeza entre la mayoría de los franciscanos se reforzó, según Fernando Cervantes, a partir de los nuevos proyectos misionales que salieron del colegio de *Propaganda Fide* de Querétaro desde fines del siglo XVII,⁷⁵ institución de la que provenía nuestro personaje.

El queretano fray Isidro Félix de Espinosa fue un misionero apostólico muy afamado en relación con las misiones de Texas, que conoció desde fines de los años ochenta del siglo XVII, de las que fue su encargado entre 1718 y 1721. De todas sus experiencias dejó escritas varias crónicas y diarios en los que se guardan testimonios muy valiosos para la historia de esa tierra y la de su comunidad religiosa. Su punto de partida hacia esa extensa región fue el mencionado Colegio de Propaganda de la Fe, del que fue su guardián y cronista, lugar desde donde él y sus compañeros salieron con renovado celo y exigente penitencia a predicar y convertir a sus lejanos moradores. Tratando de las semisedentarias confederaciones de tribus de los assinais se acercó a su modo de vida mucho más que otros europeos y describió sus rituales y costumbres en relación con la cacería de los cíbolos, animales que ellos, en su lengua, nombraban *tanaha*. Igualmente detalló cómo los consumían y, en general, su total utilización, retratando de manera fiel la simbiosis natural que se daba entre las sagradas vacas cíbola y aquellos hombre y mujeres que las reconocían como tales. Sin embargo, él no contó así las cosas. Al no poder entender lo que tenía ante sus ojos, los juzgó a

⁷⁴ Araceli Guillaume-Alonso, *La Tauromaquia y sus génesis* (siglos XVI y XVII), Bilbao, Ediciones Laga, 1994, p. 205. En la Nueva España, dentro de el ramo Inquisición en el Archivo General de la Nación, podemos encontrar casos de toreadores que hicieron pacto con el demonio para ser tan fuertes como los toros y de monjas a las que se les aparecían demonios en forma de toros.

⁷⁵ Fernando Cervantes, *op. cit.*, p. 173.

partir de la religión que él profe aba y que consideraba la mejor, la cierta y la única posible.

Espinosa estaba seguro de que todas las “buenas prendas” que caracterizaban a los assinais y a otros indios del norte, quedaban desfiguradas “por las muchas idolatrías y supersticiones con que los tiene ilu os el demonio”, a quien, según él, adoraban y daban “culto en su corazón”. No podía comprender, por ejemplo, que rindieran reverencia a un capitán grande que e taba en el cielo y que decían que lo había creado todo, así como al fuego, al que nunca dejaban extinguirse, tributándole el primer tabaco, las primicias del maíz y la mejor carne de los animales cazados. Señaló que tenían un fuego perpetuo en una casa principal que llamó “mezquita”, en una hoguera formada siempre por cuatro troncos “largos y pesados que miran a los cuatro vientos”, alimentada con leña menuda. De ahí, ceremonio amente, lo llevaban a sus casas, donde también cuidaban que no se apagara. La lumbre era vital, no sólo para calentarse y preparar los alimento , sino para las sesiones de los estimados curanderos que antes de dar sus “oráculos” tiraban a las llamas hojas de tabaco y una ración de carne de cíbola, lanzando luego pedazos de ésta a los cuatro vientos, acompañados de sendas bocanadas de humo, siendo la primera hacia lo alto, dedicada “al capitán de arriba”. Todo esto lo percibió, por upuesto, impregnado por los designios del demonio, que para él era “el catedrático de sus fullerías”. Concedía, sin embargo, que de todos los indios del norte, los texas eran los menos engañados y los que menos “repugnaban” lo que se les proponía para su alvación eterna.⁷⁶

A pesar de todo, no dejó de anotar sucesos y datos de gran valor. Recordó, por ejemplo, que cuando por 1688 acompañaba a fray Damián de Mazanet y al capitán Alonso de León, encontraron en una “llanada” unos indios “haciendo carne de cíbolos”, que al ser preguntados a eñas por el nombre de su nación, y también si eran enemigos de los españoles, ellos respondieron “texia, texia”, que, según él, en la lengua de los asinais quería decir “amigos”.⁷⁷ Se ha dicho, a partir de esta anécdota, que fue por el empleo y el significado de esa palabra, que los hispano los comenzaron a denominar

⁷⁶ Fray Isidro Félix de Espinosa, O. F. M., *Crónica de los Colegios de Propaganda Fide de la Nueva España*, Washington, Academy of American Franciscan History, 1964, p. 695-697, 701-704 y 714-15.

⁷⁷ *Ibid.*, p. 671, 679 y 690. Esta crónica fue publicada por primera vez en 1746.

también con el apelativo de “indios texas”.⁷⁸ Asimismo, contó fray Isidro que los franciscanos llevaron a esas tierras muchos ganados mayores y menores y señaló, como referencia importante, que en aquellos montes lo que más abundaba eran los “ciervos o venados”, siendo de estos animales, junto con los pavos de la tierra, de los que los indios tenían su inmediato y “principal bastimento”, tanto en comida como en vestido. Los “ganados de cíbolos”, dijo, estaban distantes de sus aldeas a más de cuarenta leguas, por lo que, para hacer provisión de “cecinas”, o en los casos de total falta de mantenimiento, que se daba por lo general en los inviernos, organizaban cacerías muy bien armados —anteriormente con arcos, flechas y lanzas y, después, con rifles que les abastecían los franceses— que también podrían implicar, como muchas veces sucedía, encuentros sangrientos con sus enemigos los apaches.

Al dar cuenta de la geografía y de la vida cotidiana de las misiones franciscanas —que él llamó “de Río Grande del Norte situadas en los confines de Coahuila y Nuevo Reino de León”— además de venados, mencionó la existencia allá de lobos, coyotes y zorras, destacando que, entre todos, eran los cíbolos los que tenían “exquisito especial lugar”, siendo para los indios “el principal inquietativo”. Fray Isidro dedicó varios párrafos a estos animales, y veremos que, en cuanto a su forma y temperamento, en la mente del fraile fueron asimilados con el diablo. Definió a los cíbolos de mayor corpulencia —sobre todo en su cabeza— que las reses de Castilla; con pies cortos; los ojos negros cubiertos con una lana y copete crecido; las barbas como “los cabrones o chivatos”; los cuernos pequeños y corvos; una giba disforme en la espalda que, según él, “encubría seis lomos”; el cuero lanudo como oveja; de color negro o pardo oscuro; y de cola pequeña con alguna lana en el remate. Los percibió ligeros, sueltos, muy coléricos, y de corazón y valor pequeños. Esa cólera la percibía en el hecho de que, sintiéndose heridos, “aunque sea en parte de las que no participan de lleno los espíritus vitales”, detenían su carrera y caían desmayados echando sangre por la boca. También le parecían “tan feroces”, que no dudó en escribir que “si los pintores buscaran la mayor fealdad para pintar al demonio, con retratar un

⁷⁸ Se conoce a esa nación con varios nombres. Además de asinais —que era su nombre— y texas o tejas, se les llama asimismo caddo y/o cenís. Ver “Caddo Indians”, en *Catholic Encyclopedia*, New York, Appleton Company, 1908, v. 3.

cíbolo lo con eguían”. Y de la misma forma que a la mayoría de sus congéneres europeos le han de haber atormentado algunos remordimientos por pensar lo anterior y constatar, al mismo tiempo, que con respecto a las vacas españolas la carne de los cíbolos, a la que por cierto él era muy aficionado, re ultaba, según sus palabras, “más aventajada en sabor y ligereza”.⁷⁹

Refirió, por último, que toda las naciones que vivían en los lomeríos o circunvecinas “a los Texas”, se sustentaban ordinariamente con los abundantísimos cíbolos, a diferencia de estos y de la gente de la misiones, que tenían que andar muchas leguas para encontrarlo. Él había visto desde el año de 1709 cómo, en las tierras a las que todavía no habían entrado los hi panos, las cíbolos estaban junta por millares, y eran “tan copio a multitud”, que tenían secos los pasto. Asimismo, recordó que podían verse los anchos caminos trillados que dejaban a su paso cuando bajaban a los aguajes. Contó con satisfacción que esa vez todos los que iban lograron “abundancia de carne”, sobre todo de reses lozanas, que “se les venían a las manos”.⁸⁰ Llegó a pensar, finalmente, que era “por permisión divina” el que en las misiones no hubiera más cíbolos, ausencia que él explicaba por “el abuso de ese socorro” por parte de los españoles que mataban cada día a centenares por lograr sólo lenguas, manteca y ebo, sin servirse nunca de la carne que, podrida, quedaba a merced de algunas aves rapaces.

Desde principio del siglo XIV en Europa el demonio se había convertido en una explicación universal para todo lo que hacía ruido al poder político y eclesiástico, ob esionando desde entonces a la sociedad occidental que empezó a cazarlo en todos lo so pechosos de ser sus agentes.⁸¹ En tanto que el Diablo está asociado con el mal, Claude Seignolle señaló cómo, a menudo, se le identifica con el monstruo y lo monstruoso.⁸² A su vez, Jesús Carrillo demostró que para la mentalidad europea las imágenes del monstruo y del prodigio nacían de una tensión hacia lo desconocido, anterior, o a su asimilación, o a su inevitable demonización. Este mismo autor propuso que lo monstruoso era ambiguo e inclasificable y que movía al sujeto en direcciones confrontadas, “entre el miedo y el deseo, entre

⁷⁹ *Ibid.*, p. 764.

⁸⁰ *Ibid.*, p. 765.

⁸¹ Georges Minois, *op. cit.*, p. 68-69.

⁸² Claude Seignolle, *Los Evangelios del Diablo*, Barcelona, Crítica, 1990, p. 11.

la repulión y la atracción”,⁸³ tal como sucedió a los europeos que conocieron a los bisontes. Éstos, como he expresado en otros contextos, para la mentalidad extranjera que con facilidad los llamó vacas y toros, estaban formados, además, con elementos de otros animales, entre los que fueron nombrados el león por sus crines, el camello por su joroba, el puerco o verraco por su cola y el macho cabrío por sus barbas.

El también franciscano fray Francisco Hidalgo, que asimismo anduvo por Texas en 1716, escribió en su crónica que los indios no sólo reconocían al demonio y le daban sacrificio como a su Dios verdadero, sino que lo pintaban “cornuto, con cara de fuego y otras facciones que dan a entender su crecido engaño”.⁸⁴ Isidro Félix de Espinosa fue parte de ese imaginario que, además de ser el más generalizado, creía que los bisontes eran “muy feos y fieros” (Francisco López de Gómara, 1552); “la cosa más monstruosa que se ha visto ni leído” (Francisco Vázquez de Coronado, 1542); “disformes de los nuestros de Castilla” (Bernal Díaz del Castillo, 1575); “grandes y disformes con una notable y feroz cabeza” (Baltasar Obregón, 1584); “monstruosos con barbas largas, vedijas de lana colgando de las rodillas y colas como de puercos” (Francisco Valverde del Mercado, 1601); “deformafea” (Fernando del Bosque, 1675); “monstruosos y fieros” (Juan de Villagutierre y Sotomayor, fines del siglo XVII); “espantosos” (Jacques Marquette, 1674) y, entre otros calificativos, “animal[es] novedoso[s] e inquietante[s]” (Louis Hennepin, 1683).

Desde sus distintos ámbitos, pero indudablemente “entre el miedo y el deseo”, todos ellos ubrayaron en sus escritos la de azón, a propósito de su carne succulenta y las delicadezas de su piel y lana “que parecían de terciopelo”, frente a su monstruosidad, fealdad, ferocidad, y/o deformidad, aunados los gruñidos perturbadores, la joroba, el color oscuro, el pelaje rizado, los ojos tapados con sus crines, las barbas, la pezuña hendida y los cuernos, atributos que, en su manera de pensar, pertenecían también al tentador adversario

⁸³ Jesús Carrillo, “La experiencia de lo natural en el nuevo mundo. Monstruos y prodigios en la *Historia General y Natural de las Indias* de Gonzalo Fernández de Oviedo”, en *Demonio, religión y sociedad entre España y América*, coordinación de Fermín del Pino, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2002, p. 115.

⁸⁴ Archivo del Colegio de la Santa Cruz, Querétaro, fray Francisco Hidalgo, *Trabajo entre los indios Texas, 1705-1716*, 4 de noviembre de 1716.

de Dios. Es posible que los autores que cité en el párrafo anterior así lo creyeran, aunque fue fray Isidro el único que se atrevió a decirlo, en un valioso episodio que confirma cómo, al son del Diablo, los europeos fueron justificando, a lo largo de la vida colonial y de distintas maneras, su derecho a la conquista de esas tierras, de esos magníficos animales y de esas gentes.

7. LA MÁS SAGRADA DE LAS CREATURAS SALVAJES

La caza y sus rituales

Entre las naciones indias la cacería de bisontes y sus ceremonias asociadas fueron descritas desde el mismo siglo XVI. Con respecto a la caza, todos han coincidido en calificar a los indios como excelentes y certeros flechadores, si bien sus interpretaciones sobre sus rituales a propósito casi nunca pudieron ser comprendidos a cabalidad y fueron motivo de juicio y crítica. A los autores que citaré acá para tratar estos temas me he referido en otras partes de esta historia, donde puede buscarse el relato de sus avatares y testimonios, incluidas las distintas formas que los distinguieron como hombres “blancos” en la caza y erradicación de esos animales. A partir de la desaparición de los bisontes, esto es, dos decenios antes de que terminara el siglo XI, comenzaron a escribirse versiones más documentadas sobre los pueblos indígenas del norte de América, que han tratado de reconstruir el discurso que refiere su visión del mundo, en general, y en particular todos los significados que daban a la cacería de los bisontes, que hacían por necesidad y para aprovechar todas sus partes. Todos esos intereses, que pueden ser militares, científicos, académicos o literarios, han propiciado ahora un conocimiento más completo sobre los bisontes y sus hábitos y sobre su historia, en especial la que estaba en estrecha relación con los pueblos originarios que por milenios tuvieron en esos animales su máspreciado sustento material y espiritual, tal como ya podemos apreciarlo en las primeras crónicas, a pesar de su desdén.

En las primeras décadas del siglo XVII fray Alonso de Benavides, quien anduvo evangelizando por el nuevo México, describió el método de caza de los “pachos Vaqueros”. Contó que iban con cautela a los abrevaderos a lo que inevitablemente llegaban las manadas de

de Dios. Es posible que los autores que cité en el párrafo anterior así lo creyeran, aunque fue fray Isidro el único que se atrevió a decirlo, en un valioso episodio que confirma cómo, al son del Diablo, los europeos fueron justificando, a lo largo de la vida colonial y de distintas maneras, su derecho a la conquista de esas tierras, de esos magníficos animales y de esas gentes.

7. LA MÁS SAGRADA DE LAS CREATURAS SALVAJES

La caza y sus rituales

Entre las naciones indias la cacería de bisontes y sus ceremonias asociadas fueron descritas desde el mismo siglo XVI. Con respecto a la caza, todos han coincidido en calificar a los indios como excelentes y certeros flechadores, si bien sus interpretaciones sobre sus rituales a propósito casi nunca pudieron ser comprendidos a cabalidad y fueron motivo de juicio y crítica. A los autores que citaré acá para tratar estos temas me he referido en otras partes de esta historia, donde puede buscarse el relato de sus avatares y testimonios, incluidas las distintas formas que los distinguieron como hombres “blancos” en la caza y erradicación de esos animales. A partir de la desaparición de los bisontes, esto es, dos decenios antes de que terminara el siglo XI, comenzaron a escribirse versiones más documentadas sobre los pueblos indígenas del norte de América, que han tratado de reconstruir el discurso que refiere su visión del mundo, en general, y en particular todos los significados que daban a la cacería de los bisontes, que hacían por necesidad y para aprovechar todas sus partes. Todos esos intereses, que pueden ser militares, científicos, académicos o literarios, han propiciado ahora un conocimiento más completo sobre los bisontes y sus hábitos y sobre su historia, en especial la que estaba en estrecha relación con los pueblos originarios que por milenios tuvieron en esos animales su más preciado sustento material y espiritual, tal como ya podemos apreciarlo en las primeras crónicas, a pesar de su desdén.

En las primeras décadas del siglo XVII fray Alonso de Benavides, quien anduvo evangelizando por el nuevo México, describió el método de caza de los “pachos Vaqueros”. Contó que iban con cautela a los abrevaderos a lo que inevitablemente llegaban las manadas de

bisontes, y se escondían acostados en las vereda “embijados y teñidos con lodo”, flechando al ganado que pasaba ante ellos.⁸⁵

Con respecto al modo de los illinois de conseguirlos, el monje recoleto Louis Hennepin escribió que cuando ellos descubrían una manada se juntaban en gran número y prendían fuego a las hierbas que estaban alrededor de los animales, dejando libres otros pastos detrás de los que se escondían con sus arcos y sus flechas esperando a que pasaran los que huían de la lumbre para matarlo, que llegaban a ser, a veces, hasta 100 o 120 en un solo día. De pués, continúa Hennepin, “triumfantes de la matanza y muerte de tantos animales”, avisaban a sus mujeres para que buscaran la carne y las llevaran a las aldeas.⁸⁶

En el diario que escribió sobre su periplo por Tèxa, que tuvo lugar entre 1684 y 1687 acompañando la expedición del caballero de La Salle, el francés J. M. Joutel narró la manera de prender bisontes por parte de una de las varias naciones de “salvajes” que pudo observar en su agitado viaje. “Usan –dijo– de la industria de meterse hasta la frente las cabezas de los animales que van a cazar, y los imitan con tal perfección, que se les acercan y no hay golpe perdido”.⁸⁷ Días de pués, contó que los guerreros y los jóvenes de esa nación se reunieron un día para danzar, ataviados bellamente, alguno con plumajes de colores y otros “con cuernos de toro”, pintado su cuerpo de color negro o encarnado, con lo que, según Joutel, “representaban una partida de diablos o de monstruos, bajo cuyas figuras bailaron como las otras naciones”.⁸⁸

Sobre su experiencia en lo que es hoy el estado de Arkansas, que Joutel llamó el país de los illinois, anotó una ceremonia que hacían “los salvajes” antes de preparar la carne de los bisontes a los que habían dado muerte. Adornaban la cabeza de estos, con plumas de cisne y avutarda teñida de encarnado y llenaban con tabaco su nariz, “los garrones” de los pies y el espacio de la lengua –que extraían una vez desollado el animal– para, finalmente, ofrendar trozos de la carne, puestos en un travesaño sobre dos horquillas. Dejó testimonio, así mismo, de que los naturales hacían ayuno ciertos días, con

⁸⁵ Alonso de Benavides, *op. cit.*

⁸⁶ L. Hennepin, *op. cit.*

⁸⁷ M. T. Joutel, *op. cit.*

⁸⁸ *Ibid.*, p. 137.

objeto de poder dar muerte a los “toros” y obtener buena caza. Para ello, se untaban la cara, los brazos y otras partes del cuerpo “con tierra glutinosa o carbón molido” y era hasta las diez u once de la noche, después de lavarse, que tomaban algún alimento.⁸⁹

Entre los asinai o texas, según el padre Casañas en un informe de 1691, el chamán, llamado por ellos *Xinesi*, hacía una ofrenda en su casa a la que invitaba a los anciano, para que, entre otras cosas, los hombres tuvieran rapidez en la caza de bisonte y de venado. La preparaba con una mezcla de tabaco y grasa del corazón de un cíbolo, cuyo incienso era brindado “a dos niños que habían venido del otro lado del cielo” y que predecían bienestar o padecimientos. El humo era obtenido por los carbones encendido que se agregaban al compueste, que el chamán tomaba del fuego perenne que cuidaba día y noche en su morada. Para esos indios eran tan importante los cíbolos, que no les importaba hacer cuatro días de camino para encontrarlos, aunque tuvieran que hacer la guerra a otros grupo.

Por eso, dice el padre Casañas, siete u ocho días antes de salir, cantaban, bailaban y “ofrecían a Dios carne, maíz, arcs, flechas, tabaco, manteca del corazón de las síbolas [*sic*], pidiendo...mucho muerte de sus enemigos, fuerza para pelear, ligereza para correr y valor para resistir”. El baile lo hacían delante de “un palo” del que colgaban la ofrenda, además del que había un fuego encendido cuidado por un chamán “que parece un demonio”, encargado de echar manteca de cíbola y tabaco a la lumbre para que se produjera “el incienso para Dios” y para los danzantes, quienes tomaban de él con sus manos y lo untaban en todo su cuerpo. Otro baile era para pedir distintas cosas ya sea “al fuego, al aire, al agua, al maíz, a las síbolas [*sic*] y a los venados”, epecialmente a estos dos últimos, para que no se resistieran a ser apreados.⁹⁰

El británico traficante de piel John Long, quien anduvo por Montreal y el lago Superior hacia 1768, después de haberse referido a su flete de cueros, decidió contar a sus lectores cómo es que los aborígenes monteaban a los osos y a los bisontes. Tan importantes eran los segundos que apuntó que no tenía que describirlos, aunque sí dijo que eran “animales de una fuerza extraordinaria”. Transmitió el secreto de los indios para atraparlo : no tirar nunca a su cabeza

⁸⁹ *Ibid.*, p. 140-141.

⁹⁰ Francisco Casañas de Jesús María, *op. cit.*

“que era a prueba de balas”, sino dirigir “sus golpes al corazón”. Dado que las naciones del norte organizaban cacerías invernales, se refirió al método que varios grupos empleaban en áreas nevadas, lo que prueba que no todos los bisontes bajaban a buscar climas y pastos más cálidos en los meses de frío. Escribió que una vez que detectaban su ruta continuaban a lo largo del camino una serie de cabañas de nieve, en las que se apostaba tendido un hombre armado con arco y flechas, de donde podía disparar al paso de los animales y en el instante en que caían, “los acababan a golpes de *tomahawk*”.⁹¹ A pesar de conocer los rifles, preferían el uso de las flechas, para no espantar al resto de la manada con las balas o la pólvora. Finalizaba apuntando al respecto que a causa de la nieve los “búfalos” no podían detectar el “olor fuerte y penetrante de los indios”.⁹²

Las costumbres de la caza de bisontes entre los comanches, fueron descritas por el militar británico Arthur Wavel. Según él, los seguían hacia el norte durante el verano, donde pastaban en las llanuras que estaban entre los manantiales del río Rojo, del Arkansas, del Bravo y del Missouri, y hacia el Sur durante el invierno, hasta la frontera con Coahuila. Recorrían en primavera y en otoño el distrito montañoso de San Sabá, donde dejaban a sus familias mientras salían de cacería. Señaló que los de esa nación tenían tres maneras de cazar a los “búfalos o bisontes”, siendo el más generalizado con arco y flecha y montados en cuacos muy entrenados que les daban alcance “por el flanco derecho”. Los dos restantes los empleaban sólo algunas veces, como la persecución a caballo por el lado izquierdo del animal, hiriendo a este “con un hierro agudo en forma de media luna en el tendón de la pata derecha” y la muerte con rifles.⁹³

El príncipe alemán Alejandro Maximiliano de Wied-Neuwied y el pintor suizo Karl Bodmer, de visita en las Grandes Planicies entre los años de 1832 y 1834, se interesaron también por los aspectos rituales en relación con la cacería de bisontes. Dejaron testimonios de la creencia entre los mandan de un paraíso de esos animales donde residía el espíritu del Gran Bisonte, al que, en danzas rituales prolongadas, y ataviados con sus cabezas, cueros y cuernos, le pedían

⁹¹ Hacha.

⁹² John Long, *op. cit.*, p. 114.

⁹³ A. Wavell, *op. cit.*, p. 748-752.

perdón por tener que alcanzarlos, al tiempo que le suplicaban que no faltara su proveeduría.⁹⁴

En sus pinturas, explicadas cada una con un escrito, el artista estadounidense George Catlin dejó uno de los más valiosos testimonios sobre las distintas maneras que emplearon los indios de varias regiones para atrapar a los bisontes y sus rituales a propósito, en ceremonias que, según él, eran similares cuando se preparaban para una guerra. Contó que las más de las veces cazaban montados en caballos pequeños, sin silla y sin brida, acercándose al bisonte para poder lanzarle la flecha o la lanza por la izquierda. Ataban un látigo a su muñeca derecha, mientras con esa mano sostenían una rienda que colgaba floja sobre el cuello del cuaco, pero que casi no usaban cuando estaban cerca de su presa. Con la mano siniestra tomaban con firmeza el arco y media docena de flechas, y se colocaban como a cuatro o cinco pasos del bisonte, tensaban la flecha en el arco y se ponían en la mejor postura para acertar el tiro, que hacían con la mano derecha, libre de la rienda.

Esas flechas así di paraditas, tenían un efecto inmediato, porque solían dar en el corazón o en la zona cardíaca, por lo que eran suficientes una o dos para darles muerte. Guiando el caballo con sus piernas, seguían, en cuestión de pocos minutos a “otro toros” a los que daban muerte de la misma forma para, finalmente, recuperar el ronzal, inclinados hacia adelante, pasándole a su montura rápida y suavemente la mano derecha sobre los ojos. Con respecto a la lanza –que definió como “igualmente útil y mortífera que el arco y las flechas”– estaba formada por una hoja de sílex o de acero y un asta de madera ligera, con la que se daba, de forma precisa, el golpe al corazón –“como el movimiento de la lengua de una culebra”– formando un ángulo recto con el lomo del caballo para no enredarla y extraviarla.⁹⁵

George Catlin estaba convencido de que el arco y la flecha eran mucho más eficaces que la mejor arma de fuego, porque incluso con varias balas adentro, el animal no caía, obligando al cazador a una persecución infructuosa o agotadora. Se familiarizó con el hecho de que, a galope y inclinados sobre el caballo, los indios reco-

⁹⁴ Christine Niederberger, “Tres años antes que se apague el sonido del tambor de Mato-Topé o el viaje del príncipe de Wied en el valle del Missouri: 1833-1834”, *op. cit.*, p. 517.

⁹⁵ Georges Catlin, *op. cit.*, p. 61-62 y 64.

gieran las flechas con las que habían atravesado los corazones de los bisontes. Asimismo, nombró y pintó los peligros y accidentes en la obtención de esos animales, los que heridos o perseguidos de cerca, atacaban furiosos al caballo y al jinete, girando súbitamente para recibir con los cuernos a ambos, quienes corrían el riesgo, si no de morir, al menos de quedar mutilados. La cacería también podía ser en grupos numerosos de 60 o 70 hombres, que, en ese caso, empleaban el método de cercar a manadas de 300 cabezas.⁹⁶ Con gran dramatismo reseñó y dibujó la lucha con la muerte por parte de los bisontes heridos y trabados por las flechas. Por un trecho y entre torrentes de sangre –apuntó– el animal avanzaba cojeando, en desequilibrio y resollando, para desplomarse sobre los cuartos traseros, “apoyado en las patas delanteras, noble y digno de lástima”, hasta que, después de un gemido profundo, caía “aceptando la muerte sin cocear ni luchar”.⁹⁷

Su amor y comprensión hacia la vida de los indios de las Praderas –incluidos los “búfalos”–, manifestado en varias ocasiones en sus múltiples escritos, no incluyó, ciertamente, a sus rituales de caza. En ese terreno expresó que se trataba de un pueblo “ignorante y supersticioso” que atribuía el éxito de la empresa a la estricta conducción de las danzas y los cantos dirigidos “al Gran Espíritu o a otros”, a los que pedían ayuda y prometían ofrecerles las mejores partes del animal obtenido. Escribió al respecto, y sin entender el intercambio de dones que los guiaba, que todas las tribus tenían canciones para conseguir cada animal, porque creían que el destino de éstos era guiado por un espíritu invisible al que los monteros se dirigían con sus voces “ensordecedoras” para aquietarlo. Además, señaló que en la mayoría de las tribus que cazaban bisontes en tiempos en que eran abundantes, tenían una o más cabezas de este animal –los cuernos y la piel– que se ponían los danzantes para cantar y bailar en círculo –con relevos– a lo largo de varios días, hasta que el chamán daba el permiso para iniciar la caza. Lo mismo hacían en épocas de carencia, hasta que sus vigías los informaban que habían regresado, o estaban cercanos.⁹⁸

Fue más específico al respecto dedicando un libro a la reseña de la ceremonia religiosa que los mandan del alto Missouri llamaban

⁹⁶ *Ibid.*, p. 70 y 77-78.

⁹⁷ *Ibid.*, p. 100.

⁹⁸ *Ibid.*, p. 74.

O-Kee-Pa –que él presenció durante varios días el año de 1832– para la que hacían abstinencia y sacrificios y decían determinadas oraciones. El rito tenía tres objetivos: celebrar que amainaron las aguas del diluvio; hacer la “danza de los búfalos” para asegurar por un año el alimento y, por último, llevar a cabo la iniciación de los jóvenes que llegaron a la edad adulta, los que, en distintas pruebas, debían demostrar su valor, su templanza y su fortaleza. En cuanto al segundo, que se hacía a cielo abierto, escribió que la danza le parecía “divertida y grotesca” y que fue bailada a lo largo de cuatro días, cuatro veces el primero, ocho el segundo, doce el tercero y dieciséis el último. Los danzantes eran ocho e iban desnudos, con el cuerpo pintado de rojo, negro y blanco, con la cara de un niño dibujada en sus abdómenes cuya boca era el ombligo, y revestidos hacia la espalda con “pieles enteras” de bisontes. De dos en dos se colocaban en los cuatro puntos cardinales y bailaban con el cuerpo casi en posición horizontal, para imitar el movimiento y la destreza de esos animales.⁹⁹

Catlin fue testigo de la triste transformación que se dio entre los indios a partir del contacto con los colonos y en cuanto a esto dijo que también “se habían visto impulsados a matar a esos nobles animales sólo por obtener su piel”, con las que hacían grandes cantidades de abrigo y mantos que “vendían a los blancos” a cambio de ron y whisky. De esto se acordó cuando narraba los pormenores de la cacería de bisontes durante un invierno y en escenarios nevados, donde, según él, era más fácil cazarlos, porque su enorme peso los hundía y atascaba, mientras los aborígenes usaban para ellos raquetas que los aguantaban muy bien en la superficie.¹⁰⁰

La revista *Harper's New Monthly Magazine* dio a conocer en enero de 1869, en el artículo “The Buffalo Range” de Theodore R. Davis, la antigua costumbre de algunos indígenas de la región de Kansas que perseguían a las manadas hasta hacerlas caer desde altas quebradas. Para ellos eran mataderos naturales, que dejaron de usarse conforme se generalizó el uso de los caballos para perseguir a las presas. Entre otras xilografías publicó una que mostraba los lugares estrecho y peligroso donde las manadas buscaban agua, y otra señalando la persecución y la caída. Esta la tituló “Aguas hediondas”,

⁹⁹ Georges Catlin, *O-Kee-Pa a religious ceremony and other customs of the Mandans*, New Haven and London, Yale University Press, 1967, p. 46-47 y 55.

¹⁰⁰ G. Catlin, *op. cit.*, p. 97.

por la enorme cantidad de restos de bisontes que quedaban atrapados en el lodo.¹⁰¹

Pocos años antes de finalizar el siglo XIX y ante la realidad del exterminio de los bisontes americanos, el naturalista estadounidense George Bird Grinnell dio a sus lectores, y para la historia de esos animales, datos de gran valor para entender por qué, en tanto “otón vital”, fueron venerados por casi todas las tribus indias de la planicie, convirtiéndolos en parte fundamental de sus ceremonias no profanas. Muchas de sus páginas están dedicadas a describir los diferentes métodos para cazarlos. De los pawnee recordó que ellos mismos sostenían que adoraban “a nuestro Padre a través del maíz y del búfalo” y trajo a cuento la respuesta de los blackfeet, quienes nombraban inmediatamente al “búfalo” cuando se les preguntaba cuál de todos los animales era el más sagrado.¹⁰² Para Grinnell no había mayor deleite que de cibir a los indios en sus cacerías, con sus “arco vibrantes y sus flechas filosas”, fundido su cuerpo con el del caballo “como si ambos fueran parte de un animal incomparable”, acoplados a cada movimiento. Pudo, asimismo, constatar en persona, lo que era “la gracia innata”, la “habilidad, la velocidad y ligereza sin hacer casi ruido”, y el buen manejo de las monturas, que no dudó en calificar como “espléndidos ponis”.¹⁰³

Dedicó también varios párrafos a “las capturas por mayor o” que llevaban a cabo las naciones blackfeet,¹⁰⁴ plain crees, gros ventres de la Pradera, sarcee, snake, crow, y algunas tribus dakota, quienes conducían a los bisontes a peñascos o lugares altos desde donde los hacían caer, matando, o al menos lastimando bastante a manadas completas. Entre las naciones cheyenne y arapaho, por ejemplo, los animales eran dirigidos a corrales en las praderas, mientras aricara, mandan, gros ventre de la villa, omaha, otoe, pawnee y también algunos blackfeet, rodeaban a los hatos en grandes círculos de muchos hombres que les impedían el paso, los asustaban para que empezaran a correr dando vueltas y una vez fatigados los ejecutaban con facilidad.¹⁰⁵ Por último, no pudo evitar hacer mención de algu-

¹⁰¹ Theodore R. Davis, *op. cit.*, p. 158.

¹⁰² George Bird Ginnell, “El último buffalo (1892)”, en Silvia Muñoz García, *EUA, Documentos de su historia socioeconómica III*, v. 6, México, Instituto Mora, 1988, p. 380.

¹⁰³ *Ibid.*, p. 376.

¹⁰⁴ La literatura etnográfica los llama blackfoot.

¹⁰⁵ *Ibid.*, p. 381.

nas proezas de los indios cazando bisontes, que ya eran leyenda entre los “americanos”, como las variadas veces en que “atravesaron a dos búfalos con una flecha”, o la repetida y muy gustada historia de cuando el cheyenne *Big Ribs*, se acercó con su caballo a un enorme “toro”, saltó sobre su lomo, lo montó durante un pequeño tramo, y le hundió el cuchillo, asestándole una puñalada mortal.¹⁰⁶

Los indígenas norteamericanos no se resignaron tan fácilmente a la pérdida de su armónico mundo ancestral. Entre los kiowa, por ejemplo, de 1881, uno de sus guías prometió volver a traer al bison, si se unían a él en resistencia contra los “blancos” y retomaban sus antiguas costumbres. Seis años después, durante el invierno de 1887-1888, fue revivida esta profecía a partir de que uno de ellos tuvo una revelación que lo llevó a continuar con el movimiento iniciado años antes. Organizó, junto con 30 miembros de su comunidad, la Orden de los Hijos del Sol, que se oponían a comer peyote, costumbre a la que se habían iniciado hacía un poco más de cinco años, se vestían con sus mejores gamuzas y plumas, entonaban cantos de guerra y danzaban y fumaban la Pipa Sagrada.

Entre ellos fue distribuido un nuevo fuego, encendido por frotamiento, y su líder anunció que para la primavera, cuando todos estuvieran reunidos y a salvo en Elk Creek, un gran torbellino, seguido de un incendio de cuatro días en la pradera, “destruiría a los blancos y a toda su obra, restauraría al bison, e impondría la tradicional vida de los indios”.¹⁰⁷ Como un funesto presagio, y a pesar del enorme peso de esa esperanza, la catástrofe anunciada nunca se produjo, perdiéndose la fe en los que prometían paraísos, del todo ajenos al triunfante y riesgoso juego de la individualidad, la propiedad privada y las ganancias abundantes y fáciles prolijadas a costa de la destrucción del que por milenios había funcionado, a pesar de las sequías y otros fenómenos naturales, como un ecosistema en equilibrio.

Fue hasta el decenio de los sesenta del siglo XX que se tuvo un conocimiento más preciso de las naciones indias que estuvieron en estrecho contacto con los bisontes. Es el caso de la investigación del biólogo estadounidense Tom Mc Hugh, dada a conocer en un libro titulado *The time of the Buffalo*, donde, entre otras muchas cosas im-

¹⁰⁶ *Ibid.*, p. 385.

¹⁰⁷ Weston La Barre, *El culto del peyote*, México, Premiá Editora, 1987, p. 102.

portantes que he citado a lo largo de este libro, podemos acercarnos al mundo ritual de los grupos nativos. En primer lugar, se refirió a los “asentados” en “la mitad oeste de las tierras de los pa to”: arapaho, assiniboin, blackfoot, cheyenne, comanche, crow, gros ventre, kiowa-apache, sarsi y teton sioux; en segundo, a la 14 tribu nómadas estacionales de la mitad este: arikara, hidatsa, iowa, kansas, mandan, missouri, omaha, osage, oto, pawnee, ponca, santee sioux, yankton sioux y wichita; en tercer pue to, a los que vivían en los linderos del área cultural de las llanuras, pero cuyo principal alimento era el bison: plains cree, plains ojibwa, shoshone, caddo y quapaw y, por último, a otras lejana tribus, inevitablemente “cazadora de búfalos”: kutenai y flathead, que sostuvieron los peores conflictos, sobre todo con los blackfoot que, a su modo, controlaban parte de los extensos dominios del necesario animal.¹⁰⁸

Mc Hugh estudió algunos de sus mitos y leyenda para ostener, igual que Grinnell, que el bison fue “la más sagrada de las creaturas salvajes y una potente fuerza de la naturaleza”, presente en muchas de sus prácticas religiosa y en sus rituales y señaló, además, que funcionó como un símbolo –en términos generales y con variantes entre cada tribu– de la castidad, la fertilidad, la buena caza, los ritos funerarios, los poderes para la guerra y los poderes de los chamanes en sus ceremonias propiciatorias y de curación.¹⁰⁹

Los estudios etnográficos en los años noventa nos acercaron aún más al mundo sacro de los indios de las planicies, en relación, por supuesto, con los bisontes, que eran para todos ellos de origen subterráneo. Los relatos mitológico, los históricos y los mapas terrestres y celestes de muchas tribus quedaron pintado en pieles de esos animales finamente trabajadas.¹¹⁰ según John Epe Brown, conocedor de las tradiciones de los oglala-sioux –hablantes de la lengua lakota–, “el bison representa la tierra”, y por tanto, “la totalidad de todo cuanto existe”. Es, pues, “el principio terrestre femenino y creador, que da origen a todas las formas vivientes”. Fue del mismo Alce Negro que recogió el sentido que para ellos tenía el acto de cazar: era “una búsqueda de la verdad última a lo largo de toda una vida”. Para

¹⁰⁸ Tom Mc Hugh, *op. cit.*, p. 10 y 11.

¹⁰⁹ *Ibid.*, p. 115-133.

¹¹⁰ Mark Warhus, *Another America: Native American Maps and the history of our land*, New York, Thomas Dunne Book, 1997.

este jefe el animal cazado era poder sagrado y al seguir sus huellas se entraba en el camino del poder, que se obtenía con la muerte del animal.¹¹¹ Ese buscar requería oraciones preparatorias, purificaciones sacrificiales, seguimiento de las huellas que eran indicios de la meta, y, por último, el contacto final, o identidad con la presa, que marcaba la realización de la verdad, la meta última de la vida.

Cada una de las partes del bisonte, dice Brown, representaba algún aspecto de lo agrado, independientemente del contexto en que eran usadas. Desde muchos milenios antes de ser corrompidos por la avaricia impuesta por los “blancos”, “empleaban con mucha eficacia todo el animal en su dieta y en sus necesidades diarias, repugnándole el despilfarro de los cazadores”, que sólo tomaban la lengua y la piel. Después del bisonte, buscaban al ciervo, si bien consideraban que el primero, al que ellos llamaban *tatanka*, era “el jefe de todos los animales”.¹¹²

El comportamiento de los bisontes, a su vez, regulaba los valores de su propia cultura: el cuidado mostrado con sus crías; el papel dominante y matriarcal de la hembra vieja; el cariño de las hembras por los becerros huérfanos –a los que lamían tanto, que hacían de sus pieles las más sedosas y codiciadas–; y, entre otras cosas, la generosidad de la tierra, que daba la “inagotable” producción de bisontes.¹¹³ Por lo tanto, el oglala veía en ellos el principio Madre y Tierra, que produjo a todos juntos, que los mantenía, y, finalmente, que los volvía a absorber. Dado que la Mujer-Búfala-Blanca –que les dio la Pipa Sagrada– simbolizaba los valores de pureza y feminidad, el bisonte era, asimismo, fundamental en los ritos de con agración de la jóvenes que devenían en mujere. Brown recoge incluso la creencia en un “Dio bisonte” que era el patrono de “la castidad, la fecundidad, la laboriosidad y la hospitalidad” –virtudes deseadas para todas las féminas– al que ellas le ofrecían la primera menstruación. Por último, en cuanto a los podere ma culinios, sobre a lían la fuerza, el valor, la persi tencia, la defensa, la invulnerabilidad, la potencia sexual sobre las hembras, y no en vano los jefes oglala tomaban su apelativo de esos respetados animales: Bisonte Blanco,

¹¹¹ Joseph Epes Brown, *Animales del alma. Animales sagrados de los Oglala-Sioux*, Barcelona, Joacé Olañeta, editor, 1994, p. 23 y 39.

¹¹² *Ibid.*, p. 30-35.

¹¹³ *Ibid.*, p. 42-43.

Bisonte Chico, Bisonte Erguido, Vaca agrada, Toro Bueno, Toro egro, Cuerno de Bisonte, Toro, y, entre otros mucho, Hombre Vaca Blanca.¹¹⁴

En *El mito de la Mujer Búfalo Blanco y otros relatos*, Edward Sheriff Curtis, recoge una serie de entrevistas que llevó a cabo entre los años de 1905 y 1908 a los *Sioux-teton*, confederación de siete tribus que se denominaban a sí mismos *lakota*. Su tradición, convertida en mito, señalaba que todas sus enseñanzas religiosa, sociales, ceremoniales y curativas, “eran leyes divinas reveladas por la Mujer Búfalo Blanco, en tanto mensajera del Gran Misterio”. Antes de su llegada solían ser un pueblo “sin conocimiento de cómo vivir o rendir culto”, y fue ella la que les enseñó a reverenciar al Gran Misterio y a crecer, hasta convertirse en un grupo humano próspero, poderoso, que castigaba la maldad, que cuidaba de sus enfermos y que, entre otras cosas, instruía a las muchachas en la pubertad. La Mujer Búfalo Blanco también les mostró las cinco grandes ceremonias que debían observar, dentro de las que estaba *Tatanka-Iowanpi* (“El canto del Búfalo”), para la petición, ofrenda y agradecimiento por ese sagrado alimento. Cuando lo dejó, de pué de cuatro días de indicaciones, “el pueblo corrió a ver que había sido de ella y solamente vio a una hembra blanca de búfalo trotando por la pradera”.

Los bisontes blancos son un tema muy interesante en la mitología de los indios y toca, además, a toda la historia de los bisontes. Hay versiones importante entre los moderno zoólogos, que sostienen que son extremadamente raros y que cuando se llegan a encontrar, están muy cuidados por la misma manada. Hay, así mismo, muchos testimonios de hombres “blancos” que los buscaron con ahínco durante años y nunca los vieron. Todos los que estuvieron en contacto verdadero con los habitantes originarios, como Catlin, Curtis, o Brown, por ejemplo, no pudieron dejar de mencionar, de una o de otra manera, a los “búfalos blancos”. Su piel era también codiciada por los cazadores y colonos, alimentando bastantes imaginarios en la época de las masacres y del tráfico de pieles. Como señala Harold P. Danz,¹¹⁵ si bien el bisonte blanco no tuvo la misma importancia religiosa y simbólica para todas las tribus, si se reconocía el valor de su piel en

¹¹⁴ *Ibid.*, p. 97-98 y 157-159.

¹¹⁵ Harold P. Danz, *op. cit.*, p. 57.

el trueque o en el comercio, porque era usada en muchas ceremonias religiosas por los que hacían los ritos de curación.

La Mujer Búfalo Blanco legó a los lakota en custodia, como símbolo y a la vez objeto de esa devoción, un “bulto sagrado”, formado por una piel roja de bisonte que contenía en su interior varios objetos y que sólo se podía abrir en casos de extrema necesidad de la tribu.¹¹⁶ El elemento más importante de ese paquete, la “Sagrada Pipa del Becerro” –tenía tallado en su cañón un “búfalo joven”– fue encargada expresamente a un muchacho elegido, que abrió el camino a una prolija lista de custodios que la protegieron a lo largo del tiempo.¹¹⁷ Cuando Curtis entrevistó a Cabeza de Alce, jefe de los “San Arcs”, él era su guardián desde el año de 1876. Con ese nombre en francés se designaba a ese grupo lakota que, por simple generosidad, no marcaba sus flechas –una flecha rotulada permitía reconocer quién atravesó a tal o cual bisonte– para que todos pudieran beneficiarse con la carne de la caza. Fue Cabeza de Alce quien le refirió la historia de la Pipa Sagrada y la de la antigua dignidad y nobleza de los lakota, que ya no encontraba su verdadero sentido en esas reservaciones y que los indios norteamericanos aceptaron como alternativa ante la catástrofe que significó no tener más bisontes con que cantar a la vida y a los dones con los que los benefició el Gran Misterio.

Las dádivas

El que los indios tuvieran en los bisontes su principal y casi único mantenimiento no dejó de causar asombro a los “otros”, que entraron en contacto con ese mundo a partir del siglo XVI. El bisonte los proveía, incluso, con instrumentos de mucha utilidad para que no muriera el viejo ritual amoroso entre él y los humanos, que empezaba con su cacería y terminaba con su útil y gozosa explotación. Lo que más llamó la atención de los europeos fue el total aprovechamiento que los indios hacían de ellos. En esos escritos reconocían, aunque no siempre de forma explícita, al animal y a los que

¹¹⁶ El bulto contenía, además, tabaco, una pluma de águila moteada, el pellejo de un pájaro carpintero de cabeza roja, un rollo de pelo de bisonte y varias trenzas de hierba aromática.

¹¹⁷ *Ibid.*, p. 17-18, y 22-24.

hicieron posible ese total servicio. Fray Marcos de Ixta, por ejemplo, estaba seguro de que “lo que labraban y adobaban tan bien esos cueros de vacas que venían de Cíbola”, eran hombres “de mucha pulicía”.¹¹⁸

Con las pieles no sólo fabricaban ropa, cobijas y casas en las que, en su superficie, retrataron con maestría grecas variada y animale sagrados. Eran, además, como una especie de “códice” donde registraron su tiempo y su espacio. Ahí dibujaban mapas, llevaban el cómputo del calendario invernial en el que realizaban las más importantes cacerías, hacían cuentas y, entre otras cosas, pintaron relatos gráficos de guerras, de caza de bisontes y venado, de sus danzas invocatorias, de sus atavíos y armas, de su vida doméstica, de sus caballos,¹¹⁹ y, por supuesto, trazaron infinitas veces al Sol y al animal de animales, que hacía posible su conexión con el mundo visible e invisible.

A punto de terminar el siglo XVI, el maese de campo Vicente Zaldívar, sargento mayor de las huestes del conquistador de Nuevo México, Juan de Oñate, describió deslumbrado una ranchería con 50 tiendas, hechas, expresó, “con cueros adobados colorado y blanco, ... redondas, ... tan curiosa como en Italia, y tan grande, que en las muy ordinarias cabían cuatro colchones”. Con respecto a la calidad de las pieles transmitió su admiración al nombrar “cosa maravillosa” el hecho de que aunque lloviera a cántaros el agua no las traspasaba ni endurecía el cuero, que una vez seco, quedaba tan blando y tratable como antes. También, de paso, le parecía notable que tuvieran perros que “le servían de mulas”, atados en grande recuas “por los pechuelos y anquillas”, en las que transportaban pesadas cargas de pieles, tiendas y utensilios.¹²⁰

En los primeros decenios del siglo XVII, fray Alonso de Benavides se refirió a “los pellejos de cibola” y a las dos maneras como lo los indios de Nuevo México los adobaban, fuera con todo el pelo que, dijo, “queda como un terciopelo de felpa”, o sin aquél, dejándolas más adelgazadas. En especial, mencionó que de los pellejos de las terneras “se aforaban ropas como si fueran de marta” y no dejó de apuntar

¹¹⁸ Fray Marcos de Ixta, *op. cit.*, p. 87.

¹¹⁹ En el libro *Animales del alma*, de Joseph Epes Brown, se muestran varias fotografías de pieles, que contienen alguna de esa información.

¹²⁰ AGI, Patronato 22 R13 (9), “Relación de las jornadas de las vacas de Zibola que hizo el sargento mayor Vicente Zaldívar Mendoza a quince de diciembre de 1598”.

que los españoles convirtieron esos cueros en su principal vestido y beneficio.¹²¹

El secreto sobre la fineza y clase que daban los habitantes originarios a las pieles de los bisontes estaba, según registró fray Antonio Tello a mediados del siglo XVII, en adobarlas con los mismos sesos de esos animales, que con paciencia untaban una y otra vez hasta lograr la consistencia deseada.¹²²

Hay testimonios, asimismo, de lo que sucedía en territorio de los illinoi —en la Luisiana— cuando estaba por terminar el siglo XVII. Allí, según contó el recoleto Hennepin, eran “las mujeres alvajes” las que hilaban en la rueca la lana de “esos toros” y hacían costales con las pieles para transportar la carne secada al sol.¹²³ Cincuenta años después y en esa misma región, el capitán Bossú, enfermo y cansado, se hizo conducir por los naturales, en una piel “de buey” en forma de hamaca, cargada en un grueso bastón “como si fuera una litera”.¹²⁴ Describió, sobre todo, que con la lana los indios hacían colchones; con el sebo, candelas; con los nervios, cuerdas de arco; y, finalmente, con los cuernos, cucharas y cornetas para la caza.¹²⁵ Lo que más gustaba a los francófonos, y en general a todos los europeos, era que las pieles de bisonte adobadas por “los alvajes” fueran a un tiempo calientes y ligeras,¹²⁶ y mucho más suaves que las de venado, o las gamuzas tratadas en el Viejo Mundo.

Para el franciscano Agustín de Morfi, quien recorrió Texas hacia 1777, eran los lipanes, entre todos los habitantes de la zona de frontera con la Nueva España, los que mejor las curtían y beneficiaban, convirtiéndola, según él, en las más hermosas.¹²⁷ Varias décadas después, en el informe de un militar británico sobre esa tierra texana, no pudo faltar la alabanza del método de los comanches para dejar las pieles de “búfalo” flexibles, al tiempo que estaban pintadas artísticamente con figuras y colores durables. Señaló, asimismo, el aprecio que todo viajero en trineo sobre nieve o hielo tenía por las mantas bisontinas cubiertas de sedoso pelo.¹²⁸

¹²¹ Fray Alonso de Benavides, *op. cit.*, p. 43-45.

¹²² Fray Antonio Tello, *op. cit.*, p. 432.

¹²³ Biblioteca Nacional de Madrid, Sala Cervantes, MS 3179. Luis Hennepin, *op. cit.*

¹²⁴ Jean Bernard Bossu, *op. cit.*, I, p. 137.

¹²⁵ *Ibid.*, II, p. 124.

¹²⁶ Le Page du Pratz, *op. cit.*, p. 68.

¹²⁷ Fray Juan Agustín de Morfi, *op. cit.*, 1777-78, p. 312.

¹²⁸ Arthur Wavell, *op. cit.*, p. 748-749.

El príncipe alemán Alejandro Maximiliano de Wied-Neuwied recalcó el hermoso trabajo de las pieles y la elegancia con la que los nativos se vestían con ellas, adornaban sus habitaciones, hacían sus trajes de ceremonia y fabricaban sus tienda . Alabó su deliciosa carne asada acompañada de bayas silvestres y, entre otras muchas cosas, los azadones hechos con los huesos de su omóplato. El príncipe, además, recibió como regalo del jefe mandan, llamado Mato Tópé, un hermoso abrigo de piel de bisonte.¹²⁹

Pensaba el pintor George Catlin que las ropas más bellas y elegantes eran las de los crow y los blackfeet. Contó que para tratar las pieles de bisonte las sumergían algunos días en una mezcla hecha de cenizas y agua que les removía el pelo; luego las tensaban sobre un armazón o sobre el suelo, con estacas clavadas en las orillas y, en seguida, las curaban durante varios días, por arriba y por abajo con los sesos del mismo animal. Como ellos no acostumbraban teñirlas, quedaban, dijo, “delicadas y blanqueada”.¹³⁰

Muchas de sus pinturas se refirieron a los productos del bisonte, en especial a sus pieles, que registró en numerosos atuendos y en *tipies*, que se convirtieron en elementos fundamentales y repetidos de su temática. Vemos en éstas que no sólo admiró a los indígenas, sino que de estos aprendió a conocer, respetar y amar al que Catlin llamó “búfalo americano”. Importante también fue su impresión sobre diversos secretos que los indios obtenían de los “búfalos”, según pudo apreciarlo en las largas temporadas que convivió entre distintas naciones. Por ejemplo, degustó, entre otras cosas, el delicioso tuétano que extraían de los huesos de las patas, igualándolo con “la mejor de las mantequillas”; mencionó los variados usos de los tendones, sobre todo para elaborar las cuerdas de los arcos; conoció los arzones de las sillas de montar, que hacían con los huesos de sus espaldas; utilizó, por último, el pegamento o cola que se extraía hirviendo sus pezuñas, tan útil, sobre todo, en la construcción de sus armas.¹³¹

De las pocas referencias a la vida de los soldados mexicanos en los presidios de la frontera norte y del usufructo que tuvieron con los bisontes, destaca la de Manuel Payno, viajero por Texas hacia

¹²⁹ Christine Niederberger, *op. cit.*

¹³⁰ George Catlin, *op. cit.*, p. 121.

¹³¹ Georges Catlin, *op. cit.*, p. 98.

1845. Pensaba este autor que la cacería de cíbolos era una actividad que, además de ser propia de hombres que vivían en el desierto, los proveía de los artículos más indispensables para la vida diaria. Contó cómo se auxiliaban con gentes de las naciones indias con las que tenían tratados de amistad, de las que aprendieron a perseguir, “herir” y tratar la piel de los cíbolos. Mencionó la delicadeza del sabor de las lengua de éstos, que definió como “manjar delicioso”, además de añadir lo que ya se sabía en cuanto a que su manteca se usaba comúnmente para alimento y fabricación de vela. También proporcionó un dato novedoso para toda esta historia: que con el sebo los soldados hacían pomada, con la cual –según le dijeron a Payno– el cabello crecía y se conservaba “en un estado brillante de hermosura”.¹³²

Otros usos del bisonte los reportó el multifacético George Bird Grinnell hacia 1892. Para él, los mejores abrigo “contra los fuertes vientos que cruzan las planicies” eran los de “búfalo” y, entre otras cosas, alabó su “bosta o estiércol”, compuesta de los tallos gruesos pulverizados del pasto, que se convertían en un excelente combustible. Las cañas, con truidas con los cueros, le merecieron el calificativo de ser “los refugios portátiles más cálidos y cómodos que jamás se hayan ideado”. Detalló las distintas maneras que los indios tenían de trenzar la piel y el pelo para hacer cuerdas, mecates y todos los arreos de montar. Mencionó la utilización de los cueros crudos, fuera como calderas para hervir la carne, o se tirados en arzones de ramas, que servían para construir balsas con que atravesar los ríos, al tiempo que, con la piel del vientre, transportaban el agua. Se refirió, igualmente, al uso de escudos rugosos hechos con la piel de los pescuezo, capaces de detener lanzas, flechas, e incluso balas “de una pistola antigua de ánima lisa”. Con las pieles curtidas, agregó, hacían alforjas y estuches de todo tipo, y no dejó de enumerar los empleos de cada hueso, de los que obtenían instrumentos para preparar los cueros, correderas para sus trineos, azadones y hachas. En cuanto al pelo, dijo que los cojines de sus casas estaban rellenos con él, mientras con las largas y negras barbas, adornaban sus vestidos y escudos de guerra. Por último, aludió al uso de los cuernos que, además de servir en la fabricación de cucharas de todo tamaño, estaba presente en el

¹³² Manuel Payno, *op. cit.*, p. 172-73.

atavío ritual,¹³³ invocador, por un lado, de una buena y provechosa caza y, por el otro, de un reconocido y eterno agradecimiento al Gran Espíritu por los bienes recibidos.

La antropología del siglo XX adicionó más conocimiento de las utilidades y aprecio obtenidos por los indios de los bisonte. Un conocedor de la nación oglala-sioux registró, además de todos los usos que he señalado, la confección de puntas de hueso, necesarias para extraer la sangre de los pacientes en los ritos curativo; las mortajas de los difuntos; algunos instrumentos musicales como sonaja y tambores; varios tipos de bolsas y petacas; cobija y mocasines, tanto para el verano como para el invierno; calzado para cazar en la nieve; pelotas; pelo postizo; pinceles; relleno para muñecas; aretes; pequeñas bolsas hechas con el revestimiento interior del corazón, y, finalmente, el empleo de la grasa de ese órgano, con el que sellaban la Pipa Sagrada¹³⁴ prendida, aspirada y compartida en sus ceremonias más significativas.

La sangre y la leche

Al asimilar a los bisonte con sus toros y vacas conocidos, los que colonizaron América, les atribuyeron las mismas leyendas e historias que se contaban en Europa, sobre todo a propósito de la creencia de que la sangre de los toros era letal. Se había guardado memoria sobre hombres valerosos o importantes que en la Antigüedad murieron por ingerirla, y el argumento se repitió en tratados médicos y en diversas historias, desde varios siglos antes de nuestra era hasta los albores del siglo XVIII. Para los hispanos que hicieron la conquista del Septentrión hubo mucha sorpresa al ver a los indios calmando su sed con la sangre caliente –e incluso fría y cruda– de los bisontes sin caer fulminados. Este asunto es interesante, además, por la liga no explícita, pero muy evidente, que tiene en la demonización con la que la cultura occidental permeó a toros y bisontes y a la que me he referido en otra parte.¹³⁵

En el siglo primero después de Cristo, Cayo Plinio el Viejo sostenía que así como había partes del toro que eran medicina, su san-

¹³³ George Bird Grinnell, *op. cit.*, p. 380-381.

¹³⁴ Joseph Epes Brown, *op. cit.*, p. 145-148.

¹³⁵ Ver “*Tanaka* o la viva imagen del demonio delicioso”.

gre se contaba entre los venenos. En su *Historia Natural* leemos, a imi mo, que con respecto a la sangre de los animales “on más fuertes los que tienen la sangre más gruesa, más sabios los que más delgada, más temerosos los que menos tienen della, y botos los que no tienen ninguna. Cuájase y endurecese velocísimamente la de los toros, y por tanto, bebida, es venenosa y pestilencial”.¹³⁶ En esa misma centuria escribieron apoyando esta te is, entre otros, Dioscóride y Plutarco, este último, por cierto, reeditado y leído con éxito durante el siglo XVI.

Los hombres de la expedición de Vázquez de Coronado a uevo México, ocurrida entre 1540 y 1542, fueron los primeros en dar cuenta a sus autoridades de que los indios querechos y tejas comían la carne cruda y apuraban la sangre de los bisontes. Por ejemplo, el cronista de la expedición, Pedro de Castañeda, escribió, además, que vaciaban una gran tripa y la llenaban de angre “y echanla al cuello cuando tienen sed para beber”. Otro testimonio anónimo del mismo viaje dijo al resp cto que tomaban la sangre “an í como sale de las vacas, y otras veces después de salida fría y cruda”.¹³⁷ López de Gómara citó estas versiones en su *Historia General de Indias* y con gran a ombro narró que lo hombres de esas tierras se alimentaban principalmente con “los bueyes”, ingiriendo la sangre fría o “desatada en agua”, y también caliente, pero sin fallecer en el acto, “aunque –agregó– dicen los antiguo que mata como hizo a Empédocles y a otros”.¹³⁸ También mencionó el asunto Francisco Hernández en su *Historia de los animales de Nueva España* publicada un poco después de 1577, si bien él no hizo algún comentario en eguida de anotar que de los “toro salvajes” los habitantes comían cruda la carne, “bebiendo también la sangre”.¹³⁹

En España la convicción siguió vigente hasta, al menos, los últimos años de ese siglo XVII, como lo muestran las seis ediciones que tuvo entre 1620 y 1737 el libro de Baltasar de Vitoria, *Teatro de los dioses de la gentilidad*, donde su autor señaló que esa “filosofía” la

¹³⁶ *Historia Natural de Cayo Plinio Segundo, trasladada y anotada por el Dr. Francisco Hernández*, v. 1, p. 418, y v. 2, p. 136.

¹³⁷ Pedro de Castañeda, *La Relación de las Jornadas de Cíbola*, en Carmen de Mora, *op. cit.*, p. 127-128, y Anónimo, *Relación postrera de Cíbola y de más de cuatrocientas leguas adelante*, en Carmen de Mora, *op. cit.*, p. 352.

¹³⁸ Francisco López de Gómara, *op. cit.*, p. 288-289.

¹³⁹ Francisco Hernández, *op. cit.*, v. II, p. 313.

decía Aristóteles (siglo IV a. C.), y agregó la explicación de que llegando la sangre del toro al estómago, “se endurece y hace unos bodeques y pedazos y causa pasmo y ahogamiento y cierra las vías vitales y espirituales y de eso mueren los que la beben”.¹⁴⁰ Vitoria, asimismo, dio crédito y reprodujo lo escrito por Plutarco, quien había señalado que uno de los afectados por tomarla fue Midas, el rey de Frigia (quien vivió entre el siglo octavo y el séptimo antes de nuestra era). Este monarca, sintiéndose muy enfermo, y fatigado por “su melancolías [e] imaginacione”, consumió un vaso con sangre de toro acabado de degollar “y en bebiéndola, luego murió”. A continuación, refirió el suceso contado asimismo por Plutarco (que habría tenido lugar entre los siglos sexto y quinto antes de Cristo) que rememoraba al griego Temístocles quien, de terrado de su patria, estuvo a las órdenes del rey persa Xerxes, quien lo nombró capitán general de sus ejércitos. Cuando este decidió hacer la guerra a los atenienses, el primero, ante el dilema de “guardar ley a su señor”, o pelear contra sus compatriotas, sacrificó un toro por degüello, “se bebió la sangre y luego al punto murió”.¹⁴¹

Para el inglés Thomas Gage, quien publicó su opinión sobre las Indias Occidentales en 1648, igual que lo fue para Francisco Hernández, se trataba de un dato más que, en el caso del primero, completaba su maravillada descripción de los innumerables usos que tenía cada parte de los bisontes entre los indios, y a í dijo, por ejemplo, que “de sus pelos hacían hilos”, “de su sangre bebida”, y “de su carne alimento”.¹⁴² Es muy diferente la mención registrada pocos años después, en el mismo siglo XVII, por el franciscano de Guadalajara Antonio Tello, quien firmaba su crónica sobre Nuevo México hacia 1653. Ahí relató que las gente del lugar tomaban la sangre caliente de todo género, “como si fuese el mejor vino, sin tener asco, ni temor de que los mate”. Para apoyar lo dicho, citó a Plutarco, con la historia de “aquel griego”, a quien Xerxes “le mandó ir contra su patria”, y que prefirió matarse apurando la sangre de un toro. Tello contó igualmente sobre la cacería y el descuartizamiento de un bisonte que hicieron unos soldados ayudados por

¹⁴⁰ Baltasar de Vitoria, *Teatro de los dioses de la gentilidad. Primera Parte*, Barcelona, Imprenta de Juan Pablo Martí, por Francisco Barnola Impresor, 1702, p. 283.

¹⁴¹ *Ibid.* Hay autores contemporáneos que, confundidos con el relato de Temístocles y Xerxes, dicen que fue este último el que murió por ingerir la sangre de un toro.

¹⁴² Thomas Gage, *op. cit.*, p. 193-194.

unos indio , llamándole la atención que, estos últimos, una vez que sacaron las tripas, tomaron la sangre que había quedado en el cuerpo, “cogiéndola con do manos, como quien bebe agua de arroyo”.¹⁴³

Durante el siglo XVIII las crónicas de todo tipo de expedicionario ya no se interesaron en anotar la curiosidad morbosa sobre el hecho de que los indios bebieran la sangre de los bisontes sin pasar a mejor vida. Se habían ya desterrado las creencias que atribuían efectos malignos al vital líquido de los toros, aunque si persistió en esa centuria la identificación simbólica de bisontes y toros con el diablo. En los inicios del siglo XIX el barón de Humboldt, por ejemplo, y en tanto lector de López de Gómara, anotó que los habitantes del norte de América tomaban la sangre de su ganado originario. Desde su mundo científico ilustrado esto lo interpretó como un sustituto de la leche, ya que, dijo, no se tenía el hábito de su consumo.¹⁴⁴ Humboldt fue el único que mencionó a la leche de las hembras de bisonte. Desde los fracasados intentos del siglo XVI por meterlos en corrales y dominarlos, se intuyó que no sería posible ordeñarlas, de ahí que la nutriente leche no fue un tema que aludieran los cronistas que, de entrada, desconocían su gusto, además de sus beneficios y maleficios. Por su parte, los indios, que no habían tenido necesidad de domesticar a los bisontes, tampoco la tenían en ordeñar a las hembras. Éstas, a diferencia de las vacas del ganado doméstico, tienen los pezones pequeño , diseñados únicamente para alimentar a sus crías con abundante leche, generalmente durante los dos primeros años de la vida de las crías.

Incluso en nuestros días, en que se ha intentado con éxito revivir al bisonte para comercializar su carne y su piel, nadie menciona hacer nada semejante con la leche. Tal vez porque la sabia naturaleza la hizo más grasosa, con más calcio y más hierro y, sobre todo, más ácida que la de las vacas comunes, aspectos que la vuelven abominable a los sentidos del olfato, la vista y el gusto de los hombres, pero apetecible y útil para la enorme reproducción que un día llegó a alcanzar esta magnífica especie.

¹⁴³ Fray Antonio Tello, *op. cit.*, p. 433.

¹⁴⁴ Alexander von Humboldt, *op. cit.*, p. 164.

8. BISONTES Y TAURINOS

El reino *Animalia*, incluye a la gran familia de los bóvidos, científicamente conocida como *Bovidae*, formada por una enorme diversidad de mamíferos herbívoros rumiantes que poseen cuernos y que han sido llamados *ungulados*, porque tienen pezuñas, y *artiodáctilos*, porque estas están hendidas marcando dedos pares.¹⁴⁵ Una de sus sub-familias, es la de los *Bovinae* (bovinos), a la que se le han asignado varios géneros, entre ellos, el llamado *Bos*, del que se derivan cuatro especies nombradas *Bibos*, *Phoeaphagus*, *Bison* y *Bos Taurus*. Las dos últimas, son las protagonistas de este capítulo, en el que me referiré a su estrecha relación morfológica y simbólica, por todo lo que comparten como bóvidos y bovinos, y a las diferencias que los constituyen dentro de cada especie.

Los *Bison* pueden ser de la subespecie asiático-europea llamada *Bison bonasus*, o de las dos de América del Norte, llamadas *Bison bison* (habitantes de las grandes llanuras) y *Bison athabasca* (habitantes de los bosques). Por su parte, los *Bos taurus* (o en castellano taurinos) también pertenecen a dos subespecie : *Bos taurus taurus* (el común y abundante ganado vacuno) y *Bos taurus indicus*, conocido popularmente como cebú.¹⁴⁶ Ambas subespecies, están constituidas por vacas, toros, bueyes, becerros(as) o terneras(os) y novillos.

Aunque *Bison* y *Bos Taurus* pertenecen a la familia de los *Bóvidos*, a la subfamilia de los *Bovinos* y al género *Bos*, cada uno proviene de distintas ramas de ancestros. En algunas de ellas su antigüedad y sus costumbres migratorias superan con mucho la presencia del hombre sobre la tierra. Son pocos los autores que se han referido a un an-

¹⁴⁵ En orden alfabético menciono, entre otros, a los componentes más conocidos de la familia de los bóvidos: antilope, banteng, bisonte, borrego cimarrón, buey almizclero, búfalo, cabra, carabao, carnero almizclero, caribú, gacela, gaur, oveja, vaca-toro y yak.

¹⁴⁶ En cuanto a las clasificaciones científicas, es necesario decir que no siempre hay acuerdo entre los especialistas y que sus nomenclaturas cambian constantemente. Además, a veces, se emplea la palabra *Bos* como género, y otras, como subgénero. He optado aquí por la forma más sencilla que comparte la mayoría de los autores. Ver Richard Fortey, *La vida. Una biografía no autorizada. Una historia natural de los primeros cuatro millones de años de vida sobre la tierra*, Madrid, Taurus, 1999; J. Knox Jones Jr., et al., *Mammals of the Northern Great Plains*, University of Nebraska Press, 1983; *¡Toro! Primera tauromuquia en color*, Buenos Aires, Editorial Codex, 1972; Raúl Valadez Azúa, *La domesticación animal*, México, UNAM-Plaza y Valdés, 1996; *El mundo animal*, Madrid, Uthea, 1983, 12 v.; Leopold Starker, *Fauna silvestre de México. Aves y mamíferos de caza*, México, Instituto Mexicano de Recursos Naturales Renovables, 1977.

cestro muy lejano, común de ambas especies. Se trata de un bóvido que formaba parte de una primitiva familia de vacas llamada *Leptobos*, que fue ubicada en el Pleistoceno.¹⁴⁷ Por su parte, *Bos taurus* tiene como antecesor más directo al uro o *Bos primigenius*, mamífero común en el continente europeo y en la cuenca mediterránea que subsistió en muy corto número hasta el siglo XVII en los bosques de Europa central.¹⁴⁸ Lo sabemos, sin embargo, que animal antecedió al bison, si bien la pintura rupestre del paleolítico en Europa (datada aproximadamente de entre 12 000 y 15 000 años de antigüedad), deja testimonio de que uros y bisontes eran para entonces diferentes y que junto con los caballos, formaban parte de las asociaciones simbólicas de lo femenino en los dos primeros y de lo masculino en los terceros, y por lo tanto, de la experiencia religiosa de aquellos seres humanos. En algunas ocasiones los cuernos de los bisontes aparecieron asociados con la llamada Diosa Madre o con la luna creciente.¹⁴⁹

Cuando los celtas llegaron a Europa, durante el primer milenio antes de Cristo, encontraron manadas de toros salvajes que llamaron *auroch* (uro), palabra que se formó con las raíces *aur* (salvaje) y (*orch*) toro. Fue común, como podemos ver en la *Historia Natural* de Plinio, que se confundiera a los uros con los bisontes. Este autor, consciente de esto, aclaró que ambos eran diferentes, si bien, dijo, pertenecían al “linaje de los bueyes fieros”.¹⁵⁰

A pesar de esta observación, continuó el debate entre los naturalistas a lo largo del tiempo. Entre los que opinaban que se trataba de animales y especies diferentes se encuentra el esloveno Sigismund von Herberstein, quien en el año de 1557 proporcionó la ilustración de ambos, anotando en el pie de la imagen del uro, que en Alemania se le llamaba *auroch*, en Polonia *tur*, y que “sólo los ignorantes lo llamaban *bison*”.¹⁵¹

¹⁴⁷ Dale F. Lott, *op. cit.*, p. 62.

¹⁴⁸ *El Mundo animal*, *op. cit.*, v. 12, p. 1629.

¹⁴⁹ Marija Gimbutas, *The Language of the Goddess*, EEUU, Trade Paperback, Thames and Hudson, 2001, p. 265.

¹⁵⁰ *Historia Natural de Cayo Plinio Segundo*, *op. cit.*, p. 366-368.

¹⁵¹ Sigismund Herberstein, *Description of Moscow and Muscovy*, traducida por J. B. C. Grundy de la edición de 1557, editada por Bertold Picard, New York, Barnes and Noble, 1969. Esta obra se publicó por primera vez en latín en 1549 y por tercera vez en 1556. De estas dos últimas ediciones provienen los dibujos de un uro y de un bison señalando sus divergencias.

Ese lío se trasladó al terreno de las etimologías y en cuanto al origen de la voz *bisonte* se ha dicho que se tomó del latín *bi. on-ntis* que a su vez provenía del griego *bison-onos*, que significa “toro alvaje”.¹⁵² Sin embargo, también hay quien sostiene que la palabra bisonte, se deriva del alto alemán antiguo *wisant*, *wisunt*.¹⁵³ Esta polémica sobre su identidad, volvería a estar presente en el siglo XVIII, cuando los científicos franceses incluyeran a los bisontes en sus historias naturales. Con respecto a la incorporación de la palabra bisonte a la lengua castellana se acepta, en general, que fue hacia finales del siglo XV, precisamente, en el año de 1490.¹⁵¹

En la era de las glaciaciones, y con el descenso del nivel del mar, emergió en el estrecho de Bering una inmensa llanura que permitió a muchos animales –mamuts, bisontes, renos, osos grises, entre otros– emprender, en épocas muy tempranas, grandes migraciones desde el nordeste del continente asiático hasta el centro de América. Con respecto al poblamiento de esta región, Pablo Martínez del Río escribió que se antojaba muy posible que algunos de los antiguos inmigrantes humanos hubieran sido cazadores de bisonte, que no hicieron más que seguir a su preá.¹⁵⁵ Los bisontes fueron los únicos animales de la subfamilia de los bovinos que pasaron entonces al continente americano, aunque hay que mencionar que incluida la gran familia de los bóvidos, también hay evidencia de que llegaron los caribús o renos y posiblemente los carneros almizcleros.

Los primeros bisontes que llegaron hasta la región que ahora se conoce como Centroamérica, se extinguieron –me refiero a *Bison priscus*, *Bison latifrons*, *Bison antiquus*, *Bison occidentalis*– especies que fueron sustituidas después por otras similares aunque de menor tamaño. De hecho, las dos últimas también ya eran más pequeñas.¹⁵⁶ *Bison bison* es una especie moderna que, como dice un estudio contemporáneo, “emergió hace cerca de cinco mil años y se convir-

¹⁵² Joan Corominas, *Diccionario crítico etimológico, castellano e hispánico*, Madrid, Gredos, 1984.

¹⁵³ Guido Gómez da Silva, *Breve diccionario etimológico de la lengua española*, México, El Colegio de México, 1988.

¹⁵¹ Joan Corominas, *op. cit.*

¹⁵⁵ Pablo Martínez del Río, *Los orígenes americanos*, México, Talleres Gráficos de la Compañía Editora y Librería ARS, 1952, p. 66-67.

¹⁵⁶ Juan Shobinger, *Arte prehistórico de América*, México, Conaculta, Milano, Editorial Jaca Book, 1997, p. 17.

tió en uno de los animales más abundantes que poblaron la tierra en todos los tiempos”.¹⁵⁷

Con respecto al bisonte de los bosques (*Bison athabascae*), este ha sido descrito como un animal más pequeño, de piernas más largas, cabeza más baja y piel más oscura. Mientras hay autores que no están muy seguros de que haya existido y exista todavía, otros señalan que tuvo su ámbito prehistórico desde el norte de Alaska hasta el sur de Texas, incluso en el noroeste de México, y por el este hasta Pensilvania y el norte de Carolina. Agregan que en tiempos más recientes ocuparon una región que abarcó los actuales estados de Colorado, Idaho, Montana y segmentos de Wyoming en las montañas Rocallosas, así como el oeste de Canadá, y que en nuestros días sólo se encuentran en los bosques de este último país.¹⁵⁸

Al pertenecer al género *Bos*, bisontes y taurinos tienen muchas cosas en común, además del parecido de cada uno de sus huesos, de sus cromosomas y de la composición de su sangre. Ambos, forman parte del mundo mágico, ritual y sagrado de los seres humanos. Las hembras de taurinos y bisontes fueron y han sido nombradas vacas, sus machos toros y sus crías becerros o terneras. En ambos la gestación es de nueve meses y de un solo producto, que nace por lo general en la primavera. Sólo algunas vacas lecheras suelen ser más grandes y pesadas que los toros, pero es común que las hembras de ambos sean más chicas que sus machos respectivos. Uno y otro son animales grandes; rumiantes; con cuernos; con pezuña hendida; simbolizan la fuerza, el valor, la fecundidad y la fertilidad; son representantes de la tierra; significan prosperidad y abundancia. Los dos son temibles y sin embargo son proveedores de alimento y de vestido, convirtiéndose por ello en símbolos muy apreciados para las culturas que desde tiempos ancestrales los han aprovechado.

Taurino y bisonte, sin embargo, tienen diferencias propias de su especie. El género *Bison* posee un par de costillas más que los *Bos taurus* (14 los bisontes y 13 los vacunos). Divergen en la forma de su cabeza, que en los bisontes es abultada gracias al hueso frontal convexo. También en cuanto a su cobertura corporal, ya que los *Bison* tienen una espesa capa de pelo oscuro rizado que les cubre la testa, el cuello y el cuarto delantero. Ese pelo los viste entre los meses de

¹⁵⁷ Dale F. Lott, *op. cit.*, p. 59.

¹⁵⁸ *Ibid.*, 7-12.

octubre y marzo, mes primaveral en que empiezan a perderlo, e especialmente el que cubre la parte posterior del lomo. Otra variación está en el tamaño y forma de los cuernos, que en los bisontes son cortos, negros, gruesos en la base, delgados en la punta y encorvados hacia arriba en la parte central de la cabeza.¹⁵⁹ Por último, las colas de ambos son distintas, siendo la de los bisontes más pequeña, con el pelo concentrado hacia la punta.

A diferencia de los toros los bisontes poseen una joroba y suelen ser más pequeños que los primeros. Un macho *Bison* pesa entre 544 y 907 kilos y mide hasta los hombros de 167 a 186 centímetros,¹⁶⁰ y los toros, si bien tienen ese alto, alcanzan un peso de los 400 a los 500 kilos. Y en cuanto a los años que viven ambos los bisontes son más longevos, ya que oscilan entre los 15 y 20, cuando los toros sólo entre 9 y 11. Son distintos por que sólo los bisontes menos salvajes pueden ser sometidos a una vida doméstica. También porque los pocos que llegan a ser castrados siguen siendo animales peligrosos,¹⁶¹ lo que no pasa con los bueyes que se convierten en excelentes animales de tiro. Difieren, asimismo, en el hecho de que, si bien las hembras de una y otra especie tienen cuatro tetillas en sus ubres, estas son cortas y compactas en las hembras de bisonte. Si bien la leche de estas no la consumen más que sus crías, la carne de la especie *Bison* tiene menores niveles de grasa y colesterol, por lo que desde el siglo XVI ha sido más apreciada que la de la especie *Bos taurus*.

En cuanto a los sonidos que emiten y a su capacidad auditiva, si bien ambos lanzan sonidos de cortejo, de apareamiento, y resoplidos en medio de la furia y la estampida, en el caso de los bisontes su oído sobresaliente les permite distinguir todas las clases de “gruñido o fuelles” que producen en su constante comunicación cuando andan en manadas y que les permite, entre otras cosas, estar juntos o repeler los peligros. Muchos españoles que los conocieron a lo largo de los siglos XVI y XVII, se asombraron porque los oían “gruñir como puercos”. Y es que dependiendo de su humor los bisontes tienen como diez diferentes tipos de llamados, según escribe uno de los que mejor conocen su comportamiento. Hacen, dice este biólogo, gruñidos tenues cuando la madre llama a la cría; gruñidos consternados

¹⁵⁹ *El mundo animal*, op. cit., v. 3, p.375-376.

¹⁶⁰ Rurik List, “Bisonte americano, el migrante que se negó a extinguirse”, *Especies. Revista sobre conservación y biodiversidad*, noviembre-diciembre de 2006, p. 10.

¹⁶¹ Dale F. Lott, op. cit., p. 59.

cuando esta requiere atención de la primera; gruñidos guturales cercanos al bramido cuando sienten una amenaza; gritos o bramidos cuando dos toros rivales se enfrentan y, finalmente, gruñido chillantes, eructos, resoplido y estornudos cuando juegan entre ellos.¹⁶² El característico bramido de los toros comunes es como los truenos de una tormenta eléctrica, o como el rumor de la tierra, o como la furia del mar.

Con respecto a su andar, toros y bisontes comparten el modo de caminar, de trotar y de galopar. Para estudiarlos el zoólogo Tom Mc Hugh asignó un número a cada una de las pezuñas empezando por el 1 para la izquierda delantera, el 2 para la derecha delantera y el 3 y el 4 para la izquierda y la derecha posteriores respectivamente. Ambos –bisontes y toros– caminan en la secuencia 3 - 1 - 4 - 2; trotan en la serie 1 y 4 - 2 y 3, y galopan de forma “transversal” en una progresión de derecha a izquierda, que sería más o menos 2 - 1 y 4 - 3.¹⁶³ Sin embargo, es en el salto en donde se distinguen, ya que los bisontes brincan hacia adelante extendiendo simultáneamente sus cuatro piernas, “como las gacelas o los venados cuando están en peligro”.¹⁶⁴ Algunos asombrados españoles del siglo XVI, dijeron por ello, que saltaban “como si estuvieran maniatados”.

Desde la misma colonización europea de Norteamérica, luego durante el siglo XIX, e incluso al día de hoy, se ha intentado el cruzamiento de bisontes con ganado vacuno, obteniendo de ello diferentes resultados. Del cruce de bisonte macho con vaca taurina se produce un híbrido llamado “cátalo”, que mezclado de nuevo con bisonte, da muy buenos frutos “en cuanto a rusticidad, rendimiento de carne y resistencia a algunas enfermedades”.¹⁶⁵ También se le nombra “beefalo” (derivado de “búfalo”).

Este híbrido tiene un cierto éxito comercial, sin embargo, en términos generales, las cruces entre bisontes y ganado vacuno no han funcionado muy bien. Según el punto de vista de otro estudioso de su comportamiento, los machos taurinos tienen poco que hacer con las hembras de bisonte, en las que, además, no funciona la inseminación artificial. Agradece este mismo autor que aunque los bisontes machos están listos a cruzarse con las vacas domésticas, sólo un poco

¹⁶² Tom Mc Hugh, *op. cit.*, p. 151-52.

¹⁶³ *Ibid.*, p. 170-171.

¹⁶⁴ *Ibid.*

¹⁶⁵ ¡Toro! *Primera tauromaquia en color, op. cit.*, p. 13.



más del 50% resultan nacimientos exitosos, que ocurren sólo si la cría es hembra ya que, por un lado, la cría macho es abortada, o lleva a la madre a la muerte, y por otro, aunque esos machos sobrevivan, son estériles.¹⁶⁶ El siglo xx y el xxi han sido siglos también de la recuperación de la especie *Bison bison* sin ninguna mezcla y no sólo los de la vertiente americana, sino también los de la europea que, en nuestros días, se reproducen con éxito en reservas y ranchos de ambos continentes.

¹⁶⁶ Harold P. Danz, *op. cit.*, p. 129.

EPÍLOGO

En el siglo inmediato posterior al de su exterminio, el bisonte ocupó en América del Norte un lugar privilegiado en la literatura, la historia, la etnología, el arte y la zoología. Por fortuna no fueron extinguidos en su totalidad en la centuria decimonónica, quedando algunos pocos ejemplares en varios ranchos, en museos y parques nacionales, desde donde se pudo emprender, muy lentamente, su rescate. En las últimas dos décadas del siglo XIX y sobre todo a lo largo del siglo XX, el bisonte se convirtió en una especie protegida, para lo que se crearon en los Estados Unidos y Canadá varias reservas donde hasta el día de hoy se conocen sus costumbres y se controla su reproducción, en un contexto de semi-domesticación, no exento de los lobos griseos y de algunas enfermedades propias de la especie como el ántrax, o la brucelosis. También se han creado desde entonces muchas Sociedades Protectoras y grupos de estudio. El bisonte ya no se consideraba más una especie en extinción y una forma de preservarlo, ha sido re-introduciendo el hábito del consumo de su carne.



En México, en las últimas décadas, ha habido, asimismo, varios proyectos para la reproducción y conservación de los bisontes. Una tierra que siempre formó parte de sus anuales recorridos es el municipio de Janos en Chihuahua, donde, por ejemplo, han aparecido fósiles de sus antiguas especies. El 8 de diciembre de 2009 el *Diario Oficial* dio a conocer la creación de una Reserva de la Biosfera, llamada “El Uno”, ubicada en el municipio de Janos, al que un mes antes, llegaron ahí 23 cabezas de bisontes “genéticamente puros”, provenientes de un parque nacional de Dakota del Sur, gracias a un convenio del gobierno mexicano con la fundación internacional The

Nature Conservancy. Para esas 20 hembras y 3 machos se destinaron miles de hectáreas con pastizales abundantes para sus recorridos y propagación. Los reportes sobre esa reserva –emitidos por la Comisión citada, tanto en 2010 como en diciembre de 2011– informaban que en ese último año habían ocurrido 11 nacimientos, y que el área que recorrían era aproximadamente de 2 000 kilómetros, viéndoseles por Janos hacia el invierno.

Al mismo tiempo, en varios ranchos de la región, se ha promovido su cría y propagación, como en el llamado Los Encinos, ubicado en el camino de Ciudad Juárez a la capital del estado de Chihuahua. Ahí, en su planicie, pastan cerca de 400 bisontes con sus “becerras”, convirtiéndose en un atractivo turístico para los que transitan por esa ruta.¹ En Nuevo León hay muchos ranchos privados donde se reproduce en semi-cautiverio para actividades cinegética; otro rancho de esta clase se encuentra en Querétaro, el llamado El Venado. Además, se han introducido en varios zoológicos y parques turísticos por todo el país y en algunos de ellos ha comenzado su reproducción con el nacimiento de nuevas crías.

En Coahuila, en su región suroeste, fue creado un “Santuario de Bisontes” desde mediados de los años setenta del siglo , precisamente en el fraccionamiento de la ex-hacienda Jagüey de Ferniza, enclavado en la sierra de Zapalinamé, cuya vegetación la forman abetos, oyameles y cedros.² En la actualidad hay unos 50 ejemplares que no son explotados con fines comerciales y que se reprodujeron a partir de unos cuantos provenientes de otro rancho coahuilense llamado El Fortín, en el que llegó a contarse a más de 300 cabezas. Los 50 del “Santuario” recorren una superficie de 4 000 hectáreas privadas en las que fueron habilitados tres estanques que en el verano abundan en pastizales y en el invierno de ramas, hojas secas, líquenes y musgos.



El género filmico conocido como “western”, a pesar de que glorifica la conquista de los blancos sobre los indios y sus tierras, ha

¹ *La Jornada*, lunes 22 de junio de 2009.

² *Milenio.com*, martes 24 de junio de 2010.

ayudado al resguardo de la memoria de la grandes manadas de bisontes y a la fascinante hazaña de su cacería. Prefiero, por mi parte, lo que han aportado al tema la televisión y el cine documental estadounidenses en este siglo XXI. Sabemos, gracias a uno de los documentales producido por National Geographic, que en Alberta, Canadá –donde se estableció un centro de investigación y conservación–, se conmemora cada año “el salto de la muerte”, aquella cacería milenaria de los indios, que llevaba a los bisontes a saltar hacia los barrancos, que se convirtieron, al mediar el siglo XIX, en enormes depósitos, que tirios y troyanos explotaron comercialmente. En otra serie televisiva, –que, por cierto, reaparece con frecuencia en los canales culturales de la televisión mexicana– se presentan estadísticas sobre su número y luego sobre su exterminio, para subrayar la importancia de su actual reproducción, en parques como el de Yellowstone, o en reservas monumentales como la del estado de Dakota, que nos hablan de una especie que ya está en relativo cautiverio. En esos programas, a pesar de que nunca se habla de las masacres, ni del tráfico de pieles y lengua, es posible conocer también las costumbres de los bisontes y los interesantes lazos sociales que hay entre las manadas. Al mismo tiempo, se mencionan las prácticas que tenían los indios con respecto a la cacería y al aprovechamiento de la carne, asuntos que los llevan, finalmente, a la reivindicación nostálgica hacia ambos y a su tiempo de aparecido.



El fotógrafo estadounidense Edward Sheriff Curtis –nacido en Wisconsin en 1858 y fallecido en 1952– ofreció, tempranamente, una serie de libros ilustracionales, reunidos en 20 volúmenes, que fueron publicados con escaso tiraje entre 1907 y 1930, con el título de *Los indios de Norteamérica*. Ahí combinó más de 2 000 imágenes de una enorme belleza, con un texto sobrio y reivindicador, sobre las principales tradiciones y la vida cotidiana de los indios de las llanuras, que empezó a conocer por el año de 1900 en varias reservaciones. En su tiempo fue criticado por algunos etnólogos, que sostenían que había retratado un mundo idílico y romántico que nada tenía que ver con la realidad que vivían los pueblos originarios. Y es que

Curtis se dio cuenta muy pronto de que cuando los indios hablaban de lo que fue, sus ideas pertenecían al pasado,³ y de esa grandeza, precisamente, quiso dejar testimonio. Es conocido el respeto que sintió por los indios, y la correspondiente confianza con la que ellos lo recibieron. El gran ausente de esas imágenes reconstruidas fue, sin duda, el bisonte vivo, notándose esa desesperanza flotando en la atmósfera de esas “instantáneas”.

Durante muchas décadas su obra quedó en los fondos reservados de algunas bibliotecas y en manos de coleccionistas, hasta que, en 1980, la editorial Taschen dio a conocer en un volumen una resumida y seleccionada versión de lo 20 tomo, libro que, por cierto, fue reeditado en el 2005. El *boom* editorial ocurrió al final del decenio de los noventa, cuando varias casas editoras españolas se dieron a la tarea de poner en movimiento una larga lista de títulos extraídos de los volúmenes que formaron parte de la obra original del famoso fotógrafo. En la actualidad, estos textos circulan ampliamente en forma de libros, postale, discos compactos y páginas en la Red, dando todavía mucho que decir a sus críticos y a lo que, día con día, nos sumamos a las filas de los que aspiran a recobrar una historia descolonizada y abierta a otras maneras de pensar.



Los antiguos americanos asignaban al bisonte un origen subterráneo, lugar del que ellos también decían provenir. Quizá por eso, alguno chamanes visionarios presagiaron que su eclipse sucedería cuando los bisontes se hubieran ido. Esa historia marchó en consonancia con la modernidad sanguinaria de cada período vivido entre los siglos XVI y XIX. En nuestros días, en América del Norte, los bisontes protagonizan una nueva época, sin dejar de ser uno de los más peculiares de sus bovino, que, en otras condiciones y bajo nuevas leyes, vuelven a una territorialidad que en tiempos no muy remotos se engalanó con su multitudinaria y benéfica existencia.

³ Edward S. Curtis, *El mito de la mujer búfalo blanco y otros relatos de los indios sioux*, Barcelona, J. J. de Olañeta, 1996, p. 13.

ANEXO 1

VARIOS NOMBRES ASIGNADOS A LA ESPECIE *BISON-BISON*
A LO LARGO DE SU HISTORIA

El orden en el que aparecen los apelativos es cronológico. Empiezo por los nombre que les a ignaron algunas naciones indígenas según quedó registrado, o por lo que estuvieron en contacto con ellas, o por los que las estudiaron posteriormente. Continúo con los que usaron un buen número de extranjeros y colonos que, por cualquier causa, visitaron el Nuevo Mundo entre los siglos XVI y XIX.

pisikious, illinois (Jacques Marquette, 1673). *Pisikious* es una palabra que viene de *bizhki*, ojibwa, y *pijaki*, algonquín, nombres que ambas naciones daban respectivamente a nuestro *Bison-bison* (Ulrich Dancker , 2000)

muthufufa, ueva Francia (J. C. Valmont de Bomare, 1764)

tanaha, cadlo o asinais (Isidro Félix Espinosa, 1730)

cuttse, comanche (Lui Berlandier, 1827-1831)

hohats, tu karora (G. Catlin, 1844)

pe tai, sioux (G. Catlin, 1844)

ptemday, mandan (G. Catlin, 1844)

eneuh, blackfoot (G. Catlin, 1844)

wa-tash, ricaré (G. Catlin, 1844)

peecheek; *nochena*, algonquín (F. G. Roe, 1951)

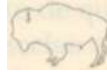
moostouche, cree (F. G. Roe, 1951)

káwa, ponca (F. G. Roe, 1951)

tán, haida (F. G. Roe, 1951)

taraháh, pawnee (F. G. Roe, 1951)

tatanka, oglala sioux (John Epes Brown, 1994)



- las vacas* (Marcos de Ixta, 1539; Álvar Núñez Cabeza de Vaca, 1542; Pedro de Castañeda, 1540; Hernando de Alarcón, 1540; Francisco Vázquez de Coronado, 1540; fray Toribio de Benavente, Motolinía, 1541; Francisco Sánchez de Chamucado, 1581; Juan Suárez de Peralta, 1589)
- vacas y toros* (Juan Jaramillo, 1540; Bartolomé Barrientos, 1568; Bernal Díaz del Castillo, 1580; Baltasar Obregón, 1584)
- vacas corcovadas* (Francisco López de Gómara, 1553)
- vacas y toros monteces* [sic] (Gonzalo Fernández de Oviedo, 1555)
- toro mexicano* (Francisco Hernández, 1571-1572; Antonio de Solís, 1684)
- vacas lanudas* (Baltasar Obregón, 1584)
- ganados* (Antonio Ruiz, 1581; Juan Suárez de Peralta, 1589; Baltasar Dorantes de Carranza, 1604; Tomas Gage, 1625-1637; M. T. Joutel, 1684-1688)
- vacas que llaman ciboleñas* (Antonio Ruiz, 1581)
- vacca indica* (Teodoro de Bry, 1595)
- vacas y toros de Zibola* (Vicente Zaldívar Mendoza, 1598)
- vacas corcovadas de Cibola* (Juan de Oñate, 1602)
- vacas de los llanos* (oldado anónimo, Nuevo México, 1602)
- ganado de Cibola* (Francisco Valverde de Mercado, 1602; Francisco Hidalgo, 1716)
- vacas lanudas y corcovadas* (Gaspar de Villagrà, 1610)
- vacas de Cibola* (Baltasar Dorantes de Carranza, 1604; Alonso de Benavides, 1630; Nicolás de Cardona, 1632; Andrés Pérez de Ribas, 1645)
- ganado ciboleño* (Juan de Torquemada, 1615)
- cíbolo, cíbolos* (Jerónimo de Zárate y Salmerón, 1620; Juan Francisco Gemelli Careri, 1697; Juan Mateo Mange, 1693-1721; José Arlegui, 1737; Antonio Ladrón de Guevara, 1739; Francisco Xavier Clavijero, 1780-1781; J. L. M. Daubenton, 1782; Pedro Alonso O' Crouley, 1774; Juan Agustín de Morfi, 1777-1778; Conde de Revillagigedo, 1793-1794; E. Mühlentpfordt, 1834-1844; Luis Berlandier, 1827-1831; Juan Epomuceno Almonte, 1834; José María Tornel, 1841; Manuel Payno, 1845)

- vacas jorobadas* (Johannes de Laët, 1625-1640)
armenta (Johannes de Laët, 1625-1640)
vacas de Tzibola (Matías de la Mota y Padilla, 1742)
bueyes (boeufs) (Johannes de Laët, 1625-1640; Voltaire, 1765; Louis Hennepin, 1679-1681; M. T. Joutel, 1684-1688)
toros de Cíbola (Johannes de Laët, 1625-1640)
cíbolos (Gaspar Castaño de Sosa, 1590-1591; Andrés Pérez de Ribas, 1645; Fernando del Bo que, 1675; Damián de Mazanet, 1690)
vacas bravas campesinas (Antonio Tello, 1635)
ganados de Síbulo (Fernando del Bosque, 1675)
ganado salvaje (Louis Jolliet, 1673; Jacques Marquette, 1673)
vacas bravías (Loui Hennepin, 1679-1681)
toros bravos (Loui Hennepin, 1679-1681)
toros salvajes (M. T. Joutel, 1684-88)
vacas cimarronas que llaman cíbolos (Alonso de Posadas, 1686)
ganado cíbolo (Lui Xavier Velarde, 1716; Antonio Barreiro, 1832)
vacas de Tzibola (Matías de Mota Padilla, 1742)
cíbulo (Ignaz Pfeferkorn, 1756-1767)
cíboro (Ignaz Pfeferkorn, 1756-1767)
buey de los bosques (Ignaz Pfeferkorn, 1756-1767)
Bos bison (Carolu Linnaeus, 1758)
reses de Síbola (José Antonio Alzate, 1768)
búfalo (John Long, 1768; W. Clark, 1803-06; Georges Catlin, 1830-38; J. C. Frémont, 1845; G. D. Brewerton, 1853; Phillip H. Sheridan, 1888; William Cody ("Búfalo Bill"), 1872; Richard Irving Dodge, 1877; Philo Romayne Hoy, 1882; William T. Hornaday, 1889; George Bird Grinnell, 1892)
Bos juvatus (J. C. Valmont de Bomare, 1764)
boeuf Illinois (J. C. Valmont de Bomare, 1764)
bisonte (G. L. Leclerc, conde de Buffon, 1776; Francisco Xavier Clavijero, 1780-1781; L. J. M. Daubenton, 1782; José María Tornel, 1841)
bueyes con joroba (G. L. Leclerc, conde de Buffon, 1776)
boeuf sauvage (M. L' Erbanne, 1723; La Douceur, 1772; La Page du Pratz, 1758; Jean Bernard Bossu, 1751-1766)
bisonte o búfalo (William Dunbar, 1804-1805; Alejandro de Humboldt, 1808-1849; Arthur Wavell, 1827; Theodore R. Davis, 1869; J. A. Allen, 1876; Richard Irving Dodge, 1877)
Bonassus (Arthur Wavell, 1827)



bueyes mexicanos (Luis Berlandier, 1828)

Bos Bonassus (E. Mülenpfordt, 1834-1844)

boeuf du Canada (Alcide D' Orbigny, 1836)

black cattle of Illinois (Richard Irving Dodge, 1877)

buffalo Bos Americanus (Richard Irving Dodge, 1877)

bizonte-cíbolo (Blas M. Flore , 1892)

Bison bison (David Starr Jordan, 1888)

bisonte americano (William T. Hornaday, 1889)

ANEXO 2

LOS BISONTES EN ALGUNOS MAPAS DEL NUEVO MUNDO

Hispaniae Novae Sive Magnae Recens Et Vera Descriptio, 1595, grabado en cobre por Teodoro de Bry. Forma parte del libro *Americae, pars Quinta*, publicado en Frankfurt en 1617. Representa la costa oeste de la Nueva España (México) y lo que designa como territorio “Chichimeca” hacia el noreste. La decoración de este mapa alude a los mexicas y a los chichimecas y a algunas de sus costumbres. En dos escenas que ocupan un espacio significativo de este mapa se representa a los bisontes. En la primera, situada en la zona chichimeca, sugiere la total dependencia de sus pobladores con dichos animales. Exhibe para ello a tres “vacas”, una echada y dos en movimiento, que aunque tienen joroba y son peludas su rostro se asemeja al ganado conocido en Europa. Cerca de ellas se pintan alguno de sus habitantes, desnudos y en actitud de caza: dos hombres de cuerpo atlético y esbelto, uno con un arco tensado y el otro con una flecha, y un poco más allá una helénica pareja formada por un hombre y una mujer, él sosteniendo una lanza y ella a un pequeño niño que lleva sujeto por la espalda. La segunda escena es de mayor tamaño que la anterior, y está situada hacia la región sureste, muy lejos del contexto geográfico de los bisontes, pero más cerca de lo que señala a la izquierda como “Mexiques”. Tiene como personaje principal a una *Vacca Indica*, según podemos leerlo cerca de su figura, en cuyo lomo se posa un águila que mira hacia el oriente. A su lado, hay tres hombres que conversan entre sí. Dos de ellos parecieran ser de Tenochtitlan, por sus vestidos y capas elaborados con finas plumas; el otro, al centro de ese trío, es un cazador con su arco y su flecha. Para pintar esta vaca, De Bry tuvo como modelo a la difundida en la obra de López de Gómara, aunque sin sus singulares ubres y pezone, notando que este autor hispano fue uno de sus preferidos, y cuyos temas se notan en los elementos

que distinguen a su mapa. Por eso, no dejó de dar cuenta del territorio de los “Mexiques” y relacionó a las “vacas” con todos esos antiguos reinos.

Mapa de Enrico Martínez del año de 1602, en Marc Simmons, *The last conquistador. Juan de Oñate and the settling of the far northwest*, Norman, University of Oklahoma Press, 1991. Muestra el reino de Oñate en Nuevo México, en el que menciona el asentamiento de los indios de “Quivira”. Hacia el noreste, tiene una leyenda que dice: “Toda es sierra llana con muchas vacas que llaman de ciuola” [sic].

The New World, 1616, por Gabriel Tatton, en *Mapas y planos antiguos de Colima y el Occidente de México*, México, Peña Colorada, 1979. Delimita la región de “Cevola” (Cibola) en “Isla Granada”, al norte de Florida y en la parte superior del mapa advierte: “A Vacas”.

Mapa de América del Norte, 1638, por Jan Janson, en Miguel León-Portilla, *Cartografía y Crónicas de la Antigua California*, México, UNAM, 2001, lámina XXVI. Además de que pinta a Baja California como una isla, agrega el dibujo de varios animales, entre ellos los bisontes, a los que sitúa en lo que él llama “Isla Granada”, que abarcaría los territorios de Nuevo México y Texas.

California como isla en un mapa de América, Londres, 1668, por John Overton, en Miguel León-Portilla, *op. cit.*, lámina XXV. Están dibujados diversos animales en su propio ambiente, incluidos los bisontes en “Isla Granada” y “Isla Francia”.

A New Mapp of America Septentrionale [sic], Londres, 1669, impreso por Richard Blome, en Miguel León-Portilla, *op. cit.*, lámina XXXIV. Aparece Baja California como isla, y un bisonte en el área de Nuevo México.

Amplissima Regionis Mississippi Seu Provinciae Ludoviciana AR. P. Ludovico Hennepin Francisc Miss In America Septentrionali Anno 1687, Göttingen, cerca de 1720, por Johann Baptiste Homann. Este mapa tuvo mucha difusión a lo largo de los siglos XVIII y XIX. Un

personaje importante de una de las viñetas que ilustran singulares escenas americanas, es un gran *boeuf*. Está acompañado por una pareja de nativos, un hombre cazador con su mujer, ella con un niño que carga en la espalda. La imagen se completa con la presencia de un tlacuache y el ave acuática de la especie de los pelícanos, conocida en América como alcatraz, otros dos animales propios de este continente que resultaban igualmente atractivos en muchas descripciones sobre el Nuevo Mundo.¹

Nuevo Mapa Geográfico de la América Septentrional perteneciente al Virreinato de México, 1768, por José Antonio Alzate y Ramírez, en *Mapas y planos antiguos de Colima...* Una leyenda escrita en la región de los apaches dice: “llanos de trescientas leguas de extensión cubiertos de heno donde se alimentan las reses de Síbola de que se mantienen las naciones de jentiles [*sic*] circunvecinas”. En la parte noroeste, arriba de la provincia de los avajo apunta: “Quivira fabulosa”; asimismo, junto a la laguna de Teguayo, agrega la leyenda: “De los contornos de esta laguna dicen haber salido los indios mexicanos a fundar el Imperio”.

Plano orográfico e hidrográfico del norte de Nueva España, 1770, por Francisco Álvarez Barreiro, en *Mapas y planos antiguos de Colima...* Con el dibujo de varios *tipies*, marca los pueblos de indios. Indica la laguna del Teguayo con la siguiente leyenda: “De donde salieron los indios mexicanos con su príncipe para poblar México”. Dibuja, asimismo, manadas de bisontes en distintas áreas del Septentrión.

Mapa de Nuevo México, siglo XVIII, por Bernardo de Miera y Pacheco, en Chantal Cramaussel, “La población del norte de Nueva España” en *Gran Historia de México Ilustrada*, México, Planeta, 2001, v. 2. En la región noreste dibuja seis bisontes cerca de algunos hombres chichimecas que portan arcos y flechas.

Mapa del Reino de Nuevo México, 1779, por Bernardo Miera y Pacheco, Mapoteca Orozco y Berra. Aparecen dibujados cuatro bisontes.

¹ Ver el apartado “La Representación europea del bisonte americano”, en donde se analiza una imagen muy parecida, proporcionada en la obra del mismo Hennepin.

Mapa de Méjico [sic] y de los países confinantes situados al norte y al este, reducido de la grande Mapa de la Nueva España de M. A. de Humboldt y otros materiales, París, 1822. Hállase en Casa de Rosa, Gran Patio del Palacio Real. Arriba del nombre que da lugar a la Luisiana, tiene una leyenda que corre en sentido inclinado de abajo hacia arriba y de izquierda a derecha, que dice: “Inmen o llano donde pacen los cíbolos”.

Área ocupada por Bison-bison (véase imagen 2 de este libro), 1876, J. A. Allen, *The American Bisons, living and extinct*, USA, Cambridge University Press, 1876. Muestra las distintas áreas en Canadá, Estados Unidos y México, donde hubo bisontes desde la antigüedad hasta el año de 1800 y traza también las distintas regiones que les dieron cabida a partir de su paulatina reducción ocurrida entre 1800 y 1875.

Map of the Western States and territories of the United States. showing the existing Indian Reservations and the Buffalo range in 1830 and 1876, 1878, Irving Richard Dodge, *The Hunting Grounds of the Great West. A description of the Great North American Desert with illustrations*, London, Chatto & Windus, 1878. Únicamente le interesa por señalar la presencia de bisontes en los Estados Unidos durante el siglo XIX, delimitando la gran zona ocupada hacia 1830 y, luego de su muerte masiva, los dos pequeños territorios, uno en Nuevo México y otro entre Montana y Dakota, donde todavía se veían hacia el año de 1876.

Map Illustrating the Extermination of the American Bison, 1889, William T. Hornaday, *The extermination of the American Bison*, Report of the National Museum, 1886-87, Washington, Government Printing Office, 1889. Basado en el mapa de J. A. Allen señala la frontera del área extensa alguna vez “habitada” por el “Bisonte Americano”. A continuación ofrece su propia información que consiste en delimitar primero la frontera aproximada entre lo que considera la zona de paulatino exterminio y la que llama de destrucción sistemática por la obtención de pieles y abrigos. También designa las áreas, una al norte y otra al sur, donde registró la existencia de “grandes manadas” hacia 1870 y otra más pequeña, que indica su presencia hacia 1880. Marca, asimismo, el

lugar de los aislados bisontes sobrevivientes a las matanzas de 1870-1873 y de 1880-1883. Por último, anota en cada una de las áreas fechas de la exterminación gradual que se dieron entre 1800 y 1880 y determina la localidad y el número de los escasos bisontes salvajes que pervivían hacia enero de 1889.

*Distribución de los bisontes durante el Pleistoceno tardío y principios del reciente de dos especies de bisontes extinguidos según Skinner y Kaisen, 1947, cortesía del doctor Skinner y del American Museum of Natural History, en Pablo Martínez del Río, Los orígenes americanos, México, Talleres Gráficos de la Compañía Editora y Librería ARS, 1952. Es un mapa que representa a América del Norte, en el que dibuja dos grandes áreas: una que empieza en Alaska, recorre Canadá y abarca la parte central de los Estados Unidos, donde señalan “el área probable” de la presencia de *Bison occidentalis*, y otra que comprende casi todos los Estados Unidos, la península de Baja California y tres cuartas partes del territorio mexicano, que corresponde al “área probable” de *Bison antiquus*.*

*Distribución más reciente de especies relativamente modernas de bisontes según Skinner y Kaisen, 1947, cortesía del doctor Skinner y del American Museum of Natural History, en Pablo Martínez del Río, Los orígenes del hombre americano. El objeto de este mapa sin fechas, es delimitar primero la región de *Bison athabasca* (bisonte de los bosques), que ubica en dos pequeñas porciones hacia la región centro-occidental de Canadá y de los Estados Unidos. La segunda zona trazada, que es la más extensa, correspondería al área de *Bison bison*, que incluye parte de Canadá, de Estados Unidos y de México, y que no difiere mucho de la que pintó J. A. Allen en 1876. Lo paradójico de este mapa es que, aun cuando sombrea la región de México al igual que la de los otros dos países, aparecen en territorio mexicano dos signos de interrogación, poniendo en duda la presencia ahí de bisontes, comprobada documentalmente.*





FUENTES DOCUMENTALES (manuscritas e impresas)

Archivos mexicanos:

Archivo General de la Nación (AGN)

Correspondencia entre el comandante general y el virrey sobre escolta dada a los mescaleros para la caza del cóboto y encuentro de estos con los comanches, Ramo *Provincias Internas*, v. 224, exp. 1, folios 1-22.

“Diario del padre Fray Damián Mazanet en su expedición misionera a Texas, 1691”, Ramo *Provincias Internas*, v. 82, folios 400-413.

Peña, Juan Antonio de la, *Derrotero de la expedición en la provincia de los Texas, nuevo reyno de Philipinas, que de orden del excmo. Señor marqués de Valero, vi-rey y capitán general de esta Nueva España passa a ejecutar el muy ilustre señor d. Joseph de Azlor, caballero meznadero del reyno de Aragón, marqués de San Miguel de Aguayo, gobernador y capitán General de dichas provincias de Texas, Nuevas Philipinas y de esta de Coaguila Nuevo Reyno de Extremadura*, 1772, Ramo *Historia*, v. 302.

Ramo *Provincias Internas*, v. 182.

“Relación de Antonio Ruiz”, ca. 1595, Ramo *Historia*, v. 316.

Biblioteca Nacional de México: Colección Lafragua y Fondo Reservado

AGREDA, María de Jesús de, *Mystica ciudad de Dios milagro de su omnipotencia y abismo de la gracia. Historia divina y vida de la virgen Madre de Dios, reyna y señora nuestra María Santísima, restauradora de la culpa de Eva y Medianera de la gracia, manifestada en estos últimos siglos por la misma señora a su esclava sor*

María de Jesús abadesa de el convento de la Inmaculada Concepción de la villa de Agreda de la provincia de Burgos de la regular observancia de Nuestro Seráfico Padre San Francisco para nueva luz del mundo, alegría de la Iglesia Católica y confianza de los mortales, Madrid, en la Imprenta de la causa de la venerable Madre, 1725, 3 v.

ALMONTE, Juan Nepomuceno, *Noticias estadísticas sobre Texas, por Juan N. Almonte*, México, Ignacio Cumplido, 1835.

BARREIRO, Antonio, *Ojeada sobre Nuevo México, que da una idea sobre sus producciones naturales y de algunas otras cosas que se consideran oportunas para mejorar su estado, e ir proporcionando su futura felicidad. Formada por el Lic. Antonio Barreiro, asesor de dicho territorio. A petición del Ecsmo. Sr. Ministro que fue de Justicia Don José Ignacio Espinosa. Y dedicada al Ecsmo. Señor Vice-presidente de los Estados Unidos Mexicanos Don Anastasio Bustamante*, Puebla, Imprenta del Ciudadano José María Campos, 1832.

BARREIRO, Antonio, *Apéndice a la ojeada sobre Nuevo México, o sea, una ligera idea de las principales naciones gentiles que le rodean*, [s. p. i.].

BERLANDIER, Louis, “Expedición científica del general Terán a Tejas. Trabajos del Sr. Berlandier. Zoología del departamento de Tamaulipas”, *Mosaico Mexicano*, t. IV, México, Ignacio Cumplido, 1840.

Revista Mexicana, segunda época, t. I, [s. p. i.], 1846

XIMÉ EZ SAMANIEGO, fray Joseph, “Relación de la vida de la venerable Madre María de Jesús de Ágreda”, en *Mystica ciudad de Dios, reyna y señora nuestra María Santísima, restauradora de la culpa de Eva y Medianera de la gracia, manifestada en estos últimos siglos por la misma señora a su esclava sor María de Jesús abadesa del convento de la Inmaculada Concepción de la villa de Ágreda de la provincia de Burgos de la regular observancia de Nuestro Seráfico Padre San Francisco para nueva luz del mundo, alegría de la Iglesia Católica y confianza de los mortales, Madrid, en la Imprenta de la causa de la Venerable Madre, 1725, 3 v.*

Hemeroteca Nacional (Biblioteca Nacional de México)

Gazeta de México, marzo de 1732.

El Siglo Diecinueve, junio de 1855.

La Jornada, lunes 22 de junio de 2009.

Milenio, martes 24 de junio de 2010.

Archivo extranjeros:

Archivo General de Indias, Sevilla (AGI)

Cartas del barón de la Fontan, 1 de septiembre de 1699 y barón de la Hontan, *Copie du journal de voyage du Lieux Cavalier prêtre de mons. La Salle lesquels entreprirent tous les deux par mer la decouverte du fleuve Mississippi, l'an de 1684 avec plusieurs nations, Indiferente 1528 N 8*.

Derrotero y Diario de la jornada que yo dicho general Alonso de León hice con la compañía de soldados contenidos en la lista de atrás, para ir a aprender al francés, [Sección] México, legajo 616.

“Entrada que hizo en Nuevo México Francisco Sánchez Chamuscado en 4 de junio de 1581” (escrita por Hernán Gallegos), *Patronato 22, R4 (3)*.

Estampas, 1.

Estampas, 94.

“Expedición de Domingo Terán de los Ríos gobernador del reino y provincia de los Texas, 1691-1692”. *México, legajo 617*.

Indiferente, 1549.

“Información sobre el descubrimiento de Oñate por el Factor Francisco Valverde de Mercado”, 1602, *Patronato 22 R4 (8)*.

Mapas y Planos 49 y 94.

Patronato 22, R. 4.

Patronato 22, R. 4 (2)

Patronato 22, R. 4 (3)

Patronato 22, R. 7 (2)

Patronato 22, R. 13

“Relación de Juan de Oñate”. *Patronato 22 R 13 (2)*.

Testimonios de los autos formados sobre la queja de Gregorio Panseco contra Josepha Ordóñez su mujer, y providencias dadas por la real Sala, Quaderno no. 2, México, 1707, año de 1766.

Zaldívar Mendoza, Vicente, “Relación de las jornadas de las vacas de Zíbola”, *Patronato 22 R 13 (9)*, foja 25 a 33.

Biblioteca Nacional de Madrid

Cardona, Nicolás de, *Descripciones geográficas e hidrográficas de muchas tierras y mares del norte y sur en las Indias, en especial del descubrimiento del reyno de la California*, 1632, Sala Cervantes, MS 2468 o MS facs. 523.

Hennepin, Louis, *Nuevo descubrimiento de un gran país que está en la América entre el Nuevo México y el mar del Norte con los mapas y figura. necesarias y además la Ystoria natural y moral y las ventajas que se pueden sacar de él para el establecimiento de colonias, por R.P. Luis Hennepin, misionero recoleto y notorio apostólico*. En Utreque, en casa de Guillermo Broedelet, mercader de libros, 1697, Sala Cervantes, MS 3179.

———, *Relación de la América Septentrional*, traducida por Sebastián Fernández de Medrano, Madrid, Imprenta de la viuda de Pedraza, 1902.

O’Crouley, Pedro Alonso, *Ydea compendiosa del Reyno de Nueva España*, 1774, Ms. 4532, fojas 23 y 24.

Paz, Julián, *Catálogo y manuscritos de América, existentes en la Biblioteca Nacional (Madrid)*, Madrid, Ministerio de Cultura, 1992.

Solís, Antonio, de, *Historia de la conquista de México*, Ms 3021.

Villagutierre y Sotomayor, Juan de, *Historia de la conquista, pérdida y restauración del reino y provincias de la Nueva México en la*

América Septentrional (siglo XVII), 2 v., Sala Cervantes, Ms. 2822 y 2823.

Biblioteca Nacional de París

“Carta de Fray Damián de Mazanet a su amigo Carlos de Sigüenza y Góngora”, sin fecha, Colección Aubin, n. 167.

Briscoe Center for American History (Austin, Texas)

Allen, J. A., *The American Bisons, living and extinct*, Cambridge University Press, 1876.

Brewerton, George Douglas, *In the Buffalo country*, New York, Harper and Brothers, 1862.

Cañas de Jesús María, Francisco, “Relación de 1691 dirigida al Excelentísimo Señor Conde de Gálvez”, Ms. 2B141, v. 765.

Davis, Theodore, R., *The Buffalo Range*, New York, Harper's New Monthly Magazine, 1969.

Franceses en el valle del Mississippi. Ms. 1723, French National Archives, Monsieur L'Erhanne, *Memoir*.

ettie Lee Benson (Austin, Texas)

Pichardo, José Antonio, *La Quivira*, G284, Ms.

Tanto que se sacó de una carta que el R. Padre Fr. Alonso de Benavides custodio que fue del Nuevo México, embió a los religiosos de la Santa Custodia de la conversión de San Pablo de dicho reyno desde Madrid el año de 1631. Dase a la estampa a expensas de un afecto, quien la dedica a la Soberana Emperatriz de los Ángeles, Madre Inmaculada del Divino Verbo Encarnado, María Santísima en su Purísima Concepción. Libros raros.

Real Academia de la Historia de Madrid

Poada, fray Alonso de, *Informe hecho a Su Magestad sobre las tierras de Nuevo México*, 14 de marzo de 1686. Colección Juan

Bautista Muñoz, *Piezas correspondientes al orden real*, t. 3, ms 948/59, foja 19.

Zárate Salmerón, Jerónimo de, *Relaciones de todas las cosas que en el Nuevo México se han visto y sabido así por mar como por tierra desde el año 1538 hasta el de 1626*, por el padre Jerónimo de Zárate Salmerón, predicador de la orden de los menores de la provincia del Santo Evangelio: dirigidas a nuestro reverendísimo padre fray Francisco de Apodaca, padre de la provincia de Cantabria y comisario general de todas las de esta Nueva España, 1629, Manuscrito 9/4858.



FUENTES BIBLIOGRÁFICAS

- ABBAD Y LASIERRA, Íñigo, *Descripción de las costas de California*, edición y estudio de Sylvia Lyn Hilton, Madrid, Consejo Superior de Investigación Científica, 1981.
- ACOSTA, Joseph de, *Historia natural y moral de las Indias*, México, Fondo de Cultura Económica, 1962.
- ACUÑA, René (editor), *Relaciones geográficas del siglo XVI: Michoacán*, México, UNAM, 1987.
- , *Relaciones geográficas del siglo XVI: Nueva Galicia*, México, UNAM, 1988.
- AHER, Maureen, “La narración cartográfica de *La relación de la jornada de Cibola*”, en *Literatura de viajes. El viejo y el Nuevo Mundo*, coordinado por Salvador García Astañeda, Madrid, Editorial Castalia, 1999.
- ALARCÓ, Hernando de, *Relación*, en Julio César Montané Martí, *Los indios de todo se maravillaban: La Relación de Hernando de Alarcón*, México, El Colegio de Jalisco, 2004.
- ALESSIO ROBLES, Vito, *Coahuila y Texas en la época colonial*, México, Porrúa, 1978.
- ALLE, J., *The American Bisons, living and extinct*, Cambridge, Cambridge University Press, 1876.
- ALMONTE, Juan Nepomuceno, *Noticias estadísticas sobre Texas*, México, Impreso por Ignacio Cumplido, 1835.
- ÁLVAREZ, Tícul, “Los Mamíferos”, *Comentarios a la obra de Francisco Hernández, Obras Completas*, t. VII, México, UNAM, 1984.
- ANGLERÍA, Pedro Mártir de, *Décadas del Nuevo Mundo, por Pedro Mártir de Anglería, primer cronista de Indias*, México, José Porrúa e Hijos, 1964, 2 t.
- ANÓNIMO, *Relación postrera de Cibola y de más de 400 leguas adelante*, en Carmen de Mora, *Las siete ciudades de Cibola: textos y testimonios sobre la expedición de Vázquez de Coronado*, Sevilla, Alfar, 1993.
- ARLEGUI, fray José de, *Crónica de la provincia de nuestro seráfico padre San Francisco de Zacatecas*, México, Bernardo de Hogal, 1737, edición reimpressa en México por Ignacio Cumplido, 1851.

- ARMAS, Juan Ignacio de, *La zoología de Colón y de los primeros exploradores de América*, Habana, Establecimiento Tipográfico O' Reilly, 1888.
- Atlas Cultural de México: Fauna*, por Ticul Álvarez Solórzano y Manuel González Escamilla, México, SEP-IAH-Planeta, 1987.
- BÁEZ-JORGE, Félix, *Los disfraces del diablo*, Jalapa, Universidad Veracruzana, 2003.
- BANDELIER, Adolph, *A gilded man (El Dorado) and other pictures of the spanish occupancy of America*, New York, D. Appleton and Company, 1893.
- BANDELIER, Fanny R., "Two spanish petitions concerning noted authors of the New World of the early seventeenth century", *The Hispanic American Historical Review*, v. 2, n. 3, 1919.
- BANNON, John, F., *The Spanish Borderlands Frontier, 1513-1821*, Albuquerque, University of New Mexico Press, 1944.
- BARRIENTOS, Bartolomé, *Vida y hechos de Pero (sic) Méndez de Avilés. Escrita en 1568. Expedición que envió a La Florida Felipe II en 1565 con instrucción de quemar y ahorcar los franceses luteranos que hallase en ella*, en Genaro García, *Dos antiguas relaciones de La Florida*, México, Tipografía y Litografía de Aguilar, Vera y Compañía, 1902.
- BEAUMONT, fray Pablo, *Crónica de Michoacán*, Publicaciones del Archivo General de la Nación, XVIII, t. II, México, Talleres Gráficos de la Nación, 1932.
- BENAVIDES, Alonso de, *Memorial que Fray Juan de Santander de la Orden de San Francisco, comisario general de Indias, presenta a la Majestad Católica del rey Felipe IV, nuestro señor, hecho por el padre Fray Alonso de Benavides, comisario del Santo Oficio y custodio que ha sido de las provincias y conversiones del Nuevo México*, Con licencia, Madrid, Imprenta Real, 1630, reimpresso en México, Museo Nacional, 1899.
- BENÍTEZ, Fernando, "Los criollos del siglo XVI en el espejo de su prosa", *Historia Mexicana*, núm. 2, octubre-diciembre de 1951.
- BERLANDIER, Luis, "Caza del oso y del cibolo en el noroeste de Texas", *El Museo Mexicano*, t. II, 1844.
- , *Diario de viaje de la comisión de límites que puso el gobierno de la república bajo la dirección del excmo. r. general de división Don Manuel de Mier y Terán. Lo escribieron por su orden los individuos de la misma comisión D. Luis Berlandier y D. Rafael Chovel*, México, Tipografía de Juan R. Navarro, 1850.
- Bestiario medieval*, compilación y estudio introductorio de Ignacio Malacheverría, Madrid, Siruela, 2002.

- BOLTON, Herbert, *Coronado on the Turquoise Trail. Knight of Pueblos and Plains*, Albuquerque, University of New Mexico Press, 1949.
- BOSQUE, Fernando del, *Diario (1675)*, en Esteban L. Portillo, *Apuntes para la Historia Antigua de Coahuila y Texas*, Saltillo, Biblioteca de la Universidad Autónoma de Coahuila, v. 27, 1984.
- BOSQUET, Jean Bernard, *Nouveaux voyages aux Indes Occidentales, contenant une relation des différents peuples qui habitent les environs du grand fleuve Saint-Louis, appelé vulgairement le Mississipi; leur religion, leur gouvernement, leur mœurs et leur commerce*, Amsterdam, Chez D. J. Changuion, 1769, 2 v.
- BRAND, Donald et al., *Coalcomán and Motines del Oro, an ex-districto of Michoacán, México*, Austin, University of Texas, 1960.
- BREBNER, John Bartlet, *The explorers of North America, 1492-1806*, New York, Doubleday Anchor Books, 1955.
- BROWN, Joseph Ep., *Animales del alma. Animales sagrados de los Oglala-Sioux*, Barcelona, José Olañeta, editor, 1994.
- BRY, Teodoro de, *América 1590-1634*, prólogo de John H. Elliot, Madrid, Alianza, 1992.
- BUFFON, Georges Louis Leclerc, M. le comte de, *Histoire Naturelle, générale et particulière, Suplement au tome troisième*, París, Imprimerie Royale, MDCCLXXVI (1776).
- BURKE, Peter, *Visto y no visto. El uso de la imagen como documento histórico*, Barcelona, Crítica, 2001.
- BURRUS, Ernest J., S.J., *La obra cartográfica de la Provincia Mexicana de la Compañía de Jesús, 1567-1967*, Madrid, José Porrúa Turanzas, 1967.
- BUSTAMANTE, Carlos María de, *Diario de lo especialmente ocurrido en México, 1823 y 1825*, Microfilm, IAH.
- CAMPO, José Agustín de, "La conquista del Moqui", en Luis González Rodríguez, *Etnología y Misión en la Pimería Alta 1715-1740*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 1977.
- CARRILLO, Jesús, "La experiencia de lo natural en el Nuevo Mundo. Monstruos y prodigio en la *Historia General y Natural de las Indias* de Gonzalo Fernández de Oviedo", en *Demonio, religión y sociedad entre España y América*, coordinación de Fermín del Pino, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2002.
- CASAS, fray Bartolomé de la, *Diario del primer y tercer viaje de Cristóbal Colón*, v. 14, e *Historia de las Indias*, v. 1 de *Obra Completa*, edición de Consuelo Varela, Madrid, Alianza Editorial, 1989.

- _____, *Historia de las Indias*, Venezuela, Biblioteca de Ayacucho, Impreso en España, 1986.
- CASTAÑEDA, Pedro de, *La Relación de las Jornadas de Cibola*, en Carmen de Mora, *Las siete ciudades de Cibola: textos y testimonios sobre la expedición de Vázquez de Coronado*, Sevilla, Alfar, 1993.
- Catholic Encyclopedia*, New York, Appleton Company, 1908.
- CATLI, George, *Letters and Notes on the North American Indians*, New York, Gramercy Books, 1975.
- _____, *Los indios de Norteamérica*, Barcelona, José J. de Olañeta, 1994.
- _____, *Vida entre los indios*, Barcelona, José J. de Olañeta, 1994.
- _____, *O-Kee-Pa a religious ceremony and other customs of the mandans*, New Haven and London, Yale University Press, 1967.
- CERVANTES, Fernando, *El diablo en el Nuevo Mundo. El impacto del diabolismo a través de la colonización de Hispanoamérica*, Barcelona, Herder, 1996.
- CHAPMAN, Charles, *Catalogue of Materials in the Archivo General de Indias for the history of the Pacific Coast and the American Southwest*, Berkeley, University of California Press, 1919.
- CHARBONNEAU-LASSAY, L., *El bestiario de Cristo, El simbolismo animal en la Antigüedad y la Edad Media*, Barcelona, Sophia Perennis, 1996 [2ª edición 1997].
- CHIMALPAIN, Domingo, *Diario*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 2001 (Colección Cien de México).
- CLAVIJERO, Francisco Xavier, *Historia Antigua de México*, México, Porrúa, 1979.
- COELLO UGALDE, José Francisco, "Acontecimientos taurinos en Chapultepec", en J. F. Coello y Rosa María Alfonseca, *El bosque de Chapultepec: un taurino de abolengo*, México, INAH, 2001.
- COLÓN, Hernando, *Viaje del Almirante don Cristóbal Colón*, México, Fondo de Cultura Económica, 1947.
- CONTRERAS, Remedios, *Catálogo de la Colección de documentos sobre América de la Real Academia de la Historia*, Badajoz, Imprenta de la Nueva Extremadura, 1978.
- COROMINAS, Joan, *Diccionario crítico etimológico, castellano e hispánico*, Madrid, Gredos, 1984.
- CORTÉS, Hernán, *Cartas de Relación*, México, Porrúa, 1992.
- COSSÍO, José María de, *Los toros. Tratado técnico-histórico*, Madrid, Espasa-Calpe, t. I.

- COVARR BIAS, José Enrique, *Visión extranjera de México*, México, UNAM, 1998.
- CRAMAUSSEL, Chantal, “La población del norte de Nueva España”, en *Gran Historia de México Ilustrada*, México, Planeta, 2001, v. 2.
- CREAMER, Winifred y Jonathan Hass, “Pueblo”, *National Geographic*, v. 180, n. 4, october, 1991.
- CURIEL DEFOSSÉ, Guadalupe, [Juan Agustín Morfi], “Relación Geográfica e Histórica de la Provincia de Texas o Nuevas Filipinas: 1673-1779. Un manuscrito del Archivo Franciscano de la Biblioteca Nacional”, *Boletín del Instituto de Investigaciones Bibliográficas*, v. 12, n. 1-2, México, 2007.
- CURTI, E. Edward, *El mito de la mujer Búfalo Blanco y otros relatos de los indios sioux*, Barcelona, J. J. de Olañeta, 1996.
- DANCKERS, Ulrich, y Jane Meredith, *Early Chicago: to the year 1835 when the Indians left*, Hardcover, 2000.
- DANZ, Harold P., *Of Bison and Man*, Boulder, University Press of Colorado, 1997.
- DAUBENTO, Louis Jean-Marie, *Enciclopedia Metódica dispuesta por orden de materias, Historia Natural de los animales. Los Cuadrúpedos*, traducida del francés al castellano por Gregorio Manuel Sanz y Chañas, Madrid, Librería de Antonio deancha, 1788.
- “Diario de Fernando del Bosque, 1675”, en Esteban L. Portillo, *Apuntes para la historia antigua de Coahuila y Texas*, Saltillo, Coahuila, Biblioteca de la Universidad Autónoma de Coahuila, 1984.
- DÍAZ DEL CASTILLO, Bernal, *Verdadera historia de los sucesos de la conquista de la Nueva España*, en *Biblioteca de autores españoles*, Madrid, Atla, 1946.
- DÍAZ-TRECHUELO LÓPEZ SPIOLA, María de Lourdes, *América en la colección de documentos inéditos para la historia de España*, Sevilla, Escuela de Estudios Hispanoamericanos, 1970.
- Diccionario de Autoridades*, Madrid, Gredos, 1990.
- Documentos Cortesianos 1518-1528*, edición de José Luis Martínez, México, Fondo de Cultura Económica/UNAM, 1990, t. I.
- DODGE, Richard Irving, *The hunting grounds of the Great West. A description of the Great North American desert with illustrations*, London, Chatto and Windus, 1877.
- DORANTES DE CARRAZA, Baltasar, *Sumaria relación de las cosas de la Nueva España*, México, Porrúa, 1987.



El libro de Marco Polo y las Apostillas a la Historia Natural de Plinio el Viejo, volumen preparado por Juan Gil, Madrid, Alianza Editorial, 1992.

El Mundo animal, Madrid, Uthea, 1983.

Encyclopaedia Britannica, Chicago, The University of Chicago, 1985.

Enciclopedia Hispánica, Barcelona-México, Encyclopaedia Britannica Publishers, 1990.

“Entrada del conquistador Alonso de León”, en Esteban L. Portillo, *Apuntes para la historia antigua de Coahuila y Texas*, Saltillo, Coahuila, Biblioteca de la Universidad Autónoma de Coahuila, 1984.

ENGLEHARDT, Zephyrin, O.F.M., “El yllustre Señor Xamuscado”, *Southwestern Historical Quarterly*, n. 29, abril de 1926.

Escolástica barroca. Ilustración y preparación de la independencia (1665-1810), en *Teología en América Latina*, Josep-Ignasi Saranyana, director, Madrid, Iberoamericana, 2005.

ESPINOSA, fray Isidro Félix de, O. F. M., *Crónica de los Colegios de Propaganda Fide de la Nueva España*, Washington, Academy of American Franciscan History, 1964.

FERNÁNDEZ DE AVARRETE, Martín, *Viajes de Cristóbal Colón* (escrito durante las primeras décadas del siglo XIX), Madrid, Espasa Calpe, 1999.

FERNÁNDEZ DE OVIEDO Y VALDÉS, Gonzalo, *Historia General y Natural de las Indias*, en *Biblioteca de autores españoles*, Madrid, Atla, 1959.

FERNÁNDEZ TRESGUERRES, Alfonso, *Los dioses olvidados. Caza, toros y filosofía de la religión*, Oviedo, Pentalfa, 1993.

FLORES M., Blas, “Reseña de las campañas contra los salvajes en la frontera norte en los años de 1880-1881”, *Relaciones*, n. 96, v. XXIV, otoño de 2003.

FORTEY, Richard, *La vida. Una biografía no autorizada. Una historia natural de los primeros cuatro millones de años de vida sobre la tierra*, Madrid, Taurus, 1999.

FRAZER, J. G., *El folklore en el Antiguo Testamento*, México, Fondo de Cultura Económica, 1975.

FRÉMONT, J. C., *Report of the exploring Expedition to the Rocky Mountains in the year 1842, and the Oregon and North California in the years 1843-1844*, Washington, Gales and Seaton Printers, 1845.

GAGE, Thomas, *El inglés americano: sus trabajos por mar y tierra o un nuevo reconocimiento de las Indias Occidentales*, México, Fideicomiso Teixidor-Libros del Umbral, 2001.

- GANDÍA, Enrique, *Historia crítica de los mitos de la conquista americana*, Madrid, Sociedad General Española de Librería, 1929.
- GARCÍA REGALADO, Juan Carlos, *Tierras de Coronado*, Barcelona, Abraxas, 2000.
- GARCÉS, fray Francisco, *Diario de exploraciones en Arizona y California en los años de 1775-1776*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 1968.
- GEMELLI CARERI, Juan Francisco, *Las cosas más considerables vistas en la Nueva España*, México, Edición Xóchitl, 1946.
- GERBI, Antonello, *La disputa del Nuevo Mundo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1982.
- GERHARD, Peter, *La frontera norte de la Nueva España*, México, UNAM, IHH, 1996.
- GIMBUTAS, Marija, *The Language of the Goddess*, Trade Paperback, Thames and Hudson, 2001.
- GÓMEZ CANEDO, Lino, *Primeras exploraciones y poblamiento de Texas (1686-1694)*, México, Porrúa, 1988.
- GÓMEZ CECILIO, JIMÉNEZ, Carlos, "Curiosidades vivas. Los animales de América y Filipina en la Ménagerie real durante el siglo XVIII", *Anuario de Estudios Americanos*, n. 66, Sevilla, 2009.
- GÓMEZ DA SILVA, Guido, *Breve diccionario etimológico de la lengua española*, México, El Colegio de México, 1988.
- GONZÁLEZ RODRÍGUEZ, Luis, *Etnología y misión en la Pimería Alta, 1715-1740*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 1977.
- GRINNELL, George Bird, "El último búfalo (1892)", en Silvia Méndez García, *EUA, Documentos de su historia socioeconómica III*, v. 6, México, Instituto Mora, 1988.
- GROGARD, Andrène, "Mode de vie des Précolombiens de la Caraïbe", *Archéologie des patrimoines trans-Caraïbes*, Nuria Sanz, editora, Cahier du patrimoine mondial, n. 14, Paris, UNESCO-World Heritage Center, 2005.
- GÜEMES PACHECO DE PADILLA HORCASITAS y AGUAYO, Juan Vicente, conde de Revillagigedo, *Informe sobre las misiones -1793- e instrucción reservada al marqués de Branciforte -1794-*, introducción y notas de José Bravo Ugarte, México, Juss, 1966.
- GUEVARA SANCHEZ, Arturo, "Una hipótesis en la arqueología de Durango: cornamentas de uso ceremonial", en *Nómadas y sedentarios en el norte de México. Homenaje a Beatriz Braniff*, México, UNAM, 2000.

- GUILLAUME-ALONSO, Araceli, *La tauromaquia y su génesis (siglos XVI y XVII)*, Bilbao, Ediciones Laga, 1994.
- HASSANIN, A. y A. Ropiquet, "Molecular phylogeny of the tribe Bovini (Bovidae, Bovinae) and taxonomic status of the Kouprey, Bossaulei Urbain 1937", en *Molecular Phylogenetic and Evolution*, n. 33, 2004.
- HENNEPI, Louis, *Voyage ou Nouvelle decouverte d'un tres grand pays dans L'Amérique, entre le Nouveau Mexique et la mer glaciale*, Amsterdam, Adriaan Braakman, 1704, p. 187.
- HERBERSTEIN, Sigmund von, *Description of Moscow and Muscovy*, traducida por J.B.C. Grundy de la edición de 1557, editada por Bertold Picard, New York, Barnes and Noble, 1969.
- HERNÁNDEZ SÁNCHEZ-BARBA, Mario, *Historia de Estados Unidos de América. De la república burguesa al poder presidencial*, Madrid, Marcial Pons, 1997.
- HERNÁNDEZ, Francisco, "Historia de los animales de Nueva España", en *Historia Natural de Nueva España*, México, UNAM, 1959.
- HIDALGO, fray Francisco, *Trabajo entre los indios Texas, 1705-1716*, Querétaro, Archivo del Colegio de la Santa Cruz, 4 de noviembre de 1716.
- HILL, J. L., *The Passing of the Indian and Buffalo*, California, Geo W. Moyle Publishing Co., 1917.
- Histoire Naturelle des poissons, par le citoyen La Cépède*, Paris, Chez Plassan, L'an VI-XI de la République, 1798-1830.
- Historia Natural de Cayo Plinio Segundo*, trasladada y anotada por el doctor Francisco Hernández (Libro primero a vigesimoquinto) y por Jerónimo de Huerta (Libros vigesimosexto a trigésimo séptimo), México, UNAM/Víctor Libros, 1999.
- Historical Atlas of New Mexico*, Warren Beck and Ynez Hasse (eds.), Norman, University of Oklahoma Press, 1989.
- HORNE, John van, "Fray Antonio Tello, Historian", *Hispania*, v. 19, n. 2, mayo de 1936.
- HORNADAY, William, T., *The extermination of the American Bison*, Report of the National Museum, 1886-1887, Washington, Government Printing Office, 1889.
- HOY, Philo Romaine, "The larger wild animals that have become extinct in Wisconsin", en *Transactions of the Wisconsin Academy of Sciences, Arts, and Letters*, v. 83, 1995.

- HUMBOLDT, Alexander von, *Cuadros de la naturaleza*, México, Secretaría de Educación Pública-Siglo XXI, 1999.
- IBARRA GRASSO, Dick E., *Los mapas de América 2000 años antes de ser descubierta*, Buenos Aires, edición del autor, 1997.
- Informes que los gobernadores del Estado de Chihuahua han presentado ante el Congreso del mismo desde el año de 1849 hasta el de 1906*, Chihuahua, Imprenta del Gobierno a cargo de Gilberto A. de la Garza, 1910.
- IRVING, Washington, "Descubrimiento de la América. Primer desembarco de Colón", en *Memorias de la Real Sociedad Patriótica de la Habana*, redactadas por una comisión de su seno, t. 4, Habana, 1837.
- JIMÉNEZ NÚÑEZ, Alfredo, *El Gran Norte de México: una frontera imperial en la Nueva España (1540-1820)*, Madrid, Tébar, 2006.
- JONES, J. KNOX Jr., et al., *Mammals of the Northern Great Plains*, University of Nebraska Press, 1983.
- JOUTEL, M. T., *Diario histórico del último viaje que hizo M. de La Salle para descubrir el desembocadero y curso del Mississippi*, traducido del francés por José María Törnel, Nueva York, José Desnoues, 1831.
- KEMPF, Christian, *Los señores del bosque. Conservación del lobo, el linco, el oso y el bisonte en Europa*, Barcelona, Lynx Editions, 1990.
- KINO, Eusebio Francisco, s.j., *Favores celestiales de Jesús y de María Santísima ...*, firmada por Kino hacia 1708, editada en Publicaciones del Archivo General de la Nación como *Las misiones de Sonora y Arizona*, v. VIII, México, Editorial Cultura, 1913-1922.
- KRECH, Shepard, *The Ecological Indian, Myth and History*, USA, Northon and Company, 1999.
- LA BARRE, Weston, *El culto del peyote*, México, Premiá Editora, 1987.
- LADRÓN DE GUEVARA, Antonio, *Noticia de los Poblados del Nuevo Reino de León, Provincia de Coahuila, Nueva Extremadura y la de Texas (1739)*, Monterrey, Tecnológico de Monterrey, 1979.
- LAËT, Johannes de, *Historia del Nuevo Mundo*, traducción de la edición francesa por Mari a Vannini, Caracas, Venezuela, Universidad Simón Bolívar-Instituto de Altos Estudios de América Latina, 1988.
- , *Novus Orbis, Descriptionis Indiae Occidentalis, Libri XVIII*, apud Elzeviros, 1633.
- LAFAYE, Jacques, *Mesías, cruzadas y utopías*, México, Fondo de Cultura Económica, 1984.

- LA HONTAN, barón de (Louis Armand de Lom d'Arce), *Dialogues curieux entre l'auteur et un sauvage de bons sens qui a voyagé, et Memoires l'Amerique Septentrionale*, France, The Johns Hopkins Press, 1931.
- LARSON, Robert W., *Red Cloud, Warrior-Statesman of the Lakota Sioux*, Norman and London, University of Oklahoma Press, 1997.
- LEÓN-PORTILLA, Miguel, *Cartografía y Crónicas de la Antigua California*, México, UNAM, 2001.
- , “En el mito y en la historia: de Tamoanchan a la siete ciudade”, *Arqueología Mexicana*, v. XII, n. 67, mayo-junio de 2004.
- LE PAGE DU PRATZ, Antoine-Simon, *Histoire de la Louisiane*, París, Chez de Buré, de la Veuve Delaguette y de Lambert, 1758.
- LIST, Rurik, “Bisonte americano, el migrante que se negó a extinguirse”, *Especies, revista sobre conservación y biodiversidad*, noviembre-diciembre de 2006.
- LONG, John, *Trafficant et interprète des langues indiennes. Voyages chez différents nations sauvages de l'Amerique septentrionale 1768-1787*, París, A. M. Métaillé, 1980.
- LÓPEZ DE GÓMARA, Francisco, *Hispania Vtrix. Primera y segunda parte de la Historia General de las Indias*, en *Biblioteca de autores españoles desde la formación del lenguaje hasta nuestros días*, Madrid, Atlante, 1946.
- LOTT, Dale F., *American Bison, a Natural History*, California, University of California Press, 2002.
- MADRE DE DIOS, fray Agustín de la, *Tesoro escondido en el Santo Carmelo mexicano. Mina rica de ejemplos y virtudes en la historia de los carmelitas descalzos de la provincia de la Nueva España*, México, UNAM, 1986.
- MC HUGH, Tom, *The time of the Buffalo*, USA, Castle Books, 1972.
- Mapas y planos antiguos de Colima y el Occidente de México*, México, Peña Colorada, 1979.
- MAGE, Juan Matheo, “Del viaje que hice con el R.P. Eusebio Francisco Kino a descubrir los ríos y naciones de los pimas sobaipuris del norte, desde 2 de noviembre hasta 2 de diciembre de 1697”, en José Fernando Ramírez, *Obras Históricas*, v. II, *Época Colonial*, México, UNAM, 2001.
- , *Luz de tierra incógnita en la América Septentrional y Diario de las exploraciones en Sonora, 1720*, México, Archivo General de la Nación, Talleres Gráficos de la Nación, 1926.
- MARQUETTE, Jacques, “Le premier voyage qu'a fait le P. Marquette vers le Nouveau Mexique”, 1674, en *The Jesuit Relations. Natives and Missionai-*

- ries in Seventeenth-Century North America*, editado por Allan Greer, Bo ton, ueva York, B dford/ t. Martin', 2000.
- MARTÍNEZ DEL RÍO, Pablo, *Los orígenes americanos*, México, Talleres Gráficos de la Compañía Editora y Librería ARS, 1952.
- MARTÍNEZ GALLARDO, Roberto, "El borrego cimarrón, monarca del desierto mexicano", *La Jornada Ecológica*, lunes 30 de marzo de 2009.
- MATESANZ, Jo é, "Introducción de la ganadería en Nueva España, 1521-1535", *Historia Mexicana*, v. XIV, n. 4, abril-junio de 1965.
- MEAGHER, Margaret Mary, *The bison of Yellowstone National Park*, Wa hington, ational Park ervice, Scientific Monograph Series, n. 1, 1973.
- ME DIETA, fray Gerónimo de, *Historia Eclesiástica Indiana*, México, Antigua Librería Portal de Agu tinos, 1870.
- MINOIS, George , *Breve historia del diablo*, Madrid, Espasa, 2002.
- MIRAFUENTE GALVÁN, José Luis, y Arturo Soberón Mora, *Mapas y Planos antiguos de Colima y del Occidente de México, 1521-1904*, México, Minera Peña Colorada, 1979.
- MIRAFUENTES GALVÁN, José Luis, "Los dos mundos de José Reyes Pozo y el alzamiento de los apaches chiricahuis (Bacoachi, Sonora, 1790)", *Estudios de Historia Novohispana*, v. 21, México, UNAM, 2000.
- MONT É MARTÍ, Julio Cé ar, *Los indios de todo se maravillaban: La relación de Hernando de Alarcón. Primera exploración del Río Colorado, año de 1540*, México, El Colegio de Jali co, 2004.
- MOOREHEAD, Max L., *The Apache Frontier. Jacobo Ugarte and Spanish Indian relations in Northern New Spain, 1769-1791*, orman, Univer ity of Okla-homa Press, 1976.
- MORALES MARÍN, José Luis, *Diccionario de Iconología y Simbología*, Madrid, Tauru , 1984.
- MORFI, fray Juan Agustín de, *Viaje de indios y diario del Nuevo México, 1777-1778*, México, Bibliófilos Mexicanos, 1935.
- MORRISON, Samuel Elliot, *El Almirante de la Mar Océano. Vida de Cristóbal Colón*, México, Fondo de Cultura Económica, 1991.
- MOTA PADILLA, Matías de la, *Historia del Reino de Nueva Galicia en la América Septentrional*, Guadalajara, In tituto acional de Antropología/ Universidad de Guadalajara, 1973.
- MOTA Y ESCOBAR, Alonso de la, *Descripción geográfica de los reinos de Nueva Galicia, Nueva Vizcaya y Nuevo León*, México, Editorial Pedro Robredo, 1940.

- MOTOLINIA, fray Toribio de Benavente, *Memoriales, Manuscrito de la colección de Joaquín García Icazbalceta*, México-Parí -Madrid, editado por primera vez por Luís García Pimentel en 1903.
- , *Historia de los indios de la Nueva España*, México, Porrúa, 1990.
- MOYANO, Ángela, “El mundo colonial inglés en Norteamérica (1607-1763)”, en *EUA, síntesis de su historia I*, v. 8, México, Instituto Mora, 1988.
- MÜHLENPFORDT, Eduard, *Ensayo de una fiel descripción de la República de México*, México, Banco de México, 1993, 2 t.
- NAVARRO GARCÍA, Luís, *Don José de Gálvez y la Comandancia General de Provincias Internas del Norte de Nueva España*, Sevilla, Escuela de Estudios Hispanoamericanos, 1964.
- , *La conquista de Nuevo México*, Madrid, Ediciones de Cultura Hispánica del Centro Iberoamericano de Cooperación, 1978.
- NEWCOMB, William W. Jr., “Harmony with Nature, People and the Supernatural”, en *Texas Myths*, editado por Robert F. O'Connor, Texas Committee for Humanities, Austin, Texas University Press, 1986.
- NICHOLSON, H.B., “Moctezuma's zoo”, *Pacific Discovery*, julio-agosto de 1955.
- IEDELBERG, Christine, “Tres años antes que se apague el sonido del tambor de Mato-Topé o el viaje del príncipe de Wied en el valle del Missouri: 1833-1834”, en *Nómadas y sedentarios en el Norte de México, Homenaje a Beatriz Braniff*, México, UNAM, 2000.
- IZA, fray Marcos de, *Relación*, en Julio César Montané, *Por los senderos de la quimera. El viaje de Fray Marcos de Niza*, Sonora, Instituto Sonorense de Cultura, 1995.
- , *Relación*, Madrid, 1864, en Luís Nicolau D'Oliver, *Cronistas de las Culturas Precolombinas*, México, Fondo de Cultura Económica, 1963.
- OGUERA, Eduardo, *Ruinas arqueológicas de Casas Grandes, Chihuahua*, México, Talleres Gráficos de la Nación, 1926.
- NÚÑEZ CABEZA DE VACA, Álgar, *Naufraios*, Madrid, Alianza Editorial, 1985.
- OBREGÓN, Baltasar de, *Historia de los descubrimientos antiguos y modernos de la Nueva España*, México, Porrúa, 1988.
- OROZCO Y BERRA, Manuel, *Historia antigua y de la conquista de México*, México, Porrúa, 1960, t. II.
- PAREDES, Blanca y Raúl Valadez, “Un entierro de *Ovis Canadensis* [sic] en el área de Tula, Hidalgo”, *Antropológicas*, n. 2, 1988.

- PAYNO, Manuel, "Teja ", *Revista Científica y Literaria*, [Por lo antiguos redactores del Museo Mexicano], t. 1, 1845
- PÉREZ DE RIBAS, Andrés, S.J., *Historia de los Triunphos de Nuestra Santa Fee, entre gentes las más bárbaras y fieras del nuevo Orbe*, México, Siglo XXI, 1992 (edición facsimilar de la de 1730)
- PFEFFERKORN, Ignaz, J., *Beschreibung der Landschaft Sonora samt andern merkwürdigen Nachrichten von den inneren Theilen Neu-Spaniens und Reise aus Amerika bis in Deut chland*, Köln am Rheine, 1794-1795, 2 v., en *Sonora. A description of the Province*, Foreword by Bernard L. Fontana, Translated and annotated by Theodore E. Treutlein, Tucson, The University of Arizona Press, 1989.
- Pichardo's [José Antonio]*Treatise on the Limits of Louisiana and Texas*, edición de Charle Wilson Hackett, Austin, The University of Texas Press, 1934, 4 v.
- PINO, Fermín del, "Demonología en España y América: Invariantes y matice de la práctica inquiritorial y la misionera", en *El Diablo en la edad moderna*, Madrid, Marcial Pons, 2004.
- POLO, Marco, *Viajes. "Il Milione"*, traducción, prólogo y notas de Rosario Blánquez Augier, Barcelona, Iberia, 1957.
- PORTILLO, Esteban L., *Apuntes para la Historia Antigua de Coahuila y Texas*, altillo, Biblioteca de la Universidad Autónoma de Coahuila, v. 27, 1984.
- Prontuario de Tauromaquia, o sea, el libro de los toros necesario e indispensable para conocer y juzgar con facilidad y acierto todas las suertes de las funciones de toros, la clasificación de estos, etc., etc., por medio de tablas sinópticas, escrito por F.I.C.U.*, Madrid, Imprenta de Don José María Alonso, 1847.
- Relación del suceso de la jornada que Francisco Vázquez de Coronado hizo en el descubrimiento de Cibola*, en Carmen de Mora, *Las siete ciudades de Cibola: textos y testimonios sobre la expedición de Vázquez de Coronado*, Sevilla, Alfar, 1993.
- Relación hecha por el capitán Juan Jaramillo de la jornada que hizo a la tierra nueva de la que fue general Francisco Vázquez de Coronado*, en Carmen de Mora, *Las siete ciudades de Cibola: textos y testimonios sobre la expedición de Vázquez de Coronado*, evilla, Alfar, 1993.
- RÍO, Ignacio del, *Guía del Archivo Franciscano de la Biblioteca Nacional de México*, México, U AM, 1975.
- RIVERA, Pedro de, *Diario y Derrotero de la visita a los presidios de la América Septentrional española (1724-1728)*, Málaga, Editorial Algazara, 1993.

- RODRÍGUEZ, Martha, *Los indios de Coahuila durante el siglo XIX*, México, CIESAS/I I, 1995.
- ROE, Frank Gilbert, *The North American buffalo: A Critical Study of the Species in Its Wild State*, Toronto, University of Toronto Press, 1951.
- ROJAS, José Luis, *A cada uno lo suyo. El tributo indígena en la Nueva España en el siglo XVI*, Zamora, Michoacán, El Colegio de Michoacán, 1993.
- ROMERO DE OLÍS, Pedro, "Cultura bovina y consumo de carne en los orígenes de la América Latina", *Cultura alimentaria, Andalucía-América*, Antonio Garrido Aranda, compilador, México, UNAM, 1996.
- ROULIN, X., *Memoires pour servir à l'histoire du tapir*; en *Memoires présentés par divers savans à l'Academie Royale des sciences de L'Institut de France*, París, 1835.
- RUDWIN, Maximilian, *The devil in legend and literature*, Illinois, The Open Court Publishing Company, 1931.
- SANTAMARÍA, Francisco J., *Diccionario de mejicanismos*, México, Porrúa, 1959.
- SANTA MARÍA, fray Vicente de, *Relación Histórica de la colonia del Nuevo Santander*, México, UNAM, 1973.
- SAUER, Carl, *Aztatlán*, México, Siglo XXI/Fundación Ignacio Gómez Zazuea, A. C., 1998.
- SCHMIDT, Thomas, y Jeremy Schmidt, *The Saga of Lewis and Clark into the Uncharted West*, New York, D. K. Publishing Inc, 1999.
- SCHROEDER, Albert H. y Daniel Matson, *A colony on the move. Gaspar Castaño de Sosa's Journal, 1590-1591*, Santa Fe, New Mexico, School of American Research, 1965.
- SEIGNOLLE, Claude, *Los Evangelios del Diablo*, Barcelona, Crítica, 1990.
- ERRALTA, Frédéric, "La biblioteca de Antonio de Solís", *Caravelle. Cahiers du monde hispanique et luso-brésilien*, n. 33, 1939.
- SHERIDAN, Cecilia, *Anónimos y desterrados. La contienda por el sitio que llaman Quauyla. Siglos XVI-XVIII*, México, Ciesas/Porrúa, 2000.
- SHERIDAN, Phillip H., *Personal Memoirs*, 1888.
- SHOBINGER, Juan, *Arte prehistórico de América*, México, Conaculta, Milano, Jaca Book, 1997.
- SIMMONS, Marc, *The last Conquistador, Juan de Oñate and the settling of the far Southwest*, Norman and London, University of Oklahoma Press, 1991.

- IMPSO, J. H., *Coronado's march in search of the Seven Cities of Cibola, and discussion of their probable location*, Washington, Smithsonian Report from 1869, 1884.
- SOLÍS, Antonio de, *Historia de la conquista de México, población y progresos de la América Septentrional, conocida con el nombre de Nueva España*, Cádiz, Imprenta, librería y Tipografía de la Revista Médica, 1843.
- STARKER, Leopold, *Fauna silvestre de México, Aves y mamíferos de caza*, México, Instituto Mexicano de Recursos Naturales Renovables, 1965.
- SUÁREZ DE PERALTA, Juan, *Tratado del descubrimiento de las Indias*, México, Secretaría de Educación Pública, 1949.
- TAVIATTO, Paolo Emilio, *Los viajes de Colón. El gran descubrimiento*, Barcelona, Planeta-Agostini, 1989.
- TÉLLEZ, Julio, "El bison, padre de la fiesta taurina en México", *Campo Bravo*, año 4, núm. 18, nov. 1998.
- TELLO, fray Antonio, *Libro segundo de la crónica miscelánea en que se trata de la conquista espiritual y temporal de la santa provincia de Xalisco en el Nuevo Reino de Galicia y Nueva Vizcaya y descubrimiento del Nuevo México, compuesta por...* Guadalajara, Imprenta de la República Literaria de Ciro L. de Guevara, Cía., 1891.
- The Journey of Coronado, 1540-1542, as told by himself and his followers*, Winship (editor), New York, Allerton Book Co., 1922 (reimpresión, 1973).
- TORNELL, José María, "La Providencia en el nuevo Mundo", *El Museo Mexicano*, t. IV, 1841.
- ¡TORO! *Primera tauromaquia en color*, Buenos Aires, Editorial Codex, 1972.
- TORQUEMADA, fray Juan de, *Monarquía Indiana*, México, UNAM, 1975, 71 p.
- TORRES BLANCA, Pedro, *Relación descriptiva de los mapas y plano de México y Floridas, existentes en el Archivo General de Indias*, Sevilla, Imprenta de El Mercantil, 1900.
- VALADEZ AZÚA, Raúl, *La domesticación animal*, México, UNAM-Plaza y Valdés, 1996.
- VALDÉS, Carlo Manuel, *La gente del mezquite. Los nómadas del Noroeste en la Colonia*, México, Cies AFINI, 1995.
- VALLEBUENO G., Miguel, "Pache y comanche en Durango durante los siglos XVIII y XIX", en *Nómadas y sedentarios en el Norte de México. Homenaje a Beatriz Braniff*, México, INAH, 2000.
- VALMONT DE BOMARE, J.C., *Dictionnaire raisonné universel d'histoire naturelle, contenant l'histoire des animaux, de végétaux et des minéraux*, Paris, Chez Brunet, 1774.

- VELARDE, Luis Javier, J., "Relaciones de la Pimería Alta" (1716-1717), en Luis González Rodríguez, *Etnología y Misión en la Pimería Alta 1715-1740*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 1977.
- VETANCURT, fray Agustín de, *Teatro Mexicano. Descripción breve de los sucesos ejemplares, históricos, políticos, militares y religiosos del Nuevo Mundo occidental de las Indias*, México, Imprenta de I. Escalante y Compañía, 1870.
- VIDARGAS, Juan Domingo, "El primer francés en el noroeste de México. Los relatos de Gabriel Ferry", *Históricas*, n. 88, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, mayo-agosto de 2010.
- VILLAGRÁ, Gaspar de, *Historia de Nuevo México*, en *Historia 16*, Madrid, 1989.
- VITORIA, Baltasar de, *Teatro de los dioses de la gentilidad. Primera Parte*, Barcelona, Imprenta de Juan Pablo Martí, por Francisco Barnola, Impresor, 1702.
- Voyage Pittoresque dans les deux Amériques*, publié sous la direction de M. Alcide D'Orbigny, Paris, Chez L. Tenré, et Chez Henri Dupuy, 1836.
- WAGNER, Henry R., *The Spanish Southwest, 1542-1794*, New York, Arno Press, 1967.
- WALLACE, Lewis, "Buffalo hunt in northern Mexico", *Scribner's Monthly*, 1979, v. 17.
- WARHUS, Mark, *Another America: Native American Maps and the history of our land*, New York, Thomas Dunne Book, 1997.
- WAVEILL, Arthur, "Informe sobre Texas", en Henry George Ward, *México en 1827*, México, Fondo de Cultura Económica, 1981.
- WEBER, David, *La frontera española en América del Norte*, México, Fondo de Cultura Económica, 2000.
- WECKMAN, Luis, *La herencia medieval de México*, México, Fondo de Cultura Económica-El Colegio de México, 1994.
- WHITE, Richard y Patricia Nelson Limerick, *The frontier in American Culture*, University of California Press, 1994.
- WOLF, Eric, *Europa y la gente sin historia*, México, Fondo de Cultura Económica, 1987.

RELACIÓN DE MAPAS E IMÁGENES

1. *Bison-bison* en Nueva España y México, María del Carmen Vázquez Mantecón.
2. Área ocupada por *Bison-bison*, según J. A. Allen, *The American bison, living and extinct*, Cambridge, Cambridge University Press, 1876. Dibujo de María del Carmen Vázquez Mantecón.
3. “Toro montés”, en Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés, *Historia General y Natural de las Indias*, en *Biblioteca de autores españoles*, Madrid, Atlas, 1959, tomo 5, v. 121.
4. “Vaca corcovada”, en Francisco López de Gómara, *Hispania Vtrix. Primera y segunda parte de la Historia General de las Indias*, en *Biblioteca de autores españoles desde la formación del lenguaje hasta nuestros días*, Madrid, Atlas, 1946, t. 1, v. 22.
5. “Toro Mexicanos” (dos imágenes), en Francisco Hernández, “Historia de los animales de Nueva España”, en *Historia Natural de Nueva España*, México, UNAM, 1959, v. II.
6. “Toro Mexicano”, en Francisco Hernández, *Historia Natural de la Nueva España*, v. II (t. III de las *Obras Completas*), México, UNAM, 1959.
7. “El bisonte americano entre los seres y animales del mundo”, en *Historia Natural de Cayo Plinio Segundo*, trasladada y anotada por el doctor Francisco Hernández (Libros primero a vigesimoquinto) y por Jerónimo de Huerta (Libro vigesimosexto a trigésimo séptimo), México, UNAM/Visor Libro, 1999.
8. “Vaca de Zíbola”, en Vicente Zaldívar Mendoza, “Relación de las jornadas de las vacas de Zíbola”, en *AGI*, Patronato 22 R 13 (9) folios 25 a 33.
9. “Vaca jorobada”, en Johannes de Laët, *Novus Orbis seu descriptiones Indiae Occidentalis*, Libri VIII... illustrata, 1633, p. 303.
10. “Buey”, en Louis Hennepin, *Voyage ou Nouvelle decouverte d'un tres-grand pays dans L'Amerique, entre le Nouveau Mexique et la mer glaciale*, Amsterdam, Chez Adriaan Braakman, 1704, p. 187. (Biblioteca Nacional de México, Fondo Reservado).

11. “Buey alvaje”, en Antoine Simon Le Page du Pratz, *Histoire de la Louisiane*, Paris, chez de Buré, de la Veuve Delaguette y de Lambert, 1758, t. I.
12. “El Bisonte”, en Georges Louis Leclerc, M. le comte de Buffon (1707-1788), *Histoire Naturelle générale et particulière. Suplement au tome troisième*, t. XI, Paris, Imprimerie Royale, MDCCLXXVI (1776). Biblioteca Nacional de México, Fondo Reservado.
13. “Cíbolo”, en Pedro Alonso O’Crouley, *Ydea compendiosa del Reyno de Nueva España*, 1774, Biblioteca Nacional de Madrid, Ms., 4532.
14. “Bisonte”, Alexander von Humboldt, Colección particular.



ÍNDICE ONOMÁSTICO

- Abad y La tierra, Íñigo 193
Acapulco 20
Acevedo, Ónix 9
 co ta, Joseph 89, 123, 138, 139, 193
Acuña, René 119, 193
África 58, 72, 73, 105
Ágreda, María de Jesús de 43, 187
Aguayo, marqués de 126
Ahern, Maureen 193
Alarcón, Hernando de 20, 178, 193
Alaska 11, 169, 185
Alberta 11, 175
Alcalde de Rueda, Juan 118, 119
Alce Negro 154
Alemania 86, 133, 167
Alejo Roble, Vito 62, 193
Alfonseca, Rosa María 129
Allen, J. A. 105, 109, 111, 179, 184,
 185, 191, 193, 209
Almonte, Juan Epomuceno 93, 94,
 178, 188, 193
Alva Ixtlilxóchitl, Fernando de 38
Álvarez Barreiro, Francisco 183
Álvarez de Quindós, Juan Antonio 68
Álvarez, Ticul 193, 194
Alzate, José Antonio 179, 183
Amatlán 39
América 13, 18, 23, 38, 47, 53, 66, 67,
 68, 73, 74, 75, 84, 88, 89, 99, 104,
 109, 115, 120, 130, 131, 135, 137,
 145, 162, 165, 166, 173, 176, 182,
 183, 185
Anglería, Pedro Mártir 193
Antillas 66, 117, 128
Anza, Juan Bautista de 65
Aragón 65
Aranjuez 66, 67, 68, 126
Aristóteles 164
Arizona 64, 100
Arkansas 11, 52, 84, 146: (río) 54, 64,
 99, 102, 147
Arlegui, José 63, 64, 122, 178, 193
Armas, Juan Ignacio de 116, 194
Arouet, Francois, Marie (Voltaire) 75,
 179
Arroyo del Cíbolo 62
Asia 73, 74
Atchinson, Topeka and Santa Fe (com-
 pañía ferroviaria) 106
Atlántico (océano) 82
Ayuntamiento de Monterrey 63
Ayutla 119
Babilonia 131
Báez-Jorge, Félix 139, 194
Bahía de Hudson 90
Bahía del Espíritu Santo 41, 42, 49
Baja California 61, 65, 74, 121, 182,
 185
Bandelier, Adolph 194
Bandelier, Fanny R. 32, 194
Bannon, John 194
Barreiro, Antonio 92, 93, 179, 188
Barriento, Bartolomé 24, 25, 178, 194
Basilio, Enriqueta 9
Beaumont, Pablo 194
Bick, Warren 200
Benavides, Alonso de 36, 125, 135,
 145, 146, 158, 159, 178, 191, 194



- Benítez, Fernando 194
Bering (estrecho) 168
Berlandier, Louis 55, 86, 87, 95, 177,
178, 180, 188, 194
Big Ribs 153
Bisonte Blanco 155
Bisonte Chico 155
Bisonte Erguido 155
Blackfoot (río) 82
Blackhawk (guerra) 106
Blome, Richard 182
Bodmer, Karl 148
Bologna 74
Bolsón de Mapimí 62
Bolton, Herbert 195
Bo que, Fernando del 40, 144, 179,
195, 197
Bossu, Jean Bernard 56, 57, 58, 159,
179, 195
Boston 66
Brand, Donald 120, 195
Bravo (río) 108, 147
Brebner, John Bartlet 195
Brewerton, George Douglas 100, 179,
191
Brown, John Epes 154, 155, 156, 158,
162, 177, 195
Bry, Teodoro de 178, 181, 195
Buffalo Bill (Cody, William) 103, 179
Buffalo Bill's Wild West 104
Buffon, conde de (Georges Louis
Leclerc) 68, 70, 71, 72, 73, 74, 75,
126, 136, 179, 195, 210
Burke, Peter 133, 195
Burrus, Ernest J. 195
Bustamante, Anastasio 92
Bustamante, Carlos María de 94, 195
Butanda, Armando 9
Cabeza de Alce 157
Cádiz 67
California (mar de) 61
California 20, 27, 37, 59, 65, 96, 100,
182
Calzontzin 119
Cambridge 105
Campos, Jo é Agustín de 61, 195
Canadá 11, 13, 14, 49, 53, 83, 88, 89,
106, 169, 173, 175, 184, 185
Cardona, Nicolás de 178, 190
Caribe 117
Carlos III 67, 126
Carlos V 19, 128
Carolina 169
Carrillo, Jesús 143, 144, 195
Carson, Kit 100
Casa Fuerte, marqués de 62
Casañas de Je ús María, Francisco 147,
191
Casas Grandes 60, 122
Ca as, Bartolomé de las 18, 89, 115,
116, 138, 195, 196
Castañeda, Pedro de 21, 44, 163, 178,
196
Castaño de o a, Gaspar 29, 179
Castilla 21, 22, 26, 35, 142
Castillo, Alonso del 17
Castro, Felipe 9
Catlin, George 89, 91, 92, 100, 126,
149, 151, 156, 160, 177, 179,
196
Centroamérica 38, 116, 120, 135, 168
Cerro de la Malinche 121
Cervante aavedra, Miguel de 7
Cervantes, Fernando 138, 140, 196
Chapman, Charles 196
Chapultepec 129
Charbonneau-Lassay, L. 121, 196
Chiapas 116
Chicago (Chicagou) 52
Chicomoztoc 19
Chietla 129
Chihuahua 11, 63, 108, 121, 173, 174
Chimalpain, Domingo 196

- Cíbola (Síbola, Zíbola, Cévola) 18, 19,
20, 21, 25, 26, 27, 28, 30, 31, 35,
36, 37, 38, 39, 44, 59, 60, 62, 75,
158, 182, 183
- Cíbolo (arroyo de) 62
- Cíbolo (cañada de) 62
- Cíbolo (distrito del) 62
- Cíbolo (fuerte del) 62
- Cíbolo (sierra del) 62
- Cíbolo (vado de) 62
- Cíbolos (indios síbulos, cíbulas o cíbo-
les) 62
- Cipango 115
- Ciudad Juárez 174
- Clark (fuerte) 89
- Clark, William 82, 84, 89, 179
- Clavijero, Francisco Xavier de 72, 74,
75, 178, 179, 196
- Coahuila 11, 39, 40, 43, 62, 64, 108,
121, 128, 142, 147, 174
- Coalcomán (Quacomán, Quaquauman,
Cuacomán, Cuacuman) 118, 119,
120, 122, 123
- Cocula 39
- Cody, William (Buffalo Bill) 103, 179
- Coello, José Francisco 129, 196
- Colegio de Santa Cruz 65
- Colima 182, 183
- Colón, Cristóbal 89, 115, 116, 117
- Colón, Hernando 196
- Colorado 11; río 20, 60, 61, 65, 84,
100, 169; desierto 65
- Colt, Samuel 103
- Contreras, Remedios 196
- Copala, 44
- Corominas, Joan 168, 196
- Cortés, Hernán 17, 124, 128, 129, 196
- Cossío, José María de 196
- Covarrubias, José Enriqu 197
- Cramaussel, Chantal 183, 197
- Creamer, Winifred 197
- Croi , marqué de 67, 68, 126
- Croix, Teodoro de 78
- Cuba 116, 117
- Cuerno de Bisonte 156
- Culiacán 18, 62
- Cumberland (montes) 84
- Cumplido, Ignacio 95
- Curiel Defossé, Guadalupe 78, 197
- Curtis, Edward Sheriff 156, 157, 175,
176, 197
- D'Orbigny, Alcide 88, 89, 180, 208
- Dakota del Norte 11
- Dakota del Sur 11, 173, 175, 184
- Danckers, Ulrich 47, 177, 197
- Danz, Harold P. 101, 156, 172, 197
- Daubenton, Louis Jean Marie 72, 73,
74, 75, 178, 179, 197
- Dávila Quiñones, Baltasar 118, 119,
121, 123
- Dávila, Pedrarias 22
- Davis, Theodore R. 102, 107, 111, 151,
152, 179, 191
- De Paw, Cornelius 75
- Demonio (Diablo, Satanás) 31, 130,
131, 132, 138, 139, 140, 141, 142,
143, 144, 145, 165
- Díaz del Castillo, Bernal 25, 26, 123,
124, 135, 138, 144, 178, 197
- Díaz-Trechuelo López Spínola, María
de Lourdes 197
- Dionisio 139
- Dios (Divina Majestad, Providencia)
31, 39, 41, 44, 110, 138, 139, 144,
145, 147
- Diosa Madre 167
- Dioscórides 163
- Dodge City 106
- Dodge, Richard Irving 106, 107, 109,
111, 179, 180, 184, 197
- Dolores (misión) 60
- Domínguez de Mendoza, Juan 44
- Dorantes de Carranza, Andrés 17
- Dorantes de Carranza, Baltasar 178,
197

- Dorantes, Esteban de (Estebanico) 17,
18, 19
Duhaut, Pierre, 49
Dunbar, William 81, 179
Durán, Diego 138
El Creek 153
El Fortín 174
El Venado 174
El Volador 129
Elliot, John H. 131
Empédocles 163
Englehardt, Zephyrin 26, 198
Enríquez de Almanza, Martín 118
España 17, 22, 25, 29, 32, 43, 59, 68,
87, 133
Espinosa, Isidro Félix de 61, 78, 140,
141, 142, 143, 145, 177, 198
Espinosa, José Ignacio 92
Estados Unidos 11, 13, 14, 66, 81, 83,
84, 89, 95, 99, 100, 101, 105, 106,
109, 135, 173, 184, 185
Estala, Pedro 68
Europa 50, 58, 71, 72, 73, 74, 76, 89,
96, 143, 162, 167, 181
Felipe II 24, 25, 118, 125, 132
Felipe IV 123
Fernández de Navarrete, Martín 115,
198
Fernández de Oviedo y Valdés, Gonzalo
22, 23, 89, 130, 131, 138, 178,
198, 209
Fernández Tresguerres, Alfonso 198
Filadelfia 83
Filipinas 67, 77
Flores, Blas M. 108, 180, 198
Fortey, Richard 166, 198
Francia 49, 52, 54, 65, 70, 88
Frankfurt 181
Frazer, J. G. 198
Frémont, Jesse Benton 96
Frémont, John Charles 96, 97, 98, 99,
100, 179, 198
Frigia 164
Gage, Thomas 37, 38, 164, 178, 198
Gallegos, Hernán 26, 28, 189
Gandía, Enrique 199
Garcés, Francisco 65, 199
García Regalado, Juan Carlos 20,
199
García, Genaro 25
Gasca, Jaime 9
Gemelli Careri, Juan Francisco 44,
178, 199
Gerbi, Antonello 76, 199
Gerhard, Peter 199
Gil, Juan 198
Gila (río) 65
Gimbutas, Marija 167, 199
Gmelin, Johan Friedrich 71
Goliad 94
Gómez Canedo, Lino 199
Gómez Centurión-Jiménez, Carlos 67,
68, 126, 199
Gómez da Silva, Guido 168, 199
González Escamilla, Manuel 194
González Rodríguez, Luis 61, 199
Gran Bisonte 148
Grande (río) 40, 41, 42, 62, 87, 142
Grandes Llanuras 89
Grandes Planicies 82, 96, 148
Grant, Ulises 101
Grinnell, George Bird 111, 152, 154,
161, 162, 179, 199
Grouard, Sandrine 117, 199
Guadalajara 38, 164
Guatemala 62
Guevara Sánchez, Arturo 199
Guillaume-Alonso, Araceli 140, 200
Hass, Jonathan 197
Hassanin, A. (autor) 72, 200
Hasse, Ynez 200
Hennepin, Louis 49, 50, 51, 125, 126,
135, 144, 146, 159, 179, 182, 183,
190, 200, 209

- Herberstein, Sigismund von 167, 200
Hernández, Francisco 25, 124, 125,
127, 132, 133, 134, 163, 164, 178,
200, 209
Hernández Sánchez Barba, Mario 49,
200
Herrera, Antonio de 123
Hidalgo, Francisco 61, 144, 178, 200
Hill, J. L. 200
Holanda 50, 69
Homann, Johann Baptiste 182
Hombre Vaca Blanca 156
Hornaday, William T. 104, 109, 110,
111, 179, 180, 184, 200
Horne, John van 39, 200
Hot Springs 81
Hoy, Philo Romaine 106, 179, 200
Huerta, Jerónimo de 133, 200, 209
Humboldt, Alexander von 83, 84, 85,
89, 165, 179, 184, 201, 210
Hunter, George 81
Ibarra Grasso, Dick E. 117, 201
Ibarra, Francisco de 27, 28
Illinois 50, 72; (río) 49
India 105, 115
Indias Occidentales 22, 25, 72, 118,
123, 164
Inglaterra 65, 84, 104
Iowa 11, 103
Irving, Washington 116, 201
Italia 158
Iturbide, Agu tén de 94
Jagüey de Ferniza 174
Janos (Chihuahua) 173, 174
Janson, Jan 182
Jaramillo, Juan 21, 178
Jarri, Juan (Francisco o Juan Géry)
41
Jefferson, Thoma 81, 82, 83, 84
Jiménez úñez, Alfredo 62, 201
Jolliet, Louis 47, 179
Jones, J. Knox Jr. 166, 201
Jordan, David Starr 12, 180
Joutel, M. T. 51, 52, 53, 146, 178, 179,
201
Kaisen, O. C. 185
Kansas 11, 20, 96, 100, 101, 102, 104,
105, 106, 151
Kansas Pacific Railroad 103
Kempf, Christian 201
Kentucky 84
Kino, Eusebio 59, 60, 61, 122, 201
Krech, Shepard 201
L'Erbanne (Monsieur) 53, 179, 191
La Barre, Weston 153, 201
La Douceur 75, 179
La Florida 17, 24, 28, 35, 87, 117, 182
La Hontan, barón de (Louis Armand
de Lom d'Arce) 53, 189, 201
La Quemada 121
La Salle, René Robert 41, 49, 50, 51,
52, 146
Lacepède, Bernard Germain de 70
Ladrón de Guevara, Antonio 63, 64,
178, 201
Laët, Johannes de 37, 135, 179, 201,
209
Lafaye, Jacques 139, 201
Lago Superior 47, 66, 147
Landa, Diego de 138
Larson, Robert 202
Le Page du Pratz, Simon 54, 55, 56,
136, 159, 179, 202, 210
Leavenworth (fuerte de) 89
León-Portilla, Miguel 19, 20, 182, 202
León, Alonso de 40, 41, 42, 141
Lesser Slave 105
Limerick, Patricia Nelson 104
Lewis, Meriwether 82, 84, 89
Linnaeus, Carolu 179
List, Rurik 170, 202
Londre 37, 50, 66, 84, 104, 106
Long, John 65, 66, 147, 148, 179,
202

- López de Gómara, Francisco, 23, 24, 39, 44, 83, 89, 122, 127, 132, 135, 138, 144, 163, 165, 178, 181, 202, 209
- López de Santa Anna, Antonio 93
- Los Ángeles 100
- Los Encinos 174
- Lott, Dale F. 120, 167, 169, 170, 202
- Luis XIV 49
- Luisiana (Louisiane) 11, 47, 49, 53, 54, 56, 58, 72, 81, 82, 125, 159, 184
- Macedonia 131
- Madagascar 72
- Madre de Dios, Agustín de la 202
- Madrid 44, 67, 123, 125
- Malaxecheverría, Ignacio 132, 194
- Mange, Juan Mateo 59, 60, 122, 178, 202
- Manitoba 11
- Mantegna, Andrea 131
- Mar Grande del Sur 61
- Margil, Antonio de 61
- Marquette, Jacques 47, 48, 50, 144, 177, 179, 202
- Martínez, Enrico 182
- Martínez, José Luis 197
- Martínez del Río, Pablo 168, 185, 203
- Martínez Gallardo, Roberto 121, 203
- Matesanz, José 128, 203
- Mato Tope 160
- Matson, Dan S. 206
- Mayer, Alicia 9
- Mayo (río) 38
- Mayorga, Martín de 68
- Mazanet, Damián 42, 43, 141, 179, 187, 191
- Meagher, Margaret Mary 203
- Mc Hugh, Tom, 126, 153, 154, 171, 202
- Méndez de Avilés, Pedro 24
- Mendieta, Jerónimo de 138, 203
- Mendoza, Antonio de, virrey 17, 18, 19, 29
- México 11, 13, 14, 38, 42, 68, 72, 74, 77, 84, 85, 86, 95, 99, 106, 111, 121, 129, 169, 173, 181, 182, 183, 184, 185, 209
- México (ciudad de) 17, 20, 78, 94
- México (golfo de) 49, 50, 64, 135
- México (reino de) 75
- México (valle de) 120
- Michigan (lago) 47
- Michoacán (Mechuacan) 118, 119, 123
- Midas 164
- Miera y Pacheco, Bernardo 183
- Minnesota 11
- Minois, George 138, 143, 203
- Mirafuentes Galván, José Luis 203
- Mississippi 41, 69, 89, 182
- Mississippi (río) 47, 49, 50, 51, 56, 57, 81, 84, 106
- Missouri 11, 100, 101, 149, 150
- Missouri (río) 82, 96, 147
- Moctezuma I 60,
- Moctezuma II 60, 123, 124, 125, 126, 127
- Mojave (desierto de) 65
- Montana 11, 105, 110, 169, 184
- Montanés, Julio César 19, 20, 203
- Montoya, Pedro de 27
- Montreal 65, 66, 147
- Moorehead, Max L. 203
- Mora, Carmen de 21, 22, 163, 193, 205
- Morales Marín, José Luis 203
- Morfi, Juan Agustín de 78, 159, 178, 197, 203
- Morrison, Samuel Elliot 116, 203
- Mota Padilla, Matías de la 179, 203
- Mota y Escobar, Alonso de la 203
- Motolinía, Toribio Benavente de 21, 138, 178, 204
- Moyano, Ángela 204
- Mühlenpfordt, Eduard 85, 178, 180, 204

- Mujer Búfala Blanca 155, 156, 157
Muñoz, Juan Bautista 192
Muñoz Camargo, Diego 138
Napestle (río) 64
Napoleón (Bonaparte) 95
Narváez, Pánfilo de 17
Natchidoches 53
Navarro García, Luis 62, 204
 avarro, Juan N. 95
Nebraska 11
Newcomb, William W. Jr. 204
Niágara (río) 49
Nicholson, H. B. 127, 204
Niederberger, Christine 149, 160, 204
Nipigon (lago) 66
 iza, Marcos de 18, 19, 23, 25, 26, 29.
 158, 178, 204
Noguera, Eduardo 204
Norteamérica 90, 171
Nova Granada (Nueva Granada) 182
Nueces (río) 78
Nueva España 17, 24, 25, 26, 30, 36,
 38, 42, 44, 55, 59, 60, 62, 65, 67,
 68, 77, 79, 83, 84, 118, 123, 124,
 125, 128, 129, 133, 140, 159, 181,
 183, 184, 209
Nueva Extremadura 39, 64
Nueva Francia 12, 47, 53, 60, 79, 125,
 182
Nueva Galicia 39, 119
 ueva Inglaterra 79
 ueva Orleans 57
Nueva Vizcaya 27, 39, 62, 63, 122
 ueva York 103
Nuevo León 11, 174
Nuevo México 11, 26, 29, 30, 31, 32,
 35, 36, 37, 38, 39, 43, 44, 54, 55,
 60, 64, 77, 79, 92, 95, 100, 101,
 122, 123, 125, 145, 158, 163, 164,
 178, 182, 183, 184
Nuevo Mundo 11, 20, 22, 23, 68, 74, 75,
 83, 115, 130, 134, 138, 181, 183
 uevo Reino de León 62, 63, 64, 87,
 142
Núñez Cabeza de Vaca, Álvar, 17, 23,
 178, 204
Núñez García, Silvia 111, 152
O'Crouley, Pedro Alonso, 77, 137, 178,
 190, 210
Obregón, Baltasar 27, 28, 122, 144,
 178, 204
Occidente 121
Ohio (río) 84
Oklahoma 11
Olmos, Andrés de 138
Ontario 52
Oñate, Juan de 30, 31, 32, 33, 37, 59,
 134, 158, 178, 182, 190
Ordóñez, Josepha 94
Oregon 96, 98
Orozco y Berra, Manuel 204
Ouachita (río) 81
Overton, John 182
Pacífico (océano) 82, 98, 99
Panamá 22, 72
Paquimé 28
Paraíso 131
Paredes, Blanca 122, 204
París 50, 69, 70, 74, 88, 126, 136
Payno, Manuel, 96, 160, 161, 178, 205
Paz, Julián 190
Pecos 29
Península Ibérica 55, 77
Pensilvania 169
Peña, Juan Antonio de la 126, 187
Pérez de Ribas, Andrés 38, 178, 179,
 205
Pfefferkorn, Ignaz 64, 179, 205
Picard, Bertold 167
Pichardo, José Antonio 44, 126, 191,
 205
Pierre (fuerte) 89
Pimería Alta 60, 122
Pino, Fermín del 138, 144, 205

- Pipa Sagrada 153, 155, 157, 162
Platte (río) 102
Plinio (Cayo Plinio Segundo, o Cayo Plinio El Viejo) 133, 134, 162, 167
Plutarco 163, 164
Polo, Marco 205
Polonia 167
Portillo, Esteban L. 40, 41, 197, 198, 205
Portugal 115
Posadas, Alonso de 43, 44, 179, 191
Praderas 100, 150, 152
Preuss, Charles 96, 97, 98
Provincia de Motines (Colima) 118, 119, 120
Provincia de San Francisco 63
Quebec 49
Querétaro 65, 140, 174
Quivira 18, 20, 22, 24, 25, 35, 37, 38, 43, 44, 60, 61, 62, 182, 183
República Mexicana 86
Republican (río) 102
Revillagigedo, virrey (Juan Vicente de Güemes Pacheco) 76, 79, 178, 199
Reyes, Alfonso 108
Río, Ignacio del 9, 205
Ríos, Amador de los 23
Rivera, Pedro de 62, 205
Robertson, William 75
Rocallosas (o Rocosas) 89, 90, 96, 169
Rodríguez, Agustín 26
Rodríguez, Martha 206
Roe, F. G. 177, 206
Rojas, José Luis 118, 206
Rojo (río) 81, 147
Roma 131
Romano, Sebastián 118
Romero de Solís, Pedro 206
Ropiquet, A. 72, 200
Roulin, X. 116, 117, 206
Rudwin, Maximilian 139, 206
Ruiz, Antonio 27, 178, 187
Sahagún, Bernardino de 138
Salado (lago) 89
Salamanca 24, 33
Salduendo, Antonio 63
San Agustín (convento de) 130
San Antonio Béjar (presidio) 87, 94
San Bernardino (misión) 62
San Clemente (río) 44
San Francisco (orden) 78
San Francisco 19
San Francisco de Coahuila 41
San Francisco de los Texas 42
San Ildefonso (palacio) 67
San José de los Apaches 126
San Juan [Bautista] 128
San Luis Missouri 89
San Sabá (distrito) 148
Sánchez Chamuscado, Francisco 26, 178
Sanchiz, Javier 9
Sandoval, Martín 9
Santamaría, Francisco 206
Santa María, Vicente de 206
 antiago Apóstol 18
Santo Domingo 22
Sanz, Nuria 117
Saranyana, Joseph-Ignasi 61, 198
Saskatchewan 11, 105, 111
Sauer, Carl 206
Schmidt, Jeremy 82, 206
Schmidt, Thomas 82, 206
Schroeder, Albert 206
Scythia 133
Seignole, Claude 143, 206
Septentrión 18, 22, 23, 27, 30, 37, 40, 43, 47, 54, 61, 68, 108, 122, 162, 183
Serralta, Frédéric 123, 206
Sevilla 35, 67
Sheridan, Cecilia 206
Sheridan, Phillip H. 101, 103, 179, 206
Shobinger, Juan 168, 206

- Siberia 72
Siete Ciudades de Cíbola 12, 19, 20,
29, 36, 60
Siete Cuevas o Ciudades 60, 61
Sigüenza y Góngora Carlos de 42, 191
Simmon , Marc 20, 182, 206
Simpson, J. H. 207
Sinaloa 27, 38
Skinner, M. F. 185
Smith Barton, Benjamin 83, 84
Solí , Antonio de 44, 59, 73, 123, 124,
125, 126, 127, 128, 129, 178, 190,
207
Sonora 60, 64, 65, 121
St. Croix (río) 106
Starker, Leopold 121, 166, 207
Suárez de Peralta, Juan 29, 129, 178,
207
Tabasco 116
Tamaulipa 11
Tarahumara 62
Tartaria 38, 70, 73, 74
Tatton, Gabriel 182
Taviani, Pablo Emilio 115, 207
Tecolotlán 39
Teguayo 43, 44, 60, 183
Téllez, Julio 128, 129, 207
Tello, Antonio 38, 39, 159, 164, 165,
179, 207
Temístocles 164
Tenochtitlan (Tenuxtitlan) 60, 128
Terán de los Ríos, Domingo 43
Territorio Indio 101
Texas 11, 17, 30, 39, 41, 42, 43, 49, 51,
55, 61, 64, 77, 78, 79, 85, 86, 87,
88, 93, 95, 96, 105, 111, 126, 140,
144, 146, 159, 160, 169, 182, 187
Tigüex 35
Tlaxcala 62
Tornel y Mendivil, José María 51, 95,
178, 179, 207
Toro 156
Toro Bueno 156
Toro Negro 156
Toro Sentado 104
Torquemada, Juan de 35, 178, 207
Torres Lanzas, Pedro 207
Totonteac 19
Trópico de Cáncer 11
Tula 121
Ultramar 67
Unión (fuerte) 89
Union Pacific Railroad 102
Utrecht 50
Vaca Sagrada 156
Vacapa 18
Valadez Azúa, Raúl 122, 166, 204, 207
Valdés, Carlos Manuel 207
Valero, marqués de, virrey 64
Vallebuena G., Miguel 207
Valmont de Bomare, Jacques Christo-
phe 69, 70, 71, 74, 75, 126, 177,
179, 207
Valverde de Mercado, Francisco 31, 32,
144, 178, 189
Valverde y Cosío, Antonio 64
Varela, Consuelo 115
Vázquez de Coronado, Francisco 19,
20, 22, 23, 24, 28, 35, 39, 59, 61,
144, 163, 178
Vázquez Mantecón, María del Carmen
209
Velarde, Luis Xavier 60, 179, 208
Velasco, Luis de, virrey 129
Velázquez Mancilla, David, 9
Venezuela 116
Veracruz 35, 67, 126
Vetancurt, Agustín de 208
Vidargas, Juan Domingo 9, 208
Viejo Mundo 159
Villagrà, Gaspar de 32, 33, 178, 208
Villagutierre y Sotomayor, Juan de 44,
45, 144, 190
Vinci, Leonardo da 131



- | | |
|--|---|
| Virginia 84 | Wolf, Eric 79, 208 |
| Vitoria, Baltasar de 163, 164, 208 | Wyoming 11, 169 |
| Vizarrón, Juan Antonio 129 | Xaltepec 130 |
| Wagner, Henry R. 20, 208 | Xaltiangui 130 |
| Wallace, Lewis 208 | Xerxes 164 |
| Ward, Henry George 84, 208 | Ximénez Samaniego, Joseph 188 |
| Warhus, Mark 154, 208 | Yellowstone 175 |
| Washington 83 | Yucatán 62, 116 |
| Wavell, Arthur 55, 85, 86, 147, 148, 159, 179, 208 | Zacatecas 63 |
| Weber, David 208 | Zacoalco 38 |
| Weckman, Luis 62, 208 | Zaldívar Mendoza, Vicente 30, 31, 134, 158, 178, 190, 209 |
| White, Richard 104, 208 | Zapalinamé 174 |
| Wied-Neuwied, Alejandro Maximiliano de 89, 148, 149, 160 | Zárate Salmerón, Jerónimo de 35, 178, 192 |
| Wisconsin 106, 175 | Zuñi 18, 30 |



ÍNDICE

Agradecimiento	9
Introducción	11

PRIMERA PARTE

DE SU HISTORIA Y SU HISTORIOGRAFÍA

1. PRIMEROS TESTIMONIOS SOBRE LAS “VACAS AMERICANAS”	17
Aparecen en los relatos sobre el fantástico norte	17
Las legendarias Cíbola y Quivira y las asombrosas “vacas de los llanos”	18
“Vacas” del Nuevo Mundo, imaginadas por los europeos ..	22
El “toro mexicano” de Francisco Hernández	25
Ver o no haber visto jamás a Cíbola y a sus “vacas”	25
Ocupan su puesto en la historiografía novohispana.	27
Nuevo México o el afán de poseer a sus “ganados”	29
¿Merced de Dios o del Diablo?	31
“Vacas lanudas y corcovadas” en la épica de la conquista. .	32
2. DE LAS “VACAS JOROBADAS” A LOS “CÍBOLOS” YA MUY CONOCIDOS	35
Manadas innumerables.	35
El fabuloso e impreciso septentrión y sus apreciadas “vacas”	37
Ni parecidos a los leones, ni grandes negocios con su lana .	38
Los “cíbolos” en las tierras “empa tadas” de Texas	39
El reino de Teguayo y las “vacas cimarronas”.	43
3. LOS FRANCESES EN EL SEPTENTRIÓN DE AMÉRICA Y SU REPRESENTACIÓN DEL MUNDO SALVAJE.	47
Nueva Francia y sus respetables “bueyes”	47



Buenas costumbres de la “vaca bravías”	48
Los galos y el instinto de los “ganado ”	51
El alvaje refinamiento de la caza	53
Comodidades irrenunciables de los “boeufs sauvages”	56
4. LA PERSISTENTE FAMA DE LAS CIUDADES DE ORO,	
EL TRÁFICO DE PIELES Y LA GUERRA	59
“Verdaderos cíbolos” en tierras de los Moctezumas	59
El “cíbolo” en la nomenclatura del territorio descubierto	61
Animales único “en el mundo sabido”	63
Los que viven lejo de “las cíbola ” y “lo búfalos”	64
Una “cíbola” en los jardines de Aranjuez	66
Los naturalistas y los bisontes	69
Las “cíboladas” o la contienda entre nativos y colonizadores	76
5. LA EXPANSIÓN HACIA EL OESTE Y EL EXTERMINIO DE LOS	
BISONTES	81
“Búfalos” en informes sobre tierra occidentales	81
Revelaciones a propósito de la Nueva España	83
“Búfalos, bisontes y cíbolos” en las de cripcione de México	84
La “vibrante hazaña” de su cacería	86
Interés de los franceses por el “boeuf du Canadá”	88
Animales con ojos de luna en cuarto creciente	89
Los “cíbolo ” mexicano y el lejano interés de su gobierno	92
El “cíbolo” romántico	94
Los “búfalos” o el sentimiento de grandeza	96
El salvaje oeste para el “civilizado” imaginario americano	99
La ciencia y el ejército se interesan por su magnífica especie en extinción	105

SEGUNDA PARTE

ARCANOS Y OTRAS POLÉMICAS

1. De las cabeza en hueso que vio Cristóbal Colón en América y que le parecieron de vaca	115
2. Unos animales “a manera de vaca , bermejitos y negros”, según la <i>Relación Geográfica de Michoacán</i>	118



ÍNDICE

223

3. “Toro mexicano” en el palacio de Moctezuma	123
4. ¿Bisontes en las primera corrida de toros en la Nueva España?	128
5. La representación europea del bison americano	130
6. Tànaha o la viva imagen del demonio delicioso	138
7. La más sagrada de las creaturas salvajes	145
La caza y sus rituales	145
Las dádivas	157
La angre y la leche	162
8. Bisontes y taurino	166
 Epílogo	 173
 Anexo 1. Varios nombres asignados a la especie Bison-bison a lo largo de su historia	 177
 Anexo 2. Los bisonte en algunos mapa del Nuevo Mundo . .	 181
 Fuente documentales (manuscritas e impresas)	 187
 Fuentes bibliográfica	 193
 Relación de mapas e imágenes	 209
 Índice onomástico	 211